Ricardo Curci

LOS ESPECTROS DEL PROGRESO



IMPRENTA DE
LIBROS.COM

Curci, Ricardo Gabriel
Los espectros del progreso / Ricardo Gabriel Curci. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Imprenta de libros, 2025.
528 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-6589-49-1

1. Ciencia Ficción. 2. Narrativa. I. Título.
CDD A860

LOS ESPECTROS DEL PROGRESO
de Ricardo G. Curci

Ilustración por Fernando Vicente.

Impreso en IMPRENTADELIBROS.com
AV. del Libertador 6898, Nuñez, Ciudad Autónoma de Buenos Aires
ediciones@imprentadelibros.com
+54 11 62438757
@imprentadlibros

1a edición febrero 2025

ISBN 978-631-6589-49-1



IMPRENTA DE
LIBROS.COM



Para los Reiter

A quién le agrada una fábula de arena,
una cavidad en el agua,
un desierto más.
Una llave en el fondo
de mi bolsillo, al encuentro de mis dedos;
el círculo con su serpiente que se muerde…

Ricardo Molinari

EL AVE

1

Joshua caminaba bajo los andamios del domo, y las sombras y luces formaban un sendero de rayas por el cual él se iba dejando conducir como todos los días de la semana. Sentía calidez cuando atravesaba el fragmento de luz, que no era provocada por el sol de otros tiempos, aquellos de los que oyó hablar a su padre, cuando el cielo estaba despejado y el sol era una esfera de enorme intensidad que ya entonces había comenzado a dañar a los hombres con los rayos ultravioletas. Ahora era, simplemente, una iluminación un poco mayor que la sombra que proyectaban los edificios, filtrada por la espesa capa de nubes eternas que dejaban caer la constante lluvia ácida. Contra esta lluvia se había comenzado a construir el domo, que se parecía a los párpados de un ojo inmenso que se iba cerrando progresivamente sobre la ciudad.

Él trabajaba en su construcción desde hacía tres años, y hoy, como todas las mañanas desde aquel tiempo, salía de su departamento muy temprano, cuando aún no había amanecido, sin ver siquiera por la estrecha ventana el estado del clima o de la ciudad. El clima era siempre igual: húmedo, oscuro, tórrido en ocasiones, y con una luminosidad de reflejos vivos y ocres que enturbiaba la vista y provocaba ojos brillosos. Tomaba un café

antes de salir, se colocaba un abrigo sobre el mameluco de trabajo, recogía la caja de herramientas y descendía por el ascensor atiborrado de personas. Ciento cincuenta pisos más abajo, la calle estaba cubierta de humedad, y las máquinas amarillas del municipio, parecidas a aplanadoras con brazos altos y enormes cabezas horribles irguiéndose, aparecían para barrer los restos de la lluvia ácida, los cuerpos de quienes habían olvidado o desobedecido el toque de queda, tanto de hombres como de animales. Los mercados abrían a esa hora, y el transporte de hombres y mujeres hacia las subastas de las grandes empresas comenzaría dos horas más tarde.

Joshua miró todo esto como lo hacía todas las mañanas, porque no podía mantener la vista baja, depositada como si sus ojos fuesen de plomo sobre el pavimento. Miró todo el espectro de la ciudad a medida que recorría el no muy extenso trecho que lo separaba de la zona de ascenso al domo, reteniendo las visiones que recogía cada mañana, para reproducirlas después en su departamento, por la noche. Las proyectaría para recordarlas, como se lo había enseñado su padre. Él, como casi todos en la ciudad, no era capaz de hablar. Su verdadera vida era más interna que externa, era más un receptor que un emisor, por lo menos en lo que correspondía a lo que habitualmente se llama comunicación interpersonal. Su padre había leído libros, él no poseía ninguno y no sabría distinguir una letra de otra. Su padre había hablado sin parar día y noche, porque llegaría el día, le dijo muchas veces, en que le negarían la voz. Y aquel día llegó finalmente. Lo habían venido a buscar los agentes de seguridad de la ciudad. El domo aún era sólo un proyecto, pero los cimientos de las murallas periféricas sobre las que se asentaría, ya estaban siendo excavados. Lo apresaron entre dos hombres, mientras un tercero aplicaba una picana eléctrica sobre su garganta. Joshua vio a su padre resistir y gritar, apretado contra la pared, gimoteando

como un niño, rogando que le dejaran por lo menos la voz. Pero la picana entró por la boca, y quemó la lengua y los órganos de fonación. Estuvo dos semanas en la cama, delirando, tocándose la garganta quemada y el remedo de lengua que le habían dejado.

Cada mañana, en el camino al trabajo, Joshua se preguntaba qué era lo que su padre hablaba antes de todo eso. ¿Por qué razón le habían privado de la voz? Entonces él intentaba pronunciar sonidos, sabiendo que el estruendo de las máquinas en las calles evitaría que cualquiera lo oyese. Sólo le salía de la garganta un ruido semejante al de un pájaro moribundo, tal vez un pájaro agresivo que se siente amenazado. Un grito gutural. Como cada vez que lo intentaba, la garganta le quedaba doliendo, y con el abrir de la boca para calmar la irritación de sus mucosas sólo lograba que penetrasen las nocivas sustancias de la lluvia ácida que se levantaban en las calles luego de caer y haberse depositado durante las horas de la noche. El agua se evaporaba y los gases se elevaban hasta lo más alto de los edificios. Cuando estaba en la cima del domo, podía ver el vaho tóxico escaparse por las zonas aún no cerradas, como humos de chimenea que se confundían con las nubes grises de las que habían nacido pocas horas antes. Cuando el domo estuviese definitivamente terminado, la ciudad estaría protegida, y los pocos gases que quedaran serían eliminados por el sistema de purificación.

Pero todo esto estaba en construcción todavía. Y Joshua llegó a la zona de ascenso, se colocó en su puesto en los grandes ascensores, junto a sus compañeros de trabajo, y comenzó a subir con rapidez. El ascenso era vertiginoso en los primeros días para cada nuevo trabajador. No había paredes en el ascensor, sólo trabas de seguridad para cada uno. Podían ver, entonces, los altos edificios que los rodeaban, mientras las calles desaparecían en la niebla y el smog, y el silencio comenzaba su consolador regalo.

Porque allá arriba, en la cima del domo, tan cerca del cielo, el silencio era tan parecido al silencio obligado de sus voces mudas, que era como si el cielo fuese el verdadero hogar de cada uno de ellos. Allá arriba, adonde todavía no había llegado, el cielo tenebroso tenía los rudimentos del pasado. Un pasado mítico, tal vez, porque nada más que imaginarlo podía la mayoría de ellos, pero la sensación de *deja vu* era inevitable. Algo resplandecía en sus ojos ante la vista del cielo nublado, en contacto con el viento a veces fuerte, a veces piadoso, que calmaba el sudor de su piel bajo la ropa de trabajo. Pero era sobre todo el silencio lo que añoraban cuando regresaban a sus casas. Por supuesto, no había hablado de todo ello con sus compañeros, pero pudo verlo cientos de veces en sus rostros, cuando descendían al final de cada jornada a lo largo de aquellos tres años de labor.

Llegaron a la cima y se colocaron las botas magnéticas que los mantenían fijos a la superficie del domo. Con los cascos puestos y las botas, los guantes gruesos y las herramientas de trabajo colgando de su cinto, cada uno se fue dispersando por la enorme construcción formada por vigas que constituían inmensos arcos parecidos a costillas de antiguos monstruos, y entre estos arcos había largos puentes que se acortaban o desarmaban a medida que el techo se iba cerrando. La comparación la había escuchado de su padre, cuando le dijo que había tenido, de muy pequeño, un libro que mostraba los esqueletos de los antiguos animales prehistóricos. Joshua no había comprendido en ese entonces ni aún lo hacía completamente, sobre todo porque no tenía medidas de comparación; no había conocido en su vida más que los pequeños animales de ciudad, ratas o viejos perros enfermos. Su padre le había tocado las costillas y le había explicado que imaginara un animal enorme como toda aquella ciudad, y entonces sabría que el tórax sería tan grande como los arcos del futuro domo.

Había muerto antes de ver el comienzo de su construcción. Se había arrojado desde el piso ciento cincuenta del edificio donde ambos vivían. Esa noche su padre había hablado en un idioma que ya no comprendía, como la mezcla de diversos dialectos, casi como la febril, incoherente verborragia de un epiléptico. Lo había visto, muchas noches antes, hacerse una incisión en la sien derecha. Joshua vio, desde su cama, el hilo de sangre contenido por el pequeño electro coagulador, mientras su padre se introducía el chip que un mercader del contrabando había traído esa misma tarde. Su padre lo miró entonces desde su propia cama, con la sutura ya hecha y una sonrisa en los labios. Lo había escuchado decir algo en el antiguo idioma de los santos, tal vez latín, y luego pronunciar los vocablos de frases viejas que traían reminiscencias de guerras y hecatombes, de mundos perdidos donde los hombres y las mujeres cantaban largas canciones de epopeyas, de amor y de bellos mundos para siempre extraviados en el creciente olvido. Entonces vio en su padre a quien era verdaderamente *su padre*, como una identificación, una individualidad que sobresalía de lo que ahora parecían los débiles contornos de la ciudad. La ciudad no como una construcción, sino como el sistema que era: costumbres, reglamentos, acciones.

Su padre era pensamiento. Su padre era conocimiento. Y en la sonrisa de sus labios leyó la tristeza del abandono, la inevitabilidad de la impotencia por no soportar tanto: el pasado era una afrenta que sin embargo salvaba de la muerte presente. Y al fin de la noche, el viejo, que no era tan viejo porque Joshua era apenas un niño, se arrojó por la estrecha ventana en medio de convulsiones y gritos mudos que ya no podía emitir. Pero un minuto antes, el viento de las alturas jugaba brutalmente con sus cabellos largos y entrecanos, cuando se sentó a horcajadas sobre el marco de la ventana, mirando sucesivamente hacia el abismo y hacia el interior del departamento, donde su hijo lo observaba,

en silencio, condenado para siempre al irremisible silencio. Luego, se dejó caer hacia afuera, mientras Joshua estiraba ceremoniosamente una mano pequeña, hasta detenerse al darse cuenta del ridículo de su acto. Bajó la mano, la apoyó sobre la cama, y se tocó los ojos, donde las cicatrices ya habían comenzado a cerrarse. Las pequeñas máquinas proyectoras estaban dentro, gracias a su padre.

Se quedó mirando la ciudad desde la alta cima del domo en crecimiento. Por un instante, creyó estar dominando al resto de los habitantes, sus edificios, sus vehículos, toda la trivial y triste cotidianeidad en medio del smog que apenas dejaba vislumbrar tenues rayos de luz aumentados por los lentes instalados en la cara interna de los sectores ya finalizados de la construcción. En los grandes arcos de metal ya habían sido puestos muchos de estos filtros solares, pero los nuevos purificadores todavía no funcionaban. Para ello era necesario que el domo estuviese terminado, y separara definitivamente la ciudad del resto del mundo, ese mundo que Joshua ahora podía ver apenas entre las oscuras nubes de pestilentes gases que contaminaban todo lo que el conociera. Era verdad, sin embargo, que conocía poco de aquel llamado mundo. Sólo los relatos de su padre le habían hablado de él, porque nada hacía referencia a lo que rodeaba a la ciudad, y mucho menos a lo que hubiese más allá de ella. La ciudad no tenía pasado, no tenía relaciones fuera de su contorno. Por lo menos así él lo entendía.

Sin embargo, el viejo le había hablado de los ciclos de alimentación, de la agricultura, de la ganadería, de las industrias, de las fábricas, de las rutas que transportaban los alimentos desde sus lugares de producción. Y cuando Joshua se paraba sobre el domo, imaginaba, entre las nieblas grises del horizonte, aquellos campos cultivados, los animales apacentando, los contornos de

los edificios fabriles, las rutas que navegaban la tierra como sobre mares, circunnavegando hasta encerrar las grandes tierras de las que el hombre se había hecho rey y señor.

No era, lamentablemente, mucho el tiempo que le eran permitidas tales ensoñaciones. Aunque no hubiese capataces ni jefes vigilándolos, Joshua y sus compañeros de trabajo designados a tales alturas, eran considerados los de más alta especialización en su técnica, y por lo tanto llevaban chips de seguimiento en sus botas magnéticas. Cuando por alguna causa detenían su labor, sonaba una alarma. Fue esto lo que sucedió esta vez, la alarma sonó en sus botas, una vez, dos veces, y la contemplación del cielo debió suspenderse en su mente, para regresar al trabajo. Se inclinó sobre la superficie del domo, abrió sus maletines de herramientas y comenzó la tarea. Tornillos y tuercas, remaches, viejos e irremplazables instrumentos que perduraron a lo largo de los siglos a pesar del avance incontenible de las nuevas tecnologías. ¿Pero qué había sido de aquella tecnología de la que tanto le había hablado su padre? Él no había visto mucho de esas cosas que el viejo mencionara: computadoras, robots, humanoides. Todo lo que quedaba eran ciudades hundidas en los gases tóxicos o sometidas a las interminables lluvias de ácido. Le habría preguntado, de haber podido hablar, y por ello en cada palabra de su padre esperaba encontrar un indicio de lo que había terminado con todo aquel mundo del pasado.

La superficie del domo era cubierta con nuevas aleaciones que traían desde las fábricas dentro de la ciudad. Había allí obreros como él que trabajaban en turnos de doce horas todos los días, encerrados en esos edificios sin ventanas, herméticos a los daños de la lluvia, con aires tan purificados que no les era permitido a los hombres salir de sus lugares de trabajo para descansar. Dormían en habitaciones preparadas para ellos, y sus familias,

si las tenían, los visitaban una vez a la semana. Aquellas aleaciones eran demasiado importantes para el futuro de la ciudad, y debían ser fabricadas con detenido cuidado y esmero. Ningún elemento químico extraño debía entrar en su fundición, y por lo tanto en cada entrada y salida de las grandes salas internas, los cuerpos desnudos de los obreros eran sometidos a largos baños de esterilización. Los que no habían tenido hijos antes de entrar a trabajar allí, ya no los tendrían. Y había visto a muchos dejar para siempre las fábricas de fundición en un estado de salud que poco se diferenciaba de la decrepitud y la astenia.

Por eso, aún cuando no hubiese un sol que contemplar, y se viera cada día de su vida obligado a empaparse de la lluvia ácida, a respirar las miasmas de los gases tóxicos que penetraban igualmente por las máscaras filtrantes, estar allá arriba, casi solo, aislado, le daba la posibilidad de pensar, de recordar los largos relatos de su padre. A veces intentaba imitar su voz, y su garganta emitía sonidos guturales que su lengua no obedecía. Cómo era, se preguntaba, que los hombres habían sabido hablar tan bien, y en realidad cuál era el sentido de aquella comunicación. Al principio, de niño, no le encontraba objetivo ni sentido, pero luego de escucharlo durante años, comenzó a darse cuenta de todo lo que pensaba había por saber, todo lo que faltaba por aprender y conocer, las preguntas surgieron espontáneamente, y ya no hubo modo de que ellas se detuvieran, agolpándose en el umbral de su garganta, sin que hubiese modo de que ellas se expresaran.

Entonces fue cuando su padre intentó enseñarle un sistema de escritura para comunicarse con él. Hasta tal momento, Joshua solamente conocía números. En la escuela a la que todos iban, cada uno era designado para una especialización que luego desarrollaría dentro del ámbito de la ciudad. Los números le habían servido para entender su vida exclusivamente como un sistema

funcional para su labor urbana. Los signos que su padre le había enseñado precariamente, eran distintos. No los había comprendido, no los correlacionaba con las palabras por él pronunciadas. Pero no hubo tiempo para más. Fue en esa época cuando los funcionarios de la ciudad llegaran para acallarlo. Durante el resto del tiempo que vivió, nunca supieron quién los había denunciado, y de todos modos no era necesario que alguien lo hiciera. Una voz como la de su padre, aunque oscura y gastada, aunque precaria, debía ser un signo distintivo en aquel edificio de miles de ruidos acallados, atenuados por los grandes sistemas silenciadores. Y en algún lugar de los edificios del gobierno, probablemente, habrá sonado una alarma avisando de una voz no permitida.

Joshua pronunció algo ininteligible, y su compañero más cercano en la superficie del domo, levantó la vista hacia él. No había hecho más que un ruido, pero en su pensamiento había una palabra, así que creyó haberla pronunciado. Bajó la vista, temerosos que el otro lo denunciara, pero su compañero se sonrió, y luego hizo un ruido que le hizo darse cuenta de que era igual al que él había emitido. Ninguna palabra, sólo un ruido que intentaba expresar algo, una broma, un suspiro, una exacerbación de fuerza mientras colocaban el material de construcción. A veces debían agacharse y levantarse para avanzar sobre la superficie, otras acostarse para remachar la aleación desde el lado interno. Era casi siempre un trabajo agotador, que los gases dificultaban, y los residuos resbaladizos o pegajosos de la lluvia retardaban. Se oían toses, gemidos de algunos que se lastimaban. Incluso un par de veces alguien había caído hacia el fondo de la ciudad. En tales ocasiones, el trabajo había continuado, mientras todos revisaban el funcionamiento adecuado de sus botas magnéticas, y los arneses, que aunque pasados de moda, podrían salvarlos de una caída mortal.

Joshua se sintió aliviado de que su pensamiento no hubiese sido descubierto, y la vieja palabra regresó a su mente, intentando abrirse paso en su garganta inútil. Una palabra corta, excesivamente breve, fácil de pronunciar según la había escuchado en boca de su padre, y grata al oído, suave y tenue como ningún aire que hubiese percibido hasta entonces. Se la había escuchado pronunciar muchas veces, pero ahora, luego de largo tiempo, casi no la recordaba. Y sin embargo, volvió, sin causa ni motivo aparente, como los pensamientos a los que el padre lo había acostumbrado en sus largos monólogos. Palabras que se llamaban unas a otras, formado frases que iban tomando sentido, y de pronto una idea o un concepto quedaba atinadamente construido en su mente. Una construcción quizá más grande que el inmenso domo que cubriría la inmensa ciudad. Una construcción sin espacio porque abarcaba todos los espacios, y por sobre todo porque nunca desaparecía. Lo que está en la mente, decía el padre, es lo que nos define.

Entonces Joshua levantó la vista al cielo habitado de enorme nubarrones grises, plateados, morados. Halos de luz enceguecedora denotaban los rayos ultravioletas que no podían ser filtrados a tales alturas. Se aseguró que el traje de protección estuviese bien cerrado, porque a veces se rasgaba o se abrían sus cierres durante el trabajo, se ajustó las gafas, y se paró erguido sobre la superficie, con una mano enguantada haciendo visera sobre los ojos. Algo veía en lo más profundo del cielo, y se dio cuenta recién entonces de que esa era la palabra que había llegado a su mente en los instantes previos. ¿Cómo pudo haberlo sabido antes de ver el objeto que señalaba tal palabra?, pero se dijo que apenas llegar allá arriba ya había visto algo diferente en el cielo. Tan acostumbrado a las complejas sombras estancadas sobre la ciudad, conocía los mapas oscuros del cielo que lo rodeaba, y cualquier diferencia era fácilmente notoria.

Pronto sonaría la alarma, pero él no se iba a mover de allí hasta ver claramente lo que había vislumbrado. ¿Y qué era finalmente lo que vio o creyó ver?, sólo una forma extraña en el fondo turbio del cielo, como una ameba sometida al casi nulo vaivén del agua en un masa fangosa de las cloacas de la ciudad, aquellas que formaban la periferia escabrosa del domo, sobre las que se levantaban los cimientos de la nueva construcción. Pero lo que había en el cielo ahora era una criatura alada, que se acercaba con nitidez luego de observarla abrirse pasó con lentitud entre las nubes oscuras. La forma aumentaba su tamaño progresiva, lentamente, pero con una firmeza que comenzó a acelerar el corazón de Joshua. La alarma estaba sonando. Si no se movía en los siguientes tres minutos, desde la central mandarían una señal para que las botas comenzaran a calentarse. Tendría diez minutos más para responder al apremio. Luego, no tendría más remedio que sacárselas, lo que significaba el riesgo de caerse al vacío, o ser exiliado de la ciudad, lo cual en términos de futuro significaba el mismo tipo de muerte. Pero algo le gritaba en su interior que no podía ignorar lo que estaba viendo. Giró la vista a sus compañeros, pero los demás no parecían haberse dado cuenta.

El ave, porque de eso se trataba, de una enorme ave de alas desplegadas, se estaba acercado, y por su tamaño ya debía haber estado sobre ellos a la altura del domo, y sin embargo aún parecía lejos, casi inmovilizada en su planear, ya que apenas movía las alas. Joshua podía ver los ojos rasgados, el pico largo, las largas alas como delgadas membranas unidas por fragmentos fuertes que terminaban en extrañas manos.

Se estaba acercando cada vez más, y los tres minutos habían pasado. Las botas comenzaron a calentarse, pero casi no lo notaba todavía. El ave emitió un grito largo y estridente, y fue entonces cuando los demás se dieron cuenta. Levantaron la vista,

detuvieron su trabajo y señalaron al ave, corriendo luego sobre la superficie curva del domo. Pero Joshua fue el único que no se movió, porque sabía que el pájaro no les haría daño, por lo menos no a él. Era el ave que estaba es su memoria desde hacía mucho tiempo. Era el primer espécimen que veía, el primero para todos en esa ciudad, seguramente, pero desde el fondo nadie la habría notado. Sólo él, en el domo, la reconocería, porque era exactamente igual a las que su padre le había descripto. Las aves prehistóricas, mitad reptiles, mitad mamíferos, la extraña mezcla que nadie había comprendido del todo, lo mismo que la vieja y extraña teoría de que los hombres eran descendientes de curiosos animales llamados simios que vivían en los árboles. Conceptos difíciles de comprender para Joshua, historias antiguas que tenían más fundamentos de mito que de probable verdad.

De todos modos, allí estaba el ave para corroborar las verdades que había escuchado en la voz definida, a veces claudicante, casi siempre cansada, de su padre. Entonces todo un mundo se generó a su alrededor: selvas densas de árboles entrelazados, pantanos profundos donde grandes animales se hundían sin remedio, cielos azules de un sol tan intenso que no permitía la lluvia en largos años, y más allá, las montañas cubiertas de bosques y nieve, y más lejos las regiones del mar. Joshua supo, vio, todo esto, sin haberlo visto nunca en realidad.

El mundo era el pasado, ahora. Y el pasado era más que el sinuoso presente, el riguroso, pavoroso presente que no era más que el futuro hecho ahora a cada instante. No había futuro más que bajo el domo, y el domo no era un futuro sino un presente constante. Un destruir y un construir, un encerrar el tiempo en una cápsula de tiempo continuo, inmovilizado.

Presente constante, inerte, estancado. Menos vivo que una roca, y tan parecido, tal vez, al acero.

Entonces el ave ya estaba sobre el domo, y las botas se recalentaron tanto, que comenzó a sacárselas, pero antes que eso ocurriera, el tanque de oxigeno comenzó a agotarse. Estaba respirando aceleradamente desde varios minutos antes, y poco después sintió que su vista se nublaba y la mente se desvanecía. Creyó que su cabeza golpeaba la superficie del domo, pero no dejó de sentir el olor del pájaro que lo sobrevoló a tan escasos centímetros que fue como haberlo tocado. El viento que sus alas levantaron a su alrededor, el polvo, las nubes agitadas que ocultaron su figura inmensa. El grito estridente del ave, como de triunfo, como de canto sobre el mundo civilizado del hombre. El amenazador pico largo que abrió apenas llegó a Joshua, no para devorarlo, o por lo menos eso pensaba, sino para hablarle. Y en el aroma del viento desplegado por las alas, sintió la llegada del viejo mundo, el regreso intenso y deslumbrante del pasado, los ejércitos avasalladores de la ira y de la venganza.

Algo regresaría, se dijo, y no supo si su lengua logró pronunciar esa frase cuando despertó en el consultorio de la enfermería. El médico lo estaba mirando cuando le sacó la mascarilla de oxígeno. Joshua sabía que algunos de los funcionarios de la ciudad eran capaces de hablar, era un requisito en realidad para formar parte del sistema de gobierno, pero pocos utilizaban tal habilidad en la vida privada, y mucho menos en la profesional. Las voces que él había escuchado de otro que no fuese su padre, estaban mediatizadas por máquinas o megáfonos, por lo tanto sonaban impersonales. Esta vez oyó la voz del médico, pero sus palabras no coincidían con su mirada.

—La próxima ocasión, preste atención al revisar la carga del tanque de oxigeno. Estaba casi en cero cuando usted subió al domo.

Joshua lo miró fijo. Había hecho lo correcto, pensó, la carga estaba llena al subir. El médico, alto, de uniforme blanco ajus-

tado como el de un buceador completó unos formularios en la planilla digital que llevaba en las manos. Luego se puso a observarlo detenidamente.

—¿Se siente bien? Si le preocupa lo que vio en el domo, las alucinaciones por apoxia son muy comunes, casi el síntoma más frecuente. Olvide lo que vio.

Como Joshua continuaba mirándolo fijo, antes de apartarse de él y sentarse detrás de su escritorio, dijo:

—Por esta vez no mencionaré en el informe su negligencia, sólo un desperfecto en el equipo. Ahora puede irse, tiene el resto del día libre. Buenas tardes.

Joshua se levantó de la camilla. Apenas apoyó los pies en el suelo un vahído lo dominó por unos segundos. El olor del ave volvió con el recuerdo, junto al sonido intenso del aleteo, y la sensación que tuvo al verse al borde del domo, el abismo de la ciudad junto a él, sólo escasos centímetros.

El médico lo calmó, sin levantarse de la silla:

—Ya se le pasaran los mareos en un rato. Salga y despéjese.— Luego volvió a sus tareas, que parecían consistir en nada más que estar sentado detrás del escritorio, con la mirada fija sobre su superficie casi vacía, sólo la misma planilla, quieta como un cartel pintado, de escasos centímetros, que había dejado caer de sus manos al sentarse.

Joshua salió a la calle, era una hora incluso más tarde de aquella en que habitualmente finalizaba su trabajo. Había estado en la enfermería más tiempo del que creía. Miró hacia las alturas. En el domo estaban trabajando los empleados del turno siguiente. Ya no había más que la luz artificial de los proyectores nuevos

ubicados bajo las vigas, y los reflectores que ampliaban la luminosidad. Aún así, las zonas más profundas de la ciudad permanecían en completa oscuridad, aquellas entre los altos edificios, las más cercanas a los cimientos del domo, o las adyacentes a las fábricas de aleación. El trayecto hacia el departamento no le era muy conocido desde donde ahora venía. Observó con curiosidad las calles atestadas de vehículos estancados en el viejo asfalto que alguna vez, con el excesivo calor de una explosión ocurrida mucho tiempo antes de su nacimiento, se había derretido y levantado hasta tomar formas de olas para siempre petrificadas. Estos eran términos que utilizaba su padre, mientras le mostraba desde la ventana del departamento que compartían, sus recuerdos de vida en la ciudad.

Las calles, entonces, eran como viejas esculturas en ruinas, lo oyó decir, y esa frase le traía la reminiscencia del letargo propio de una tarde triste y crepuscular. No sabía cómo, pero la voz de su padre, por mérito de las palabras o sus efectos sobre el tono de la voz, era capaz de recrear un mundo para siempre desaparecido. Ese mundo estaba ahora en la mente de Joshua, y como un don, lo extasiaba y lo torturaba al mismo tiempo. No porque le hiciera daño poseer aquellos recuerdos ajenos, sino por no poder hallar correlaciones con la realidad en la que vivía. Era lo que el viejo llamaba un *deja vu*, frase extraña en el idioma de los dioses, o quizá de los sabios. Pero qué era un dios, le habría gustado preguntar. ¿Lo eran los dirigentes de la ciudad, a quienes no conocía, quienes organizaban la vida urbana, y habían decidido la construcción del domo? ¿Aquellos que se comunicaban a través de máquinas con voces altisonantes, tan escasas como arbitrarias y casi incomprensibles?

Si los pocos que conservaban la capacidad del habla eran dioses, entonces su padre también lo había sido. Tal vez por eso

los funcionarios se deshicieron de él, no con sus propias manos, sino privándolo del único don que lo asemejaba a ellos. Los hombres, como los dioses, no toleran la competencia, ni la deslealtad de revelar el pasado, quizá fuera eso. Pero para el padre de Joshua, el pasado no era más que un presente que no había desaparecido.

Llegó al departamento en el piso ciento cincuenta, habitado todavía por los movimientos de su padre en cada rincón, cerca de cada mueble, ya escasos, en cada sábana y en cada vaso. En cada una de las sillas en la que se sentó, en el cuarto de baño donde se afeitaba, en el espejo que moría cada noche de vergüenza al no poder reflejar más que la negrura de una nada que hasta al propio espejo asustaba.

Se sentó en la cama sin desvestirse, y se tocó lo ojos. Las diminutas máquinas proyectoras estaban en el sector de su cerebro junto al nervio óptico, implantadas por su padre una noche mientras Joshua dormía, no mucho antes de suicidarse. En la mañana, había sentido cefaleas, bajo las cicatrices en las sienes que ya no se notaban luego de varios años. En la cama persistían muchos de los dibujos que su padre había dibujado sobre las sábanas, esquemas de máquinas mezcladas con órganos anatómicos, con los cuales le había aprendido a implantar los proyectores vendidos en el mercado negro, lo mismo que aquel chip que tenía incorporado desde tiempo antes. "Aquí", le había dijo a Joshua, señalando un sector de su cabeza, "está el pasado de todo lo conocido. Lo que yo recuerdo, hijo, es una breve temporada de la historia. El resto de la herencia está en estas maquinitas diminutas, más pequeñas que la punta de tu dedo más pequeño. Qué tristeza, ¿no es cierto?, que esto sea todo lo que queda, porque no podemos meternos en él, y sin embargo qué alegría, porque precisamente esto sea *todo*".

Joshua no había utilizado los proyectores en mucho tiempo, pero sabía cómo hacerlo. A veces se ponían a funcionar solos durante la noche, sin que mediara su voluntad, y las imágenes aparecían en el cielo raso del departamento, como sueños. Esta vez, sin embargo, no apagó las luces, no cerró las ventanas, ni se aprestó a dejarse dominar por el miedo a la delación.

Hizo funcionar el sistema, y las imágenes aparecieron frente a la cama. Primero tímidamente, después, como tomando valor, alimentándose de su propio ego, fueron creciendo hacia el techo, hacia las otras paredes, hacia el piso, hacia la cama, hacia las puertas abiertas que conducían a los otros cuartos y conduciendo las imágenes hacia sitios que él no podía ver pero que allí estaban sin duda. Luego las imágenes proyectadas se extendieron hacia las ventanas abiertas, y se mudaron al exterior, sobre el cielo oscuro, sobre el que se formó un rectángulo de imágenes inconexas e interrumpidas, cortadas por los bordes de un teatro demasiado chico, donde los foros confinaban la actuación a uno o dos *partenaires* exclusivamente.

En las imágenes había mundos enteros, había lagos con barcas, mares encrespados y bosques arrasados por incendios o tormentas, montañas de picos cortados por inmensas explosiones, y enormes ejércitos batallando. Había ciudades bajas y otras altas, algunas arrasadas por la guerra y otras en construcción. Casas habitadas o abandonadas. Cementerios y hospitales. Aviones atravesando el cielo y fundiéndose en el sol, estrellándose en estallidos de plata y oro. Campos cultivados de terribles colores variados, animales enormes o diminutos. Rayos, relámpagos y lluvia. Desiertos con tormentas de arena, y esqueletos antiguos de animales prehistóricos. Naves espaciales caídas en lechos de barro, enterradas, oxidadas como antiguas vajillas de cocinas muertas.

Entonces aparecieron los pájaros. Era una gran bandada que abarcó toda la habitación, una bandada que no se detenía ni cesaba de pasar de un lado a otro. Las aves eran como la que había visto en el domo: amplias alas extendidas de naturaleza membranosa y un largo pico. Eran sin duda, aves prehistóricas, cuyo nombre su padre le dijo pero que le había sido difícil retener. Eso ahora no importaba. Ellas estaban de regreso. Y las aves dieron vuelta por la habitación, y emitían estridentes gritos silenciosos porque Joshua aún no se atrevía a conectar el audio de las máquinas proyectoras. Pero de un extraño modo, ya no era necesario. Él ya había escuchado ese grito estridente y desgarrado, un grito que se convertía en canto con su extenuada repetición. Un grito que acometía la realidad desde primordiales regiones destrozadas por la memoria.

La memoria quebrantada se rearmaba, se abastecía y retornaba. Rodeaba el angustioso descanso de Joshua, lo atacaba. Y parecía que de un momento a otro, toda la ciudad también sucumbiría.

2

Habían pasado más de tres semanas, y por más que Joshua buscara cada día en el horizonte señales del ave, ésta no volvió a aparecer. Su mente se atuvo a lo aparentemente evidente, que tal vez fue él quien proyectó en el cielo la imagen del inmenso pájaro. Si creyó que los demás también lo habían visto, fue otra obra de su mente montar el escenario secundario, el necesario coro de fondo elevando la vista hacia lo mismo que él.

Fue tras este convencimiento, en que su ánimo volvió a apaciguarse en una monotonía que sus nuevas inquietudes le habían hecho extrañar como fuente de seguridad y tranquilidad. Era verdad que el gobierno de la ciudad no veía con buenos ojos a quienes provocaban problemas de cualquier tipo, y ellos sabían bien que cualquier tipo de problema llega únicamente de la disconformidad que una imaginación demasiado exaltada provocaba. Por lo tanto, quedaba el camino de anular la imaginación y sus connotaciones o fuentes, llámese locura o sentimentalismo, o anular a la persona objeto de aquella distorsión del pensamiento y la conducta.

Quién sabe, se preguntaba Joshua, cómo habían comenzado a pensar así los miembros del gobierno. No tenía idea de la

crueldad natural del hombre, por supuesto, ni de las ambiciones del poder que lo llevan a dominar a todo cuanto halla a su alcance. No tenía medios de saberlo porque no existía comunicación con otros hombres más que con miradas, y su padre había obviado cualquier comentario de filosofía metafísica, ni siquiera de una filosofía psicológica o fisiológica. Simplemente el ser humano era así, trabajando en base a las necesidades inmediatas. Y la más inmediata era la construcción del domo para protegerse de los efectos dañinos del ambiente. Pero nunca se preguntó Joshua, el por qué del contraste entre el pasado luminoso que escuchaba en boca de su padre, y el presente oscuro y terrible que vivían. De algún modo, y lo entristeció darse cuenta de esto en las noches solitarias que siguieron al primer encuentro con el ave, o con lo que creyó era un ave verdadera, nunca había creído en la verosimilitud de aquellos relatos e historias que su padre le contaba. Lo fascinaban, es verdad, e iban formando en su mente lugares imprescindibles, plataformas sobre las cuales construiría más adelante las grandes estructuras conceptuales con las que concebiría el pasado del mundo. Pero tales descripciones y conceptos no habían sido iluminadas aún de la forma adecuada para que adquiriesen relieve, y con él, la ubicación en un espacio y un tiempo. El día que apareció el ave, sin embargo, con su realismo lleno de olores, tactos y sonidos, la fantasía con las que había cubierto la historia se derrumbó, y tras ella apareció la triste realidad del pasado, no más virtuosa, ni siquiera más épica que la inmensa construcción de la ciudad con su domo. Pero tal historia, por más opaca que fuese, era algo emparentado con su sangre. Él pertenecía a ella.

En esto pensó en las últimas noches de ese lapso de tres semanas. De la desilusión, pasó a un estado de atención. Ya no estaba inquieto por la vuelta del gran pájaro, pero miraba al cielo de tanto en tanto como quien busca las señales de una lluvia

bienhechora. Debía ocultar su inquietud si no quería verse perjudicado en su trabajo ni verse apartado del domo para siempre. Porque ahora el domo era una de las nuevas plataformas de su mente, la más alta, sin la cual el ave no lo encontraría. ¿Acaso había venido a buscarlo a él? No supo la razón de tal narcisismo. Joshua era uno más entre tantos hombres, ni más inteligente ni más torpe que los otros. Pero había tenido la posibilidad de ver algo más, y eso marcaba la diferencia. Joshua lo sabía ahora con una seguridad que era una especie de recién nacido orgullo, algo que nunca había sentido hasta tal momento, y era hermoso sentir aquello.

Entonces el día veintiuno desde la primera aparición del ave, se levantó como todas las mañanas, se aseó, tomó un desayuno austero, se vistió y salió camino a la zona de ascenso al domo. Al pasar por la puerta del edificio miró instintivamente hacia arriba. Los que caminaban por la vereda hacia sus trabajos llevaban las cabezas gachas, atentas sólo al paso de sus pies sobre el asfalto. Joshua se introdujo en las filas que avanzaban sin orden pero casi rítmicamente. A veces no se daba cuenta de que caminaba más rápido, otras más lento, y en dos ocasiones incluso se había detenido al ver entres las rendijas abiertas de la superficie del domo, una sombra volante. Su corazón se aceleró esas dos veces, los demás lo empujaron, se dieron vuelta para mirarlo con sorpresa, y lo dejaron atrás. Él, sin embargo, sabía que en su rostro había estupefacción y dolor, la terrible pena de que el ave pasara sin verlo, y que por ello ya no regresara a buscarlo. Debía subir pronto, se decía, y entonces aceleró el paso, empujó casi a los mismos que habían tropezado con él un momento antes. Al llegar a la zona de los ascensores, fue el primero en instalarse dentro. La subida fue como siempre, rápida, casi insensible. Las casas bajas fueron desapareciendo, los altos edificios morían uno

a uno a medida que ascendía, y las nubes se hicieron más espesas y la lluvia ácida comenzó a pegarse a su traje aislante.

Ya en la cima, se colocó las botas magnéticas y las gafas. Tomó la caja de herramientas, se montó la mochila con casi todo el instrumental que necesitaba y se encaminó hacia los labios abiertos del domo. Por primera vez, se dio cuenta que la distancia entre ambos no era mucha. Miró hacia el otro labio de la abertura, más allá del abismo en cuyo fondo yacía la ciudad como una joya a proteger, cuya belleza se había perdido mucho tiempo antes, tanto que nadie viviente recordaba cómo habría sido alguna vez. Tal vez se conservaran archivos, documentos, su padre había comentado tal posibilidad, pero nunca habló demasiado de eso. De lo único que podían obtener datos, decía él, era de aquellos chips que se contrabandeaban en el mercado negro. Nunca pudo lograr, dijo, conocer de dónde venían ni quién los había grabado, pero su veracidad era indudable, porque lo mismo que él leía en ellos, estaba en los viejos archivos de papel que había visto de niño. Pronunció la palabra "libros" muchas veces, pero como a tantas otras cuyo significado no definía. y por lo tanto era complicado retener, Joshua no le prestó atención.

Pasaron diez minutos. Miró al cielo. Como siempre, los gases contenían formas indescriptibles, nuevas e irrepetibles, constantes de tan continuamente diferentes. Dejó pasar una hora, y volvió a mirar. Ahora un sol estrecho intentaba abrirse paso entre las nubes moradas, rojas, azules, con todo un espectro de matices sin distinción. Era un sol frío, más muerto que la vieja luna de la que hablaba su padre. No tenía idea de cómo era esa luna, y de todos modos no valía la pena ya saberlo, destruida como debió haberlo sido por las antiguas naves espaciales de que le había hablado alguna vez.

Nada todavía. Quizá, ya no regresaría. Ya no se sentía seguro de nada. La excitación de esa mañana fue desapareciendo de su ánimo para después del mediodía. A media tarde, ya no encontró indicios de ella ni en su cuerpo ni en su mente. Sus ojos estaban fijos en el movimiento de sus manos, porque descubrió en ellas un temblor muy leve que lo avergonzó. En la garganta tenía un nudo que lo obligaba a tragar saliva para no llorar. Cuánto tiempo que no le pasaba eso, desde que era un niño, mucho antes incluso de que su padre se arrojara por la ventana. Ni siquiera ese día lloró. Únicamente más tarde, en las noches, cuando sabía que nadie podría verlo ni escucharlo. Luego, ya no volvió a sentir tal deseo. Y el día iba muriendo sin que nada lo distinguiera de las demás jornadas.

Cuando se acercó la hora del crepúsculo, cuyo cielo apenas se diferenciaba del resto del día, juntó sus instrumentos, se irguió enderezando la espalda, y haciendo un esfuerzo por levantar la vista, porque no quería comprobar lo que ya presentía que iba a encontrar, miró el poniente que había tomado los colores de las llamas que salían de boca de los dragones. ¿Pero qué he dicho?, pensó, y por primera vez se refirió a sí mismo como un ser parlante, aunque no hubiese pronunciado nada en voz alta en realidad. Su sorpresa fue doble, por esta referencia hacia sí mismo, tan nueva y curiosa, y también por la idea que acababa de pensar. Los dragones eran seres míticos, inventados por leyendas antiguas, que viajaban por el mundo con grandes alas y echaban fuego por sus bocas.

En el cielo, a lo lejos, apareció el pájaro por fin, al finalizar el día, como si viniese a buscarlo para llevarlo a casa. Escuchó el graznido fuerte, cada vez más intenso, y tuvo miedo. Los demás hombres en la cima del domo miraron al ave y comenzaron a correr, unos huyendo hacia los ascensores, otros acercándose a Jos-

hua con curiosidad. Tenían los brazos alzados señalando al ave, mientras ésta se acercaba muy rápido, tanto que ya su tamaño era evidentemente grande, mientras sus alas se plegaban y desplegaban en movimientos que levantaban un viento con aroma acre.

Joshua escuchó de los hombres sonidos guturales que nunca había oído antes en ellos. Unos se le apegaron, temblando, tal vez porque él se mantenía tranquilo y quieto. Pero en su interior también temblaba. Sentía temor no del ave, sino de qué ocurriría ahora, qué harían los hombres de la ciudad. Porque el ruido de las alarmas comenzó a sonar con intensidad, y sus compañeros entonces, ya definitivamente asustados, se tiraron al suelo, mientras otros seguían huyendo mirando hacia arriba, sin darse cuenta lo cerca que estaban los bordes inconclusos del domo. Fue inevitable, y Joshua nada podía hacer, porque nada le salió por la garganta cuando quiso advertirles. Eran como niños que él se creía en el deber de proteger. Escuchó los altoparlantes que sólo se usaban en emergencias graves de la ciudad, y las voces de los dirigentes, ya grabadas para ocasiones muy diferentes a ésta, ordenaban mantener la calma y evacuar el lugar por las salidas de emergencia. Todo eso sonaba muy antiguo para Joshua. La ciudad estaba, en realidad, indefensa para cualquier catástrofe. Era como una vieja que intentara defenderse de un ataque con sólo los resabios de una voz bien educada.

El ave ya estaba sobre el domo. La sombra de sus alas iba y venía sobre la superficie y sobre los hombres que corrían hacia el abismo de la ciudad. Joshua los veía huir protegiéndose las cabezas con las manos, mientras el ave los perseguía y sus alas apenas los tocaban. Pero ellos corrían y caían, y el ave continuó rondando en incontables vueltas, hasta que subieron los guardianes del ejército con armas de fuego. Joshua los vio salir de los ascensores y formarse en varias filas apuntando al pájaro, y

dispararon una vez tras otra. Los que quedaban sobre el domo se taparon los oídos, incluso Joshua no pudo resistir el ruido de las armas. Se tiró al suelo, sin dejar de ver la sombra del ave rondando la superficie del domo incansablemente. Cada vez que pasaba sobre él, la sombra le provocaba un escalofrío como si trajera, cobijado en sus alas, el frío del invierno de lejanos lugares. Nunca había sentido tal frío. Su piel, bajo el traje, estaba erizada y dolorida, sus brazos y piernas temblaban mientras una ráfaga continua daba vueltas en el interior de su traje. Levantó la vista cuando el ave se estaba acercando hacia él. La cara del pájaro era tan extraña, alargada, con un pico enorme y un penacho alto que le acentuaba aún más la autoridad que sus extensas alas habían demostrado desde el principio.

El ave comenzó un vuelo rasante por sobre las espaldas de los hombres, rasguñando los trajes, haciéndolos sangrar. Muchos se arrojaron al vacío por desesperación, otros quedaron enganchados en sus garras y caían del aire con los miembros desgarrados. Había mucha sangre sobre el domo, muchos gritos silenciosos en las bocas de los vivos y muertos. Sólo el grito triunfal del ave se escuchaba estridente, abarcando el cielo y toda la ciudad. Joshua adivinaba que desde las calles los habitantes estarían mirando hacia el domo tratando de adivinar qué estaba sucediendo allá arriba. Seguramente ya se escondían en sus casas, y los vehículos de emergencias salían a las calles para recoger los cuerpos que habían caído.

Joshua sabía que el ave no le haría daño, y al oír los disparos incesantes, tuvo miedo por el ave. Su piel parecía resistir con tenacidad los proyectiles, pero Joshua no sabía cuánto más podría aguantar. Si hubiese tenido voz para gritar, le habría dicho, ingenuamente, que escapara para salvarse, que volviese más tarde, o que no regresase si corría peligro de muerte. Tuvo pena de esa

bestia cuya fuerza la obligaba a volver una y otra vez sin razón aparente desde el pasado, trayendo una historia que estaba muerta, y cuyo representante, o último exponente era ella. ¿Para qué aquel mensaje?, se preguntó Joshua; o tal vez no lo fuese, sino una especie de misión. Como podía estar seguro él que el mundo había desaparecido definitivamente junto con su historia. No tuvo pena por los hombres que morían, no sentía nada por ellos. Eran sus contemporáneos, y en ellos se vio reflejado como en un espejo hasta poco tiempo antes. Pero la voz de su pensamiento lo diferenciaba. Algo había surgido detrás, empujándolo, arrasándolo crudamente como ahora lo hacía el ave. Cosas de la historia del mundo, de su propio pasado que no conocía, se abrían paso, por más que no quisiera. La resistencia no existía en los seres contemporáneos, sólo la capacidad de esconderse bajo un domo que conservaría el presente como un organismo que poco a poco iría muriendo en su propio aislamiento.

Lo único importante ahora era que el ave se salvara. Por eso, levantó un brazo, distinguible por sobre la superficie del domo, cuando ya todos estaban sobre el suelo, muertos o protegiéndose las cabezas. Incluso los soldados disparaban desde esa posición. Y fue en ese instante, cuando Joshua levantó el brazo, que el ave cambió abruptamente su vuelo rasante, y ascendió para tomar la dirección que la alejaba del domo y de la ciudad.

Las alarmas cesaron. Los trabajadores continuaron quietos por orden de las voces en los altoparlantes. Los soldados se levantaron y recorrieron la superficie del domo. Empujaron los cuerpos de los hombres para comprobar si estaban vivos. A los muertos los arrojaron por el borde, a los otros los levantaron y los llevaron hacia los ascensores. Cuando se acercaron a Joshua, que continuaba con el brazo elevado, lo sacudieron con los cañones de las armas y lo arrastraron por la superficie. Le dieron un golpe

en la cabeza porque había hecho resistencia, así que no pudo ver su descenso hacia la ciudad, ni supo cuánto tiempo pasó hasta despertar en la enfermería, que esta vez estaba repleta de hombres heridos. Varios médicos suturaban heridas, con un silencio de voces susurradas, con ruidos metálicos de instrumentos y máquinas, y los gemidos de los heridos. Todo eso era silencio, porque de tan sutiles, acentuaban precisamente lo que no podía ser escuchado: los gritos que no serían emitidos nunca porque los hombres que sufrían habían perdido la costumbre del habla. El dolor también es un pensamiento que puede ser expresado con palabras, y Joshua comenzaba a aprender que las palabras consuelan y atenúan el dolor. Su padre había sobrevivido todo ese tiempo porque había sabido hablar, y cuando le quemaron la lengua, no tuvo más remedio que matarse. Si no se habla, se actúa, se dijo Joshua.

Despertó balbuceando una palabra, y los médicos lo miraban con atención. Le pusieron una mascarilla de oxígeno y debió callarse. Muchas horas después, la enfermería estaba casi vacía. Él no estaba herido, pero lo habían dejado allí quién sabe por qué razón. Estaba drogado, se daba cuenta, y supo que todos sabían lo que había hecho en el domo al levantar su brazo. De algún modo, el ave lo había obedecido. Se abrió la puerta y aparecieron varios soldados. Lo hicieron levantarse y lo llevaron entre dos porque no podía casi mantenerse en pie. Se sintió guiado por largos pasillos que no conocía. Escuchaba de vez en cuando el ruido de la ciudad, muy cerca, por encima de ellos, pero no sabía si estaban recorriendo los subterráneos hacia las dependencias del gobierno. Seguramente era así. Lo llevaban a las autoridades para dar explicaciones. Se rió, y los soldados lo miraron. Como iba a explicar, se dijo, si no sabía hablar. Siguió sonriendo, hasta llegar a una gran puerta blanca que se abrió lentamente, y se encontró en medio de una enorme sala llena de trabajadores

ubicados en fila. Muchos eran los sobrevivientes de la masacre, pero los demás estaban sanos. Frente a la multitud, estaban los jefes del gobierno. Jamás los había visto, pero adivinaba que eran ellos, por supuesto. Cuando lo dejaron en la primera fila, en un espacio que le habían reservado, los hombres tras los escritorios comenzaron a hablar con máquinas frente a sus bocas. Las voces no eran como las de su padre, estaban mediatizadas por sistemas de amplificación que las distorsionaba.

—Ciudadanos, se declara el estado de sitio. Nadie podrá salir de sus viviendas, excepto los trabajadores del domo.

Los soldados entonces empujaron a todos hacia las salidas, pero Joshua fue retenido en la sala vacía, con excepción de los jefes de gobierno. Estos eran hombres vestidos con trajes pulcros, uniformados por el color blanco que contrastaba con sus rostros agotados, llenos de arrugas oscurecidas, de ojos pequeños como piedras brillantes engarzadas en la cara. No parecían hombres, aunque sangraran, eran sistemas parlantes, nada más.

—Usted, ciudadano, subirá todos los días al domo. Vivirá allá arriba hasta que sea finalizado. No se lo exceptuará del trabajo.

Un soldado se lo llevó de vuelta por los pasillos hasta la enfermería. Luego volvieron a inyectarlo, y supo que dormiría por largas horas. Y hasta que él despertase, los trabajos en el domo, y la vida en la ciudad asediada por el ave, se interrumpirían. Se durmió, sedado en el creciente lecho de los pensamientos.

Cómo despertar, se dijo, cuando toda realidad se parece a un sueño. ¿Y si los recuerdos son sueños, o los sueños son también reales? Hay diferentes planos de la realidad, decía su padre. Si uno de ellos es fantasía, el resto también lo es. Si aplicamos las leyes de la lógica para desmentir a alguno de esos planos, tam-

bién debemos aplicarlas a los demás. Por lo tanto, o todo es un sueño que alguna deidad superior sueña, o todo es tan real, y por lo tanto ocurre simultáneamente en el tiempo y el espacio. Y los recuerdo de Joshua, tanto como los de su padre, debían ser reales no solo porque estaban regresando de manera continua desde la memoria, sino porque podían expresarse con palabras, aunque no fuesen pronunciadas. El sueño de Joshua de sumergió en los diversos relatos de su padre. Y recordó, de pronto, uno que le había contado una noche antes de dormirse, y que había quedado en su memoria como una ficción.

—Tu abuelo— había dicho —y yo debimos huir hacia las zonas altas. Todo el mundo escapaba hacia las altas montañas. Los que tenían dinero huían en unos vehículos llamados dirigibles, viejos armatostes modernizados para tales viajes masivos. Pero la mayor parte de la población no tenía medios de escapar de las inundaciones. Yo era un rebelde en ese entonces, y me convertí en un asesino. Maté a muchos disparando a los dirigibles, porque yo pensaba que no era justo que algunos se salvaran y nosotros no. La dignidad de tu abuelo no le permitía pasar por encima de sus semejantes, por eso me sentí avergonzado y decidí quedarme con él, por más que había robado dinero para conseguir pasajes. Fue una época triste, hijo, las aguas avanzaban y la gente moría. Tu abuelo murió unos meses después, y yo no hice más que amargar la vida de mi madre continuando con los atentados contra los dirigibles. Ella no quiso huir ni quiso recibirme en casa. Yo era un paria, un renegado, un perseguido en esa época. El mundo estaba anegado, las especies se extinguían, los únicos sobrevivientes eran las aves, y ellas comenzaron a sobrevolar la tierra, anidando en las mismas montañas que los hombres. Yo, finalmente, abandoné a mi madre y me fui con mis amigos en los vehículos eléctricos que robamos, hacia las zonas altas. Con las mismas armas con que disparábamos a los dirigibles, matábamos a las aves para

alimentarnos. Pero ellas se reproducían más rápidamente que los que nosotros las destruíamos, y comenzaron a atacar nuestros pueblos y asentamientos. No hubo más alternativa que protegernos con cúpulas construidas con troncos y piedras, como lo habían hecho los antiguos. Entonces los pueblos se convirtieron en ciudades, como esta en la que vivimos. El aire enrarecido era difícil de respirar, así que comenzaron a aparecer los filtros y las máscaras. Los científicos crearon bombas de destrucción para las aves que nos amenazaban. Los dirigibles las transportaban en sus vientres, y estallaban en los altos nidos en que moraban las crías. Pero las bombas envenenaron la atmósfera junto con las aves, y la lluvia ácida comenzó a caer. Las nubes en las montañas se formaban con los gases tóxicos, y las tormentas sobre el océano envenenaban las aguas, y los peces ya no fueron comestibles. Entonces no quedó otra alternativa que desarrollar industrias dentro de las ciudades, alimentos alternativos para una población humana cada vez más reducida. Esto pasó en un plazo muy rápido, de no más de cuarenta años. Por eso, cuando naciste, yo ya era un hombre grande. Mi generación pudo ser testigo de muchos cambios, y destructora de cada uno de esos cambios. Los dirigibles desaparecieron, estrellados en las montañas o siniestrados en el océano. Ahora somos como clanes encerrados en grandes montañas aisladas por enormes océanos insalvables. Consumiendo y reciclando los mismos medios de subsistencia. Tu madre falleció en una fábrica de alimentos reciclados, y ya había dejado de hablar hacía mucho tiempo antes, consumida su garganta por el cáncer que las radiaciones habían hecho nacer. Yo le hablaba, como lo hago ahora, porque no quería que olvidase el pasado. La forma en que habíamos sido alguna vez.

Esa misma noche, Joshua comenzó a sentir dolor de cabeza a la altura de sus sienes. Su padre lo retenía contra la cama, atado, mientras rozaba un bisturí a ambos lados de su cabeza. Sintió

que sangraba, pero pronto algo penetró detrás de sus ojos, un metal frío. Más tarde supo que eran los proyectores, pero al despertar sólo había sentido náuseas y una intensa ira hacia el viejo, que lo estaba mirando entonces con la tristeza más profunda que hubiese visto en él alguna vez.

Recordó un gesto que creyó haber olvidado: su padre había señalado su propia cabeza antes de tirarse por la ventana del piso ciento cincuenta. En ese entonces pensó que se refería a las máquinas proyectoras; ¿pero no era posible, se preguntó, que le hubiese insertado un chip como el que él llevaba? Había algo llamado mensaje subliminal, que según su padre se utilizaba para inducir formas de conducta en el viejo mundo. El chip funcionaba de esa manera, no solamente introduciendo conocimientos conscientes, sino induciéndolos en planos más profundos. De manera que el pensamiento se entrenaba con el aprendizaje de palabras que de otra forma tardarían años en aprehenderse. Y el pensamiento reestrenaría el uso fisiológico de capacidades olvidadas.

Joshua debía volver a hablar.

Fue así, que del sueño inducido por la farmacología, despertó pronunciando en voz alta palabras no muy claras porque su garganta no le obedecía del todo y sus cuerdas vocales estaban atrofiadas, sus vías respiratorias secas y su lengua era un amasijo de músculos torpes.

Los médicos que lo vigilaban se miraron entre sí, ni asombrados ni asustados. Se levantaron de sus asientos, se acercaron a Joshua y lo soltaron, como a un animal que hubiese aprendido su primera lección de forma satisfactoria.

3

No volvió a vivir en el departamento. Le dieron una habitación en las dependencias de la enfermería. Podía entrar y salir únicamente dentro de los patios y las zonas determinadas por los perímetros del edificio. Sabía que lo vigilaban. Estaba consciente de que su propia persona era de un valor especial ahora para todos en la ciudad, y especialmente para las autoridades gubernativas. Lo habían visto ordenar algo al ave, y cómo ésta lo había obedecido. Lo oyeron pronunciar palabras en sueños, y aunque no las recordaba, sí sabía que su mente había tomado otra dimensión en aquellas pocas horas. Tal vez no fuese más que la expresión final de un proceso que se venía desarrollando desde que era un niño.

Se tocó las sienes, y sintió las marcas de las cicatrices bajo la piel. Ya no se veían, pero conservaban un tejido rugoso sobre el hueso. Tal vez su padre le había insertado un chip como el suyo, además de las máquinas proyectoras. Éstas se vendían en el mercado negro como instrumentos de entretenimiento, y su comercio no era tan perseguido como el de los chips, prohibidos porque, como ahora sabía Joshua, eran transmisores de conocimientos que casi nadie poseía. El conocimiento es el pasado, y hasta hace pocos días se habría preguntado qué tenía que ver

el pasado con ellos. Si había existido todo aquello que le contó su padre, era una fábula fantástica que en nada modificaba ni perturbaba el presente. Más bien, era claro que perturbaba de un modo inquietante, porque ese conocimiento del pasado tenía la particularidad de adherirse a la memoria escasa de los hombres contemporáneos, y prender allí como una semilla en terreno débil, pero de escondidos nutrientes. Era curioso cómo en él se iban formando palabras con mayor rapidez a cada momento, las veía pasar como si fuesen aves por el cielo de su mente. No, seguramente no tenía ningún chip en los lóbulos de su cerebro. Si lo tuviese, sería tan lúcido como lo había sido su padre. Lo suyo era puro aprendizaje, lento, de algún modo subliminal a lo largo de los años que había pasado con el viejo, hasta que la primera palabra se formó en su boca, y luego todo fue tan fácil, tan fluido el manar de las palabras, que no hubo manera de detenerlas. Llegaban y se iban antes de que comprendiese su significado, pero no importaba. Ellas estaban, y las frases que se iban armando traían reminiscencias ancestrales, imágenes por ningún contemporáneo imaginadas, olores, formas, sitios, hechos. Y todo lo que el viejo le había contado, fue tomando una realidad más concreta que la realidad presente. El domo, la ciudad, la lluvia ácida, el silencio de los habitantes dominados por los ruidos mecánicos, parecía una fantasía que transcurría en un fondo lejano de su mente ya tan lúcida, amplia, vivaz. Esa era la palabra exacta, como si la memoria, ya madura, hubiese tomado el poder de su persona para ser ella sola una inmensa entidad más ambiciosa que lo físico. Porque lo material tenía la peculiaridad de morir, de ser destruido, y sin embargo la memoria recorría el tiempo sin desmedro de su calidad. Podía ser dejada de lado, pero no olvidarse, renegada pero no destruida. Y ella volvía, como había regresado el ave.

Cada día lo llevaban custodiado hacia la superficie del domo. Tres soldados lo acompañaban en el ascensor y en la

cima, mientras trabajaba. Varias semanas pasaron, y sin embargo la custodia no cedía en rigor, como tampoco cedía su esperanza. Qué hermosa palabra, se dijo Joshua. Qué sonido tan peculiar, qué connotaciones tan extrañas e imprecisas conservaba aun para él. No era lo mismo pensar una palabra que pronunciarla. Al hacerla pasar por la fisiología de su garganta, adquiría un cuerpo tan concreto como el suyo, una construcción formada en el aire que permanecía por mucho tiempo, y tenía la alta virtud de fomentar pensamientos en quienes la escuchaban. Sabía que los soldados que lo custodiaban, de algún modo comprendían, y que los médicos estaban inquietos, asombrados, de haber encontrado en la población civil aquella capacidad abolida por tantos años. Lo que el gobierno pensara, no tenía modo de saberlo, pero sin duda Joshua representaba un arma en estos momentos contra un peligro que seguramente no entendían del todo, pero tenían idea de lo que él significaba más allá de los inconvenientes e interrupciones en la construcción del domo. Ellos eran dominados por el presente, por la realidad de la lluvia ácida y los gases tóxicos. Movimiento y construcción eran los cánones a mantener, a respetar, a los cuales aferrarse para continuar viviendo. Pobres animales, se dijo Joshua, son menos que moluscos, menos que larvas. Hasta los seres irracionales tienen el instinto como sabiduría. Y recordó en estas palabras las lecciones de su padre.

Pero un día, casi tres meses más tarde, Joshua levantó la mirada al cielo, y clavó su vista en el horizonte. Los soldados lo notaron, y los otros trabajadores, que desde su vuelta sabían qué función cumplía su compañero ahora tan extraño, tan importante como para pronunciar palabras y ser custodiado por el gobierno, también se dieron cuenta. La atención de ellos estaba pendiente de los gestos de Joshua, esperando, quizá, escuchar alguna palabra de parte de alguien que había sido como ellos alguna vez. Lo respetaban, lo temían, como se respeta y se teme lo desconocido.

Había una larga línea en el horizonte, pareja y sin interrupción, lo cual era extraño en el simbolismo que adquirían las nubes de gases con sus formas y colores diversos todos los días. La descubrió muy temprano en la mañana. La observó por varios minutos, y cuando notó que los demás seguían su mirada, volvió a concentrarse en su trabajo. Tal vez se equivocaba en lo que veía. Notó, sin embargo, que los otros vigilaban el cielo más seguido. Fue a media tarde cuando la extensa línea se había transformado en un manto que cubría todo el horizonte circundante. No estaba en un punto cardinal determinado, sino en todas partes. Muchos detuvieron su trabajo, pero no hubo alarmas para obligarlos a reiniciar sus tareas. Seguramente el gobierno de la ciudad veía lo mismo que ellos. Joshua notó un movimiento de los soldados que lo vigilaban, alguien se estaba comunicando con ellos por el transmisor. Le dijeron a Joshua que se levantara, porque hasta entonces había continuado trabajando, como indiferente a la tarea a la que realmente había sido asignado. No estaba nervioso, pero intuía algo que no comprendía y lo atemorizaba. No podía pensar solamente en el presente, algo más acechaba en esa circunferencia que se avecinaba a la ciudad.

Una hora después, el gran manto verdinegro tapaba las nubes y había interrumpido la lluvia ácida. Era una inmensa circunferencia que venía acercándose para cubrir a la ciudad como un nuevo domo viviente. Ellos veían, desde el precario domo de metal y concreto, que la cara inferior de aquel manto se movía con ondas suaves, como si estuviesen viendo la superficie invertida de un mar encrespado.

Esas olas eran el movimiento de las aves.

Ya no era una sola, sino miles, seguramente millones de pájaros antiguos que se acercaban a la ciudad. Y el ruido de sus graznidos se hizo estridente cuando casi todos se sacaron las máscaras

protectoras. Ya no había gases ni lluvia de los cuales protegerse, el aire era casi neutro, a excepción de ese aroma nuevo que sentían, el olor de animales viejos, de carne lastimada y de sangre.

—El olor de la carroña— dijo Joshua, en voz alta.

Los pocos que lo escucharon lo miraron sin entender, pero de pronto sus rostros se transformaron con el pavor. Los soldados tomaron las armas y dispararon al cielo. La inutilidad de aquel acto fue seguida por más actos que adivinaban inútiles, bombas lanzadas desde la periferia del domo, ordenes para evacuarlo. Entonces todos miraron a Joshua, quien levantó ambos brazos bien alto, y el avanzar de las aves se detuvo.

El graznido continuaba, el olor permanecía, pero el vuelo de las incontables aves estaba detenido en pleno cielo, cubriendo todo excepto el centro sobre la ciudad, que parecía una enorme pupila enferma y ciega. Los hombres observaban a Joshua con miedo y veneración. En ese hombre con los brazos alzados veían al dios que tanto tiempo antes había desaparecido de sus mentes, cuya idea era ya tan extraña como incomprensible su necesidad. Vieron en los ojos de Joshua al jinete de antiguos leviatanes que avanzaban en hordas azotando los mares, inundando las tierras. Joshua, el jinete de los cielos que dominaba el mar de pájaros que ahora llegaba de quién sabía dónde.

Fue por culpa de un soldado, de uno solo entre tantos, que se movió tal vez sin pensar, por desesperación probablemente, hacia él, y lo amenazó encañonándolo con la ametralladora en el vientre. Joshua lo miró a los ojos, y el episodio en el departamento de su padre regresó claro, repitiéndose sobre la superficie del domo como lo hacían las máquinas proyectoras. La entrada al departamento, el ataque y la reducción del viejo, la forma en que lo forzaron a abrir la boca para quemarle la lengua con la pi-

cana. Y el silencio del padre se convirtió en una forma en el cielo, se convirtió en pájaros. El silencio llamó a gritos a las aves ancestrales, que tal vez estuvieron esperando mucho tiempo aquel llamado sin ruido ni estridencias, un llamado tan ecuánime y honorable como sólo el silencio sabe serlo. El silencio como la respuesta adecuada, la contestación digna, el signo más grande del amor.

Joshua apartó la vista del soldado, que ya no fue más que un temeroso individuo de carne doliente. Levantó la mirada a las aves que aguardaban, vio el brillo de los ojos en los cuerpos verdinegros, y fue como saberse un ave más entre todas ellas. Movió los brazos lentamente, bajándolos primero. Todos lo miraban, boquiabiertos. Luego comenzó a levantarlos de una manera diferente a como lo había hecho antes. Los fue elevando extendidos y hacia atrás, como si fueran alas. ¿Qué era lo que iba a hacer ese hombre?, era la pregunta que se adivinaba en el pensamiento de todos los hombres que lo observaban, y Joshua esbozó una sonrisa que connotaba burla y desprecio. Entonces sus brazos, al llegar a una altura muy poco por encima de sus hombros, hicieron el gesto brusco — tan rápido que casi nadie lo notó sino cuando ya era muy tarde—, hacia adelante. Un grito de guerra surgió de la garganta de Joshua.

Y las aves avanzaron.

Los pájaros fueron descendiendo hacia el domo fila tras fila, como un ejército avasallador. Una tras otra planearon sobre la superficie del domo, empujando a los hombres hacia el abismo sobre la ciudad, agarrándolos con los largos picos y dejando luego caer los cuerpos. Los hombres corrían hacia todos lados, sin importarles qué vacíos encontraban en la cima. Las sirenas de emergencia sonaban estridentes, los gritos tomaron el poder de los altoparlantes, y Joshua adivinaba el pavor de los gobernantes

encerrados en los subterráneos de la ciudad. Desde las calles se escuchaban ruidos de choques, de metales, de gritos guturales. Las aves entonces comenzaron a empujar con sus pesados cuerpos los andamios, las máquinas de construcción. Las vio levantar grandes pedazos de escombros con sus garras y dejarlos caer como viejas catapultas sobre el domo. La construcción fue agrietándose, y el domo comenzó a derrumbarse, mientras los pájaros se asentaban en las grandes vigas que permanecían en alto, como las costillas de una antiguo animal prehistórico. La ciudad se asemejaba a eso, y tal vez ellas tomaban el sitio y lo adaptaban a su deseo.

El domo se derrumbaba en grandes fragmentos que caían en las calles, pero también sobre los edificios. Estos no aguantarían el peso, Joshua lo sabía. Cuando se asomó al borde, vio las construcciones eclosionar sobre las calles levantando nubes de polvo de escombros. Vio cuerpos que huían hacia la periferia en los cimientos del domo, donde persistían zonas abiertas sin finalizar. Los sobrevivientes, si es que los había, ¿a dónde huirían fuera de la ciudad? Qué había más allá, sino inmensos océanos, según le había dicho su padre.

El domo seguía derrumbándose, y éste sobre los edificios y sobre los hombres. Joshua sabía que era un dios, porque se veía a sí mismo en un sitio que no aguantaría mucho más, con los brazos en alto, con cientos de pájaros que revoloteaban a su alrededor, tal vez custodiándolo, tal vez acechándolo. Se asemejaba al ojo de un huracán, y las aves la fuerza centrípeta que todo lo destruía. El aire estaba lleno del olor a muerte y carroña, y por un instante tan largo como aquella destrucción, el presente *fue* el pasado. Dejó su trivialidad, su inconstancia, su alucinación, y dejó que el pasado dominara su débil domesticidad y lo preñara con inquebrantable fuerza. Porque la fuerza del viento es mayor

que la del metal, y la consistencia de la carne más permanente que la de una edificio. Una construcción se desmorona, pero la carne, habitada de gritos silenciosos, de gestos latentes, de irascibilidad y hastiado amor, se abre paso entre los lentos, modosos, circulares pasos del presente.

Joshua observó a las aves asentándose una por una sobre las vigas arcadas, dominadoras de la inmensa jaula de la que parecían haber escapado. Y cuando el fragmento del domo sobre el que estaba comenzó a vencerse, sintió que un pájaro lo agarraba de la espalda con sus garras. Sintió el penetrar desgarrador en sus músculos, pero aguantó el dolor, porque vio cómo su cuerpo se elevaba en los aires por sobre la ciudad que se extendía como un sitio en hecatombe, vio el domo casi destruido, el polvo de los edificios que tardaría días en asentarse, los cuerpos de los hombres aplastados, los desplazamientos de los sobrevivientes en busca de las salidas de la ciudad. Lentamente, el pájaro lo llevaba cada vez más alto, y el dolor en su espalda se acrecentaba, y estuvo por decir: por favor, no me lastimes más. Quiso mirar al ave, pero no pudo mover la cabeza, y sintió que ella bajaba el pico largo frente a él, como si quisiera hablarle. Sólo oyó el graznido seco, incongruente con toda piedad. Sólo un sonido fisiológico.

Ahora se sentía llevado hacia las afueras de la ciudad, mientras ésta se perdía lentamente en el horizonte de su destrucción. Tuvo miedo de lo que vería más allá, pero el ave fue descendiendo en un lento planear, y pudo contemplar los límites externos, que pocas veces había visto. Hombres y mujeres salían por las estrechas aberturas, con lentitud, pero continuarían saliendo durante días, una nueva y última diáspora hacia regiones desconocidas. Joshua vio, desde las alturas, las rocas que constituían las altas montañas donde la ciudad había sido construida. Esperaba ver a lo lejos las aguas, según su padre, formados por las antiguas inundaciones.

Pasó el tiempo, mientras el dolor en su espalda, desgarrador y ardiente, lo hacía temer de verse desmembrado y caer en el vacío, que no era más que roca, luego tierra kilómetros más allá, y más tarde arena. El cielo que había visto durante toda su vida era ahora de un azul límpido, clarísimo, enceguecedor. El sol brillaba de una forma dañina para sus ojos. El calor lo quemaba, el sudor le empapó las ropas, además de la sangre. El ave gritaba de vez en cuando, como anunciando el largo y doloroso trayecto de un viaje sin esperanza.

Pero los océanos habían desaparecido, y el día estaba muriendo. Un crepúsculo intenso, rosado, luego rojizo y parejo, fue apareciendo por el oeste. El sol descendía en la superficie extensa de arena y más arena, por todos lados. Y Joshua adivinó que ya no vería la ansiada agua de la que le habló el viejo. Los sobrevivientes de la ciudad no encontrarían más que piedra y arena. Cómo hacer un fuego con esos materiales, cómo construir armas para cazar, o dónde hallar un sitio fértil donde cultivar siquiera una semilla. En algún sitio, quizá, muy lejos, luego de caminar mucho, mucho tiempo. Pero eso ya no era cuestión de él. Joshua y el ave eran uno solo, ahora.

Ambos viajaban hacia una región que tal vez ni siquiera el pájaro conocía. Lo notó dar vueltas, planear y girar, continuar viaje, lenta y parsimoniosamente, emitiendo, de tanto en tanto, un graznido que era un grito de inmensa tristeza. Entonces Joshua dijo algo en voz alta. Fue un llamado, un pedido lleno de congoja, algo más semejante a un grito que a una palabra, que completaba el paisaje de penumbras acechantes, lentas y seguras, hacia las que el ave se dirigía. En las garras que comenzaron a apretarlo ya más rudamente y sin piedad, conoció el llanto y la amargura final de su padre, y luego lo soltaron para dejarlo caer en las arenas de la nada.

LAS MÁQUINAS

1

Levanté la vista del libro cuando sonó la alarma. La luz roja titilaba en la pantalla. Otra muerte, me dije. Y esta vez, siendo la décima en la misma semana, me produjo una sensación extraña en la garganta. Pero más que tristeza por esa pérdida, ya que se trataba de un desconocido para mí, lo que sentí fue algo muy cercano al pavor. Mi corazón de pronto comenzó a latir más aceleradamente, y una opresión en el pecho me recordó la larga lista de enfermedades que afectaron a los miembros de mi familia. Fue ésta una de las razones por las cuales entré en la Academia de Cuidadores de las Máquinas. Era un oficio profesional que sin duda prestigiaba a quienes lo seguían. La curiosidad por conocer las causas de las muertes en mi familia me guió, sin duda, pero la expectativa fue mucho mayor que los resultados obtenidos. En la Academia sólo se enseñaba a manejar y controlar a las máquinas. Éramos más oficiantes y contadores de estadísticas que hombres encargados de velar por la salud de los demás.

A veces, mi curiosidad, sin duda mayor que las de mis compañeros en los cursos, secundada por la amargura de la muerte de mi padre y de mi abuelo, por la larga y penosa enfermedad que sufría mi madre a lo largo de muchos años, me llevaba a preguntar a mis profesores cuándo aprenderíamos sobre anatomía y

fisiología. Yo era uno más entre cientos de alumnos sentados en las gradas de aquellas tribunas construidas muchos siglos antes, en medio de praderas bajo cielos cambiantes, casi siempre fríos y lluviosos. Presentía que en aquellos asientos de piedra habían estado seres más inteligentes que nosotros. Había algo que rondaba la superficie de aquel centro de enseñanza, que sin embargo no lograba plasmarse en las grandes pantallas instaladas frente a las gradas, donde aparecían nada más que incontables cifras que representaban los números de la vida y la muerte en la población mundial.

Somos contadores de estadísticas, me dije cuando aún era un estudiante. Registramos datos para el manejo de la economía del mundo. Era necesario, se nos enseñó, y aprendimos a comprenderlo y asimilarlo, que la supervivencia del hombre depende del fluctuante equilibrio entre los recursos alimenticios y el número de la población. Todo lo demás, se me dijo, era superfluo. Entonces yo supe que todo aquel conocimiento que no poseíamos, era todo lo que habíamos olvidado. Ya no sabríamos lo que habíamos sabido, porque el ciclo de aprendizaje y enseñanza se había interrumpido frente a otras necesidades más imperiosas para el mundo.

La luz roja titilando, aquella opresión en mi pecho, y el peso de los claustrofóbicos años en la Academia rodeado de fórmulas y números, listas y pantallas agonizantes y pálidas, como hombres viejos, se reunieron para hacerme comprender un punto esencial pero aún incierto para mí aquel día. Una frase en el libro que estaba leyendo se presentó a mi memoria como una revelación, y me dije que algo mucho más grande que la enorme organización que dominaba el mundo con sus máquinas y números, todavía persistía. Un algo que enlazaba sensaciones, visiones y presentimientos. El autor del libro que estaba leyendo, un escritor del

siglo veinte llamado Bioy Casares, del cual no hallé más datos, decía que toda máquina está en proceso de extinción.

Me toqué el pecho con una mano, y recordando que lo mismo habían hecho mi padre y mi abuelo cuando se sentían enfermos, me levanté de la silla y salí de la cabina de control. El aire en el campo estaba fresco. Aspiré profundamente el olor del pasto húmedo, y miré al cielo. Grandes nubes se acercaban desde el sur, negros nubarrones cargados de lluvia. Miré luego hacia la larga fila de pacientes que se formaba a las puertas de la máquina a mi cargo. Ellos desconocían lo que acababa de ocurrir, así como también las anteriores muertes de aquella misma semana. Era verdad, insistí en recordarme, que un determinado número de defunciones las muertes debían ocurrir con cierta frecuencia. Nosotros no curamos a la gente, sólo las máquinas lo hacen. Recordé el interrogatorio que se me hizo en día del examen final de mi carrera.

—¿Qué significa la Luz Roja?

—Cesación de la vida.

—¿A qué adjudicarla?

— A la interrupción de los signos vitales en el límite exacto de la vida del paciente, más allá del cual es imposible recuperarlos.

—¿Causas?

—La enfermedad, el agotamiento del ciclo vital o el trauma abrupto que interrumpe las funciones.

El tiempo de las preguntas ya se había acabado, pero mis dudas seguían fluyendo y dando vueltas en mi cerebro. ¿Cómo era que las máquinas curaban a la gente? Me preguntaba dónde estaba el elixir que brotaba de las entrañas de las grandes má-

quinas instaladas a lo largo de las carreteras. Esos edificios que al principio era del tamaño de una habitación de una casa familiar, pero que fueron construyéndose cada vez más grandes, hasta tener más de cien metros de largo y casi cincuenta de ancho, con una semiesfera como techo y dos puertas en los extremos, una de entrada y otra de salida. Sabía que llevaban más de cien años de existencia, y diversos modelos habían sucedido unos a otros. En la Academia apenas se daban datos históricos breves, esporádicos, para amenizar los agotadores ciclos de aritmética y estadística. Pero mi curiosidad nacía más que nada del hecho cierto de que mis ancestros familiares habían participado no sólo en la construcción de las máquinas, sino en la elaboración de los proyectos concernientes a su invención. Mi familia, por lo tanto, en algún momento del pasado siglo fue desestimada en su importancia. Ningún dato preciso persistía en los archivos municipales, y mi padre y mi abuelo habían muerto cuando yo era un niño. De mi madre no pude obtener datos, su senilidad de largos años le impedía, incluso, reconocerme. Era como una planta a la que había que mantener viva. Varias veces la traje a la máquina a mi cargo. La coloqué en una camilla en la entrada, y la cinta transportadora se la llevó hacia la oscura profundidad. Cerré la puerta y esperé en la salida. No nos estaba permitido penetrar en la máquina, a menos que estuviésemos enfermos, y aunque lo hubiese hecho difícilmente había comprendido su funcionamiento, pero me habría gustado ver aquel proceso. ¿Qué sería lo que había dentro? ¿Cables, sustancias químicas, memorias virtuales, fuerzas magnéticas, rayos equis, o las simples fuerzas de la mecánica tradicional? En muchas ocasiones pensé en brujos habitando el interior, también en un gran dios. ¿Sería eso el famoso *deux ex machina* del que tantas veces había leído?

Ese día mi madre salió de la máquina, acostada aún en la cinta. La incorporé, sin duda ya más revitalizada, más lúcida, y

me miró fijamente. Era la primera vez que entraba en una de las máquinas, luego regresaría unas cuantas veces a insistencia mía, hasta que finalmente me rogó que no la trajera más. Ese primer día, sin embargo, me dijo cuando regresamos a casa:

—Prefiero morir, Samuel, antes que sentir esta pérdida…

—¿Qué pérdida, mamá?

No me contestó. Yo sabía que algo bueno había pasado, se veía en los ojos de mi madre, pero lo que fuera se estaba perdiendo rápidamente desde que había salido.

Desde entonces, no tuve muchas esperanzas ni en la curación de mi madre ni en las de los demás hombres y mujeres que entraban en la máquina a mi cargo. Revisé los controles durante un tiempo a partir de aquella ocasión, intentando comprender el mecanismo de funcionamiento, incluso pedí autorización a mis jefes para penetrar. Pero todo fue negativo. Nadie venía a revisar las máquinas, ni técnicos ni las mismas autoridades municipales o los profesores de la academia. Ellas funcionaban solas, y llegué a la conclusión de que no existían datos de cómo realmente trabajaban. Los datos verdaderos, tal vez, se habían perdido, y todo lo que nos enseñaban era una maraña de redes entrelazadas que no tenían más función que ocultar la verdadera falencia: el inmenso olvido de nuestro conocimiento.

En la larga fila de pacientes ahora había muchos más. El clima húmedo aumentaba las enfermedades infecciosas que llegaba desde las grandes ciudades, donde algunos antiguos hospitales seguían funcionando con escasos recursos porque no tenían permiso del Estado. Se nos enseñó que las grandes aglomeraciones eran fuente de enfermedades y epidemias, y que las viejas instituciones habían colapsado ante la demanda. El sistema de salud fue

reevaluado y modificado. Con la mayoría de los hospitales cerrados, la población debió recurrir desde entonces a las máquinas dispuestas a los lados de las rutas en zonas abiertas, donde el riesgo de contagio fuese mínimo. Cada año la cifra de las máquinas aumentaba considerablemente, hasta que se produjo el equilibrio adecuado entra la demanda de atención y el número de ellas. Desde entonces hubo períodos o ciclos invernales que demandaban mayor atención y trabajo por parte de las máquinas y sus cuidadores. Las muertes eran frecuentes, pero se caracterizaban por ocurrir en pacientes con enfermedades en fases terminales o con traumas demasiado severos. La máquinas, eso yo lo sabía muy bien, no eran capaces de restaurar partes del cuerpo totalmente destruidas, o degeneradas en su función vital, tampoco de restituir funciones alteradas. Esto lo descubrí en base a mi experiencia como cuidador. Vi hombres con miembros amputados, que salían con la misma falencia, pero el muñón más cicatrizado y ya definitivamente indoloro. Vi pacientes enfermos del hígado o riñones, o del corazón, que salían de las máquinas de nuevo en pie, con menos dolor, y por eso se creían curados. También presencié, y tuve que registrarlos, a esos mismos hombres y mujeres que regresaban con fases más avanzadas de su enfermedad. Algunos no salían de las máquinas nunca más, otros se recuperaban por un tiempo, pero pronto regresarían.

Las nubes estaban sobre nosotros, proyectando sombras sobre el campo. La gente en la fila se abrochaba los sacos y se cubría las cabezas. Un viento fresco se había levantado, llevando polvo del camino y hojas secas a los costados de la máquina. Desde la puerta de la cabina de control observé la entrada de un hombre que cargaba en brazos a una mujer muy delgada. Fuese quien fuese, la llevaba con debilidad y un brillo tan claro en los ojos, que en la opacidad creciente del día eran como ver gotas caídas antes de que comenzara a llover. Eran viejos, ambos, y la puerta

se cerró detrás de ellos. Sentí curiosidad, y entré a la cabina. Me puse a observar los controles, a lo largo del tiempo había aprendido a deducir los pasos que daban los pacientes en el interior, así como los procesos que iniciaba o concluía la máquina. La pantalla nada me dijo al principio. Unos segundos después, aparecieron los primeros resultados del procesamiento. Un diagnóstico de astenia severa y desnutrición había llevado a fallas irreversibles del sistema renal. De ahí en más yo no sabría qué iba a ocurrir. La computadora no refería la metodología de curación, sólo el resultado positivo o negativo. Había aprendido a inmiscuirme en el sistema, encontrando métodos alternativos de búsqueda de archivos que pocos de mis compañeros conocían, y menos aún se atrevían a utilizar, o en los cuales no encontraban objetivos. Yo pensaba en mis ancestros, en los conocimientos que ellos habían adquirido para crear a las máquinas, y me pregunté la razón de mi ignorancia, de mi sacra ignorancia. Porque ellas era ahora nuestros dioses.

Había un vacío entre las causas y los resultados que ensanchaba con cada pregunta que me hacía, hasta el punto de que cada registro insertado en el sistema era para mí una superstición, casi un acto de magia trucada, una falsedad o un vicio. Los resultados ya no valían por su presencia o su significado, porque carecían de explicación. Por lo tanto, les faltaba la verdad, o por lo menos caían en zonas de tinieblas donde poco claramente podía verse.

Hubo un grito, alto y fuerte, que pocas veces se escuchaban retumbar en los pasillos y recovecos de la máquina, como si fuese una vieja casa deshabitada. Era la voz de la mujer que había entrado. Pulsé teclas en mi teclado, abrí varios archivos y ciclos en los programas. Nada me respondió. Las computadoras habían sido reprogramadas muchas veces desde los tiempos en que los

miembros de mi familia habían participado de su creación. Lo que las nuevas generaciones no sabían, no podía ser incorporado al sistema. Por lo tanto, la inutilidad de mi desesperación era evidente, tanto como mis pulsaciones aceleradas y el sudor de mi cuerpo. Sentí que las manos me temblaban: era la segunda muerte que veía venir en menos de dos horas. Cuando finalmente la luz roja se encendió, saqué las manos del teclado y me derrumbé literalmente en el asiento. Escuché que la puerta de salida se abría, viendo por el monitor al hombre viejo que caminaba solo, con los hombros caídos y casi arrastrando los pies. Simultáneamente, la puerta de entrada se abría para dar paso a otro paciente.

Durante la tarde, cientos dos personas pasaron por el interior de la máquina a mi cargo. Treinta no volvieron a salir. Un promedio del setenta por ciento de eficacia era un dato que iniciaría expedientes de investigación sobre mi persona. Cómo responderles que era la máquina la que fallaba, la que tal vez estaba matando a los pacientes. Cómo responderles a las autoridades que si no sabíamos cómo funcionaban, no había forma de evitar esas muertes, salvo cerrar la máquina. En más de un siglo desde su invención, ninguna había sido clausurada, sólo cuando había dejado de funcionar espontáneamente, y para ello sólo se cerraba la puerta de entrada en forma automática, y no volvía a abrirse jamás. Nadie entró en busca de desperfectos, ni por la simple curiosidad de saber la causa. Por lo menos nada que hubiese quedado registrado en los sistemas.

A las ocho de la noche, la lluvia caía torrencialmente sobre el campo. El barro se levantaba a escasos centímetros del suelo con el impacto de los gruesos goterones salpicando a la gente que aguardaba en la fila, que no era menos extensa que durante la tarde. Nadie me relevó en mi puesto, las guardias eran de

veinticuatro horas. Por la noche, hubo cuatro muertes más. Un niño atropellado, con miembros cortados y el cráneo roto fue colocado en la cinta y no volvió a salir. Los padres aguardaron en la puerta. Yo los observaba desde el monitor, bajo la lluvia sus cuerpos se movían inquietos. Cuarenta minutos más tarde, la puerta de entrada se abrió para dejar entrar a otro paciente, que al salir se encontró con la pareja que aguardaba a su hijo. Los tres se miraron por un momento. La madre tocó el brazo del hombre, interrogándolo con ese gesto, pero éste tenía una expresión de total ignorancia, y se apartó para alejarse por el camino. Luego los padres también se alejaron.

En la expresión del hombre yo me vi reflejado, reconociendo mi propia ignorancia, que ya no era un sitio cómodo y de sacra inocencia, sino un mal que comenzaba a aquejarme, que lastimaba mi cuerpo y alteraba mis nervios, irritando mis ojos cansados y distrayendo la atención que antes ponía en mi trabajo.

Para el filo de la mañana, totalicé un registro de doscientos diecisiete pacientes, de los cuales noventa no habían salido. Pulsé la tecla de envío hacia la central del servicio de salud. Pronto iba a recibir noticias. Me coloqué el saco y salí de la cabina. La lluvia había cesado pero la temperatura había descendido mucho. Un viento húmedo me caló hasta la piel bajo el abrigo. Eché un vistazo hacia la entrada, la fila continuaba, incólume y renovada. Me crucé con mi relevó en el camino hacia la ciudad. Su auto, como el mío, hizo luces de reconocimiento. Me sentía protegido dentro del coche, abrigado, tranquilo. Podría haber permanecido allí dentro eternamente. Entonces me dije que también era una máquina, y que la estadía que yo deseaba eterna era la de los muertos en la máquina. Me removí en el asiento, con los brazos cruzados, contemplando las imágenes en el tablero del auto que

conducía en piloto automático. A dónde me lleva, me pregunté. Me di vuelta para contemplar el edificio que se alejaba y se empequeñecía, la máquina que me habían designado hacía ocho años, y que era parte de mi cerebro como yo parte del suyo.

—Deux ex machina— murmuré, y la computadora del auto de inmediato comenzó a buscar significados en sus archivos. No halló ninguno. Es sabido que en general, ningún ente se conoce a sí mismo.

2

El auto llegó al sendero de grava frente a la casa. La mañana lluviosa había dejado en los alrededores marcas de animales, de personas y autos en los alrededores. Los árboles que yo había plantado no impidieron que las paredes se mancharan, y que las puertas y ventanas perdieran su pulcritud. En estas ocasiones, Marta se exasperaba por no poder mantener la limpieza y el orden por el cual había abogado toda su vida. Era una mujer de ciudad, y su traslado a la vida en el campo, no lejos sin embargo de las carreteras que nos unían a las zonas urbanas, aumentaba la irritación que ya de por sí su estado de salud había sensibilizado. Llevábamos casados catorce años, y en todo aquel tiempo intentamos tener hijos, pero sólo logramos cuatro abortos y un nuevo embarazo ahora en evolución aparentemente normal. Recordé con claridad todos y cada uno de los intentos frustrados, mientras descendía del auto y caminaba hacia la casa, observando en las paredes manchadas, como si fuesen mapas de mi mente, las disformes entidades que habrían podido ser mis hijos. La primera vez fue apenas nos casamos, y el embarazo duró sólo seis semanas. Hubo desilusión y una gran tristeza, pero éramos jóvenes entonces, y la esperanza era más grande que cualquier otro sentimiento. La segunda, el embarazo duró hasta los cinco meses. El día del aborto, fue el más terrible que ambos enfrentamos

en nuestras vidas hasta ese momento. El rostro de Marta se había contraído en una mueca de tanto dolor, que creí que la perdería ese mismo día. Cuando a la mañana siguiente ella se despertó en su cama, con el feto muerto ya extirpado y debidamente cremado por las autoridades sanitarias, observé las marcas que ya nunca desaparecerían de las expresiones de mi esposa, por más que riera, por más que se viera feliz. Eran el signo de la desesperación que nos llevó, muy pronto, a intentar nuevas experiencias, sabiendo que casi con seguridad serían frustrantes, pero que de alguna manera constituían desafíos que necesitábamos realizar. Buscamos las causas médicas. No encontramos más que las habituales: trastornos hormonales esporádicos por parte de ella, insuficiencias cardíacas por parte mía. El médico que nos trataba no habló en ningún momento de un fracaso seguro, la genética podría alterar beneficiosamente el próximo intento, pero dadas las experiencias previas, no lo recomendaba. Nosotros, sin embargo, no volvimos a hablar del tema. Un año después, Marta volvió a quedar embarazada. Cuando ella me lo dijo, no alcancé a decir nada. Me puso la mano sobre la boca, y me pidió que callara. Cuatro meses después, otro aborto fue el resultado.

Entré a la casa y me recibió nuestro perro, con movidas de cola y un par de ladridos cansados. Era viejo y ya casi no saltaba, tenía el pelo largo en crenchas apelmazadas que arrastraba por el suelo. Marta ya no le dedicaba el tiempo que le había otorgado en otras épocas, entonces el viejo animal se escondía bajo las mesas o los sillones, sin reclamar siquiera que lo alimentaran si nosotros no recordábamos hacerlo. Subí las escaleras, pensando en ella. Qué estaría haciendo, me pregunté. En los últimos meses llevaba en cama casi permanentemente. Había alcanzado los ocho meses de embarazo, y más que alegría, ambos sentíamos estupor. Cada paso en la escalera, era como estar viendo en las paredes los cuadros con las fotos de cada uno de los niños

frustrados. Llegué al último escalón, donde imaginé las fotos del cuarto aborto. Habíamos dejado pasar siete años desde el último intento, y esa vez fue como concebir una esperanza virgen. Marta se veía feliz, apenas mencionaba los embarazos anteriores, y sólo como útiles conocimientos que servían para evitar nuevos errores. Fueron únicamente cuatro semanas, un mes que resultó ser un lago de paz, un remanso parecido a un cielo de verano, límpido, sin vientos ni nubes, sin sombras ni miedos. Aquel verano inventado desapareció un día con las habituales manchas de sangre en las sábanas, una mañana cuando Marta casi intentó matarse.

Tres años pasaron desde entonces. Y yo no sé cómo, pero ella volvió desde esas tristes regiones profundas en las que se sumergía luego de los abortos, y en las que yo no era capaz de penetrar, sino sólo ver los signos exteriores de sus sentimientos. Había dejado ya de enfadarme ante esos cambios que consideraba irracionales. Marta surgía de nuevo ella misma, de nuevo hermosa, luego de un tiempo.

Entré a la habitación. Estaba acostada sobre la cama sin destender. La ventana cerrada y la luz de la mesita de luz encendida. Había una computadora de mano apoyada en su vientre. Me acerqué y le di un beso en los labios. No despertó, o por lo menos simuló seguir dormida. Vi que estaba buscando cosas para comprar para el bebé. Durante todo ese tiempo había pospuesto los preparativos, por supuesto. Ni siquiera teníamos designado el cuarto donde nuestro hijo dormiría. Sólo el primero había sido el único favorecido con la habitación que luego desarmamos y utilizamos de biblioteca. Marta abrió los ojos.

—Buen día, mi amor—dijo.

Me acosté a su lado.

—Dormiste toda la noche vestida….

—Me quedé dormida, esto de elegir cosas para el bebé me cansa, no es lo mío. Vas a tener que elegirlas vos…

—Está bien, pero después no me digas nada si no te gustan.

—Sabés que me van a gustar.

Miró el calendario en la computadora. Hizo una marca. Un día más, pensamos al unísono, un día más para tener miedo. Uno no podía deshacerse de él, nunca.

Yo me desvestí y me acosté para dormir unas horas. Por la tarde debía ir a la central para una reunión por el tema de las muertes. Marta se levantó, apagó la luz, me cubrió con la frazada y salió del cuarto. La escuché bajar los escalones con lentitud, hablándole a nuestro perro con ternura. Prepararía algo para almorzar, luego se sentaría en el parque, si el tiempo escampaba, a mirar los árboles a los lados de la carretera, a contemplar, entre la niebla, las formas de la ciudad más cercana. Yo sabía que pensaba en las máquinas, también. Habíamos pensado muchas veces en que ella entrase para curarla de lo que fuese que le impedía llevar a término los embarazos. Pero durante cada uno de los controles y ecografías, jamás se encontró algo anómalo, por lo tanto no nos era permitido entrar en ellas. En los períodos intermedios, también consideramos la posibilidad, pero ella estaba orgánicamente sana, y yo tenía miedo de permitirle entrar. En ese entonces, el porcentaje de muertes era muy escaso, pero yo tenía conciencia de lo irreversible de aquel proceso. Recordaba la experiencia de mi madre allí adentro, y no quise que Marta pasara por lo mismo, fuera lo que fuese.

Entre sueños, escuché que el perro ladraba, y dos autos pasaron raudos por la carretera. El viento aullaba a lo lejos, e ima-

giné la lluvia tenue y constante sobre la gente que hacía fila ante las máquinas, con impermeables o sin ellos, con o sin paraguas. El cabello mojado, el calzado empapado y con barro, temblando. Soñé con ellos, entrando en fila en la oscuridad, una larga hilera que parecía no tener fin a lo largo de las rutas, formando redes alrededor de las máquinas, mallas que progresivamente se iban cerrando, hasta encerrarlas en una masa indiscernible de hombres y mujeres, que se trepaban y peleaban buscando sitios de entrada. Y las máquinas, ya definitivamente abiertas, se hundieron como edificios que colapsan, como agujeros negros siderales que conducían a la nada. Luego, en un sueño crepuscular, creí ver los planos que mis antepasados habían diseñado. Eran como estructuras de ingeniería mecánica, con poleas, cintas transportadoras y ruedas dentadas. Todo el sistema constituía una armazón anatómica más que fisiológica, tan antigua que ni siquiera participaban los conocimientos cibernéticos del siglo veinte. Al despertar, me dije que eso no era posible.

Entonces me levanté, dispuesto a discutir en la asamblea de esa tarde. Me di un baño y me vestí. Marta ya había regresado a la cama.

—Te dejé la comida preparada, querido.

—Gracias, amor.

No le diría que no tenía hambre, bajaría para tomar dos bocados y luego salir lo antes posible. Era tarde, me había quedado dormido en un duermevela donde el sueño me había inquietad más de lo que quería reconocer. En mi cabeza vagaban planos viejos que jamás había visto y sin embargo imaginaba con una claridad que me asustaba. Nuestros cuerpos son máquinas, comencé a decirme, pero qué es lo que las hace funcionar, cuál es el

combustible: ¿el alma, acaso, es una energía que nadie ha podido determinar y mucho menos atrapar?

Mientras iba hacia la central, busqué archivos en la computadora del auto. Aparecieron millones de referencias ante la palabra "máquinas". Ninguna, sin embargo, hablaba sobre sus orígenes. Pensé en conducir la búsqueda hacia temas médicos, y sin embargo aparecieron referencias a temas metafísicos. Se hablaba de Hipócrates, de Cicerón, de Aristóteles, de Luciano de Samosata. Pasé a referencias más recientes, pero surgieron los nombres de San Agustín, de Tomás de Aquino. Breves referencias a poetas del siglo diecinueve me llamaron la atención., dos párrafos de Antón Chejov y poemas de Emily Dickinson. Puse el altavoz, escuchando todo aquello mientras contemplaba el transcurrir de la ruta como un sendero interminable que conducía todo lo conocido hacia el pasado. Y todo aquello se me representó como una pérdida irreparable, tan inatrapable como nuestros hijos idos para siempre. Los conocimientos eran como ellos, legados que podían dejarse al mundo para persistir. Pero las palabras que ahora escuchaba parecían venir de sitios remotos, desenterradas y sin ecos, como cadáveres. Incluso sentía el olor de los animales muertos en la carretera mientras percibía la frase de la poeta norteamericana diciendo: "La fe de Tomás en la anatomía, es mayor que su fe en la fe".

Si un santo, me pregunté, creía en la fuerza y la persistencia del cuerpo humano, ¿entonces las máquinas no eran sólo eso: cuerpos mecánicos que tarde o temprano serían herrumbre a lo largo de las rutas? Pero quizá el santo y la poeta no se referían a eso, sino al conocimiento de la anatomía como disciplina en sí misma. No como entidad, sino instrumento. Y todo instrumento tiene los límites de su función. Por lo tanto, intenté convencerme, que n las máquinas no había ningún dios, como se me

había ocurrido pensar esa mañana, a menos que Dios también fuese una máquina expuesta a una extinción más lejana, pero predecible al fin.

La central estaba repleta de miembros del personal. Las máquinas habían sido dejadas en manos de los reemplazantes habituales. Entré a la gran galería del edificio levantado a dos kilómetros de la ciudad. Escuché el bramido de las voces de cientos de hombres que conversaban antes de entrar en el salón principal. El eco reverberaba sobre las paredes, la luminosidad de la tarde, ya despejada, entraba por los techos de vidrio.

A cada uno que llegaba, le era entregado un audífono receptor por el que se le darían instrucciones durante la asamblea. Saludé a muchos conocidos que durante largo tiempo no había visto, la mayoría compañeros en los cursos de la academia. Se sirvieron bebidas y algunos entremeses para amenizar la espera. Casi una hora después, fuimos llamados para entrar al salón. Pocas veces lo había visto porque tales reuniones se hacían muy esporádicamente. Era muy alto, o por lo menos así lo simulaban los espejos y vidrios que formaban las paredes y el techo. En el fondo, si así podía llamarse al sector opuesto a la entrada principal en un sitio con la forma de un paralelogramo irregular, estaban sentadas las autoridades del sistema de salud.

No nos sentamos, el salón no estaba dispuesto para eso. Comenzaron a llamar a quienes habían presentado denuncias sobre el mal funcionamiento. Mis compañeros se notaban preocupados cuando regresaban después de prestar declaración. Me llamaron y caminé entre las filas de hombres hasta al jefe principal. Me hicieron sentar con amabilidad. Pidieron mi nombre y apellido, y mi número de seguro laboral. Luego preguntaron el número de muertes registradas por la máquina a mi cargo, el porcentaje

exacto y el período en el cual ocurrieron. Ofrecí mis datos, y me agradecieron por la colaboración.

Me quedé sentado. Me observaron. Puede irse, me ordenaron. No me moví. Yo pensaba en mis ancestros, y un hilo común de historia me unió a ellos íntimamente por un instante. No sólo por el conocimiento heredado, ahora casi inservible y apenas percibido por mí, sino por un hecho concreto que recién ahora se me hacía evidente: mi corazón latía rápido y desacompasadamente. Sabía que mi padre y mis abuelos habían muerto de trastornos cardíacos, y eso nos unía en estos momentos.

—Señores, con el debido respeto. Como encargado de la máquina, quisiera tener la capacidad de solucionar sus desperfectos para evitar las muertes registradas.

El jefe encargado del interrogatorio miró a los otros y luego a mí.

—Se le han enseñado ciertas reglas al recibir su permiso de trabajo, no les serán repetidas aquí.

— Lo sé, señor, pero me atrevo a recordarles que solamente sabiendo cómo funcionan las máquinas, podré solucionar sus defectos.

—No es su deber…

—Pero somos los únicos que podemos hacerlo. Si es que ustedes pueden enseñarnos eso.

El jefe me miró, ofuscado.

—¿Usted es nieto de uno de los fundadores, no es cierto?

—Así es, señor.

Por un momento me di cuenta que no se atrevía a despedirme. Se limitó a repetir el argumento habitual.

—Usted es un contador de datos, nada más.

—Entonces me atrevo a preguntar, cómo arreglaremos a las máquinas.

—Ellas están programadas para autorrepararse.

Nada nuevo me decía.

—Lo que pido, señor, es conocer su funcionamiento, para evitar las muertes que están provocando, y luego evitar su cese.

Bajaron la mirada, y un cuchicheo de los presentes creció en el salón.

Nadie sabía cómo trabajaban las máquinas.

Luego me dijeron:

—Ellas lo saben.

No me hablaron más. El silencio era tan hondo, que hasta creí escuchar el motor de las máquinas funcionando a muchos kilómetros de distancia. Me levanté con un pensamiento creciente: si ellas no pueden reparase por sí solas, es porque no lo saben, así como yo desconozco el funcionamiento de mi cuerpo. Mi corazón latía acelerado, y no sabía por qué. Mis hijos morían en el vientre de mi esposa, y no sabíamos por qué. Dónde buscar, me dije, cómo aprender. Dónde estaban los archivos de mis ancestros. Lo único seguro que sabía, era que estaban desaparecidos para siempre.

Subí al auto y pensé en mi madre. Acaso, me pregunté, podría hallar algún recuerdo en su mente extraviada. A veces, mentes enfermas como la suya bajan las barreras represivas de la

conciencia moral y se pueden vislumbrar recuerdos e ideas que se han creído irrecuperables.

Programé el auto para el viaje a casa de mamá. Ella vivía en la ciudad, en el sexagésimo piso de un rascacielos oculto en la niebla de las alturas. Me anuncié por el intercomunicador y me respondió la mujer que la cuidaba.

—Buenas tardes, Samuel. Hace tanto que no lo veíamos por acá: ¿Cómo está Marta?

—Bien, gracias. ¿Cómo sigue mamá?

—Igual que siempre, a veces más lúcida, otras peor.

Hoy estaba más despierta, me dijo cuando entramos a la habitación. Mamá estaba sentada en su silla de ruedas, frente a la ventana, mirando el vacío más allá. La besé en la mejilla, me miró y sonrió. Me acarició la cara e hizo el gesto de que me sentara en la cama.

—¿Cómo estás, querido?— preguntó.

Me alegré al verla tan lúcida, tenía en los ojos una conciencia que desde hacía años no veía en ella. Ese pensamiento me asustó.

—Bien, mamá. Vine a preguntarte algo que estoy pensando hace unos días.

Ella esperó con infantil curiosidad en sus ojos.

—¿Papá te dijo alguna vez cómo funcionan las máquinas?

Se quedó mirándome fijo durante un rato. Yo estaba por abandonar mi intento, cuando me respondió:

—Tu padre puso más que su mente en esas máquinas, en realidad un invento de tu abuelo, que colaboró con muchos otros también.

Esperé que continuara.

—¿Pero dejaron algún archivo de su funcionamiento?

—Se perdieron, no sé…, ellos discutieron muchas veces por la patente del invento…hubo juicios que nos arruinaron. Ya en los tiempos de tu padre, desistieron de ir a los tribunales. Fue cuando comenzaron las muertes en las máquinas. Se suponía que no debía ocurrir ninguna, que todo el mundo debería sanarse y vivir.

—¿Papá te explicó algo de por qué sucedía?

—No hablaba de eso en casa, quería protegernos, por eso nunca te llevó a las máquinas cuando te enfermaste. Él te curó. Tu padre era médico; tu abuelo, un ingeniero.

—Ya lo sé mamá… ¿pero estás segura que en la casa no dejaron algún archivo?

—Tu padre murió una mañana de verano mientras escribía unas notas en la computadora. Esa computadora se la llevó el ministro de salud.

Yo sabía que el ministerio había estado en manos de una misma familia durante más de una generación. El viejo ministro Farías había desarrollado las preguntas en los exámenes de la academia, y eran prácticamente las mismas que se hacían en las asambleas durante todos esos años. Por lo tanto, los archivos debieron haber sido destruidos o arrumbados en un rincón durante tanto tiempo que ya debían ser inservibles.

Pensé en la larga cola de gente que debía estar acumulándose en la entrada de la máquina a mi cargo, y que con cada vez con mayor probabilidad, no saldría. Cómo podía hacer para ingresar al ministerio y buscar los archivos. En esto pensaba cuando me despedí de mi madre, bajé los sesenta pisos en el ascensor y subí al auto de regreso a casa. Debía idear un plan para hallar esos archivos cuya existencia real desconocía. Poco después de arrancar, recibí un llamado de Marta. Mi corazón se aceleró con un presentimiento común en las oportunidades en que ella estaba embarazada. Habían pasado ocho meses, y estaba por entrar en el noveno. Era el embarazo más largo al que había llegado, y era muy probable que finalmente tuviéramos el hijo que esperábamos desde hacía catorce años.

Contesté el llamado.

—Samuel, querido, te necesito. El bebé está por nacer.

Se la escuchaba tranquila, y percibí en su voz no desesperación, sino un incierto tono de…alegría, quizá. No dije más que:

—Voy para allá.

Faltaba un mes, todavía, pero estaba seguro que el niño iba a sobrevivir ese tiempo en una incubadora.

Cuando llegué, subí corriendo las escaleras, y en la habitación encontré al médico de Marta y una enfermera al pie de la cama. Agitado, no necesité preguntar.

—Es un niño.

Mi cara debió transparentar frenesí, porque pronto la enfermara se interpuso en mi camino hacia la cama, y señaló al doctor.

—¿Qué pasa?

—Hay un problema, Samuel.

Intenté llegar a la cama de Marta, y aunque la enfermera se interpuso, la vi dormida. El bebé no estaba allí.

—¿Ha muerto?— pregunté.

—No, ambos están vivos, pero tu hijo tiene un problema. No lo pudimos detectar con los estudios previos, ni con ecografías ni con estudios de placenta.

Esperé. Ningún sentido tenía apresurarme, era algo que no me sorprendía del todo, pero sí derrumbaba las altas esperanzas que esos últimos meses me habían generado.

—Tiene una malformación. Como es de los tegumentos, no pudimos detectarla con las ecografías, tal vez incluso se desarrolló en las últimas semanas a causa de algo que desconocemos.

Quise entender lo que el médico me explicaba, pero no logré hacerlo. Me tomó del brazo y me llevó hasta la habitación de al lado, donde estaba mi hijo. Entramos. Él dormía en una incubadora portátil. Me acerqué, y vi que el bebé carecía de piel. Era un cuerpecito puro músculos y tendones, incluso se veían los huesos más superficiales. No me tapé la cara ni lloré.

—¿Cuánto tiempo lo tendrán en la incubadora?— pregunté sin dejar de mirar a esa criatura tan indefensa que era mi hijo.

Esperaba que me dijeran el tiempo en que se generaría la piel, pero ya sabía la respuesta.

—Hasta que muera— me contesté a mí mismo, en voz alta, ante la mirada perturbada del médico, que tal vez no había visto un caso parecido en toda su vida.

Entonces supe en ese momento, con total certeza, que ya no me quedaría sentado, esperando. No sería desde ahora un servidor de las máquinas, sino alguien de no menor coraje que aquellos cientos que aguardaban en fila ante las puertas. Yo también entraría con el niño en brazos, a buscar, a interrogar, a reclamar a viva voz y fuertemente, que le devolvieran la salud a mi hijo.

3

Creo que ese mismo día, por la noche, me internaron en el hospital porque tuve una descompensación cardíaca. La vieja insuficiencia que había pasado de mi abuelo a mi padre y de esta a mí, se manifestó varias veces a lo largo de mi vida, pero hubo períodos tan largos sin síntomas que en ocasiones no recordaba que debía tomar medicación ante ciertas situaciones. Pero cómo iba a saber lo que sucedería con César, porque tal era el nombre que decidimos ponerle entre Marta y yo. La causa de tal elección era obvia, César era el primero en nacer, por lo tanto, en triunfar sobre la adversidad que había sobrevenido. Estábamos dispuestos a que fuese mejor que nosotros, que su inteligencia fuese capaz de cambiar las falencias del mundo. Cuando pensábamos en esto, solos en la cama, viendo el vientre crecido de Marta, nos reíamos de nuestra propia incredulidad, y también de esa especie de malicia escondida que subyacía sin darnos cuenta en nuestras intenciones. Era demasiado todo aquella responsabilidad para un niño que estaba por nacer, y demasiado para un hombre que no sería ni más ni menos diferente a nosotros o a quienes nos rodeaban. Entonces nos callamos en medio de la noche antes repleta de risas y esperanzas, y deseamos silenciosamente que por lo menos naciera, y fuese sano.

Desperté en el hospital de la ciudad, donde trabajaba el médico de Marta. Me sentía sedado y adormecido. Aborrecía tal estado de conciencia, me sentía como expuesto a la arbitrariedad de los otros, con una absoluta falta de control sobre mis actos y mi vida. Pero me resigné a esperar que pasaran los efectos de la medicación. Para la tarde, le dije al médico que quería irme.

—Pero prométame que tomará su medicación durante toda la semana, tiene usted una insuficiencia de válvulas que le puede traer un disgusto…

Cerré los oídos a las palabras los médicos dicen casi sin pensar, porque ellos no le hablan a una persona, sino a un corazón enfermo, a un hueso roto, o un estómago dispéptico. Prometí cuidarme, me dieron el alta y regresé a casa.

Mi hijo seguía en la incubadora, bajo el cuidado de una enfermera que contratamos. Marta estaba en cama, sedada y controlada también por la enfermera, y nuestro médico venía una vez al día a revisarla. Al final de la primera semana, ella ya estaba despierta y lúcida, pero poco deseaba hablar conmigo ni con nadie. Se limitaba a comer lo que le llevábamos a su habitación. Ni siquiera quería ir al baño, y tuve que cambiarle las ropas y las sábanas varias veces al día.

—Marta— le decía yo, con cariño, como si con eso fuese suficiente para hacerla reaccionar, para que supiese que lo que aguardaba de ella era algo mejor que ese estado vegetativo que a nadie beneficiaba. Sin duda lo sabía, y por eso continuó así.

Pedí licencia en el trabajo por quince días, porque era imprescindible hacer algo con César. Me sentaba en una silla junto a la incubadora, en medio del cuarto que había preparado para él. Era, sin duda, un espécimen en un museo de ciencias médi-

cas. Y yo, por casualidad su padre, observándole detenidamente, custodiándolo, e intentando comprender el funcionamiento de aquel cuerpo extraño puro músculos, tendones y huesos. Se movía como una serpiente, enroscando los miembros, o por lo menos así me parecía a ver entremezclados los músculos de sus brazos y piernas. Cuando lloraba, los músculos de su cara y cuello se plegaban y distendían con impulsos que al principio me resultaron grotescos. Pero con el correr de los días, esos movimientos me parecieron los engranajes minuciosamente controlados de una máquina, tal vez de un reloj, las máquinas quizá más exactas inventadas por los hombres. ¿Qué más exacto podía llegar a hacerse para medir el paso del tiempo, porque al fin de cuentas quién podía saber cuál es el real ritmo del tiempo? Un reloj es únicamente la exactitud de una medida inventada por el hombre, pero aún así, debía suplir la falta del real conocimiento de Dios. Debía ser, el tiempo, un dios reemplazante, y quizá más cruel que el verdadero, y los relojes continuas máquinas celadoras de los hombres.

El cuerpo de mi hijo debía poseer tal exactitud. Si nadie quería enseñarme cómo funcionaba mi cuerpo, si hasta los médicos habían olvidado la fisiología para dedicar sus inmensas universidades para enseñar sólo protocolos tecnológicos, si las máquinas eran lo único que nos quedaba para recuperar la salud, y éstas fallaban, entonces ya de nada servía el profundo conocimiento que el cerebro humano había adquirido alguna vez.

Lo que estaba en las máquinas, era inaccesible. Por lo tanto, yo debía recurrir a mi propio cuerpo como conocimiento.

Salí de la habitación, bajé las escaleras y entré en la cocina. Abrí, sin pensar, los cajones de los cubiertos. Revolví entre los cuchillos buscando el que utilizaba para filetear pescado. Lo encontré y lo llevé conmigo de vuelta escaleras arriba. La casa

estaba en pleno mediodía, pero excepcionalmente callada, tanto que parecía vacía. Marta durmiendo, el niño en silencio por unas horas, la enfermera quizá adormecida junto a mi esposa.

Entré al baño y cerré la puerta con seguro. Me miré al espejo, me toqué los huesos de la cara, me estiré la piel del cuerpo como si fuese la primera vez que lo veía y lo tocaba. Me desnudé del todo, explorando el sitio más adecuado, el que se me ocurrió revelaría los entramados más parecidos al de las máquinas. Porque yo sabía ya, con una certeza que nadie podría quitarme, que si las máquinas sabían curar, o por lo menos lo habían sabido hasta hace poco, era porque ellas eran como cuerpos humanos, y en su creación habían participado las felices congruencias entre lo mecánico humano y lo mecánico fisiológico. Si yo hallaba las similitudes, habría dado el primer paso para comprender su funcionamiento. Y cuando supiese lo que funcionaba mal, arreglaría el mecanismo para curar a mi hijo. Si sólo mi abuelo o mi padre hubiesen dejado textos, archivos, libretas de apuntes por lo menos. Pero ante tanto conocimiento perdido para siempre, allí estaba el caudal de mi propio conocimiento, encerrado en mi cuerpo a la espera de la acción de mis manos, ansiosas de conocerse a sí mismas.

Recordando el movimiento muscular de mi hijo, que en ese momento se me ocurrió más perfecto que el de todos los hombres vivientes, porque su propia decrepitud lo exponía como un modelo de lo que realmente somos, pensé en levantar mi propia piel. Si lograba hacerlo y experimentaba con mis movimientos voluntarios algo que no podía pedirle a César, aprendería mucho más de lo que ya había descubierto. Antes de poner el filo del cuchillo sobre la piel de mi brazo izquierdo, pensé en el dolor, esa debilidad humana que me impediría continuar y obtener resultados. Regresé al pasillo, fui al cuarto de Marta. La enfermera seguí dormida.

Saqué ampollas de lidocaína de su botiquín, una jeringa y una aguja. Me inyecté tres de ellas en el brazo, hasta que lo sentí tan adormecido que decidí que ya no debía aguardar más.

Corté la piel de mi antebrazo izquierdo hasta el punto exacto donde pasaban los tendones. Contemplé la membrana fácilmente desplegable que cubre los músculos bajo la piel. Vi, extasiado, los trayectos de los vasos sanguíneos. Moví los dedos, y los tendones se desplazaron como cuerdas de poleas que continuaban hasta mi codo y mi hombro. La sangre fluía, pero no importaba. Puse el brazo bajo el chorro de agua de la canilla y volví a tocar con los dedos de la otra mano el engranaje de mi cuerpo. Luego, me cubrí el brazo con una toalla. Volvía a llenar la jeringa con anestésico y lo inyecté en mi vientre. Sentí que mi corazón estaba acelerado desde varios minutos antes, y un vahído me detuvo más de una vez, pero yo no podía dejar de hacer lo que estaba haciendo. Abrí la piel de mi abdomen varios centímetros, metí mi mano en el tejido adiposo, explorando, hasta palpar los músculos, más allá de los cuales estaban las vísceras. ¿Seguiría, me pregunté, hasta que el dolor me venciera? Pero no tuve tiempo de hacerme más preguntas, mi cerebro corría en sus pensamientos y tropezaba con sus torpezas. Me miré al espejo. Mi cara pálida, sudada, mi brazo izquierdo colgando en colgajos de piel y los dedos fláccidos, mi mano derecha ensangrentada como un asesino, y mi vientre abierto al medio con grasa y sangre. Pensé en mi corazón, que no resistiría. ¿Debía explorarlo, también? ¿Pero entonces qué sería de mi hijo, y para qué habría hecho todo eso?

Estoy seguro, sin embargo, que no habría podio detenerme. Porque vi en el espejo que mi mano derecha llevaba el cuchillo hacia el pecho, para buscar las causas del dolor y de la pena, y como siempre, la búsqueda del conocimiento se encontró frus-

trada por la mediocridad del miedo. No mi temor, sino el de los gritos de la enfermera que había entrado al baño, que yo había olvidado cerrar con llave la segunda vez. Creo que me desvanecí, finalmente, sintiendo entre sueños el cuerpo de la mujer que me llevaba a duras penas hacia la cama, tratando de detener las hemorragias. Era gracioso para mí en tal estado, sentir su terrible miedo bajo la piel, sus pechos de mujer grande contra mi costado intentando cargarme, como una matrona. Cuando logró acostarme, sentí que sus manos temblaban, conteniendo el sangrado. Sentí un par de pinchazos en el brazo derecho, y mientras yo me iba adormeciendo la escuché llamar al médico por teléfono, casi a los gritos reclamando su llegada, y luego creo que la escuché llorar.

Intento de suicidio, calificaron a mi acto. No los culpo. El gobierno, a cuyo cargo estaban las máquinas, irónicamente envió un psicólogo para estudiar mi caso. A pesar de las circunstancias, no aceptaron otorgarme más días de licencia. El resultado fue el despido. Sin trabajo, el médico que nos atendía en casa y cuyos gastos corrían por mi cuenta, ya no podía atendernos. Con los vendajes y la morfina aún haciendo efecto en mi organismo, acompañé el traslado de la incubadora con mi hijo en la ambulancia hacia el único hospital público de la ciudad, que aún sobrevivía a duras penas, con la apariencia de un museo abandonado. Lo único beneficioso de todo esto, fue que hizo reaccionar a Marta por primera vez luego de mucho tiempo. La mañana del traslado, la vi levantarse, ducharse y vestirse para acompañar a su hijo. Me miró con pena por la ventanilla de la ambulancia que se alejaba con ella y el bebé. Me despedí de de ellos con el brazo en cabestrillo y una faja bajo la ropa. Mis ojos aún no soportaban el brillo del sol y observaba todo rodeado de un halo de nieblas. Entré a casa y me senté frente a la pantalla de la computadora. Busqué datos que me hablaran más que de anatomía, fuentes que

reprodujeran viejos datos sobre enfermedades congénitas. Sabía yo que mi problema cardíaco era hereditario casi con seguridad, y tal vez los abortos de Marta fuesen causados por mi herencia. Los pequeños corazones de los cuatro niños anteriores debían estar tan malformados que nunca lograron sobrevivir hasta el nacimiento. Salvo en el caso de César, y en él la malformación se había centrado en el desarrollo de los tegumentos. Me había dicho el médico que su segura y próxima muerte provendría sólo de la falta de piel, porque eso podía compensarse con prótesis sintéticas. El problema era que la falta de síntesis de los tejidos conjuntivos, entre los cuales estaba la piel, también afectaba a otros órganos, los ojos por ejemplo, u otros órganos vitales como los digestivos y el sistema nervioso.

Lo único que me quedaba, entonces, era llevar a César a una de las máquinas. No dejé de pensar en la contradicción de mi actitud. Había dejado de confiar en ellas, me dije, pero en realidad no era desconfianza, sino la necesidad de probar su eficacia. Si no hubiese confiado en ellas todos esos años, y visto cómo sanaban a la gente, no me habría preocupado por saber su funcionamiento y poder repararlas. Nadie me había hecho caso porque ya nadie guardaba recuerdos de su mecanismo. Entonces me sentí como un fanático religioso que arrastraría a su hijo enfermo a uno de aquellos templos donde, antiguamente, se decía que se realizaban milagros. Tecleé esta palabra en la computadora, y muchos significados surgieron de repente. Qué diferencia había, me pregunté, entre confiar la salud de la población a máquinas cuyo funcionamiento desconocíamos, y la confianza de los fieles que recurrían a los templos milagrosos.

Esa noche Marta regresó del hospital. Se acostó a mi lado luego de desvestirse, en completo silencio. La vi agarrar dos pastillas de sedantes del cajón de la mesa de luz. Se levantó para bus-

car agua en el baño. En una mano llevaba las dos pastillas, con la otra agarró disimuladamente el frasco. Regresó cinco minutos después. Se acostó, me dio un beso y se durmió dándome la espalda. Durante toda la noche, en la semipenumbra del cuarto, fui contando su respiración cada vez más lenta, hasta que dejé de mirarla, y el amanecer surgió como un desafío. Me levanté, me quité las vendas exponiendo mis heridas aún no del todo cerradas. Me di un baño, y mientras me secaba contemplé a Marta recostada plácidamente en nuestra cama. Cómo la iba a molestar, me dije, ahora que por fin descansaba con bellos sueños luego de tantos años. Cubrí su cuerpo levemente frío con las sábanas. Me vestí, en esa casa solitaria, grande y solitaria, donde cada función estaba automatizada y se cumplía irremediablemente, lo quisiésemos o no. Sólo el cuerpo humano había dejado de funcionar correctamente, y era irreparable.

La mañana luminosa me encontró en el auto hacia el hospital. Ya me conocían, así que subí directamente hacia la sala de neonatos, y en la larga fila de viejas incubadoras encontré sin dificultad la a mi hijo. Me vestí con las camisolas y los guantes estériles. Me permitieron tomarlo en brazos. Ese cuerpecito delicado y desnudo, doblemente desnudo, como si viese su alma en aquellos músculos y tendones expuestos, se estremeció con mi contacto. Comencé a caminar por los pasillos entre las incubadoras, como paseando, como meciendo a mi niño en brazos para adormecerlo. Llegué a la puerta de la sala, en el pasillo no había nadie. Entonces corrí y bajé las escaleras y atravesé la puerta de entrada mientras los pocos que allí había me miraban como a un loco. Subí al auto lo más aprisa que pude y huí. Sabía que me perseguirían, pero no por mucho tiempo. Pronto avisarían a las autoridades, pero para cuando me encontraran ya todo estaría hecho. Programé la ruta hacia una de las máquinas más alejadas, en otro distrito. Nadie sospecharía que llevaría a mi hijo a las

máquinas, y el psicólogo pensaría que lo mataría, tal vez, o buscarían primero en mi casa.

En el auto, el niño se revolvía entre mis brazos, agitado al principio, luego el tenue zumbido del motor lo fue adormeciendo. Sus ojos parecían dos lagos oscuros en medio de la cara formada por los círculos concéntricos de músculos rodeando las órbitas, los pómulos y la mandíbula. Su boca se abría de vez en cuando para emitir un llanto que no tardaba en apagarse. Las aletas de la nariz estaban ausentes, y los huesos desnudos formaban las fosas nasales. Su cráneo era como un manto rojo de estrías. Había escuchado decir a los médicos que debía mantenerse siempre húmeda la superficie del cuerpo. Saqué de la guantera una botella de agua y empapé las sábanas con las que lo había sacado del hospital. Al llegar a la máquina, el auto se detuvo cerca de la puerta. Agarré al niño en brazos y me ubiqué en la fila. Había, tal vez, veinte o veinticinco personas antes. Miré hacia la cabina de comando. El encargado hacía su oficio, como yo lo había hecho, mirando hacia la fila de tanto en tanto, pero yo sabía que pronto se cansaría y se limitaría a observar todo por los monitores.

Yo era uno más, por primera vez, sin ninguna relación con el sistema de salud ni con las máquinas. Me sentí distinto en esa fila, expuesto a los rayos del sol mientras aguardaba impacientemente. Los demás me observaban, creo que con cierta curiosidad. Mis ropas estaban más cuidadas que las de los demás, y sólo los convenció de que era uno más de los suyos cuando vieron mis cicatrices.

—¿Viene a que se las curen?— me preguntó un viejo detrás de mí.

Negué con la cabeza, y señalé al niño en brazos. El hombre corrió un poco el paño que cubría la cabeza de César, y retrocedió. Luego, movió la cabeza con tristeza y resignación.

—Espero que se lo curen— dijo, mirando después a la mujer que lo acompañaba para decirle algo al oído. Pronto todos se dieron vuelta para observarme. Algunos preguntaban, otros simplemente pedían con timidez ver a mi hijo. Yo sabía que todo aquel movimiento llamaría la atención del encargado, y temía ser reconocido en algún momento. Tal vez me hubiese visto en alguna reunión sin que yo hubiese prestado atención.

La máquina se alzaba como ahora como un enorme monumento antiguo en medio de la nada de aquel campo tan alejado del resto de las ciudades. Los que esperábamos en la puerta de entrada, no teníamos modo de ver a los que salían por el lado contrario, si es que salían. Tampoco conocía las estadísticas ni la taza de muerte de aquel aparato. En realidad, no sabía qué iba a hacer al entrar. Esperaba que la máquina curara al niño, que mediante algún método para mí desconocido regenerara su piel. Pero también sabía que con lo que había aprendido, yo pudiese desentrañar de algún modo el desperfecto, si llegaba a producirse. Y por sobre todo, surgió en mí la curiosidad por conocer a aquel *deux ex machina* que mis antepasados habían puesto en el centro vital de las máquinas.

Llegó la tarde, y faltaban diez personas antes de mi turno. Comenzó una llovizna aguda y punzante. Intenté cubrir al bebé, y una mujer al final de la fila se acercó para ofrecerme una tela impermeable.

—Gracias— dije, pero la mujer de pronto empezó a gritar hacia las cámaras de monitoreo, exigiendo que me hicieran entrar en el próximo turno. Le pedí que dejara de hacerlo, pero ella siguió gritando con las manos alzadas hacia la cámara inalcanzable. Unos segundos después se unieron otras personas de la fila, y el movimiento se hizo llamativo e incontrolable. Si ocurría algún motín o acto de violencia, el encargado estaba autorizado

a llamar a las fuerzas de seguridad, y la máquina se anularía automáticamente. Mi ritmo cardíaco se aceleró, y sentí vahídos, la máquina pareció venírseme encima y ya no tenía fuerza en los brazos. Entonces alguien me sostuvo, y me encontré directamente frente a la puerta de entrada, que se abría para mí por primera vez. Di el paso crucial, y el mundo desapareció de repente.

Sólo estábamos mi hijo y yo, frente a la cinta transportada, que giraba y giraba en el vacío. Si colocaba a César en la cinta, yo no sabría nunca lo que pasaría, así que se subí con él, y me dejé transportar por una distancia que me parecieron largos metros de pasillos estrechos y oscuros que nunca imaginé que podía haber dentro de la máquina. De afuera lucían enormes, pero ahora dentro la oscuridad me daba la ilusión de un sitio mucho mayor, como un laberinto de múltiples entradas y salidas, pero todas clausuradas, porque la cinta iba de un lado a otro, exponiéndonos a luces rápidas y bruscas que no dejaban ver más que espacios vacíos y altos techos sin fin. Luego nos vimos empapados por sustancias químicas que reconocí como azufre, fósforo, calcio y otras que no identifiqué. Sentí aromas extraños, acres, y un olor a podredumbre comenzó a llegar de los costados de la cinta. Extendí un brazo para calcular la cercanía de las paredes, pero no toqué más que aire espeso y de aroma fétido. Luego la cinta se detuvo, y escuché un estruendo de cadenas que descendían desde el techo. Pude verlas sobre nosotros, con ganchos capaces de sostener reces listas para carnear. Me deshice de los ganchos, y la cinta continuó su camino. Vi, con el parpadeo de luces fluorescentes, ruedas dentadas girando unas sobre otras en un mecanismo parecido al de un reloj gigante, y esas poleas movían muchas más cadenas como las que antes quería sujetarnos, pero todo esto ocurría a gran distancia sobre nosotros, y también alrededor.

Llegamos a un sector donde lo mecánico daba paso a una sala aparentemente computarizada, llenas las paredes con luces y pantallas digitales donde reconocí algunos de los parámetros que nosotros debíamos reconocer en la cabina de comando. Supuse que habíamos llegado cerca de la puerta de salida, pero allí tenía a mi hijo en brazos, igual a como había entrado. No sé lo que esperaba, y me sentí un iluso e ignorante supersticioso. Pero entonces fue cuando la máquina nos llevó a lo que después supe era su verdadero centro.

La cinta se detuvo y me bajé. El olor a podredumbre era más evidente, tanto que comencé a sentir náuseas. En el fondo de aquella nueva sala, de la oscuridad impenetrable aparecieron dos manos humanas, pero de apariencia sintética. Tan perfectas, que eran como las manos del dios más hermoso inventado por los hombres. Manos que detrás tenían brazos y un cuerpo que sin embargo no podían verse en la oscuridad.

Quise retroceder pero una de las manos me retuvo del brazo herido y casi dejé caer a César. La otra mano sujetó al niño antes de que cayera, y de pronto yo ya no lo tenía en mis brazos. Hice el gesto de recuperarlo, pero una palma se apoyó en mi pecho y sentí que mi corazón estaba en esa mano, ¿o era en realidad una de esas manos?

No sé cuántos minutos pasaron, yo intentando recuperar al niño mientras tanteaba el aire a mi alrededor, pero César ya estaba en esas manos que se lo habían llevado a la profunda oscuridad que olía a cuerpos muertos. Cuando finalmente presentí lo que había en aquel trasfondo oculto de la máquina, grité y me sacudí, y dejé que la mano mecánica del dios me desgarrase la piel, hasta sentir que mis costillas se quebraban y mi corazón desaparecía de mi cuerpo, dejando un vacío más cálido que el

dolor, un alivio tan parecido al placer y la paz, que me dije que eso era la muerte.

Con mis últimas miradas, observé el infinito contenido del fondo de la máquina. Filas y filas, columnas en incontables kilómetros de cuerpos humanos. Y todos esos cuerpos emitían una luz extraña, una fluorescencia que era una forma de energía que generaba pensamientos y recreaba formas humanas.

Había llegado al cerebro de las máquinas, y vi que aquel cerebro había decidido y actuado en base a lo que había observado que yo había hecho por mi hijo. Vi cómo esas manos regresaban y colocaban al niño sobre la cinta transportadora una vez más. Un niño que era el mismo y era diferente, porque tenía una nueva piel cubriendo su cuerpo.

Y mientras yo desaparecía en las circunvoluciones del gran cerebro del nuevo dios, la puerta de salida se abrió, y un llanto vital inundó el mundo.

EUROPA

1

Se alimentó de muerte durante un tiempo, porque fue eso lo que hizo mientras duró su trabajo en el cementerio de la luna terrestre. Ahora dejaba atrás los extensos cráteres donde los humanos que habían pagado durante toda su vida un sitio en la luna, descansaban para siempre. La nave transportaba a Jeremías y otros cientos de trabajadores sin empleo más allá de la órbita terrestre. Pudo ver por el ojo de buey la fantasmagórica sombra del planeta Tierra que hacía más de dos siglos que estaba muriendo. Y la luna era no solamente un refugio para lo que quedaba de la población humana, sino también un sitio donde la extravagancia también sobrevivía. Porque de cuál otra forma podía calificarse la necesidad de construir enormes cementerios privados en el único sitio del sistema solar donde por mucho tiempo se creyó que podían asentarse los hombres En el planeta había regiones inhabitables, inhóspitas por áridas o cubiertas de hielo, continentes enteros arrasados por huracanes continuos, y otros desaparecidos bajo el avance de los océanos.

Pensó en Europa, de donde sus ancestros provenían, de la Europa central y del este. Los antiguos polacos y eslavos que constituyeron las dos ramas de su familia por generaciones, habitantes de campos labrados y ciudades donde la muerte y la

música formaban una cadena con eslabones de alegría y tristeza. Y así como ellos habían emigrado a América, ahora ya también intoxicada de gases mortales, donde las ciudades sobrevivientes se cubrían de domos para protegerse de la atmósfera contaminada, él, Jeremías, ahora era una especie de paria que viajaba de un sitio a otro, de un planeta o satélite habitable a otro, fuera o dentro, en lo posible, de los circuitos comerciales más transitados. Pero necesitaba pasar desapercibido porque en cada frontera le era recordada su condición de paria, de vagabundo errante. Así como también le recordaban su raza, porque los siglos no habían hecho más que mantener, sino incluso acrecentar, la colectiva opinión sobre los que habían rechazado al Cristo. ¿Dónde estaba el mesías?, se dijo él en su lugar estrecho dentro de la nave, contemplando el universo activo por el estrecho ojo de buey. La Tierra desaparecía bajo ellos, alejándose como un planeta muerto, mientras viajaban hacia el próximo destino: Europa.

Desde hacía veintidós años que viajaba como un errabundo por el sistema solar. Había sido testigo del nacimiento de colonias que se convirtieron en ciudades, otras que murieron en el polvo o bajo el dominio del viento o las mareas. Fue excavador en las minas de estaño en Marte durante casi cinco años, y cuando comenzó a perder la vista, aguardaron a que se recuperase para utilizarlo en el transporte de carbón desde las minas de Fobos hasta la Tierra. Luego de cada visita a este planeta, salía más apesadumbrado, con el recuerdo que lo acompañaba de los habitantes escondidos en túneles como animales, aguardando la llegada del carbón como un elixir. Cobraba su paga en las ricas tierras de Marte, ya convertido en un vergel, donde las mansiones de los propietarios de las minas se alternaban con las grandes hectáreas de cultivos y ganado. Le ofrecieron trabajar allí, y fue agricultor durante largo tiempo, y luego arreador de un ganado híbrido que difícilmente se parecía al de la vieja Tierra. Le daban en pago

un sueldo muy bajo, una casa y la comida. La carne de aquel ganado comenzó a alterar su sistema renal, y a punto estuvo de morir reteniendo agua, que ya tampoco era el agua terrestre, por supuesto. Altos contenidos de helio le daban un sabor que con mucha dificultad podía ser tolerado si no fuese por los aromatizantes que extraían y elaboraban las naves desde la atmósfera de Mercurio. En Marte, los hombres habían comenzado a cambiar, y Jeremías, como muchos otros que viajaban, aún mantenía su cuerpo bajo los viejos cánones terrestres.

Durante parte de los últimos diez años, trabajó en una empresa de turismo que llevaba contingentes hacia los anillos de Saturno. Condujo la nave durante incontables viajes, recitando las características científicas de los anillos, así como los pormenores humanos durante los largos años de investigación y expediciones. De algún modo, se sintió un portavoz de la vieja raza humana, como en los antiguos relatos donde un viejo judío de larga barba, leía, entre carraspeos y toses, los verídicos hechos a veces ininteligibles de los profetas. Jeremías sabía que los turistas lo miraban con curiosidad, desviando la vista de los asombrosos anillos para contemplar a aquel hombre de algún modo desfasado en el tiempo. Vestido a la vieja usanza, sin duda los hacía sentir en presencia de un mito, y aunque no fuese deliberado, constituyó una razón más de su éxito en tal empresa. También miraban su habilidad para dirigir la nave con una sola mano, y lo que sembraba desconfianza era pronto dejado de lado por la voz inquieta y sabia de Jeremías. En sus ojos había una chispa del pasado, en su barba corta las palabras se teñían del sabor para siempre perdido de las flores fúnebres.

En los cementerios de la luna, llevaba cuerpos en los grandes depósitos de las naves, y aquel silencio lo apesadumbraba, porque ya no tenía sentido hablar, ni siquiera pensar. Iba y venía

desde la luna a la Tierra o cualquier otro origen donde un humano hubiese muerto, dejando constancia de su deseo de ser enterrado lo más cerca del planeta de su nacimiento. Aterrizaba y hacía bajar los ataúdes por la cinta transportadora, conducidos luego por los sepultureros hacia los valles lunares repletos de cruces, y ni una sola cruz de David en miles de kilómetros a la redonda. Fue el único empleo en el que estaba seguro de su estabilidad laboral hasta el fin de su vida, cuando a él también lo llevarían a la luna, para enterrarlo en un cráter periférico, de menor valor, sin ninguna cruz, por supuesto, y tal vez incluso sin marca alguna. Pero lo que no le fue posible soportar por más tiempo fue el silencio de la nave durante el trayecto. Hubo un tiempo en que el muñón de su brazo derecho comenzó a temblar, produciéndole un escalofrío en todo el cuerpo. Finalizada la jornada, se desnudaba en su camarote, porque la nave era su casa, y se limpiaba la supuración de la fístula. Se preguntó por qué luego de tantos años le estaba sucediendo esto. Lo dejó pasar por varios meses. El silencio crecía en los viajes, porque sabía que los muertos en el depósito eran una presencia más que una ausencia, y el silencio era algo negativo en lugar de algo neutro. Era como, se le ocurrió pensar, si su brazo ausente estuviese siendo llamado. Y cuando tal pensamiento comenzó a tomar tanta fuerza en su mente, supo que debía abandonar ese trabajo, porque Jeremías estaba orgulloso de su auto consciente equilibrio psicológico. Sabía que la mente controla al cuerpo, lo había comprobado más de veinte años antes, cuando lo separaron de su hermano siamés.

Su familia vivía en Santa María de los Buenos Ayres, una ciudad de Sudamérica fundada por décima vez exactamente en el año que ellos nacieron. Había sido levantada muy hacia el oeste de su ubicación original, a las orillas de un río ya desaparecido bajo el mar. La ciudad estaba rodeada de tórridas regiones áridas, lejos aún de las altas montañas desde las que llegaban con regula-

ridad lluvias torrenciales que inundaban las calles durante meses. Jeremías y su hermano habían nacido con un solo torso, compartían un único corazón y tres pulmones. Su cuerpo común era indiscernible desde los hombros, los cuales eran únicamente dos, hasta la cintura, donde dos pelvis apenas desarrolladas los diferenciaba. Por debajo eran dos personas diferentes, así como sus cuellos y cabezas. Muchas veces Jeremías se preguntó cómo hicieron para soportar tal situación durante quince años. Sus padres habían deseado separarlos desde el nacimiento, pero los médicos les habían dicho que ni aún los grandes avances de la ciencia quirúrgica o tecnológica lograrían que ambos hermanos sobrevivieran. Uno sin duda iba a morir, las probabilidades de supervivencia del otro, a corto plazo, también eran muy bajas. Su padre a veces se pasaba las noches observándolos en la cama común, porque les costaba conciliar el sueño en la niñez. A medida que crecían, les era más difícil la convivencia obligada. La costumbre los había adoctrinado, los había disciplinado en las tareas cotidianas y las necesidades fisiológicas, y de algún modo fueron felices durante largos años. Sus padres se engañaron con el aparente sueño de felicidad, que no fue más que conformidad. Había otras cosas en qué pensar en aquellos tiempos, en el trabajo por ejemplo, en el clima cada vez más terrible que dominaba la joven y vieja ciudad de los Buenos Ayres.

Fue en ese entonces, cuando cumplieron trece años, cuando Jeremías comenzó a sentir que algo lo asfixiaba. Se despertó durante las noches agitado, faltándole aire, y su hermano se despertaba con él, mirándolo asustado, pero sin signos de compartir la misma sensación.

—¿Qué pasa?— le preguntó.

Entonces Jeremías supo que no era un mal del cuerpo, sino de su mente. Fue así que comenzó a diferenciar y dejar de lado

lo que sus padres les habían inculcado desde pequeños: no eran una sola persona, eran dos. Lo que él sentía y pensaba, su hermano no lo compartía necesariamente, incluso podía sentir algo totalmente contrario.

Luego de varios meses, cuando la misma pregunta se repitió y el rostro de su hermano mostraba hastío y desprecio, él afirmó sin lugar para la duda:

—Debemos separarnos.

El otro lo miró contemplativamente, como si en lugar de un rostro conocido estuviese viendo un paisaje extraño, en el cual tenía temor a penetrar.

—¿Desde cuándo estás pensando en eso?

Jeremías se rió a pesar suyo, sabía que la situación no lo ameritaba.

—Creo que lo he estado pensando desde siempre.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Odiaba esa costumbre de responderle siempre con preguntas.

—No sé, porque estamos acostumbrados a vivir así, porque papá y mamá así nos quieren, porque no sabía cómo decírtelo…

Estuvieron en silencio largo rato, ambos mirando hacia el cielorraso, apoyados su en la larga almohada. El brazo de uno detrás de la cabeza, el del otro sobre el sexo. Las piernas de uno dobladas, las del otro extendidas y con un leve temblor bajo las sábanas.

—Hace frío—dijo Jeremías, extendiendo el brazo en busca de una frazada, y obligando al otro a desplazarse y golpeándose la cabeza en el respaldo. Jeremías pidió disculpas. Debió haberle

avisado, era esa una de las tantas reglas que habían aprendido a respetar ambos a lo largo de los años. Se habían peleado mucho, golpeándose con el único brazo de cada uno, pero nunca supieron al cerebro de cuál respondía aquel brazo, y luego de unos minutos terminaban riéndose de la ridícula coreografía de la pelea. Hasta sus padres, que llegaban corriendo para detenerlos, eran los primeros en reírse, lo que los hacía reconciliarse.

—Si es por lo que nos está pasando, ya nos arreglaremos, como todo…—dijo su hermano.

Jeremías sabía de qué hablaba. La inquietud creciente originada por el sexo había hecho que ambos se despertaran en medio de la noche viendo cómo uno u otro se sacudía frenéticamente. Habían cruzado pocas palabras, no por vergüenza sino por íntimo conocimiento mutuo.

—No es sólo eso, aunque es verdad que he pensado cómo haremos cuando nos toque estar con una mujer.

—Tal vez con dos— dijo su hermano, con una sonrisa en la cara.—Ya le preguntaremos a papá.

Jeremías asintió. No quiso hablar más, pero desde entonces sintió la mirada del otro durante día y noche, y confundió cada gesto y mirada con un reproche y una interrogación permanente.

Habló primero con su madre, quería prevenirla. Ella lloró, dijo comprender. Al día siguiente, padre y madre entraron en el cuarto de sus hijos.

—¿Quieren separase?— preguntó papá.

Los hermanos bajaron la mirada a las sábanas. Era el comienzo de la noche, y los truenos en la cordillera resonaban tenebrosos.

—Sí— respondió Jeremías, por ambos.

Los padres se miraron.

—Saben que no es posible— dijo el padre.—Y saben por qué razón. La decisión está tomada, y no hay más que hablar.

Tomó del brazo a su mujer y comenzaron a salir de la habitación.

Jeremías se levantó de pronto y arrastró a su hermano fuera de la cama. El otro gritó al golpearse otra vez la cabeza, esta vez contra la mesa del velador. Jeremías se detuvo y su padre y madre se acercaron. Su hermano había sangrado y se limpiaba con la sábana.

—¿¡Que te he dicho sobre las reglas?!— gritó su padre. Mamá consoló a su hermano, apoyando la cabeza lastimada contra su pecho como si aún fuese un bebé. A pesar de que el cuerpo era de ambos, Jeremías sintió que aquel abrazo lo excluía definitivamente.

Desde entonces los hermanos no se hablaron. Pasaron semanas, y su hermano comenzó a quejarse de dolor de cabeza. Él sabía que era un reproche por lo de aquella noche, así que al principio decidió no hacerle caso, pero luego el continuo quejido se hizo insoportable. Jeremías se preguntó hasta qué punto el odio de su hermano era tal que lo hacía fingir de esa manera. O tal vez no fingiera, pero este pensamiento lo inquietaba tanto, que le resultaba insoportable sostenerlo por mucho tiempo en su mente sin que le hiciera daño.

Los llevaron a varios hospitales, los metieron en amplias máquinas de imágenes y los sometieron a dietas que Jeremías debió soportar sin dejar de emitir sus continuas quejas. Los pa-

dres le reprocharon su conducta, y su hermano permanecía en silencio. La rara vez que lo miraba directamente, daba muestras de que sabía lo que estaba pensando, y de lo que sucedería.

Le diagnosticaron un hematoma en una arteria cerebral. Tal vez o quizá no fuese resultado del golpe, no podía saberse, fue la respuesta de los médicos. Había que operarlo para drenar el hematoma, potencialmente peligroso como causa de embolias. Durante la cirugía, Jeremías escuchó la conversación de los médicos. Una sábana separaba las cabezas. Oyó el sonido de la sierra trepanando el cráneo, el sonido del monitor cardíaco con su regular ritmo. Mientras, pensaba en que nadie había tenido tanta piedad de él como la tuvieron por su hermano. Sin embargo, todos sabían que él también moriría si un casual émbolo se enclaustraba en las arterias de su corazón común. El odio fue como un coágulo que crecía y se endurecía en su pecho. Odiar a su hermano no estaba bien, pero odiaba como quien no puede evitar sentirlo contra quien le quitaba la vida.

Un rato después, se durmió por efecto de la anestesia. Al despertar, se sintió sacudido por todos lados. La cama se movía, les introducían catéteres en ambos brazos. La cabeza de su hermano era movida y él sentía el sacudimiento en su propio cuello. Quiso preguntar qué pasaba pero tenía la lengua seca y pegada al paladar. Volvió a dormirse.

Luego, quien sabe cuánto tiempo después, sus padres estaba a su lado, es decir del lado su hermano, y lloraban. La alta figura del cirujano se acercó a Jeremías, y le preguntó:

—¿Cómo estás?

Jeremías lloró, no de pena, sino de reconocimiento.

—Con dolor, y me siento débil.

El médico dirigió una mirada a los padres.

—Hay que operarlos de inmediato, la gangrena se extiende.

Aguardaba el consentimiento de ellos. Ambos asintieron, y en la mirada que le dieron a Jeremías descubrió lo que era el verdadero rencor, al lado del cual, el odio resultaba un sentimiento precario y débil.

Cuando él era sólo él, cuando ya no fue más que uno, cuando ya no había más con quien hablar, ni otras piernas que lo hicieran ir hacia otro lugar al que no quisiera ir, cuando su cuerpo respondía a sus propios y únicos deseos, estaba el brazo ausente que le recordaba todo eso. Lo positivo por lo negativo. El bullicio perdido por el silencio. Los sentimientos exacerbados por la ausencia de todo sentimiento.

Y al ver en los días siguientes que la mirada de sus padres se dirigía al brazo que ya no tenía, que en realidad nunca tuvo porque era el brazo de su hermano, cuando vio que extrañaban más al ladrón que a su víctima, pero que ellos consideraban víctima de potencial asesino que habían criado, ya no supo cuál de sus lados había sido el positivo y el negativo, cuál era el odio y el amor, la víctima y el victimario. Ahora él era la culpa, potenciada por la ausencia permanente, esa entidad que en sí misma es un todo, como la nada, irreversible, incorruptible e insobornable. Porque la presencia anterior de su hermano no era nada ahora comparada con su ausencia. Un brazo ausente tenía más influencia que el mismo Dios cruel y omnisciente en el que habían creído sus ancestros.

Por eso huyó de sus padres, de su casa y de la ciudad, todo aquello que pronto moriría. Y comenzó al principio a errar por el mundo, y cuando ya no hubo lugar habitable, huyó del mundo

y se introdujo en el silencio más vasto del espacio exterior, así tal vez acallaría el ruidoso silencio de su espacio interior. Y mientras comenzaba a viajar de mundo en mundo, no dejó de preguntarse qué sapiencia había inspirado a sus padres a bautizar a su hijos con aquellos nombres: Ahasverus y Jeremías. Según había sabido más tarde, el primero era el nombre que llevaba un simple escarabajo, el segundo el profeta que había tratado de reconciliar a Dios con los antiguos judíos, soportando la inquina de los reyes.

Era acertado aquel bautismo, y en vistas de lo que después sucedió, él se sintió identificado, creyendo reconciliar su pensamiento con la incongruencia de la realidad. Por eso, la primera vez que le preguntaron su nombre al atravesar la primera frontera luego de su autoexilio, respondió:

—Jeremías.

Y la tan mentada estabilidad psicológica de la que más tarde se jactó, fue siempre una falacia.

2

La nave atravesaba ahora la órbita de Marte. El gran planeta se acercaba lentamente, y mirando por el ojo de buey, fue descubriendo las zonas donde la guerra ya había comenzado. Desde hacía varios meses, el planeta hacía honor al dios con cuyo nombre lo habían bautizado. Jeremías había pensado, en los tiempos en que trabajaba en las granjas agrícolas, que un día estallaría la guerra por las mismas razones que lo hicieron en la Tierra: para derribar la explotación y las diferencias sociales. Fragmentos de noticias interferidas llegaban a sus auriculares, mientras en las pantallas de la nave las imágenes de la guerra eran presentadas en los noticiarios. La superficie de Marte era un árido desierto, como lo había sido antes de la llegada de los hombres, luego de la explosión de tres bombas de hidrógeno. Los sobrevivientes estaban ocultos en túneles y canales, los dueños de las tierras probablemente persistían en refugios antiatómicos de los cuales saldrían en naves de su propiedad.

Decidió dormir un poco, faltaba mucho para la llegada a Europa. Cerró los ojos y desconectó los auriculares. A su mente fluyeron recuerdos que parecieron convertirse en pequeños y voraces gusanos carcomiendo el muñón de su brazo. Un cosquilleo frecuente le daba tal sensación, y se dijo muchas veces que algo

andaba más en esa herida que no parecía querer cerrarse, aunque una cicatriz bien extensa le aseguraba que no había nada por lo cual temer. No era casual, se dijo, que justamente cuando dejaba su trabajo en la empresa fúnebre comenzara a tener aquellos síntomas en el muñón. Era como si el brazo ausente supiera cuándo había decidido retomar el largo peregrinaje sin fin determinado. Al asentarse en alguna parte, los síntomas desaparecían, pero luego la inquietud recomenzaba, primero como una desesperación creciente, un darse vueltas en la cama durante toda la noche, sin dolor, sólo con una indescriptible angustia. Después llegaba la sensación en el brazo, y él se desnudaba el torso y se miraba la herida en busca de fístulas, de secreciones, de inflamación. Pero el muñón le hablaba silenciosamente, con la mudez de la insensibilidad, a veces, otras con una hiperalgesia al menor contacto.

Había creído por un largo tiempo que su trabajo en la funeraria sería definitivo, porque aquella sensación que siempre temía se presentase brillaba por su ausencia. Pero el silencio de la nave de transporte con sus muertos atrás fue más fuerte que el tiempo y su sano e irremediable paso. El último día, que ya había decidido inconscientemente, dejó los cuerpos en la superficie de la luna terrestre. Los empleados lo miraron con asombro, escandalizados al principio, luego temerosos, por lo cual sacaron sus armas, y mientras lo amenazaban, llamaron a las autoridades. Ellos no entendían por qué razón había abierto cada uno de los ataúdes y sacado cada cuerpo, desnudándolos de la ropa con que sus familiares los había vestido para la muerte. No fue una renuncia, por lo tanto, sino un despido en el cual la empresa tuvo que evitar acciones legales por temor a las demandas de los familiares. El acto de Jeremías fue ocultado mediante la lenta y parsimoniosa reparación de los daños. Cada cuerpo fue vestido nuevamente y puesto cada uno en su cajón. Y mientras Jeremías contemplaba este trabajo, apresado transitoriamente en la ofici-

na de frontera, el sol iluminaba la Tierra, que brillaba como un astro de extraña conciencia. Mientras él sufría la pena del exilio, su planeta brillaba en una nueva vida, como si todos los muertos refulgiesen festejando un gran castigo. Entonces supo que se había cumplido un nuevo ciclo, y con aquel conocimiento de pavor, que era a la vez una sensación de seguridad a la cual aferrarse, volvió a partir. El exilio era su norma, su destino, incluso su triste felicidad.

Más adelante, escuchó que en la luna de Europa había crecido una gran actividad industrial. Hizo averiguaciones entre sus amigos y ex compañeros de trabajo en las minas de Marte. Así fe como supo que había una fábrica desocupada en aquella luna de Júpiter. Aparentemente había quebrado y los dueños originales la habían abandonado. Ahora estaba bajo el cuidado del gobierno, pero cerrada, en espera de venderla o alquilarla a quien quisiera ponerla en funcionamiento. Jeremías se dijo que era una oportunidad diferente. Nunca había iniciado un emprendimiento como ese, y nada perdería con intentarlo. ¿Qué fabricaría?, eso lo vería después, según las máquinas e instalaciones que quedaran en el recinto. La pantalla anunció la cercanía de Júpiter. Sintió que la nave comenzaba a sufrir los efectos de la inmensa gravitación del planeta. Ninguna nave podría acercarse demasiado sin el riesgo de ser atrapada por la atmósfera para estrellarse en la superficie no habitable del planeta.

Europa, leyó en los anuncios de arribo. Qué curioso, se dijo en voz muy baja. Era como regresar a los orígenes de su familia. Si bien la Europa a la que él estaba por ingresar era otra muy diferente a aquella de donde sus ancestros se habían exiliado, la similitud de los nombres no resultaba casual, sino que alguna deliberada influencia debía haber existido para que él tomara ese camino. Desde la muerte de su hermano, más aún en particular

desde aquella noche en que hablaron por primera vez seriamente de su separación, sabía que todo lo que había hecho o hiciera desde entonces era algo que no podría evitar. Más que un destino propiamente dicho, lo suyo era consecuencia de una fatalidad que había tomado las dimensiones adecuadas a su culpa. Su antigua raza así lo evidenciaba, así estaba en sus cánticos llenos de pena y sufrimiento, pero cuya tristeza se convertía en gozo por el solo hecho de ser, precisamente, sufrimiento. La oportunidad del dolor debía ser agradecida a Dios.

La nave comenzó a gravitar alrededor del satélite. El descenso fue trabajoso y accidentado. Jeremías vio que las nubes se dispersaban, y en la superficie clara y lisa como un mar, se alzaban rascacielos. Parecía como la antigua Nueva York, pero diez veces más extensa, y más allá de la cual se extendían otras tantas ciudades parecidas. Cuando aterrizaron, los pasajeros fueron descendiendo uno a uno, pasando primero por las cámaras de descompresión. Debían abastecerse de oxigeno, si bien la superficie había sido adaptada a un porcentaje ya totalmente apto para los humanos. Al salir de las cámaras, Jeremías se vio en tierra frente a la ciudad más grande en la que alguna vez hubiese estado. La Tierra estaba en ruinas, y los campos de Marte antes de la reciente guerra, eran simplemente campos enormes donde la humanidad parecía haber pretendido imitar y duplicar las dimensiones y la pavorosa inmensidad y altura de las grandes y viejas ciudades de la Europa original. Tras las barreras del aeropuerto, comenzaban los grandes edificios, alzados con formas diversas uno junto al otro, sin calles intermedias, sólo puentes entre cada uno, mientras pequeños aviones individuales sobrevolaban la ciudad de una terraza a otra entre las nubes. A medida que se adentraba sobre una cinta transportadora que los condujo a él y a su escaso equipaje hacia el hotel, vio que en una zona clara junto al mar, seco y límpido más allá de la ciudad, había algo parecido al viejo

puente de Londres. El hotel al que lo llevaron tenía el nombre de la ciudad: Nueva Londres, pero era como si la ya destruida Nueva York hubiese sido trasladada a Europa. En el vestíbulo del hotel, se acercó a un mapa del satélite. Buscó la zona fabril a la que debía dirigirse. Estaba a doscientos kilómetros de la ciudad, rodeada de otras tantas ciudades con los nombres de Nueva Roma, Nueva Frankfurt o Nueva Paris. Se acercó al mostrador, donde los robots iban y venían encargándose de los huéspedes y sus equipajes.

—¿Cuánto tiempo se quedará, señor?— le preguntó uno tras el mostrador, obsequioso y sonriente en su espléndida dentadura de acero.

—Una noche. ¿Cómo puedo trasladarme a la zona fabril número 15?

—Un coche lo trasladará a la hora que disponga usted, señor.

—Entonces mañana a las siete de la mañana.

—Su identificación, señor, si es tan amable.

Jeremías apoyó su pulgar izquierdo, y un nombre que no quiso leer apareció en la pantalla del registro. Desvió la vista hacia el empleado, éste sonreía.

—Que pase una agradable estadía, señor.

Otro robot agarró su único equipaje y esperó a que lo siguiera hacia los elevadores. Subieron doscientos treinta pisos hasta su habitación. Cuando estuvo solo, se acercó a la ventana. Entre las nubes que se dispersaban y volvían a formarse, vio los edificios a su alrededor, más allá de los cuales, entre un pequeño resquicio entre ellos, vio el mar que no era un mar, sino una superficie clara con grandes perforaciones que llegaban hasta los océanos

bajo la superficie del planeta. Mucho más lejos estaba la fábrica. Desde la luna terrestre había tramitado todo lo concerniente a la propiedad de aquel recinto abandonado. El gobierno de Europa se la cedió a cambio de un alquiler irrisorio para aquellos tiempos. No debía tener muchas perspectivas favorables de progreso.

La mañana siguiente despertó con el retumbante sonido de la voz mecánica del chofer del auto que lo llevaría a la fábrica. Abrió los ojos y vio la cara del conserje del hotel junto a la cama.

—Señor, es la sexta llamada del chofer, son las siete horas y dos minutos.

La mano del robot lo tocó con afecto en el hombro derecho. Jeremías se levantó y dijo algo entre dientes. El conserje esperó mientras él se duchaba y se vestía.

—Dígale al chofer que en cinco minutos bajo.

El conserje salió y Jeremías se miró al espejo. La barba crecida de ya quince días, los ojos cansados, el pelo largo, la ropa del trabajo anterior que se había quedado porque no tenía nada más cómodo para viajar. Su aspecto contrastaba enormemente con la pulcritud de los robots en la ciudad de Nueva Londres. Pero se dijo que tenía el mejor aspecto para un futuro fabricante en las afueras de la ciudad. Pocos minutos después dejaba el hotel, y el auto tomaba la ruta ancha que hacía desaparecer los altos edificios y se adentraba en el mar calmo de arena y piedra, entre las torres de perforaciones. El cielo de Europa era azul turquesa en lo más alto, con tonalidades rojizas hacia el horizonte. El sol era débil, por eso el frío arreciaba en cualquier parte del satélite. El viento era notable en esta región solitaria y amplia. Oía el zumbido del viento fuera del auto, azotándolo, pero el chofer mecánico era hábil y mantenía firme el rumbo. Pasaron dos ho-

ras, y a pesar de que podrían haber llegado mucho antes, el auto iba lentamente. Jeremías tuvo tiempo para pensar en su futuro, sentado en el asiento posterior, con su valija al lado, viendo pasar el paisaje lunar por las ventanillas, sabiendo, sin sentirlo, que el viento azotaba las torres que extraían agua, arrastraba la arena al ras del suelo, y a todo elemento que se atreviese a asomarse por aquellos parajes. Se preguntó cómo serían las condiciones en la región fabril, pero apenas tuvo tiempo de imaginarlo cuando ya llegaban a una gran entrada con altos muros a los costados. El arco de entrada le hizo acordar al Arco de Triunfo de París, según lo había visto en viejas fotos. Le pareció exagerado, hasta que pensó en la importancia de aquella zona para el progreso de Europa y varios otros satélites de Júpiter, porque poco a poco había esa zona había ido convirtiéndose en una productora a gran escala, que exportaba sus mercancías al exterior, siendo fuente de cada vez más importantes ingresos económicos. Tal vez, se dijo, su fábrica tuviese futuro, y ya no necesitara volver a partir.

El auto pasó bajo el arco luego de detenerse para que los detectores lo registraran. El camino continuó por media hora más, pero a los costados de la ruta las inmensas fábricas se levantaban como monasterios cerrados, o cubos sin ventanas, casi montañas geométricas sin vida ni sosiego frente al viento. El coche se detuvo y el chofer anunció el fin del viaje. Jeremías pagó lo debido, y descendió. Mientras el auto se marchaba, se vio solo en medio de la ruta, entre las sombras de grandes edificios silenciosos. Consultó los registros en busca de la localización exacta de su fábrica. Calculó las coordenadas, miró alrededor si había indicaciones de nombres o distancias. A cien metros debía estar el edificio. Comenzó a caminar, protegido del viento por las paredes casi ininterrumpidas de las viejas fábricas. Una tras otra, de diferentes alturas y largos, eran como una maraña de cubos dispuestos en fila. ¿Por qué no había nadie para guiarlo, se preguntó, dónde

estaban los trabajadores, dónde los encargados de manejar a los robots? Era muy temprano todavía, y el horario de trabajo finalizaría recién cuando cesara la luz del día. Finalmente, encontró su fábrica. Era una mole de ladrillo, por lo menos de un material que imitaba de manera eficaz los viejos ladrillos. El arquitecto, o quien fuese que la había construido, le había dado el aspecto de una de las viejas fábricas del siglo veinte en la Tierra. Si bien su forma cuadrada era común a las demás, tenía una serie de techos a dos aguas y chimeneas que probablemente sirvieran únicamente de adorno. A lo largo de las altas paredes vio filas de ventanas con rejas. El color rojo la diferenciaba mucho del resto, la ensombrecía a la vez que la particularizaba, creando una sensación de extrañeza, de cierto misterio que invitaba a preguntarse qué se fabricaba allí dentro. Él había preguntado, antes de adquirirla, cuál había sido la producción antes del cierre, pero todos esquivaron la pregunta diciendo que hacía años estaba cerrada. Era una de las primeras fábricas abiertas en Europa, cuando toda esa región era solamente un desierto azotado por el viento.

Buscó la puerta de entrada, la halló del otro lado, dando la espalda a la carretera. La puerta era de hierro forjado, de dos paneles. A los costados de la puerta y sobre ellas, un alero con sus columnas de hierro daban una sombra espesa y viscosa. Había una inscripción que no alcanzó a leer por la oscuridad sobre la puerta. Eran iniciales, o una leyenda en latín, probablemente. Los dueños originales debieron ser los primeros colonos, se dijo Jeremías. Aquella atmósfera le resultaba familiar, acogedora a la vez que acongojante. Desde hacía años se había propuesto como norma huir de todo lo que le resultara familiar o protector, porque sabía que todo ello escondía en sus entrañas armas más peligrosas que las de cualquier enemigo. No quería sentirse a salvo, él no era merecedor de eso, y sin embargo había ido a parar a un sitio con todas esas características.

Bajó el picaporte y entró, la puerta estaba sin llaves. Dentro, la oscuridad fue más oscura que la total ceguera. Había un olor a humedad y fermentos, un olor acre que siempre le traía recuerdos de la sangre y los medicamentos el día de la operación. Buscó, tanteando en la penumbra densa, la proximidad de las paredes y algún interruptor. Pero antes de llegar a la más próxima, las luces altas se encendieron con el chasquido típico de la palanca de electricidad. Alguien habitaba la fábrica, y al escucharlo entrar había encendido las luces.

—¡¿Hay alguien acá?!— preguntó alzando la voz.

Unos pasos se acercaron desde el fondo, tras un tabique. La sala era enorme, y mientras la figura del hombre cuyos pasos se acercaban iba haciéndose más nítida, Jeremías contempló la altura del edificio, los techos oscuros que casi no podían verse, y un balcón sin solución de continuidad al que se llegaba por una angosta escalera sobre la pared a su derecha. La sala estaba completamente vacía, pero en las oficinas a las que se accedía por el balcón periférico había luces y muebles con puertas abiertas. Tras el tabique al fondo de la sala, parecía haber una habitación precaria, telas y ropas se hacían ver por los costados. El hombre que salió de atrás, era gordo, pero a medida que se acercaba a Jeremías, su figura aumentaba de tamaño, y de la gordura aparente pasó a una obesidad mórbida. Sin embargo, se desplazaba sin dificultad, y sus pasos eran armoniosos, de sonidos finos. Cuando estuvo a pocos metros de Jeremías, se detuvo y extendió una mano. Estaba vestido con un mameluco gris, algo sucio con manchas marrones, y Jeremías pensó en el color cobalto de la sangre seca y del agua oxigenada con que se intenta inútilmente limpiarla. La obesidad del hombre era excesiva, pero el mameluco parecía medido a las formas de su cuerpo, del cierre frontal

sobre el pecho sobresalían matas de vello oscuro, de igual color que la barba y el pelo largo y descuidado.

—Buenos días, señor— dijo el hombre.

—Buenos días— contestó Jeremías, sin contestar al ofrecimiento de estrechar la mano.— ¿Qué hace usted aquí?

—Vivo acá…

—Pero esta fábrica es mía, yo la alquilé hace unos días al gobierno…

El hombre cambió su expresión inerte por una falsa obsequiosidad. Lo que antes era muerte en sus ojos negros, ahora era un brillo infantil como creado por maquilladores teatrales.

—Sepa disculpar, pero no tengo donde vivir, así que encontré la fábrica desocupada, y me instalé hace varios años. Es como mi casa…

—Entonces sabe que deberá recoger sus cosas y marcharse…

—Si es imprescindible…

—¿Y cómo ha sobrevivido?— preguntó Jeremías.

—Bueno, me he dedicado al comercio…, usted comprenderá, en cierto modo clandestino, desde mis oficinas… —dijo echando una mirada que intentaba producir una deliberada sospecha, hacia las oficinas superiores.

Jeremías no pudo evitar reírse, y el hombre comprendió que su artimaña está surtiendo efecto: se ganaba el afecto de aquel extraño. Y Jeremías, dándose cuenta de todo esto, y sin poder evitarlo, se dejó llevar.

—¿Qué clase de comercio?

—Bueno, uno muy requerido por estos lugares, hay muchas parejas sin hijos, usted sabe, por efecto de las radiaciones por las guerras recientes. Yo me encargo de buscar niños para esas parejas, niños abandonados en diversos planetas y sus lunas. O gente que ya no puede cuidarlos o simplemente nos los quiere.

—Debe tener muchos contactos, y complejos medios de comunicación, si lo hace desde estas…oficinas.

—Por ahora, es la única sede de mi trabajo, donde voy están mis oficinas, soy mi propio jefe y mi propio lugar físico de trabajo.

Jeremías lo miró, pensando en las diversas connotaciones de lo que el hombre había dicho y querido decir.

—¿Cuál es su nombre?— preguntó.

—Gregorio Ansaldi.

—¿Y siempre se ha dedicado al comercio?

Gregorio comenzó a reír, sus dientes eran amarillos y un aliento horrible salió de su boca.

—He hecho de todo, señor Ahasverus.

Jeremías no pudo moverse por unos segundos, sabía que su tez había empalidecido y su frente transpiraba. Inspiró profundo, y dijo:

—Ese no es mi nombre…

—Pero, señor, usted me acaba de decir…

—Yo no le he dicho nada.

No podía preguntar de dónde lo había sacado, porque habría sido como reconocerlo.

—Me llamo Jeremías Gottlieb.

—Como guste, señor.

La impertinencia de aquel sujeto lo irritaba, pero no era capaz de revelarse, y no sabía por qué razón.

—¿Podré quedarme en la fábrica, señor Gottlieb? Puedo ser su asistente, ayudarlo en lo que sea. ¿Qué planea fabricar?

—Todavía no tengo nada pensado. ¿Sabe usted a qué se dedicaba este lugar antes de cerrar? Tal vez la vieja maquinaria aún me sirva.

—Todas las máquinas viejas están arrumbadas detrás de ese tabique, yo duermo entre la maquinaria. Los dueños originales eran franceses, y habían diseñado una línea de juguetes que tuvo mucha relevancia el siglo pasado. Pero ahora ya no hay demanda para esa clase de productos… Salvo…

—Sé a lo que se refiere, señor Ansaldi, entre usted y yo podemos hacer que haya demanda. Usted con los niños, yo con los juguetes.

Gregorio llenó su rostro con una sonrisa que Jeremías nunca había visto en alguien en toda su vida. No era extraña, no era simple, no era hermosa ni diabólica. Era una sonrisa que denotaba conocimiento, una sonrisa intelectual en la que se verificaba una insobornable paciencia y una comprensión a toda prueba. Una sonrisa eminentemente humana, sin particularizaciones, suma de todas las sonrisas humanas que hubiesen existido alguna vez. Y se preguntó cuántos años tenía ese hombre, y cuántos hombres, mujeres y niños habían sido incorporados a su cuerpo para poseer tal conocimiento espontáneo del alma humana. Porque no existía otra forma de explicar su expresión cuando lo llamó con ese nombre que él prefería no nombrar.

3

Días más tarde, cuando ambos estaban parados frente a la puerta de la fábrica, luego de que los hombres que Jeremías había contratado habían limpiado la puerta y el marco que la rodeaba, leyeron lo que estaba escrito sobre el arco en letras de caracteres góticos, y en un latín meramente eclesiástico: *Redemptor Hominis*. Sentía, aún sin mirarlo, la vista de Gregorio sobre él, contemplándolo como se observa a un fenómeno. En ese instante se sintió como debieron sentirse todos sus ancestros judíos ante los prejuicios de la gente común: los cuernos, el olor, la nariz prominente, y la avariciosa desconfianza que su raza pregonaba a los cuatro vientos. Pero Jeremías era una ateo en ese sentido, e iba a dejarse llevar por la ira, por eso mantuvo un cauteloso silencio.

Gregorio, sin embargo, no parecía dispuesto a dejar pasar la ocasión, aunque sur argumentos serían más lacerantes por más profundos.

—Comprendo cómo debe sentirse, señor Gottlieb, ante esta leyenda…

Jeremías lo miró con tranquilidad.

—Ni me va ni me viene, soy un libre pensador…—dijo él, impasible ante la sonrisa cáustica del otro. Decidió involucrarse en el tema, y de esa manera demostrar la seguridad en sí mismo.

—¿Qué sabe usted de los dueños originales?

—Como ha podido apreciar, eran católicos fervientes. Redentor del hombre— pronunció como una recitación, con las manos a la espalda y la vista clavada en la leyenda sobre la puerta. —¿Va a hacerla borrar?

—¿Por qué? Ya le dije que no soy un fanático, además, siempre me han gustado los edificios antiguos y sus peculiares ornamentaciones.

Gregorio se rió estridentemente esta vez. Jeremías lo miró con ofuscación.

—¿Qué es tan gracioso?

—Perdón, señor Gottlieb…— contestó, mientras se tapaba el rostro con una mano.

Comenzaba a odiar aquella falsa obsequiosidad, que no rimaba con el aspecto hosco y obeso de ese cuerpo, porque todo en él se insinuaba falso, como un disfraz de fáciles cambios.

—Lo que quiero decir, es que no creí que usted toleraría esa leyenda en su propia casa. Usted, amigo mío, que ha tenido la valentía de extirpar su propio brazo derecho.

Ahí estaba el quid de la cuestión, Gregorio había puesto el dedo en la llaga que seguramente había visto apenas él hubo llegado. Esta vez fue él quien se rió.

—Ansaldi, nunca he tenido un brazo derecho.— Y cuando creyó haber ganado esa partida, el otro lo miró con una detestable

piedad, porque recién ahora Jeremías se daba cuenta de que todo lo que Ansaldi decía tenía más de un sentido, y así como sabía que su brazo derecho había sido amputado no por accidente, también debía saber todo sobre él y su hermano. Lo del nombre ya no era pura casualidad, si es que así alguna vez lo había considerado durante aquellos días. Decidió alejarse del otro, mientras decidía cómo echarlo de la fábrica.

Entró solo al edificio, donde los hombres que había contratado terminaban de sacar las máquinas del depósito, otros de limpiar los pisos y los techos. Las paredes habían sido refaccionadas, las luces brillaban, iluminando el gran espacio donde las viejas máquinas aún permanecían empolvadas e inútiles. Al día siguiente llegarían los técnicos para ponerlas a funcionar. Gregorio se había ofrecido a hacerlo, pero no confiaba en que si aceptaba su ofrecimiento luego le exigiera favores a cambio. Ya era demasiado dejarlo vivir en la fábrica, cuando todo intento de saber sobre el trabajo que realizaba había resultado infructuoso.

Sintió los pasos de Ansaldi, cuando comenzó a subir las escaleras hacia el sector de oficinas.

—¿Adónde va, señor Gottlieb?

—A revisar esas oficinas, señor Ansaldi, ya es tiempo de ver qué sirve y qué no.

—Ahí están mis cosas, señor, las cosas de mi trabajo.

—Hasta ahora no me ha dicho cuáles son, así que yo mismo iré a ver.

Continuó subiendo, y escuchó los pasos de Gregorio en los escalones, su respiración pesada y maloliente. Luego sintió su mano sobre su hombro derecho. Una puntada de dolor lo hizo detenerse y sentarse en un escalón, pero la mano no había hecho

más que apoyarse. Los hombres se habían dado vuelta a mirar, por lo menos eso lo hizo sentirse seguro de que Ansaldi no haría nada para atacarlo. El silencio que Gregorio mantuvo mientras cedía su dolor, era lo que necesitaba para asegurase de eso.

—Ya que insiste, yo mismo le mostraré todo lo que quiera, pero espere a que los hombres se vayan.

—No, Ansaldi, ellos son mi garantía en estos momentos. No sé qué me hizo en el hombro, pero no confío ya en usted.

Ansaldi se rió.

—El dolor se lo provocó usted mismo, señor Gottlieb, hace muchos años, cuando se extirpó su lado derecho. ¿Recuerda las sagradas escrituras? El redentor del hombre subió al cielo, y está sentado a la derecha de Dios.

—No me venga con falsedades, usted es tan católico como yo…

—Es verdad, pero no tan culpable como usted. El cuerpo sabe de esas cosas, las cicatrices, los dolores, la culpa toma formas orgánicas, y su peregrinaje, señor Gottlieb, no acabará nunca, salvo…

—¿Salvo qué?

—Esta fábrica puede ser la redención de su alma eterna.

Se levantaron y continuaron subiendo hasta el balcón periférico que conducía a las oficinas. Había subido una sola vez en esos días, para contemplar la extensión de la fábrica. Lo había impresionado la altura y las dimensiones del lugar. No había intentado trasponer las puertas, pero ahora veía que todas estaban iluminadas desde adentro, y la luz no llegaba hasta el centro de la fábrica. Era una iluminación intensa pero no brillante, que

atravesaba las puertas de vidrio y las cortinas que apenas la contenían, y sin embargo ocultaban eficazmente el interior.

Ansaldi caminaba a su lado, el izquierdo, del lado de la baranda, él recorría el pasillo con su muñón rozando las paredes y las puertas. Cuando pasaron tres, dijo:

—Ya es suficiente, entremos a cualquiera, quiero ir viendo de qué otras cosa dispongo para poner en funcionamiento la fábrica.

—Le dije que son mías, señor Gottlieb, no para su utilidad.

—Debió pensarlo antes de invadir este lugar ajeno, Ansaldi. Ahora todo lo que hay dentro es mío, la ley está de mi parte.

—¿Incluso las almas de los niños, señor Gottlieb?

—¿De qué habla?

Gregorio abrió la puerta más próxima con una de tantas llaves que contenía el manojo que siempre llevaba encima. Entraron y la luz ya no era tan intensa. Provenía de varios frascos o recipientes colocados prolijamente sobre incontables estantes a lo largo y alto de las paredes, y sobre varias mesas en el centro. Era una luz verde y amarilla, como producida no por electricidad sino por una fuente de energía propia, ¿tal vez biológica?, se le ocurrió, de pronto. Entonces Jeremías se acercó a los frascos, y vio que dentro de cada uno de ellos había un feto humano en diferentes estados de desarrollo. Pedazos de cuerpo humanos más pequeños que un dedo, otros casi completamente desarrollados, como recién nacidos.

—Pero usted me dijo que comerciaba con niños…

—¿Y qué cree que son estos, señor Gottllieb?

—Son no nacidos, abortados.

—Ciertamente. Mi verdadero comercio no es el de conseguir niños en adopción, sino en recoger las almas de los que nadie quiere. ¿Cuántos calcula que hay acá, cien, tal vez doscientos? Multiplique esta cifra por todas las oficinas de esta vieja fábrica. Cuantos niños abandonados, ¿no es cierto? Los niños perdidos o los que han nacido muertos, gritando en el espacio, sin lugar donde descansar. Esos gritos perturban a los padres que los han perdido. Destruyen las vidas de los que los concibieron, y torturan a los que se deshicieron de ellos. Son almas en pena, señor Gottlieb, usted debe saber lo que ellos sienten. Han sido dejados de lado, y se creen culpables. De algún modo lo son, si no han nacido. Tal vez las culpas de la humanidad requieren su paga en los seres inocentes, ya que esa es su verdadera recompensa. De qué sirve a Dios tomar en castigo un alma que nunca se arrepentirá del todo de sus actos, almas corruptas que no pueden reparase. Pero las almas de los no nacidos son el verdadero tesoro, la fuente de máximo potencial.

—¿De qué?

—De amor o de odio, de máximo desenfreno o sublime beatitud. Las circunstancias del universo, si así quiere llamarlo, está en la utilización de ese potencial. La paz o las batallas, la destrucción o la construcción de seráficos edenes.

—¿Y usted, Ansaldi, qué gana con todo esto?

—Primero, la supervivencia. Así como me ve, tengo más años de los que podría usted adjudicarme. He sobrevivido a tanto y a tantas formas de mí mismo. Pero lo principal es poseer el potencial de estas almas. No sé si las oye… yo sí puedo hacerlo. Ellas gritan y reclaman la libertad, pero allá afuera sufrirían más en el caos del que las rescaté.

Entonces Jeremías comenzó a buscar en los frascos algo que no podía precisar.

—Está buscando en el lugar equivocado…

Jeremías miró a Ansaldi, y en su rostro contempló su propia angustia.

—Él no está aquí, sino que vaga todavía en alguna parte. Usted, amigo mío, puede traerlo y pedirle perdón. Hacerlo descansar en estos pequeños mares plácidos de formol.

Jeremías vio cómo el nombre que había adoptado se deshacía en pedazos en su alma, y el dolor en el hombro era tan punzante y exquisito como un bisturí.

—¿Cómo?— preguntó.

—La fábrica, querido Ahasverus.

Entonces Gregorio Ansaldi lo abrazó con su enorme cuerpo, cuyos brazos lo rodearon como si no fuese un hombre sino miles. Se sintió recibido por primera vez en casi veinte años, y el calor del cuerpo de Ansaldi era más consolador que grotesco, más venturoso que irritante, pero también irreversible. No había manera de soltarse.

Diez días después, la fábrica estaba funcionando como una sociedad comercial bajo el nombre de "Ahasverus Gottlieb y asociado". Habían encontrado los planos de los juguetes que la vieja fábrica había producido. Estaban firmados por un arquitecto y diseñador del siglo veinte, que según decían, se había suicidado en el mar. Una historia muy romántica que sin duda había sido aprovechada comercialmente en los tiempos prósperos de la fábrica, cuando la Tierra estaba en plena crisis nuclear, y escaseaban los juguetes para los niños que nacían en el exilio. Ahora,

el sonido de las máquinas había vuelto a ocupar el espacio de aquel edificio, las paredes parecían adorar aquel sonido, y los pocos operarios que aún sabían cómo hacerlas funcionar, parecían regocijados del nuevo esplendor. Entre Gregorio y él habían revuelto los viejos papeles con los planos, decidiendo qué diseños serían los más apropiados para esa época. Llegaron a la conclusión que dedicar la producción a aquellos productos llevaría a la fábrica otra vez al cierre, pero de un curioso modo, tal hecho no era demasiado importante. Para Ahasverus, que ya no negó su nombre, la fábrica constituía una forma de encontrar la redención, y por eso buscó entre los diseños alguno que le recordara su infancia. Su hermano y él no habían tenido casi juguetes con los cuales entretenerse, salvo los tecnológicos. Sus padres conservaban antiguos muñecos de felpa o porcelana, reproducciones de los viejos vehículos a motor del siglo veinte o de vagones de los trenes a vapor. Ambos los habían tenido entre sus manos, atemorizados por aquellas curiosidades antiguas que no entendían del todo para qué servían. Fácilmente se quebraban, y carecían de todo colorido y movimiento propios.

—Usábamos la imaginación para jugar con ellos— les había dicho el padre. Los hermanos se miraron y compartieron su desentendimiento. Luego, el padre les sacó los juguetes de las manos y se los llevó consigo, devolviéndolos al baúl de donde los había sacado.

Ahasverus ahora recordaba este episodio, redescubriendo connotaciones que se le habían pasado por alto cuando era un niño. Como la mirada del padre mientras tuvo los juguetes en sus manos, y que parecía retroceder el tiempo y llenarlo de múltiples posibilidades que él se daba cuenta que jamás podría imaginar. Entonces vio, casi en el fondo de la caja de diseños, un plano con las instrucciones de construcción de una calesita. Sabía de lo

que se trataba, había visto algunas de ellas en películas de ficción o en documentales. Con la mirada puesta en el plano, notó que Gregorio también lo observaba con atención.

—Has estado en una de ellas, ¿no es cierto?

El otro sonrió.

—El término no es el correcto, sino paseado en una de ellas, y en muchas, hace mucho tiempo.

No iba a adentrarse en los escabrosos recuerdos de Ansaldi. Ahasverus no sabía quién era, pero tenía idea de qué era, y como no estaba en condiciones de mostrarse exigente, nunca inquirió sobre ese tema. El que el otro supiera lo que estaba en su alma, lo había aliviado, ciertamente, pero no quitaba de su pasado aquel peso que arrastraba desde hacía tantos años: el cuerpo de su hermano, del cual no había logrado desprenderse jamás. Era, se lo dijo muchas veces en sueños y en vigilia, una cruz apoyada sobre su hombro derecho. Y las imágenes del Cristo, al cual la fe de sus ancestros no había querido reconocer como el Mesías, pesaban constantemente sobre ese hombro. Era trágica esa fatalidad de los judíos, que aún en tan lejanos sitios a siglos de distancia, continuaba siendo un estigma que ellos llevaban con orgullo, porque el dolor y el sufrimiento constituían un regalo del Dios del Antiguo Testamento.

De pronto, tuvo una idea reveladora.

—Quizá deberíamos empezar con este proyecto. Pero si construimos calesitas en miniatura, los niños de ahora no sabrán para qué sirve. Tenemos que darle la motivación para tenerlas en su casa, serían mecánicas algunas, otras eléctricas y con elementos digitales y virtuales. Como decía mi padre, a la imaginación hay que ayudarla. Pero comenzaremos construyendo una a gran esca-

la, como las tradicionales. Debe usted ayudarme, Ansaldi, ya que es el único que las ha visto de verdad.

Gregorio miró a los operarios, entre los cuales había un par de viejos que probablemente también sabían de lo que se trataba. Les hizo una seña y ellos dejaron su trabajo y se acercaron a la mesa. Uno era muy anciano, de cuerpo delgado y ágil, tan lúcido que apenas vio las máquinas de la fábrica supo hacerlas funcionar como si las hubiese dejado paradas sólo el día anterior. El otro oficiaba de conserje o cuidador, ya que en ocasiones deliraba y tenía lapsos que debían ser parte de un viejo delirium tremens, y caminó lentamente detrás del otro, como temeroso. Ahasverus se dio cuenta que observaba a Ansaldi con cuidado.

—Les he pedido que se acercaran porque el señor Gottlieb quiere recrear una calesita. La idea es hacerla funcionar como en un viejo parque de diversiones, aunque creo que debemos promocionarla como un museo— dijo entre risas que ninguno de los otros compartió.

—La idea— lo interrumpió él— es hacer recrear los atractivos de las calesitas, con efectos modernos, por supuesto, sin perder el elogio de los viejos tiempos. Y como ustedes son experimentados fabricantes, saben de qué se trata, tengo entendido…— terminó diciendo, con la vista en Ansaldi.

—Así es.—Señaló al primero de los viejos y dijo: La familia de Antonio ha hecho larga carrera en la política de la vieja Buenos Ayres, tiene una inteligencia superior y es un prodigioso ingeniero que asesoró al arquitecto de estos planos. Y Lorenzo— dijo acercándose al otro viejo, retraído y temeroso, palmeándole la espalda, ante cuyo contacto pareció verse conmovido como un espectro sorprendido en plena convalecencia— es un muy antiguo amigo y benefactor de la Florencia. ¿Hace cuántos años que

nos conocemos? Así como lo ve, señor Gottllieb, Lorenzo ha sido uno de los más grandes compositores de ópera. Y una calesita necesita eso, creo yo. Es un escenario a pleno, donde se confabulan, para deleite de todos, la escenografía, el movimiento continuo, el drama y la música casi hipnótica que Lorenzo nos hará escuchar, ¿no es cierto?

El viejo era, sin duda, un espectro, un alma escapada de los frascos encerrados en las oficinas, no de la clase de almas niñas o no nacidas, sino, seguramente, de aquellas que Ansaldi había conservado para su propia supervivencia. Ahasverus se acercó al anciano y lo miró a los ojos. Lorenzo se quedó en silencio, sin bajar la vista.

—Sería un honor para mí que ambos colaboraran con nosotros. Tengo la certeza de que será un completo éxito.

Fue así que desde aquel día comenzó la construcción de la calesita en medio de la fábrica. Volvieron a desplazar las máquinas y prepararon la plataforma. Ahasverus los observaba trabajar todo el día con un deleite que no había observado ni en los jóvenes con los que había trabajado en tantos y diferentes oficios. Antonio tenía su propio equipo de carpinteros y herreros, iba y venía de la mesa sobre la que estaban desplegados los planos de la calesita en miniatura, por lo cual hacía cálculos largos y complicados con una facilidad que lo sorprendió.

Lorenzo, entretanto, se había dedicado a esculpir las figuras que ocuparían la calesita, luego de elegir el material para la escenografía, los espejos y vestuario. Por la noche, dejaba todo ese trabajo manual, y se encerraba en una oficina para componer la música. Gregorio desaparecía durante gran parte del día, y regresaba cerca del atardecer para evaluar el avance del trabajo. Actuaba como un testigo indiferente, falsa actuación que no intentaba

engañar a nadie. Qué interés tenía él en todo ese proyecto, se preguntó Ahasverus. Tal vez todo eso era obra suya, como si fuese un dios tenebroso supervisando la creación de un espectáculo dentro de otro espectáculo mayor, una función de títeres dentro del teatro de la vida. ¿Dónde había escuchado o leído algo parecido? ¿Tal vez en una obra muy antigua llamada Hamlet?

Cuatro semanas más tarde, la calesita fue finalizada. Los cuatro responsables de su construcción se pararon alrededor para observarla. Detrás, los operarios se habían detenido como si presenciasen un rito dentro de un templo. Y el espíritu del viejo arquitecto estaba en el aire de la fábrica, Ahasverus podía sentir el aroma húmedo de un lejano mar, y miró a Gregorio, cuya sonrisa era un recoveco repleto de almas culpables y apesadumbradas. Antonio se acercó al tablero de instrumentos y puso en funcionamiento el mecanismo. La calesita comenzó a rodar silenciosamente, las figuras se movieron, unas subían y bajaban, otras giraban sobre sí mismas., las luces reflejadas en los espejos provocaban una simbiosis entre lo real y lo reflejado que en pocos segundos generó una atención hipnótica en todos ellos. Faltaba la música, que Lorenzo no había querido revelar sino hasta el día en que inauguraran para el público.

El día que abrieron la calesita, era domingo. Los domingos en Europa era días curiosos. Siendo un sitio dedicado especialmente a la producción industrial, durante los días laborales las ciudades estaban casi desiertas en el exterior, las fábricas estaban repletas de hombres y mujeres, y en las casas los niños aprendían sus lecciones rigurosamente. Pero los domingos todos salían de paseo, tomados de la mano. Padre y madre por delante, los niños detrás, como un pelotón, firmes y temerosos, viendo el aspecto fabril de la ciudad, los edificios altos y oscuros, cerradas en esta ocasión, como templos en donde sus padres trabajaban sirviendo

a un dios desconocido. Ahasverus se preguntó si habría alguna forma de atraerlos hacia el nuevo espectáculo que la fábrica ofrecía, porque era la primera vez que tal sitio estaba abierto en domingo, cubiertas las paredes exteriores con carteles que la gente leía pero no parecía comprende del todo. Habían hecho correr la voz durante las semanas previas, y sabían que casi todos los habitantes de la ciudad estaban allí, frente a la fábrica, con el único objeto de ver la calesita. Entonces Ahasverus, como el anfitrión y maestro de ceremonias de un circo demolido, abrió las puertas e invitó a todos a pasar.

Su aspecto no contrastaba con lo que los antiguos folletines mostraban debían ser los parques de diversiones y circos. El estaba vestido con un frac negro, botas y galera. En la mano izquierda un látigo, y el brazo derecho ausente, como anunciando los fenómenos que pronto reclamarían la atención de los espectadores. Y cuando las puertas de la fábrica se abrieron, el sonido de la música de la calesita sonó estridente, primero con la trompetería de un día de fiesta en un palacio imperial, luego, el sonido de un órgano de pedales fue agudizándose hasta tomar el tono de un organillo de melodiosa armonía, cuya repetición fue haciéndose cada vez más rápida, para luego ralentizarse y retomar otra vez el ritmo sincopado. Eran variaciones que Lorenzo había sabiamente alternado sobre un único tema reconocible pero continuamente renovado, como si fuese otro a cada instante, como si una nueva nota se agregara en cualquier sitio del pentagrama, alterando la monotonía y al mismo tiempo dando un aspecto de rito familiar a la música. Tal vez, se dijo Ahasverus al escucharla por primera vez, era una canción de cuna, que sin embargo no permitía adentrarse en un sueño profundo.

Vio que la gente entraba con la mirada extasiada en el aspecto de la fábrica, pero atraída casi exclusivamente por la cale-

sita. Era muy grande, girando sin cesar a un ritmo ni lento ni rápido, el suficiente para que los espejos realizaran sus efectos con las luces, echando luminosidades hacia las caras de los espectadores, mientras las figuras en la calesita se movían en todas direcciones, pero siempre dentro del eje que las mantenía fijas. Había banderas de múltiples colores en el techo, y un hombre a un costado, parado junto a ella, tenía una sortija que sacudía con nerviosa inquietud y una risa que resaltaba por su peculiar sonido a cuerdas frotadas. Era Lorenzo, cuya garganta parecía capaz de imitar cada instrumento de una orquesta, y ahora sonaba como un violonchelo desafinado. Pero nada de eso importaba, porque la gente de esa ciudad de Europa no había visto nada igual en toda su vida, así que el espectáculo que ofrecían no necesitaba ser una imitación del pasado, sino una recreación con elementos propios, incluso la improvisación, incluso lo extraño.

Ahasverus pensó en su hermano, en cuánto le habría gustado ver aquel espectáculo de luces, música y movimiento. Entonces vio que entre los espectadores había una familia que llegaba con niños siameses. Eran dos varones de cinco o seis años unidos por la espalda. Los niños caminaban de costado, con los dos brazos de ese lado señalando las figuras en la calesita, y ambas cabezas girando casi al unísono a veces, otras chocándose por el incontenible asombro de lo inesperadamente descubierto a sus ojos. La voz de Ahasverus se detuvo en un quejido justo en el momento en que invitaba a varios niños a subir. El aparato se había parado y algunos ya empezaban acomodarse dentro. Cuando los siameses pusieron lentamente y con torpeza sus pies en el primer escalón, él intentó ayudarlos, pero era como si nunca en su vida hubiese tratado a esa clase de niños. Los padres sonrieron ante su ineptitud, y los alzaron directamente. El padre los dejó donde Ahasverus le indicó. Era complicado sentarlos sobre alguna de las figuras, así que los dejaron junto a una de las columnas, y ellos

mismos se sujetaron con sus cuatro manos, convirtiéndose en una más de las extrañas figuras que constituían la atracción de la calesita. Se dio cuenta que temblaba cuando se bajó y sus pies chocaron con los escalones. La gente se rio, y aquel espectro de payaso improvisado ocultó su torpeza no deliberada y escondió su pesadumbre, el temible aspecto de horror que había invadido sus ojos.

La calesita entonces se puso en movimiento, y comenzó a girar con lentitud al principio. La música sonaba como una deliciosa fuente de tranquilidad en los aires, hamacando la psiquis de los que contemplaban el girar constante como si se tratara de las órbitas de los planetas. La atención de todos pareció irse adormeciendo, o por lo menos eso fue lo que Ahasverus comenzó a sentir. Los espejos hacían resplandecer las luces en los rostros, rebotaban en los techos de la fábrica, iba y volvían dando destellos sobre los niños. Ellos reían, y el sonido estridente de voces excitadas y chillonas se mezclaba con la música. La velocidad de la calesita se hizo más rápida, y los niños comenzaron a saltar en sus lugares, y los padres reían a la vez que parecían temer por ellos. Se agarraban de las manos, se abrazaban, preocupados y felices al mismo tiempo.

Lorenzo acercaba la sortija a los niños, y ellos extendían las manos cuando pasaban junto a él, pero enseguida retiraba la mano, provocándolos, desafiándolos a ser más atrevidos. Los siameses aparecieron de pronto intentando atrapar la sortija. La primera vez que los vio dos manos casi la agarraron, y Lorenzo, sorprendido, se retiró rápidamente. Dos vueltas después, tres eran las manos que intentaron agarrarla, pero Lorenzo, ya prevenido, fue más cauto. Ahasverus adivinó lo que pasaría en la próxima vuelta, cuatro manos lo intentarían esta vez, y sería peligroso que los siameses se soltaran. Pero el tiempo pasó, y por dos veces los

vio quietos, tristes. La velocidad de la calesita aumentó, y se preguntó si Antonio lo había hecho adrede o algo andaba mal. Fue a averiguarlo, abriéndose paso entre la gente, hasta el tablero de control, pero apenas se acercaba cuando escuchó el grito de uno de los padres, y reconoció la voz. El padre de los siameses decía algo ininteligible, y Ahasverus se dio vuelta dispuesto a regresar a la calesita, cuya velocidad era tan alta que apenas se distinguían a los niños, alarmados y gritando. Cuatro manos sobresalieron de la plataforma, cuatro brazos que fueron demasiados para que alguno no fuese atrapado por la velocidad y cayese bajo la plataforma de hierro.

Antonio ahora lloraba junto a los controles, como un viejo cuya impotencia le era por primera vez extraña y definitiva. Ahasverus se quedó quieto, porque su muñón derecho había comenzado a dolerle de una forma que hacía años no había sufrido, mientras los operarios intentaban detener la calesita. Tuvo que arrodillarse, sujetándose el hombro con el brazo izquierdo, con lágrimas de dolor que distorsionaban las imágenes del desastre a su alrededor.

La máquina había comenzado a detenerse, lentamente, y los niños lastimados, histéricos, lloraban a gritos mientras saltaban del aparato aún en movimiento. La máquina había comenzado a inclinarse, como salida de su eje. Vio dos movimientos en el aparato, como si saltaron sobre algo interpuesto en su camino. Algunos padres se subieron a la plataforma para sacar a sus hijos y no se daban cuenta de que provocaban más peso sobre los siameses bajo el piso.

Ahasverus hundió su cara en su mano izquierda, pero luego se atrevió a mirar en el espacio oscuro bajo la plataforma. Algo le decía que todo eso no podía ser cierto, que no podía estar sucediendo, e intentó consolarse buscando indicios en las imágenes

nebulosas de sus ojos tras la lágrimas, en el ritmo escalofriante de su corazón, en el vértigo al que lo habían inducido los giros y la música. Creyó ver a Gregorio Ansaldi en el fondo de la fábrica, contemplándolo todo como un dios sin manos, y los giros interrumpidos de la calesita continuaron en su mente como repeticiones de ciclos en el tiempo.

Entonces corrió abriéndose paso entre las madres que lloraban, entre los padres que gritaban y se esforzaban por levantar el peso de la calesita. Lo vieron acostarse sobre el piso y comenzar a arrastrarse hacia el espacio oscuro donde los siameses todavía daban gemidos de dolor. Su cuerpo no cabía en espacio tan estrecho, pero sí su brazo izquierdo, y fue introduciéndolo de a poco, dejando que su mano caminara sobre el suelo como una araña. Así lo sintieron los niños, y su voz sonó fuerte y desconsoladora. Los hombres seguían intentando levantar el aparato con palancas, y todos vieron salir el brazo izquierdo de Ahasverus sujetando la mano de uno de los niños, herido, tal vez muerto. Sintió golpes en su espalda, movimientos y gritos desesperados de los padres. El niño tenía toda la espalda desgarrada, separado definitivamente de su hermano por la mano de hierro de la calesita.

Ahasverus introdujo de vuelta el brazo para rescatar al otro. Esta vez estaba cansado, y su mano ya no era una araña sino un insecto lento y rastrero. Vio el cuerpo que no se movía, pero reconoció el brillo de los ojos, que titilaron un par de veces, y estando así acostado en el piso duro y sucio, recordó las noches en la cama de su niñez, cuando descubría los ojos aún despiertos de su hermano en la oscuridad. Pero no tuvo tiempo de nada más. Las palancas se vencieron porque los hombres se cansaron, y la plataforma se hundió aplastando su brazo izquierdo. Ya no sufría dolor alguno, y supo que su nombre era, ahora sí, Jeremías.

EL CONEJO DE LA LUNA

1

Papá estaba sentado en mi cama. Yo lo miraba con ojos de tanta tristeza, de tan profunda pena, que más que amor filial lo mío parecía una especie de profecía que él alcanzaba a leer claramente en mi mirada. Por eso levantó una mano señalando la ventana, por donde entraba una muy tenue luz de la luna. Estábamos casi a oscuras, sólo encendido el velador con una pantalla estampada con personajes de Disney. Era tan opaca, que en el rostro de mi padre esas figuras se deformaban, tomando aspectos que ni Edgar Allan Poe habría imaginado. ¿Pero todo esto no serían especulaciones mías?, me pregunté más adelante. Aunque yo era entonces muy pequeño, no lo era tanto como para no comprender lo que consideraba un quiebre definitivo en mi vida. Tenía ocho años, y mi padre se iría en un viaje muy largo, mucho más que los anteriores, cuando iba y regresaba de tierras extrañas que él llamaba África a veces, Asia otras. Esta vez, el destino de mi padre era la luna. Y no era solamente mi padre el que se iba, sino el hombre que en el mundo de la antropología era conocido como Claudio Levi. A los cuarenta años de edad, tenía el prestigio que otros no alcanzaban en toda una larga vida. A los treinta y cinco comenzó su entrenamiento como astronauta. El próximo viaje espacial era su objetivo como el acompañante científico más calificado que se podía encontrar en ese tiempo.

Miré hacia la ventana, en cuyo extremo superior derecho se veía la luna, poderosa y dulce al mismo tiempo, etérea pero concreta como una masa de piedras que estuviese a punto de caer sobre la Tierra. Hay quienes sienten en sus caras la endeble calidez de los rayos lunares casi tanto como los rayos del sol, yo nunca lo he experimentado. Esa noche previa al viaje de mi padre, su luz iluminaba tenuemente la nuca de papá, por lo tanto, entre las figuras de la pantalla en su cara y la sombra luminosa de la luna por detrás, yo vi su cuerpo como si estuviese en el cine. Me habían enseñado las películas documentales que él había filmado en sus viajes de estudio, paisajes desolados y arenosos, selvas tropicales, montañas altísimas, playas inmensas y solitarias, volcanes en erupción. Y en medio de todos esos sitios, el cuerpo de Claudio Levi surgía triunfante, con las botas y el pantalón sucio de lodo, la cazadora clásica y ya rota de tantos años de uso, el sombrero de cazador africano que tanto lo emparentaba con las fotografías de Ernest Hemingway. Pero en las manos de mi padre no había un arma, sino un estuche de cámara fotográfica y una filmadora, y en la mochila quién sabe qué otras cosas que nunca pude ver sino hasta muchos años después: compases, lápices, libretas de apuntes, y varios recipientes de vidrio muy pequeños, tal vez con sustancias químicas que utilizaba como reactivos para comprobaciones geológicas.

—¿Qué ves ahí, Roger? – me preguntó esa noche.

Miré la ventana, observé la luna, y supe lo que quería decir.

—El conejo— respondí, sonriendo, y la humedad de mis ojos me traicionó.

Cuando era aún más pequeño, él se quedaba en mi habitación contándome cosas sobre sus viajes, sobre animales y personas, sobre elementos de la naturaleza que a mí me resultaban tan

fascinantes como si me estuviese hablando del espacio exterior. Yo había mencionado esta sensación una vez en una ocasión, y él me mostró entonces la luna por esa misma ventana, y me dijo que algún día iría. Había llegado tal ocasión. En la mañana siguiente, el transbordador espacial lo llevaría a la luna junto a otros dos tripulantes.

—¿Qué te gustaría que te trajera de allí?— preguntó.

Siempre me traía algún objeto especial de sus viajes, el armario de mi habitación estaba lleno de objetos que con el tiempo perdían su sorpresa y más tarde también su significado. Vasijas de barro pequeñas y coloreadas con figuras fantásticas, collares con cuentas de huesos de mano humana, plumas de aves exóticas, máscaras tribales, puntas de lanza de piedra, hasta pedazos de tierras cocidas que se mantenían incólumes en un rincón seco de mi cuarto. Mi habitación se había convertido en un museo, lo cual en esa época me hacía sentir extraño y asilado. Por eso mis amigos no venían a visitarme, pensaba, pero en realidad era yo quien no los invitaba. No sabía si era vergüenza, ¿o se trataba de orgullo?

—Lo que puedas, papá.

—Quiero que te fijes bien, ¿qué tiene el conejo a su lado?

Miré con atención, y supe a qué se refería.

—El bate y la pelota.

Mi padre sonrió con una especie de felicidad que permaneció en mi memoria el resto de mi vida.

—Voy a traerte esa pelota, Roger.

Luego apagó la luz del velador, y sólo la luna lo iluminaba. Él estaba a merced de ella, en esa habitación, junto a mí, pero lejos para siempre. Ahora le pertenecía a la luna, ella lo había absorbido y nos lo había quitado a mi familia y a mí. Muchas veces escuché a mi madre sus quejas por las ausencias de mi padre, diciendo que la tierra y sus viejos huesos le habían robado a su esposo. Pero más tarde sería la luna quien se lo robaría definitivamente, porque a fin de cuentas mamá era también otra clase de roca iluminada en una de sus caras por el sol. La luna era una amante esporádica, que se ocultaba en los días nublados, crecía lentamente a lo largo de un mes y se hacía desear por su misma lejanía inalcanzable. Las mejores amantes son las que no pueden tocarse, me he dicho muchas veces. Mi experiencia con las mujeres ha sido tan superficial, que creo ha sido un medio de defensa para no sentirme lastimado. La luna es demasiado grande y fría, como una madre exigente, como una madre posesiva. Ella me ha quitado el dulce recuerdo de las mañanas de verano en la playa y me ha dejado el pavoroso sentimiento de la soledad en las noches de húmedos otoños urbanos. Me ha otorgado el contraste, es verdad, con lo cual el valor de lo amado se acrecienta, pero el sabor amargo de la pena no borra la posibilidad de lo perdido para siempre.

La luna, entonces, fue envolviendo a mi padre con su influencia en esa habitación en penumbras. Salió él por la puerta, con la luz del pasillo ahora frente a él, y la luz muerta de la luna en su espalda, empujándolo. Luego cerró, y me quedé con ella. Amándola y aborreciéndola, sin cortinas con que apartarla, únicamente el silencio del cuarto para simular la oscuridad.

En esa época, la imaginación tomaba el lugar de la triste realidad, y el ver un conejo con un bate y una pelota de beisbol en la superficie irregular de la luna era una realidad que me distanciaba de la pena de ver a mi padre partir una vez más de viaje. Por-

que en verdad, esa noche, aunque el presentimiento de no verlo otra vez fue muy intenso, no dejé que dominara mi mente, y la despedida fue como en cualquier otro de sus tantos viajes. Así fue como me expliqué la serenidad con que acompañé a mamá y a mi hermano en el auto hacia la base desde donde despegaría el transbordador. Mi padre había partido muchas horas antes de casa, lo había venido a buscar un vehículo de la Fuerza Aérea a las cuatro de la mañana. Escuché el motor de la camioneta que tantas veces había oído en esos últimos años, y luego me dormí nuevamente. No sé por qué, en el entresueño siguiente aquel motor se me ocurrió el de un avión, uno de los tantos que habían llevado a papá en sus viajes a otros continentes. Esa fue, pienso, una de las razones por las cuales aquella serenidad fue el resultado: mi padre no se iba para siempre, y como tantas otras veces, y de igual manera, regresaría en unas cuantas semanas.

En ese entonces vivíamos en el distrito de Columbia, que era el lugar más apropiado para las múltiples actividades de mi padre. Desde allí podía partir a sus viajes y regresar con su equipaje lleno de rollos de fotografías y películas, con libretas de apuntes ya repletas y sin hojas que hubiesen quedado en blanco, y con una variedad de objetos que luego entregaría a los museos o quedarían en su taller para investigar. Además, estaban sus clases esporádicas en la universidad, y sus libros y documentales. Yo nací en Buenos Aires un año antes que mis padres se trasladaran a vivir en los Estados Unidos, cuando papá tuvo que comenzar su entrenamiento para el viaje a la luna. No por eso dejó de escribir y viajar, pero durante seis meses de cada uno de los años siguiente vivía prácticamente enclaustrado en la base aérea que lo entrenaba.

La última mañana nos permitieron ver el despegue. Las tres familias estábamos en las filas del anfiteatro frente a la pantalla

con las imágenes trasmitidas desde la plataforma de despegue. Vimos el ascenso del transbordador con su despliegue de humo, lento como si en cualquier momento pudiese detenerse y venirse abajo por efecto de su propio peso. ¿Qué fuerzas, me dije, debía haber en esos motores? Sabía que mientras mayor altura lograse, el peso sería menor, y ya tan solo necesitaría una leve fuerza de propulsión para viajar en el vacío. Sentí que las manos de mi madre retenían las de mi hermano y yo, uno a cada lado, mientras el aparato subía y subía, hasta hacerse finalmente una pequeñez en el cielo azul de un 25 de marzo. Ella lloró cuando ya no pudo verlo más, nos miró a cada uno y nos abrazó. Yo sentí que desde ese momento ya no nos soltaría más, y una especie de claustrofobia me embargaría cada vez que sintiera la mirada o la voz de mi madre. Pensé en la luna en ese momento, blanca y débil en el cielo diurno, una mancha aparentemente inofensiva en la piel del universo, pero tal vez el comienzo de un cáncer.

Diez días después, nos llamaron de la base. Escuché la voz de mamá al teléfono, con tonos fríos, luego tristes, a veces desesperados, y adiviné lágrimas en sus ojos. Supe exactamente cómo era su cara, sin verla desde la cama de mi cuarto, el vestido que llevaba puesto, la posición de su cuerpo en la silla junto a la mesita del teléfono, la forma en que sus dedos tomaban el tubo, y la leve distancia con que lo apoyaba en su oreja, los gestos con que se apartaba el pelo de la cara o secaba sus lágrimas, la coreografía de sus dedos mientras hablaba. Y por todo esto supe lo que le estaban diciendo. Minutos después la vi aparecer en la puerta de mi habitación exactamente en el segundo en que la esperaba, luego de escuchar sus pasos lentos, indecisos hacia mí.

—Tengo que ir a la base, Roger, papá está por regresar.

Yo no comprendía del todo. Busqué indicios de respuestas en su rostro, o leer detrás de lo que me decía.

—Pero mamá, faltan quince días… —Pensé que estaba siendo egoísta no demostrando alegría por el regreso de mi padre antes de tiempo. Después se me acercó, y abrazándome se puso a llorar.

—Quiero que vengas conmigo, no puedo recibirlo sola.

Supe entonces que mi hermano y yo debíamos ser su apoyo desde entonces, ella era demasiado dependiente de nosotros y de mi padre. Mi hermano estaba de viaje de estudios con su colegio, así que yo me levanté de la cama, me vestí, mientras ella me observaba como si fuese su esposo, admirativamente, pero también con una ansiedad rayana en lo incomprensible. Sus ojos eran dos lunas, me dije en ese mismo instante, y de allí mi padre caía como de dos abismos simultáneos, un espejo junto a otro espejo.

Llegó a buscarnos la camioneta de la Fuerza Aérea. Salimos de casa, mamá cerró la puerta con llave, parsimoniosamente, como si de esa manera mantuviese tranquila una bomba que estuviera a punto de estallar. Subimos al vehículo, nos ubicamos en los asientos traseros, y atravesamos la ciudad en completo silencio, viendo las calles de las afueras en un día nublado. Miré el cielo por la ventanilla, por si veía la cápsula del trasbordador, pero las nubes lo ocultaban todo, incluso la esperanza, y degradando la misma necesidad de la esperanza en un fluido que se esparcía sobre el asfalto como la más vil de las secreciones.

La esperanza es una asesina sin piedad, me digo ahora, luego de tantos años. Es una vieja bien vestida y ojos claros que promete y promete sin cesar, dando ánimos con esa pulcritud propia de los desvalidos, de aquellos a los que ni siquiera la misericordia es capaz de tolerar. Y con la hipocresía de la esperanza bajé del vehículo junto con mi madre cuando llegamos a la base. Nos acompañaron, resguardándonos, un par de soldados, hasta la sala de conferencias. Había incontables periodistas en la puer-

ta, nos abrieron paso entre ellos, pero no pudieron evitar que los flashes nos atraparan para la posteridad, como tampoco que yo escuchara palabras y frases sueltas, *la familia del antropólogo Levi, el primer civil en viaje de estudios, misión frustrada, tragedia…*, y mientras más breves más sensacionalistas y más propensas al melodrama, y por eso, quizá, más ciertas. Pero en la vida hay un elemento que aquellas ficciones no podrían simular, el elemento de tragicomedia, la mezcla que frustra los planes de los dioses, el único elemento propiamente humano: la vana esperanza.

Avanzamos hacia la sala de conferencias, de altos techos simulando los cielos a explorar, las paredes repletas de fotografías de científicos y astronautas, generales, presidentes. Nos sentamos a esperar en las butacas de pana verde. De vez en cuando el coronel Sánchez, amigo de mi padre, le decía algo a mamá, pero no alcanzaba a oírlo. Luego, bajaron la pantalla de proyección y aparecieron las imágenes de la cápsula del transbordador. Una voz en *off* relataba los acontecimientos: *en estos momentos la cápsula está entrando en aceleración, vemos cómo los rescatistas están preparados para recuperar a los tripulantes apenas entre en contacto con el agua.* La cápsula caería en pleno océano Pacífico, a mil kilómetros de la costa oeste. Vimos cómo descendía a una velocidad incalculable, pero en la inmensa distancia parecía caer lentamente, y fue en ese momento cuando la esperanza comenzó a engañarse a sí misma dentro de cada uno de nosotros. Sé que mamá veía a mi padre dentro de esa cápsula, dormido seguramente, pero vivo, pronto a despertar cuando la atmósfera comenzase a calentar con peligro la superficie y debiera ser rescatado al llegar al océano.

Finalmente cayó con una explosión de agua que pareció salpicarnos de asombro y alegría, me abracé a mi madre y ambos lloramos de contento. Vimos cómo las lanchas iban en rescate

de los tripulantes hacia la cápsula que reflotó luego de hundirse con el impacto. Abrieron la puerta y entraron. La espera se hizo larga, y cuando salieron, sólo estaba uno de los tres tripulantes, con su traje y su casco, así que no pudimos reconocerlo. Hubo tumultos en la zona, muchos hombres se interponían ante las cámaras, la transmisión se interrumpió de forma intermitente muchas veces. Nos levantamos asustados y nos hicieron sentar otra vez con palabras de serenidad. En la anteúltima imagen que recibimos con claridad, vimos al tripulante sacarse el casco: era el capitán Williams. Poco después, tras las manchas grises de la intermitencia, la cápsula lucía sola, con la puerta abierta dejando entrar el agua que lentamente la haría hundirse si antes no llegaba el helicóptero preparado para levantarla.

Más tarde, cuando ambos estábamos en casa, llegó nuestro abogado y asesor legal. Mamá dormía, pero él la despertó. El coronel Sánchez lo acompañaba, y por ser más íntimo de la familia, ayudó a mamá a levantarse. Yo me senté en el sillón frente al televisor que retransmitió una y otra vez las imágenes de la caída. El abogado nos juntó a todos en la sala de estar, ensombrecida por las persianas bajas, para escondernos del acoso de la prensa. El teléfono estaba descolgado, y mamá me pidió que apagara el televisor con una voz que casi no reconocí desde ese día. El abogado, el doctor Vicent, era español, y cuando estábamos en casa, nos hablaba en nuestra lengua.

—Mirna, el informe del capitán Williams dice que Claudio se perdió el quinto día en que alunizaron. Perdieron contacto con él tanto visualmente como por radio. Dice que se alejó demasiado explorando el terreno, recogiendo muestras, ya sabes cómo era, obstinado como el que más…

Mamá lo miró enojada.

—¿Cómo que era…?

—Pero Mirna….

—¿Dónde está su cuerpo?

—Se lo considera desaparecido…

—¿Pero por qué regresaron sin él?, deberían haberlo aguardado…

—¿Cuánto tiempo? El capitán dice que el coronel Berg murió por ir a buscar a Claudio, estuvo dos días ausente, y cuando el capitán Williams fue a buscarlo lo halló asfixiado por una falla en su tanque de oxígeno. Toda la misión estaba abortada, por supuesto, así que regresó, y solo como estaba, fue una muestra de habilidad extrema y mucha suerte de su parte.

Mamá bajó la cabeza y la escondió entre las manos. Llevaba una polera negra y una pollera del mismo color. Sánchez intentó consolarla pero ella se apartó de él y se abrazó a mí. Yo lloraba también, asustado más que comprendiendo todo aquello. ¿Qué había pasado con mi padre, dónde estaba, por qué no lo trajeron? En realidad, no comprendía nada, y con los minutos todo se resumió a una sola palabra que simbolizaba y abreviaba todo lo complicado en algo comprensible. El problema de la muerte es que se trata de un misterio que todos podemos intuir, cuya comprensión es una especie de consuelo. Tan acostumbrados estamos a la eficacia de la muerte, que no exigimos explicaciones sobre lo que hay más allá, y la aceptamos como un acto de fe. Por eso la muerte contiene la fe más grande que cualquier ateo o agnóstico es capaz de sentir. Para lo inevitable sólo hay aceptación, y eso es la fe. Pero lo que le había sucedido a mi padre estaba fuera de lo inevitable.

2

Por entonces comenzó el proceso judicial que mi madre decidió entablar contra el gobierno. Prácticamente no había antecedentes sobre algo parecido, y el doctor Vicent le aconsejó una y mil veces que no lo hiciera. Finalmente él renunció y muchos abogados, uno tras otro se encargaron de continuar el pleito. Al cabo de cinco años, el proceso continuaba. El gobierno habría cerrado toda la investigación sobre la misión si no hubiese habido un juicio de por medio, y mi madre quiso entablar una demanda contra el capitán Williams por negligencia criminal. Ella decía que debía haber traído por lo menos el cuerpo del coronel Berg, si es que realmente por cuestiones de vida o muerte no había podido ir en busca de mi padre.

Un día, en el séptimo año de la investigación, el capitán llegó hasta las puertas de nuestra casa. Yo estaba pintando la cerca del jardín, y mi madre se asomó por la ventana de la cocina. Al principio simplemente escuché la voz de un viejo que me llamaba por mi nombre. Me di vuelta, y vi a un hombre calvo, muy delgado, de traje pulcro pero que le sobraba por todas partes.

—¿Qué se le ofrece, señor?— pregunté, desconfiado.

—Tu padre me habló mucho de su hijo Roger durante el viaje, por eso puedo reconocerte aún después de estos años.

Cuando me di cuenta de quién era, ya mi madre había salido y estaba a unos metros de nosotros, con el delantal de cocina y un repasador en las manos, que retorcía con ira.

—No hables con él, Roger, hay una orden de restricción. Ya sabe que toda comunicación debe establecerla entre nuestros abogados, capitán, si es que aún no lo han degradado, lo que deberían haber hecho hace mucho tiempo.

El hombre miró a nuestro alrededor, el jardín descuidado, la casa venida a menos. El proceso había consumido todos nuestros ahorros, los que papá nos había dejado, incluso los préstamos de la familia de mi madre. Mi hermano trabajaba en la Florida, había dejado sus estudios universitarios, y yo no tenía más remedio que quedarme a cuidar a mamá, estudiando y trabajando medio tiempo en la ciudad. El capitán había bajado de un largo Chrysler, y aunque el cuerpo del hombre denotaba una enfermedad por cierto terminal, intentaba ocultarlo con lujo y pulcritud. Por lo tanto, el contraste resultaba lastimoso para nosotros, y mi madre no dejó de sentirse irritada por esa realidad.

—Señora Levi, he venido a hablar con usted extraoficialmente…

—Si vino a comprarnos, no se moleste en seguir hablando, sabemos lo que nos falta, pero no es precisamente dignidad…

—De eso no estoy tan seguro, señora, con el tiempo, la obcecación toma su lugar, y la dignidad se torna ridiculez.

Mi madre se rió.

—¡Qué caradurez la suya, capitán! Un asesino que me habla de dignidad a mí…

El capitán se adelantó dos pasos, justo ante el primer escalón de los cuatro que lo separaban de mi madre. De pronto, comenzó a desanudarse la corbata y desabrocharse la camisa, entonces yo me adelanté y miré su pecho flaco, lleno de manchas cancerosas.

—Me estoy muriendo, señora Levi, de un cáncer de piel que comenzó en ese viaje. Radiaciones, virus, quién sabe. Puede estar contenta, si lo que ambiciona es la venganza…

—Lo que siempre busqué es la verdad, capitán.—Mi madre estaba a punto del sollozo, pero no dejada de estrujar el repasador.

—Le dije la verdad desde que regresé. Si debí morir con ellos dos en la maldita luna para conformarla, lo siento. Uno de los deberes primordiales de nuestro entrenamiento no es solamente la supervivencia, sino la prioridad de los objetivos de una misión, eso su esposo lo sabía muy bien. ¿No se preguntó usted por qué se alejó tanto, más allá de sus órdenes, exponiendo nuestras vidas si algo le sucedía? Tal vez él fue el asesino, señora Levi, el asesino de Berg, y el mío, si no hubiese decidido regresar.

Mamá se quedó pensando unos segundos, yo ya sabía que todo eso había pasado por su mente muchas veces. No era un planteo nuevo, los abogados habían planteado la misma cuestión. Todo eso habría bastado para exonerar a Williams y cerrar el proceso definitivamente, sin embargo continuaba abierto, como si alguien esperara que surgiera alguna otra información.

—Vine acá, señora Levi, a ver si puedo hacer que desista de su empeño. Claudio ya no va a regresar, y usted ya no puede seguir enfrentando los gastos. Yo sí puedo hacerlo hasta el día que me muera, pero este juicio es como una herida que no puedo cerrar por más que quiera.

—¡Pobre capitán Williams, sin duda lo carcome el remordimiento! Dios sabía lo que hacía cuando le dio esta enfermedad. Ahora me siento más tranquila, aunque el juicio nos sea contrario. Algo de justicia ha habido, por lo menos.—Luego me miró, y dijo: —Roger, vamos a comer.

Ambos entramos y la puerta de la cocina se cerró frente al capitán Williams, con la camisa abierta mostrando el pecho de piel enferma. Pero antes observé sus manos que temblaban mientras se anudada nuevamente la corbata, manos de piel quebradiza y manchada. Regresó al auto, subió al asiento trasero y bajó la ventanilla, y brevemente como en un destello vi que levantaba algo del asiento, algo que se destacó por su opaca vejez en medio del brillo del sol sobre los cristales y la chapa del auto, mientras el chofer llevaba el auto hacia el camino. Luego ya no pude verlo más.

Esa tarde entré al estudio de mi padre. Todo se había conservado exactamente igual a como él lo había dejado el día que se fue. Sobre el escritorio había decenas de cartas que nunca fueron contestadas, y en un cajón, aquellas que llegaron luego de las noticias del viaje, desde todas partes del mundo, de amigos, de sociedades científicas, de instituciones antropológicas, de universidades en las cuales tenía compromisos de trabajo para los siguientes años. Mi madre las guardó sin abrirlas en ese cajón, el mismo en el papá tenía las dejaba antes de responderlas. El cuarto no era muy grande, y el mismo abarrotamiento de muebles y cosas provocaba una íntima calidez a quien entrara. La biblioteca ocupaba las cuatro paredes, y la única ventana y puerta parecían abrirse paso con esfuerzo entre los estantes que llegaban hasta el techo. No había un orden determinado, sólo él estaba al tanto de dónde encontrar lo que sus estudios o investigaciones requerían. No era la primera vez que yo entraba desde su desaparición, pero

aún no me atraían esas cosas, por lo menos al principio. En ese entonces representaban sólo una forma de hallarme en contacto con él, de sentir el inconfundible olor que había dejado en los libros, en la madera del escritorio, en el cuero de la silla. Yo sondeaba, como un buzo, en el aire cálido con el aroma de un suave tabaco que había traído alguna vez de la India.

Yo estaba por cumplir quince años, y ya sabía que mi padre había experimentado con drogas, pero siempre como método para sus estudios. Su alma era una fuerza incapaz de detenerse ni tener miedo a nada. La primera vez que me invitaron a drogarme pensé en mi padre. Me quedé tumbado en el piso de la habitación de mi amigo, soñando viajes espaciales en cápsulas que estallaban antes del despegue. Mi mente se introdujo en tinieblas llenas de barro, en el cual yo sondeaba en busca de la luna. La luna en la tierra, me dije después, tratando de analizar esos sueños provocados por los alucinógenos. Sentí tanto dolor, más tarde, tal vacío de perdición, tal irrevocable amargura que sabía eterna cada vez que pasaba el efecto, que no me fue difícil dejar de hacerlo cuando mi madre lo supo y me lo prohibió. Fue un día en que regresé con los efectos de una sustancia, y ella lo vio en mis ojos, y comenzó a gritarme. Y mientras lo hacía, percibí el aroma del alcohol en su aliento. Dormí sin sueños durante muchas horas. Al despertar, mamá estaba tirada en el suelo junto a mi cama, dormida. La desperté, y se fue al cuarto de baño. Escuché el agua de la ducha correr durante largo rato. Luego la vi salir e ir a su habitación. Yo entré al baño y miré los restos de su vómito en el inodoro, la ropa interior desperdigada por el piso, el olor a alcohol que sin duda venía de las botellas de enjuague bucal. Las vacié en el inodoro y apreté el botón. Me desnudé y me duché. Con las manos sobre la cara y los codos apoyados en los azulejos, dejé que el agua caliente se llevara los restos de la muerte de mi cuerpo, los cadáveres de sueños inconclusos.

Un imprevista erección me sorprendió, y sin pensar me masturbé para acabar con ese cuerpo sórdido en que mi ser se había convertido, expulsando sordidez para la sordidez ya obtenida, y tocar el fondo de la amargura. Sin mi padre, no éramos nada, y mi padre estaba aún en el estudio cerrado casi a cal y canto desde su ausencia. Esa mañana fue la primera vez que entré a ese cuarto luego de varios años, y ya no pude dejar de hacerlo.

Cuando era un niño casi no se me dejaba entrar mientras papá permanecía en casa, porque en esas pocas ocasiones él debía aprovechar el tiempo para hacer todo lo que no podía en sus viajes, contestar cartas de institutos y universidades, ponerse al día con las revistas que le llegaban mensualmente, hablar por teléfono, y sobre todo a escribir artículos que le solicitaban esas misma revistas, y avanzar en algún libro que tenía prometido a alguna editorial. Cuando salía del cuarto, yo vislumbraba el interior oscuro, sólo iluminado por la lámpara del escritorio. Entonces papá me alzaba en brazos, apartándome de los juguetes que ya no me interesaban, y me llevaba hasta el sótano donde guardaba las piezas o reliquias que había traído de sus viajes. Tenía allí una amplia mesa de trabajo donde extendía sus planos y yo veía los trayectos de largos ríos, de selvas, desiertos o ciudades antiguas. Yo preguntaba qué era tal o cual cosa, señalando con mi dedo sobre el mapa, y él me explicaba, y luego no podía dejar de contar alguna anécdota que le había ocurrido en ese lugar. Para mí todos esos relatos eran fascinantes, y los creía ciertos en su totalidad. Pero más tarde mi madre se reía cuando le contaba lo que me había dicho papá, y se callaba como si no valiese la pena continuar con el asunto. Me di cuenta, también en esa época, que se sentía abandonada y sola durante las ausencias de su esposo, y no halló más alternativa de consuelo que desairar y menospreciar lo que mi padre hacía.

La tarde del día en que el capitán Williams vino a vernos, yo entré a la biblioteca y me senté en la misma silla que perteneció a mi padre, me acodé en el escritorio y revolví las viejas cartas amarillentas que le habían enviado. Comencé a leer:

….estimado doctor Levi…agradeciendo su inestimable colaboración… esperamos que obtenga los beneficios acordes a su investigación… la universidad y sus alumnos lo aguardan….lamentamos la pérdida de la máscara en el desembarco en Cabo Esperanza… las autoridades de Ceilán le han otorgado permiso para visitar las ruinas…en Méjico lo llevarán en jeep hacia la pirámide…¿es verdad lo que me ha contado del dios de Tenochtitlán?... en El Cairo lo recibirá el cónsul, mi estimado profesor… han caído en desgracia los habitantes de las tribus en Senegal, siendo atacadas por los vecinos más poderosos, que el gobierno militar está apoyando… hay minas de oro de por medio… contrabando de diamantes… los explotan como mano de obra… amenazan a sus familias…la hambruna es terrible…la epidemia avanza y esperamos envíos de las Naciones Unidas, pero hace meses que nos lo prometieron…

Las imágenes pasaron por mi memoria como si las hubiese vivido, y recordé lo que tantas veces dijo mi padre sobre la memoria genética. Él decía que en los huesos se conserva la memoria de generaciones, y fue una forma fácil para explicarme, a mi edad, algo mucho más complejo. Pero él decía que en los huesos que exponía sobre la mesa de su taller, y que limpiaba concienzudamente con un delicado pincel, descubría más cosas que con el método del carbono 12. Era capaz de determinar la edad casi con precisión con sólo limpiarlos del detritus y observarlos bajo el microscopio. Lo mismo hacía con las rocas que había traído, algunas de colores que me atraían como si fuesen piedras preciosas, pero que no tenían más que la virtud de sus ancestrales años en las capas geológicas que se habían fusionado en ellas.

Me levanté y fui hasta el sector de la biblioteca donde estaban las cintas de las películas que filmaba en sus viajes. Ya había proyectado algunas en los últimos meses, pero trataba de evitar aquellas en donde él aparecía directamente, filmado por alguno de sus colaboradores. Prefería aquellas que había filmado solo, lo que él también prefería, según me había dicho alguna vez. Fui recorriendo con la vista, y con mis dedos al rozar el lomo de las cajas con las filmaciones, estante por estante, leyendo el título. A veces la información era únicamente el lugar o el año. Llegué a uno que decía: *Mozambique abril de 1967*.

Era exactamente el mes en que yo había nacido, por eso me llamó la atención. Nunca lo había visto antes. Mi madre me contó muchas veces, con claro resentimiento, que cuando yo nací él estaba en un viaje que había planeado incluso sabiendo la fecha en que yo iría a nacer. En sus tantas discusiones, lo escuché decir que el parto se esperaba para mayo, y yo me había adelantado. Según mamá, ella sufrió a raíz del disgusto de su ausencia, y por eso la precocidad de mi alumbramiento. Nunca supe cuál era la verdad. Mi padre siempre perdía la batalla con mi madre, por abandono la mayoría de las veces, y se iba poco o más tarde, en otro viaje de estudios o exploración, como si las rocas o los viejos huesos fuesen más fáciles para comprender o convivir.

Saqué la cinta de su estuche y la puse en el reproductor. Encendí la pantalla y me senté en la silla del escritorio. Esperé que el video comenzara luego de las rayas habituales del desgaste. Hacía muchos años que nadie lo proyectaba, así que la cinta parecía estar despertando como un anciano de madrugada. No había títulos, por supuesto, sólo los números de hora y minutos en el extremo derecho superior. Eran las tres y media de la tarde cuando mi padre había comenzado a grabar. La filmación era en blanco y negro, y empezaba con una toma de un valle junto

a una montaña. La cámara se movía con los pasos de quien filmaba sobre una superficie pedregosa e irregular. Por delante se cruzaban muchos hombres de la tribu, con taparrabos algunos, otros desnudos, con lanzas casi todos, los cabellos de mota largos y adornados con cuentas de piedras, aros en el cuello y las orejas, y las narices perforadas. Pasaban ante la cámara y saludaban a mi padre con un gesto amistoso. El audio del video era pésimo en calidad, pero suficiente para escuchar el ruido de los tambores, cuya monotonía fue tornándose hipnótica y rítmicamente agradable a medida que pasaban los minutos. Mi padre caminaba, a veces la grabación se interrumpía, para continuar muchos metros más adelante, cuando iba llegando al valle donde habitaba la tribu. Los árboles eran escasos, y una sequía parecía haber dominado aquel valle por muchos meses. Había esqueletos de animales en los alrededores, chozas destartaladas donde entraban y salían mujeres con niños en brazos o colgando de sus cuellos como monos. La cámara avanzaba, de choza en choza, y los hombres iban a estrechar la mano de mi padre, que aparecía entonces parcialmente ante la cámara. Y pensé en que esa misma mano me había acariciado el pelo la noche en que me prometió traerme los regalos de la luna. La mano de vello oscuro en el dorso, de venas marcadas y tendones fuertes.

Luego llegó a una zona árida y sin chozas. Un gran desierto donde el polvo se levantaba con el viento que podía escucharse en el audio como un silbido. Los tambores seguían tronando, pero ya más lejanos. De cada lado de la cámara aparecieron los hombres de la tribu en dos filas, trotando y cantando una especie de oración. Ambas filas se fueron agrupando alrededor de un pozo que se hizo más grande a medida que mi padre se acercaba, hasta quedar a muy poca distancia, y por lo tanto en el centro del círculo de hombres. Estos se habían sentado, y seguían entonando la oración. Luego la cámara giró hasta enfocar al que

debía ser el brujo de la tribu. Era viejo, de largo pelo canoso, suelto, cubriéndolo hasta la mitad del torso. Vestía un taparrabos blanco, las piernas y los brazos rodeados por cintas concéntricas, el cuello alargado por los anillos que año tras año le habían ido colocando desde niño a medida que crecía. Los lóbulos de las orejas estaban perforadas y agrandados por aros de gran diámetro, en la nariz tenía anillos atravesando el tabique. Pero lo que más me llamó la atención fue lo que cargaba en sus brazos. Era un cadáver, y lo llevaba como quien carga a un ser querido muerto recientemente, a quien se llora y transporta a su lecho de descanso final. Fue caminando con lentitud, sin hacer caso a la cámara. Mi padre lo siguió en el camino hacia el pozo. El viejo llevaba el cadáver como si no pesase nada, emitió unos sonidos extraños, y la oración del círculo de hombres comenzó a crecer junto a los tambores, que tremolaban más fuertes, acercándose sin dudas, aunque no se viesen. Entonces el brujo dejó caer el cuerpo al pozo, que debía ser muy profundo, porque la cámara se acercó justo al borde, y no se veía más que oscuridad. El viejo continuaba junto al borde, ahora de rodillas, implorando a los dioses con gestos y gritos, balanceándose hacia atrás y adelante, tanto que parecía a punto de caer al pozo. Se formó una larga fila detrás del brujo, con hombres que traían vasijas que el viejo iba vaciando hacia el fondo. El líquido era oscuro, pero imposible de adivinar de qué sustancia se trataba. Fue una ceremonia que duró casi media hora, luego el viejo se levantó y giró hacia la cámara, alzó una mano indicando a mi padre que se detuviera. La cámara quedó en pausa, luego recomenzó la grabación, pero la posición del lente era mucho más baja, a la altura de las caderas de mi padre. Evidentemente, había engañado al brujo, porque no le sería posible dejar de filmar justo en el momento más importante de aquel rito.

Antes de que la grabación volviera a detenerse, escuché la voz de papá: "*Pasarán dos, tres horas con toda probabilidad, debo interrumpir la grabación, tal vez se den cuenta y no debo arriesgarme. Esto es increíble, algo maravilloso va a pasar. Yo seré el primero en filmarlo. Debo hablar bajo, el brujo descansa junto al pozo…*" La grabación recomenzó a las diez de la noche, una oscuridad casi total fue lentamente vencida por las fogatas alrededor del pozo. La voz de papá intentó relatar lo que había pasado en el intervalo, pero se interrumpió en cuanto el brujo se levantó de un brusco salto, como despertando de una pesadilla. Se asomó al pozo y emitió unos conjuros en la lengua local. Entonces se dio vuelta hacia la multitud que había comenzado a rodear el pozo, no ya solamente los hombres sino las mujeres y los niños, elevó ambos brazos y dijo algo parecido a esto: *nei ambé.*

Del pozo comenzó a salir un sonido extraño, como un rugido. La multitud hizo un gran silencio, casi tan vasto como el cielo que colgaba sobre todos, amenazante y vacío, tan parecido a la nada, tan parecido al comienzo del todo, pensé yo. Porque en esa habitación estaba el pozo, también, en las paredes de la biblioteca parecía haberse creado un enorme espacio desierto lleno de ojos brillantes de hombres y mujeres de raza negra. Sentí el frío de la noche en el desierto de Mozambique, y los tambores tronando sin piedad por mi muerte y la de todos. Del pozo volvió surgir el rugido ya incesante, creciente. Y tras el brujo se levantó la figura de un león que se sujetaba en el borde con sus garras, y cuando estuvo a salvo sobre el suelo, comenzaron a salir dos leones más del pozo. Entonces pensé: un hombre por tres leones. Y mi padre había sido el primero en testimoniarlo y dejarlo grabado para siempre.

3

Quince años después del proyecto frustrado, el gobierno retomaría el plan de colonizar la luna terrestre. Aunque yo no lo sabía, la preparación había comenzado desde el mismo día en que el capitán Williams fue el único en regresar del viaje anterior. Al fin, quince años después, estaba todo dispuesto para ser anunciado al público: el próximo lanzamiento se haría en dos años.

Ya tenía veintitrés, y estaba por terminar mis estudios en antropología y ciencias sociales. El siguiente semestre me graduaría, y planeaba comenzar mi residencia para confeccionar mi tesis definitiva. El tema no sería otro que aquel que había obsesionado a mi padre. Desde el día que vi la grabación del rito en Mozambique, ya no pude dejar de entrar en la biblioteca y leer todos los libros a mi alcance, y mirar todas las filmaciones que se conservaban en los estantes. Cintas viejas, algunas ya arruinadas por la humedad. Pero aquellas que trataban sobre aquel rito africano, estaban guardadas cuidadosamente en cajas plásticas, fuera de los factores de deterioro del ambiente y el tiempo. Cuando las proyectaba, una y otra vez, tratando de entender un poco más cada día, en particular en los primeros tiempos de mi deslumbramiento, se veían con una perfección rayana en lo real, como si yo estuviese en ese lejano lugar y tiempo, junto a mi padre. Porque

sentía que él me estaba hablando a mí en ese momento. Su voz en off, a veces cascada, ronca por la humedad, cansada de hacerse oír por sobre el retumbar de los tambores, asustada a veces, pero siempre entusiasmada, fascinada, fue haciéndose cada vez más grata a mis oídos. No lo escuchaba desde que yo tenía ocho años, y todo lo que ahora decía en las filmaciones era nuevo para mí, por lo tanto fue sentir que aún continuaba vivo, y yo descubriera nuevas facetas de su personalidad compleja. Expresiones de su rostro que nunca habría descubierto aún si hubiese permanecido con nosotros muchos años más. En una ocasión, en una de tales grabaciones, se lo escucha decir algo en dialecto a un nativo que está frente a la cámara. El hombre sonríe y dice que sí con la cabeza. Entonces la cámara se apaga por un instante y vuelve a encenderse enfocando imágenes raudas e imprecisas, hasta detenerse en la imagen de mi padre, joven, desgreñado, con el torso desnudo y bronceado, su sombrero de siempre, una barba de varias semanas, un pantalón bermudas y sandalias confeccionadas por los nativos. Esa vez, al verlo, apreté el botón de pausa, y me quedé contemplándolo. Creo que me dormí con su imagen, extrañándolo, dándome cuenta de cuánto lo envidiaba, intentando sentir ira y odio por haberme dejado solo en esa biblioteca con meros libros y cintas que no traían el amor más que al abrirlos.

Cuando desperté, vi a mi madre en la puerta de la biblioteca. Quién sabe cuánto tiempo estuvo allí hasta darme cuenta. Tenía una mano sobre el picaporte, apoyándose para no caer, y en la otra una botella. Observaba la pantalla como extasiada, penetrada por la imagen de mi padre, el hombre al que no había podido dejar de amar jamás, a pesar de no comprenderlo, a pesar de sentirse abrumada por aquella inteligencia que no alcanzaba a seguir, y que sin desearlo sembraba en los demás un resentimiento que no era capaz de crecer en su propia alma. Y a cambio del odio, vinieron la frustración y la ira. Muchas veces me gritó

por enclaustrarme en la biblioteca, amenazando con quemar la casa para que por fin desapareciera todo recuerdo de mi padre. Pero esta vez no dijo nada, me miró como quien se despide, y se fue sin cerrar la puerta. Escuché que se encerraba en la cocina y revolvía ollas y vajilla para preparar la cena. El doctor Vicent ya no se comunicaba más que por teléfono, muy de vez en cuando. Nuestro caso continuaba abierto, en apelación, frente a la Corte Suprema. El coronel Sánchez se había rendido de intentar consolarla. Yo sabía que estaba enamorado de ella, e intentó acercase después de la desaparición de mi padre. Nada resultó de sus intentos, y ya no volvió a frecuentar la casa.

Éramos, entonces, mi madre y yo, con la visita breve y obligatoria de mi hermano, que llegaba desde la Florida a contarnos de su vida próspera en los casinos, a hablarnos de su familia numerosa, que sin embargo nunca traía. Yo notaba en su rostro, cenando en el comedor oscuro de nuestra vieja casa, la vergüenza que predominaba en su alma. Mi madre alcohólica, y yo, remedo inclasificable de nuestro padre. Su cuerpo comenzaba a engordar de prosperidad, su ropa de camisas floreadas, bermudas y el pelo que comenzaba a ser ralo. Se parecía, en ciertos aspectos, a mi madre, cuando era chico, pero ahora eran diametralmente diferentes. Ella estaba consumida, tan lejos de la bella exquisitez que poseía cuando mi padre la conoció en los pasillos del museo de Historia Natural de Buenos Aires. Vi fotografías de ellos dos juntos por aquella época, bellos e intelectuales, con el trasfondo de los antiquísimos esqueletos. Y eso fue lo que los arruinó, el pasado, que fue tomando el primer plano de cada recuerdo, hasta hacerse tan real como el presente. Y eso es lo que veía en los ojos de mi hermano, la misma ralea de incomprensión que en la mirada de mi madre.

No mucho después, unos seis meses, quizá, ella murió. La encontré una mañana, en su cama, con un vaso volcado en la mesa de luz, y su cuerpo cubierto por las sábanas desordenadas y sucias. Entré al cuarto, le toqué la mano, sabiendo ya que no tenía vida, y pronuncié lo que se presentaba en mi mente cada vez que la veía desde que había escuchado aquellas palabras en la primera filmación, y que no habría tolerado escuchar en mi boca, por más que no supiera lo que significaba.

—*Nei ambé*— dije, y lo repetí varias veces, esperando como un chico que algo sucediera, que en alguna parte de esa habitación, en alguna parte de la casa o del mundo, algo renaciera.

Después del funeral, al que mi hermano vino solo, con la sombra de su familia fantasma en la boca, nos quedamos en casa, solos y casi sin hablar.

—¿Qué vas a hacer?— me preguntó, sentado frente a un vaso de whisky en la mesa del comedor.

—Quedarme en la casa, seguir estudiando.

—¿Vas a hacer lo mismo que el viejo? ¿Viajar y traer huesos?

Lo miré con enfado.

—Si pretendés vender la casa y quedarte con la mitad…

Ahora fue él quien me observó con enojo.

—Lo que intento decirte es que vendas la casa, pero no quiero nada. Solo es para que te deshagas de toda la mierda del pasado y vengas conmigo a Florida.

—¿A trabajar en qué?

—En algún comercio, qué se yo, no me vas a decir que estás fascinado por lo mismo que el viejo. Lo tuyo es puro sentimentalismo, no vocación…

Nos quedamos en silencio mientras yo pensaba en lo que había dicho. Me levanté y le serví otro whisky.

—No sé lo que es esto que siento, pero es lo que siento. Dejáme en paz, y andá con tu familia.

Dije esto en español, y sentí el acento porteño con que había hablado, tratando de imitar el de mi padre. Él me miró y se rió, en Florida debía estar más acostumbrado al acento cubano. Se fue al día siguiente, y tal vez no volveríamos a vernos más. Ninguno de los dos habría apostado ni una migaja de pan uno por el otro.

Como esas casualidades que nunca lo son, más que por la ignorancia de las maquinaciones ocultas de los mezquines dioses de las sombras, recibí un llamado del coronel Sánchez.

—Williams se está muriendo— me dijo. Después, respondí:

—¿Y?

—Quiere verte.

—No quiero, coronel, hace años vino a casa para dar excusas que no le pedimos. Si ahora espera mi bendición, tendrá que morirse sin ella.

—Roger, por tu padre, por lo menos, él lo habría querido así.

—¿Y quién dice eso?

—Fui su amigo más íntimo durante largos años. En fin, Williams dice que necesita verte, no serán más que unos minutos de tu tiempo, está en las últimas.

Esa noche fui a su casa en los suburbios de Washington. Una vivienda que alguna vez fue modelo de las construidas durante los años cincuenta. Williams vivía solo, salvo por una sirvienta negra que limpiaba la casa. Cuando entré, ella me recibió, y presentí que se veía más desolada de lo que se supone debe estarlo alguien que no es más que una empleada. Me acompañó hasta la puerta de la habitación de Williams, golpeó y abrió. Él estaba sentado en la cama, con los pies apoyados en el piso, intentando levantarse. La mujer corrió para evitarlo, y ambos se pusieron a discutir como un matrimonio viejo.

—Compórtate, viejo querido, acá está el señor Levi— la escuché decir, entonces él levantó la mirada por encima de los hombros de la mujer, y me miró con susto. Vi en su rostro tal pesadumbre, que todo resquemor y resentimiento me parecieron fútiles, y sentí vergüenza. Williams no era ni la mitad del hombre que había conocido.

—Claude— dijo él. Así llamaba a mi padre cariñosamente cuando eran jóvenes.

—No, es su hijo, Roger— dijo ella, y le levantó las piernas para acomodarlo en la cama, tan fácilmente como si fuese un almohadón de plumas. Cuando nos dejó solos, me quedé parado, y él me miró señalando una silla. Negué con la cabeza, y me senté en la cama. Él sonrió, y fue una mueca desdentada más que una sonrisa. Estaba desnudo bajo la sábana. El pecho alguna vez hirsuto estaba lampiño y de la piel manaba un olor que inundaba el cuarto. Las manchas del cáncer supuraban líquidos fétidos, e imaginé que estaba viendo los mapas de tierras incógnitas.

—Hijo, quería verte. Tu padre y yo, ese día que despegamos…

—Señor Williams, no hablemos más del tema…

—No, por favor, debo decírtelo, hace años debí hacerlo, pero tu madre no me dejaba acercarme ni hablar, y sé que no te llegaron mis cartas…

Nada sabía de aquellas cartas, pero no me sorprendía lo que escuchaba.

—El día que despegamos, tu padre me dio algo. Me dijo que te lo entregara si él no volvía del viaje…

—Pero entonces él sabía…

—¡No! Fue puro sentimentalismo, así lo pensé en ese momento. Todo va salir bien, le dije yo, pero él insistió, así que acepté lo que me encomendaba. Después pasó todo aquello…

—¿Qué pasó?— pregunté, presintiendo que tal vez llegase la tan esperada confesión.

—Lo que ya todos saben, su desaparición… nada más. Ahora que me estoy muriendo, debo darte lo que me encomendó.

Levantó un brazo señalando un cajón del mueble frente a la cama.

—En el último hay una caja azul.

Me levanté y fui hasta el mueble, abrí el cajón y vi la caja. Volví a la cama y me senté. Me indicó con la cabeza que la abriera.

Dentro había una pelota de béisbol, y recordé nuestra conversación la noche anterior a su partida.

—Tu padre me explicó de lo que se trataba, esa promesa que te hizo. Me dijo que si no regresaba a casa, yo te diera esa pelota como un obsequio traído de la luna. Debí hacerlo cuando eras pequeño, por supuesto, pero con todo lo que sucedió, al principio lo olvidé, y luego lo consideré ya inútil.

Di vueltas la pelota entre mis manos. La palpé cuidadosamente con la yema de mis dedos. La llevé bajo mi nariz y olfateé el olor del cuero viejo. Y ese aroma me trajo una reminiscencia de imágenes que nunca había visto. El paisaje desolado de la luna, la aridez rocosa y la lividez del cuerpo al caminar sobre la superficie. La cápsula a varios metros, detrás de mí, alejándose porque yo me alejaba. Yo era mi padre, yo lo había sido en aquel lejano lugar lleno de miedo y asombro, con la sombra de la madre tierra como un obstáculo de frialdad en el camino.

—No te enfades con tu padre, Roger, sólo intentó mantenerte en la ilusión.

Le sonreí al viejo moribundo, porque eso era lo que necesitaba.

—¿Dijo algo cuando se alejaba de la cápsula?

—Lo técnico, lo de siempre, y terminó diciendo algo que no entendí, como un guiño sobreentendido entre científicos, pero yo siempre fui nada más que un astronauta.— Y una sonrisa casi ingenua iluminó su cara por un instante.

Murió dos días después. Me traje la pelota de béisbol a casa, y durante esos dos días no dejé de pensar que cuando me despedí de Williams para siempre aquella noche de mi visita, me acerqué a su oído y le dije: *nei ambé*. Su rostro había adquirido la expresión del espanto, y estoy seguro que al morir, lo enterraron con esa mueca.

4

Los papeles de mi padre eran tantos, que sospechaba que no me alcanzaría la vida en leer, y sobre todo, en descifrar y comprender todo lo que había escrito. A veces debía recurrir a la bibliografía que citaba, lo cual me llevaba mucho tiempo buscando en los estantes los libros correspondientes, luego los capítulos y las páginas. En ocasiones no era la edición correcta, o porque el libro se había perdido y había sido consultado en el exterior. Sin embargo, me era esencial si deseaba entender lo que el texto original decía, así que iba hasta la biblioteca pública para consultar los archivos de la computadora.

En casa, leí sus artículos para las revistas de antropología y geología, hasta había escrito para algunas sociedades científicas que se dedicaban al tema de lo paranormal. Entonces fue que volví a revisar las notas manuscritas relativas a la filmación en Mozambique. Sobre este tema no había alcanzado a publicar nada. Me pregunté la razón de tal descuido, o si tal vez fue por presión externa, o mera discreción antes de estar seguro de sus conclusiones o hipótesis. Mi padre no era un simple periodista que se hubiese limitado a trasmitir un rito real y asombroso. Si no encontraba una lógica pura basada en la mentalidad de la tribu que estudiaba, no la exponía nunca al criterio del público

o de sus colegas. Su constancia me asombraba, pero sobre todo me hacía sentir agotado a fuerza de razonamientos y constantes pruebas y contrapruebas. Ni una roca pequeña quedaba fuera de su riguroso análisis, ni un hueso del que pudiese sospecharse la más mínima posibilidad de ser un fraude. Por lo tanto, cuando se trataba de las tribus y sus ritos paganos, era aún más extremo en su rigurosa metodología. Sabía que lo que había presenciado era algo demasiado extraño y controvertido, demasiado cercano al sensacionalismo amarillista si lo hubiese publicado en su naturaleza virgen. Necesitaba explicarlo, comprobarlo experimentalmente en muchas más oportunidades, y el problema era cómo hacerlo. Esto era lo que se preguntaba en la nota de su agenda del año 1967. Busqué en esa misma agenda, en anotaciones posteriores, pero había referencias a aquel episodio sólo esporádicamente. Debió haber estado buscando, preguntando a cada hombre y mujer en esa tribu y en las de los alrededores, ganándose la confianza de ellos para que le hablasen de aquel rito. Pero recién me di cuenta que si le habían permitido ser testigo de toda la ceremonia, era porque ya le tenían suficiente confianza. Por lo tanto busqué en fechas anteriores a la filmación, y en una nota de un año antes hallé la primera cita retrospectiva. Desde entonces hacia atrás, en apuntes tomados en diferentes ocasiones, desde que él era más joven, casi un estudiante recién graduado en sus iniciales estudios de campo, ya había múltiples referencias a esos episodios. No sabía dónde comenzaban, así que fui leyendo en reversa, como si escuchara o viese una cinta al mismo tiempo que la rebobinaba. Cada una de las citas mencionaba entre paréntesis un número correspondiente a una grabación de audio. Entre esas cintas encontré las que sobrevivían a la humedad, y no pude escuchar más que sonidos cercanos a la truculencia, o por lo menos eso fue lo que mi imaginación halló. Mi mente de fin de siglo estaba demasiado viciada con influencias ficcionales creadas

por Hollywood o la mala literatura de horror. No tenía más que volver a recurrir a las fuentes, las notas y los libros de mi padre.

En la anotación de 1967 en Mozambique, él había intentado dar una teoría tentativa de la ceremonia tribal, producto en realidad de varias otras que ya había presenciado sin poder filmar. El pozo en donde habían arrojado el cuerpo del nativo era una trampa para leones. Al principio pensé que únicamente se trataba de una especie de sacrificio pagano en el cual entregaban cadáveres a los leones para calmar su hambre. Pero mi padre explicaba que tanto en esa ocasión como en muchas anteriores, el pozo estaba vacío. Otras tribus que ni siquiera tenían contacto entre sí, hacían casi exactamente lo mismo. En muchas variaban los encargados del rito, uno o más brujos participaban, otras abreviaban o postergaban los tiempos de la ceremonia, llegando a veces hasta varios días. En una de ellas, incluso el brujo se arrojaba desesperado al pozo, y luego de cada uno de estos ritos, uno nuevo debía ser elegido. Algunas tribus usaban música más elaborada que los simples tambores, con flautas y otros muy variados instrumentos de viento. Recordé que había escuchado algo parecido en las grabaciones, una especie de sonido que nacía de un instrumento que se me ocurrió largo, como una especie de trompeta estrecha. Mi padre había hecho esquemas, por supuesto, era un dibujante no muy talentoso pero que había ganado gran destreza con la obligada práctica. Encontré el dibujo del instrumento, y reproduciendo una vez más la grabación, pude ver, como si estuviese en ese lugar, la interpretación del nativo con su curiosa flauta extremadamente larga apoyada por un extremo en el piso, y del cual salía un pico curvo que se ampliaba para emitir un sonido que imitaba el verdadero viento, pero más armoniosamente, como si fuese un dios—hombre que dominase las fuerzas de la naturaleza. Sentí una brisa fría en la biblioteca de mi padre, y miré hacia las ventanas. Todas estaban cerradas,

y me estremecí. Dios mío, en qué me estoy metiendo, me dije. Entonces bajé la vista al cuaderno de notas de mi padre, y en una anotación al margen que nunca había visto antes, estaba escrito aquello mismo que yo había pronunciado en voz baja.

Miré alrededor la tenue y cálida penumbra del cuarto, escuché una especie de silencio hecho estragos al cesar la grabación. Todo era posible, pensé. Si el hombre era capaz de llegar a la luna, por qué motivo no habría de hacer lo que según mi padre las antiguas tribus, lejos de los tabúes de la razón, de las religiones y las leyes, había logrado hacer. No era, al fin de cuentas, nada más que una extensión de una capacidad que el hombre posee en su naturaleza, es decir, la semejanza con los dioses determinada por su propio germen. Una capacidad que también poseen los animales, pero que por su falta de comprensión no son capaces de ritualizar. Se necesita del término medio en que esas tribus se hallaban: incontaminados de la psicología racional del hombre occidental, y más arriba del simple instinto animal.

Todo se trataba, aparentemente, de la trasmigración de las almas. El alma de un hombre era trasmitida a uno o más animales. Podía utilizarse un cuerpo muerto, que iba hacia un animal vivo o recién muerto, o también a alguien que estaba agonizando. Las posibilidades, se decía mi padre, podían ser muchas. Y al llegar al final de la página del cuaderno del año 1971, se preguntaba si sería posible la transformación concreta de un cuerpo en otro, sin pérdida de materia, sin utilizar más que la misma masa original del hombre.

En los cuadernos de 1973, luego de sufrir una crisis de beri—beri que casi lo mata e interrumpió toda investigación y apuntes durante más de un año, empezó a hacerse preguntas sin orden ni lógica, como si algo estuviese tratando de abrirse paso entre el caos de su mente aún turbia y afectada por la fiebre y el

metabolismo alterado. Cuando se sentó a escribir nuevamente, —y recuerdo que mi madre lo comentaba con frecuencia a manera de reproche, como si hubiese sido la última oportunidad ya para siempre perdida de que él dejase esa profesión que lo alejaba de ella—, él ya se había recuperado físicamente, pero su mirada continuaba extraviada en pensamientos que intentó transcribir en sus cuadernos. Esas eran las notas que yo había comenzado a leer, y notaba el cambio de letra luego de la enfermedad, más clara en su grafía pero más incoherente en la metodología de su lógica. Una de las preguntas más frecuentes era la posibilidad que antes mencioné, la de la transformación de los cuerpos. Él llegaba al siguiente razonamiento: si el alma es energía, y si la transmigración del alma da vida al cuerpo, cuerpo y alma son entonces una amalgama, algo que no puede dividirse sin que ambas mueran. Los brujos de las tribus le habían dicho que el tiempo en que el alma migra de un cuerpo a otro, no sólo está limitado por la consecuente degradación de los cadáveres, sino de la vida del alma en lo etéreo. El alma pierde fuerza e identidad, se va confundiendo con la homogénea disparidad de lo colectivo, de la gran unidad a la que se ve atraída como una fuerza magnética.

En uno de aquellos cuadernos hallé una referencia a un episodio ocurrido en Tanzania, muy poco después de aquel cuya grabación fue mi primer encuentro con el tema. Busqué en los estantes la cinta de la fecha referida. En las anotaciones, mi padre sólo indicaba que había sido una experiencia importante, pero dada su confusión mental durante el período de convalecencia, daba a entender entre líneas que había sido en realidad más que trascendental. Eso se percibía en su letra desordenada, temblorosa como si estuviese bajo el influjo de un temor, aunque no fuese más que el efecto de una droga. Pero así como la mezcalina tenía su función en algunos escritores, disparando la imaginación, en mi padre los fármacos que consumía para recuperarse, e imagino

que algunos otros que trajo o aprendió a consumir en sus viajes, lo sumían en un estado de embotamiento que reducía notablemente su imaginación. Por lo tanto, durante aquellas anotaciones debí asumir que todo lo que decía estaba por debajo de la realidad por él experimentada.

Encendí el reproductor y aguardé el inicio de la grabación. De pronto, apareció un paisaje selvático, denso como únicamente puede serlo la selva africana en sus sitios vírgenes. La cámara se desplazaba apoyada sobre el hombro derecho de mi padre. Podía verse el lado derecho de su cara y la mano izquierda señalando árboles, animales pequeños que pasaban raudos en su camino, un sendero sin abrir que formaba a golpes de machete de tanto en tanto, para lo cual interrumpía la grabación para luego retomarla. Señalaba formaciones añosas en los troncos de los árboles, parásitos bajo las rocas y las enredaderas que cubrían el suelo. Algunas serpientes colgaban de las ramas, asomándose al lente de la cámara, y mi padre se cuidaba de evitarlas moviéndose con una lentitud que simulaba un efecto de cámara lenta. Mientras seguía su camino, iba explicando que se dirigía hacia el asentamiento de una tribu de la que le habían hablado. *Dicen los hamba que esta tribu a la que me dirijo no tiene nombre. Viven desde que tienen memoria en esa región prácticamente inaccesible de la selva. Sobreviven de lo que cazan, nada más. Y esta caza puede ser de animales o de hombres, lo mismo les da. No pescan, no cultivan, no producen medicamentos. El que se enferma muere, salvo que el brujo de la tribu pueda salvarlo con sus hechizos, y esto muy pocas veces, porque según los hamba, esas curaciones son únicamente dedicadas a las enfermedades mentales. Para ellos el cuerpo que se enferma ya es inservible, y por eso lo reemplazan. Yo les pregunté qué querían decir con eso, porque sospechaba que eran practicantes de la misma ceremonia que ya había presenciado con los hamba. Ellos*

asintieron, pero se reservaron de aclarar lo que su mirada decía con anhelo: son más sofisticados sus ritos, más trascendentes.

Con estas palabras se interrumpió su relato, y el camino, luego de una oscura pausa de la grabación, se convirtió en un claro no muy extenso con chozas rudimentarias. Había hombres completamente desnudos por los alrededores, niños corriendo y mujeres que iban y venían con vasijas de mimbre bajo los brazos o sobre la cabeza. Cuando mi padre llegó a poca distancia de ellos, algunos se detuvieron a mirarlo, se acercaron, observándolo de pies a cabeza. Eran delgados pero fornidos, la cara completamente desnuda de todo adorno o pintura, los labios gruesos dejaban ver dientes grandes y muy blancos. Por un momento, olvidando toda su vida posterior a aquel suceso, temí por la vida de mi padre. La cámara delataba un leve temblor, y supe que él tenía miedo en ese momento. Los hombres no tenían armas encima, pero si poseían sus manos, y sobre todo sus dientes. *Si el canibalismo es su costumbre, tal vez sea lo último que grabe en mi vida*, había dicho unos minutos antes, en voz muy baja, justo cuando ellos se acercaron para agarrarlo de un brazo y explorar la cámara. Mi padre no la apagó. El lente mostraba imágenes inconexas, confusas, del suelo, del cielo entre los árboles altos, de las caras y los cuerpos de los hombres que tocaban la cámara, pasándosela de uno a otro. Luego, volvió a manos de mi padre. Los hombres dijeron algo, él contestó en el mismo dialecto. Algunos se ubicaron detrás, otros delante, y él fue caminando entre ellos hacia una de las chozas. Los niños lo rodearon, tocando su ropa, saltando para tocar la cámara. Entraron a la choza oscura, llena de insectos alrededor de una olla de barro en la cual una mujer mezclaba algo que olía muy mal, porque mi padre se llevó una mano a la boca haciendo que en la otra la cámara se moviera. Sólo fuego iluminaba el lugar. Luego dejó la cámara encendida en el piso, a suficiente distancia para dar un plano extenso de

la ronda que se había formado alrededor de la olla, y en la que él estaba. Comenzaron a hablar en dialecto durante largo rato, así que nada pude entender. Pero los gestos de los hombres eran amistosos. La mujer sacó comida de la olla y la sirvió en una fuente que pasó de mano en mano. Cuando llegó a mi padre, él la olió primero, lo cual no cayó bien a los demás, a juzgar por sus caras. Entonces llevó el borde de la fuente a sus labios y tragó. No hubo gesto en su rostro que tradujera disgusto o placer. Admiré, entonces, con una satisfacción silenciosa, a mi padre, como si en la biblioteca de mi casa norteamericana, los indígenas pudiesen ver mi regocijo.

Aparentemente la conversación había versado sobre el tema que había llevado a mi padre hasta ese lugar. Me resultaba extraño que lo hubieran aceptado tan pronto, incluso que estuviesen dispuestos a dejarlo presenciar la ceremonia. Pero además de que mi padre llegaba con el conocimiento de su propio idioma y era casi un enviado de las tribus vecinas, quizá esos hombres no consideraran sus ritos como algo especialmente sobrenatural. Carentes de cualquier tipo de tabúes occidentales fundados en religiones represoras de todo pensamiento o acto que se alejase de sus cánones, para ellos lo material se fundaba irremediablemente con lo espiritual. La naturaleza en la que viven todo lo transforma, y ellos lo ven diariamente. Conviven con los muertos, ellos están en su carne, y sus espíritus en los cuerpos de otros hombres y otros animales. Espíritus que recuperan al cazarlos y consumirlos. Esta es la teoría que imaginé por lo menos hasta este momento en que vi a mi padre pararse y desvestirse. Sólo llevaba el pantalón y las botas, viajaba habitualmente con el torso desnudo por el calor insoportable aún de noche. Cuando se despojó de todo, lo llevaron hacia la salida de la choza. La cámara quedó en el suelo, enfocando la olla sobre el fuego y a la mujer. Escuché voces, y de nuevo la cámara se alzó sobre el hombro de mi padre.

Le habían autorizado a llevarla, y quién sabe si conocían o imaginaban siquiera la verdadera función de aquel aparato. Tal vez pensaran que era como un amuleto para mi padre.

Cuando salieron ya oscurecía. Se oían los chirridos de los pájaros y los chillidos de los niños. Un grito autoritario de uno de los hombres viejos los ahuyentó y desaparecieron esparcidos por las chozas o la selva. El grupo que conducía a mi padre continuó camino por un sendero abierto entre los árboles. Pude ver el balancearse de los cuerpos de los que iban delante, abriendo camino cuando era necesario. Desnudos y descalzos, se movían con la destreza de simios, pero al mismo tiempo sus espaldas erguidas y sus movimientos inteligentes demostraban una metodología estudiada a base de prueba y error. La forma en que tomaban una rama y la estudiaban detenidamente, conversando entre ellos, luego la manera de recortar las hojas en las cuales hallaban parásitos que tal vez utilizaban para sus ritos. Parecían buscar algo en especial, y finalmente lo hallaron en un arbusto a ras del suelo. Dos de ellos se agacharon, y la cámara de mi padre se asomó por sobre sus hombros. Escarbaban en la tierra, hasta desenterrar una especie de caparazón de tortura, pero era más parecido a un casco de soldado. Creí estar alucinando, pero un momento después, se dieron vuelta, enfrentando directamente a la cámara, y confirmé lo que sospechaba: era un casco de soldado. ¿Era posible que hubiesen devorado a alguno de los tantos soldados que debieron luchar en África? Un soldado perdido en medio de la selva que nadie antes había visitado. El casco pasó de mano en mano, siendo limpiado de tierra un poco cada vez, hasta que llegó a la mano izquierda de mi padre. Lo dio vuelta, observando el interior. La luz del día era escasa, pero pudo ver un nombre, y acercó la cámara hacia la placa donde estaba gravado. El apellido era Berg.

Recordé que así se llamaba el astronauta que había ido en busca de mi padre cuando se alejó de la cápsula en la superficie de la luna, y que había muerto buscándolo. Por lo menos eso era lo que siempre había referido el capitán Williams en su informe y sus declaraciones posteriores durante el proceso judicial a lo largo de tantos años. Mi padre devolvió el casco, y continuaron camino. Si se hubiese tratado del abuelo o el padre del coronel Berg que más tarde lo acompañaría, quizá hubiese salido el tema en alguna conversación durante los meses de entrenamiento. Pero todo esto fue conjetura mía, por supuesto. Nada había que me hiciera sospechar en la actitud de mi padre algo más que curiosidad científica por lo que presenciaba.

Ya era noche completa cuando llegaron junto a un arroyo estrecho, cuya corriente se oía tenue y sin embargo muy clara. Las sombras de los cuerpos en medio de la sombra de la noche se agruparon alrededor de la cámara, observando la luz roja que brillaba como una estrella fija caída del cielo. Eso pensaban, probablemente, y mi padre aprovechó la ocasión para hacer sentir su autoridad. Habló largo y tendido, y los hombres lo miraron y escucharon luego de encender un fuego. Ellos entonces se levantaron y comenzaron a moverse de un lado a otro, yendo y viniendo trayendo cosas. La cámara se quedó quieta, y se dignó moverse cuando mi padre consideró que ya todo estaba preparado. Era una especie de altar bajo, con ramas y un montón de objetos que debieron pertenecer a hombres y mujeres muertos. El grupo constaba de diez hombres, y salvo los dos que comenzaron a conducir el rito, los otros se limitaron a cantar una letanía parecida a un motete. Era como estar en una iglesia inmensa, con el agua del arroyo corriendo como sangre del sacrificio, y los objetos sobre las ramas las diezmas que los congregantes ofrecían.

El hombre principal se levantó y se paró junto a la orilla, levantando los brazos y las manos hacia el cielo, las piernas abiertas. El compañero se acercó llevando el casco, y se lo entregó. El oficiante se lo puso en la cabeza, comenzó a cantar la misma letanía que los otros, pero alzando la voz hasta liderarlos, cantando con una voz de intensa congoja, como si estuviese recitando una tragedia de Eurípides, con las palabras una y otra vez repetidas de *nei ambé, nei ambé, nei ambé…* Tantas veces que fue tornándose un sonido más de aquel sitio, un canto que era tierra y era agua al mismo tiempo, un canto penetrante de la carne, como sílabas de hueso y sonidos que fluían con la liquidez de la sangre. Entonces la cabeza con el casco bajó abruptamente, como apesadumbrada, pero fue un gesto afirmativo en realidad, un decir que sí al sacrificio que ya estaba consumado un segundo después. El compañero junto a él, con una rama de pedernal lo atravesó de lado a lado, y lo arrojó al arroyo. Una tenue luz fosforescente pareció levantarse del agua ahora estancada.

Y el cuerpo, que parecía muerto, volvió a moverse. Levantó la cabeza con el casco aún puesto, el torso con la ayuda de las manos apoyadas en el barro de la orilla, en seguida las piernas, con lo que pudo levantarse y mantenerse erguido frente a la fogata.

Era un hombre blanco.

En el rostro sucio, reconocí al coronel Berg.

5

No mucho tiempo después de ver esa grabación, me llegaron las noticias sobre el nuevo proyecto lunar. En seguida me vino a la mente el coronel Sánchez. Ni siquiera sabía si aún estaba vivo, y dónde. Pero como todos en aquella ciudad y con aquella profesión, no podían apartarse demasiado de la ciudad de Washington. Los militares nunca dejan de sentirse atraídos por la política, y por más que no tengan la inteligencia para abrirse paso en esa jungla de apariencias, siempre esperan que haya alguien que les dé una mano en las buenas o en las malas. Sánchez, como militar y como miembro de una colectividad que continuaba siendo marginada a pesar de tantos progresos, era uno de ellos. Lo llamé por teléfono al antiguo número de la calle Benjamin Franklin. Me atendió su voz, que tanto recordaba, lenta, meliflua, a veces lánguida, tan inapropiada para un militar, según era mi parecer. Creo que se sorprendió al escucharme que quería verlo, ya que prácticamente nosotros, mi madre y yo, lo habíamos casi echado de la casa debido a su constante insistencia por ayudarnos. No vimos, en ese momento, que quizá éramos nosotros los que lo ayudábamos a él. Era un hombre solitario que había perdido a su único amigo, y de cuya esposa estaba platónicamente enamorado.

Se presentó en casa al día siguiente. Estaba viejo, demacrado, vestido con ropa de civil no muy nueva. Había perdido cabello, y su tez oscura y el escaso cabello blanco lo hacían parecerse a un viejo indio de una tribu ya desaparecida.

—¿Cómo estás, Roger?— dijo en español.

—Bien, coronel, gracias por venir.

Entró a casa, mirando la sala de estar donde tantas horas había estado. Se sentó en el viejo sofá, exactamente sobre el mismo almohadón. Su cara pareció renovarse de alegría, y se puso a mirar hacia la puerta de la cocina, como si esperase ver salir de allí a mi madre.

—Esta casa me trae muchos recuerdos, y me he convertido en un viejo melancólico.

—Perdone que lo moleste, coronel, pero leí sobre el nuevo proyecto lunar, y me acordé de usted inmediatamente.

Me interrogó con la mirada.

—Tengo algunas preguntas que hacerle sobre el viaje de mi padre.

—No otra vez, Roger, ese viaje mató a tu padre y destruyó la vida de muchos desde entonces, inclusive la mía…

—En realidad quería preguntarle sobre el coronel Berg. Me interesa saber más sobre él…cómo era, cómo se llevaba con mi padre…

—Bueno,…Berg era un cabeza dura, pero su testarudez no era por inteligencia, sino para ocultar su incapacidad. Le costaba mucho no el entrenamiento físico, porque era nieto, hijo y her-

mano de militares, incluso las mujeres de su familia fueron las primeras en ingresar en la fuerzas cuando aceptaron el ingreso femenino. Le dificultaba comprender el funcionamiento de la que por entonces era una nueva tecnología…

—¿Y por qué lo aceptaron entonces?

—Por lo que ya dije, por su familia. Su padre, sobre todo, fue un héroe en la Segunda Guerra, ganó más de una medalla al valor en Europa y en África.

—¿Estuvo en África, en qué país?

—No me acuerdo, Roger, pero peleó ahí cuando los alemanes invadieron un tiempo ese continente.

—¿Murió en ese entonces?

—No, volvió a casa sano y salvo, contando anécdotas de los negros que le salvaron la vida. Por supuesto, nadie le creyó, todos lo alabaron como al héroe más grande, casi comparándolo con MacArthur. Las mujeres se le venían encima, y cuando finalmente se casó, vivió enclaustrado en Washington, dedicado a su familia.

Me quedé en silencio un rato, pensando, poniendo las cosas en su lugar,

—¿Cómo era su aspecto?

—¿Cuál, padre o hijo?

—Ambos— contesté, sabiendo lo que estaba surgiendo en mi mente en ese momento, pero no podía esperar que Sánchez lo comprendiera.

—Bueno, típicos norteamericanos, de estatura mediana a altos, cabello casi rubio, esbeltos y cuerpos entrenados. Casi como Ro-

bert Redford, si llegaste a conocerlo en el cine. Seres perfectos, pero arrogantes. En el caso del hijo, esa arrogancia no tenía razón de ser, era un simple militar de oficina que ascendió rápidamente por influencias del abuelo, ya que el padre murió después de su internación en un hospital, donde no dejaron que nadie lo visitara, por neumonía, según dijeron después. Le hicieron unas exequias militares con toda la pompa correspondiente. Yo estuve en el funeral, y vi al hijo parado junto al ataúd que descendía a la tumba con la bandera norteamericana encima. Un digno hijo de militar, con toda la elegancia y la prosopopeya que se esperaba de él. Es extraño, pero ahora que lo pienso, era tan parecido al viejo, que era como verlo parado frente a su propia tumba, incluso parecía haber envejecido un poco desde la rápida enfermedad de su padre.

El coronel Sánchez se quedó a cenar. Durante la comida continuamos hablando. Sentí pena por él, sentí el cariño que debió tenerle mi padre. Era un ser indefenso desde siempre, aún de joven. Era dependiente de mi familia, de lo que nosotros hacíamos, de lo que pensábamos. Ahora hacía lo mismo conmigo, y fue mi crimen aprovecharme de ello para obtener la información que necesitaba.

—¿Cómo se llevaban mi padre y él?

Sánchez dejó los cubiertos a un lado, se limpio los labios con la servilleta, y me miró como si los estuviese viendo en ese mismo instante en mis ojos.

—Acompañé a tu padre muchas veces durante los meses de entrenamiento. Lo admiré por su capacidad de superación. Tenía más fuerzas de resistencia que las que imaginé no siendo un militar, pero esos viajes en sitios tan remotos lo habían curtido admirablemente. Igualaba a Berg en eso, pero lo superaba en el

entrenamiento técnico. Se llevaban bien al principio, pero cuando faltaba un mes para el despegue, los vi discutir varias veces, y el capitán Williams se retiraba de la escena. Él solo podría haber hecho todo el viaje, decía. Cuando el capitán pidió que reemplazaran a Berg ante su ineptitud, fue tu padre quien intercedió por él especialmente.

—¿Y por qué discutían?

—No lo sé. Siempre bajaban la voz cuando me veían venir, pero lo raro es que a pesar de eso estaban más juntos que antes, aunque siempre enojados uno con el otro, murmurando y compitiendo. Quise averiguar qué le pasaba a tu padre, pero no pude hacer que me dijera nada. Después, llegó el viaje….

El coronel Sánchez se fue luego de ofrecerle un whisky después de cenar. Me abrazó antes de alejarse por la vereda ya de noche entrada, rozando las paredes de las casas con su impermeable viejo, el mismo que traía sobre su uniforme militar cuando visitaba a mi madre.

Pasaron varios meses, y fue casi un año después cuando recibí la aceptación de un curso de postgrado en Cambridge gracias a la tesis que envié junto con mi currículum. Allí mi padre había dado cursos como profesor invitado durante algunos años, y sin duda eso influyó, pero sobre todo la tesis, que debo confesarlo, fue una variación de uno de los estudios no publicados entre los papeles que hallé en la biblioteca. Tanto mi madre como yo nos habíamos negado a los insistentes pedidos de material inédito por parte de las universidades, institutos y revistas con los que él colaborara regularmente. Los adelantos por contratos para dos libros inconclusos fueron llevados a juicio durante un par de años, luego solucionados por un acuerdo por ambas partes. Todo material inédito, manuscrito o filmado, fue defendido primero

por mi madre, que habría deseado quemarlos si no hubiese reconocido el valor que poseían para el futuro económico de nuestra pequeña familia en caso de necesitar ayuda para sostener el proceso contra el gobierno; luego fui yo quien lo retuvo entre estas cuatro paredes.

Cuando ya tenía todo preparado para viajar a Cambridge, la casa ya cerrada, las valijas preparadas y el pasaporte en condiciones, me llamaron desde el Congreso norteamericano. El membrete era ya de por si intimidante. Me pregunté si la razón sería el vuelo lunar que había finalizado hacía dos meses, con relativo éxito. Me había enterado por la prensa y la televisión sobre el despegue, los días transcurridos en la luna, y el regreso de los astronautas a la Tierra. Uno de ellos había sido sobrino del capitán Williams. El día que me senté frente al televisor a observar la transmisión en directo desde la luna, viendo las tres figuras iguales de los astronautas encerrados en sus trajes, imaginé lo que no había podido ver cuando era tan pequeño: Williams, Berg y mi padre. Ahora uno llevaba el mismo apellido que uno de los anteriores, y la luna era la misma, y la tecnología casi también. El vacío del espacio no variaba, ni tampoco el vacío interior de los hombres que viajaban. Tal vez por eso papá había querido hacer ese viaje, no por ambición profesional, ni siquiera por la más válida curiosidad científica, sino por una imperiosa y desesperada necesidad de llenar con algo el vacío que ya había comprobado en los antepasados. Si no podía, por lo tanto, hallar el alma en los incontables huesos que había rescatado de la tierra, por lo menos podría intentarlo en alguna otra parte del universo, en alguna roca lunar, en la atmósfera que por sus diferentes condiciones quizá escondiera algo distinto que proyectara en su interior un indicio más parecido a lo divino que a lo humano. Había visto cómo ciertos factores estériles en determinados lugares del mundo, son fértiles en otros según las condiciones. La vida se desa-

rrolla inesperadamente en los lugares más insospechados. En ese aspecto, mi padre no había dejado de ser un idealista hasta el día de su muerte.

Me presenté en una de las oficinas del Congreso. La habitación olía a historia, a muebles antiguos con cuadros de políticos conocidos y desconocidos en las paredes. Todos los que me esperaban me saludaron calurosamente. Eran tres hombres, y la secretaria, que me ofreció obsequiosamente lo que yo deseara tomar.

—Señor Levi, soy el fiscal de distrito, y quienes me acompañan el capitán Scott Williams, que acaba de regresar del viaje a la luna, y el general Nichols, a cargo del proyecto original.

Di la mano a cada uno, y me invitaron a sentarme. Yo sentía que algo no estaba bien.

—Se ve preocupado, Roger, y disculpe que así lo llame, pero es que lo veo como un hijo para mí— dijo el general.— Conocí a su padre, y lo admiré mucho.

Asentí y agradecí con la cabeza. El fiscal volvió a hablar.

—Sabemos que usted ha decidido seguir la misma rama de estudios que su padre, y por eso lo hemos llamado, porque queremos mostrarle una grabación que el capitán Williams nos ha traído de su viaje.

Miré al capitán con detenimiento por primera vez. No se parecía a su padre, no tanto por el físico, sino por la actitud. Se veía tímido, asustado.

—Pero hay muchas eminencias en la disciplina, yo recién estoy comenzando…

—Roger— dijo el general— esto que queremos mostrarle sólo a nosotros nos concierne…está de más decirle que cuando salga de acá deberá mantener la confidencialidad.

Miré al fiscal.

—Así es, señor Levi. Por eso estoy yo acá.

Entonces el general se levantó, fue hasta un armario y abrió las puertas. Dentro había una pantalla grande y un equipo de video. Tomó el control remoto y volvió a la mesa.

—Esta filmación la realizó el capitán Williams veinticuatro horas antes de su regreso, mientras exploraba la superficie de la luna. Estaba solo, por lo tanto los otros dos tripulantes nada saben de lo que filmó.

Apretó el botón de *play*, y la pantalla se tiñó con imágenes de la luna. La cámara debía estar en el casco del traje de Williams, ya que se movía con sus pasos sobre la superficie irregular. Al principio no había más que una región de rocas grises y cielo negro. En un momento se detuvo, giró y pudo verse la cápsula sobre el suelo de la luna, y a los otros dos tripulantes explorando alrededor. Al retomar la zona más vasta y vacía, el movimiento de los pasos se hizo monótono, tanto que los escasos minutos de duración de la filmación parecieron ser muchos más. Entonces Williams se detuvo. Algo apareció sobre el suelo, aún lejano, algo pequeño que parecía moverse a saltos. El capitán fue acercándose, y de pronto estaba a muy pocos metros de un animal.

Era un conejo blanco con leve tonalidad agrisada. Un conejo común y corriente que movía sus orejas y su hocico, olisqueando al extraño a la distancia. La grabación pareció quedar en pausa, porque no se movió por varios segundos, el asombro del capitán sin duda debió paralizarlo. Un conejo en la superfi-

cie de la luna, se habrá dicho, estaba soñando o bajo los efectos psicológicos de un trauma desconocido. El conejo saltó luego varias veces delante de la cámara, a varios metros, alejándose en dirección contraria, y Williams entonces comenzó a perseguirlo.

Pensé, por un instante, que estaba viendo una película muda en blanco y negro de principios del siglo veinte, una película cómica y fantástica, tal vez de Lumiere. Miré a mis acompañantes por si descubría en sus rostros las evidencias de una broma pesada. Pero yo estaba en el Congreso de los Estados Unidos, y todo lo que me estaba pasando era real.

La cámara y Williams perseguían al conejo, que escapaba velozmente, y de pronto el capitán cayó al piso y la grabación se interrumpió. El general Nichols apagó la pantalla y los tres me miraron.

—¿Qué opina de eso, señor Levi?— me preguntó el fiscal.

Yo más que asombrado, estaba perplejo, y aunque no quería reconocerlo, conmovido por razones inexactas todavía.

—Efectos especiales, sin duda.

—Nada de eso, ya lo hemos comprobado con los expertos. Además, ahora verá algo más.

El general se levantó y salió por una puerta lateral. Unos segundos después regresó con una caja en sus manos. La apoyó sobre la mesa y dijo:

—Esto lo trajo el capitán Williams, lo atrapó después de varios intentos.

Sacó la tela que cubría la caja. Era de cristal, adentro había un conejo, sin duda el conejo que habían encontrado en la luna.

Yo estaba justo frente a ella, a escasos centímetros de la jaula de vidrio con el animal adentro. Rodeé la mesa, dando vuelta alrededor de la jaula, mientras el conejo se movía lentamente, asustado, tal vez en camino de morir por el encierro o la atmósfera incierta.

—Lo tenemos en esa jaula con una proporción de gases semejantes a los de la luna, sino moriría.

Me arrodillé en el piso, apoyando los brazos en la mesa y el mentón en los brazos. Contemplé extasiado al animal, y el conejo se acercó a la pared de cristal a la que yo me había acercado, y contemplé sus ojos pequeños y negros. Pero reconocí la mirada que había visto por última vez más de quince años antes.

Era mi padre, me dije, y creí estar volviéndome cuerdamente loco. Porque era bello sentirme así, estando en el lugar correcto en el momento correcto por primera vez, con la persona con que por fin necesitaba estar.

Imaginé sus últimos minutos, alejándose de la cápsula, para reunirse con Berg más tarde, acordes al encuentro que debieron haber planeado desde antes del despegue. *Nos reuniremos en la luna en un sitio lejano a las cámaras de la cápsula. Hablaremos y me dirás el secreto.* Tal vez por eso había insistido en que Berg fuese uno de los tripulantes, una especie de extorsión en la que Berg cumpliría su trato: revelar el secreto de la resurrección a cambio del silencio de mi padre. El cuerpo de Berg había muerto y sin embargo allí estaba luego de tanto tiempo. El rito de la tribu africana aún escondía su secreto y mi padre necesitaba saberlo.

¿Habrían peleado a solas en la superficie de la luna?, me pregunté. ¿Cómo habría sido aquella confrontación final entre dos tipos de ambición, una intelectual, acorde con la desesperación

de hallar el sentido de la vida, otra acorde con el miedo a volver a morir? Dos conocimientos que peleaban por prevalecer.

Contemplé los ojos de mi padre en ese animal que me observaba quieto, reconociéndome, llamándome. Por fin mi padre había sabido el secreto, y sin embargo no podía disfrutar del mérito de su descubrimiento. Me pregunté si eso era lo que buscaba, o simplemente el saber, el inconmensurable saber de su mente ávida y nunca saciada.

Vi que sufría, y sufriría aún más encerrado en esa celda de cristal.

Por eso agarré el pisapapeles de la mesa y lo estrellé contra la jaula. El cristal estalló y el conejo salió corriendo y saltó sobre el piso alfombrado. Los que estaban conmigo me agarraron, pero no evitaron que yo viera la muerte del conejo, que se asfixiaba en estertores sobre la alfombra. Los ojos pequeños me miraban, y yo pronuncié el par de palabras en el dialecto de los hamba que ya no tendrían efecto nunca más para mi padre, un par de palabras que eran dos piezas de museo disecadas.

HOMBRES
DE ESPALDAS CURVAS

1

Quien estuviese observando las ventanas del gran edificio del hospital, podría llegar a ver un espectáculo si no extraño, sí interesante para aquellos no habituados a presenciar las escenas y los dramas cotidianos de estos lugares. El gran edificio de fachada blanca, de múltiples pisos, está más allá del extenso parque que lo separa de los muros de granito, impenetrables, protegidos por avanzados sistemas de seguridad. Aún cuando el parque está poblado de enormes árboles de muchas clases y géneros: aromos, jacarandás, palos borrachos, paltas, palmeras, manzanos, limoneros, y haya arbustos que parecen empecinados en tratar de impedir el paso de los estrechos senderos que llevan a las puertas, adornados de enormes flores exóticas, traídos por los mismos médicos en sus viajes a agotadoras jornadas científicas en remotos lugares del mundo. Aún así, la oscuridad de la noche sobre el parque lindero acrecienta la intensidad de las ventanas iluminadas de los varios pisos.

Y en un sector del segundo piso correspondiente al pabellón principal, el transeúnte casual y caviloso que transcurriera por la vereda junto al muro, habría visto, luego de que gritos estridentes y estallidos de vidrios hubiesen llamado su atención, la figura recortada de una mujer embarazada sobre el borde de la ventana,

con los vidrios parcialmente rotos y manchados con la sangre obstruyendo la visión de lo que sucede dentro.

Sombras que se interponen entre la mujer y la pared blanco amarillenta del pasillo, los guardapolvos de los médicos que se adivinan en aquellas alas que se abisman sobre la ventana, intentando detener, o quizás abalanzarse hacia la figura en el filo del abismo. En las altas sombras de espigas mustias, como viejos pájaros reinas, se adivina también la figura de las enfermeras con sus cofias. Ellas portan espadas, tal vez jeringas con sustancias mágicas, en lugar de las antiguas vasijas con eficaces venenos. Los tiempos cambian, pero las mujeres continúan portando el velo de la muerte y de la vida, rechazándolo y resignándose luego sumisamente. Orgullosas y tenaces, desesperadas y sin embargo fuertes, como la locura.

Esa mujer en la ventana, de vientre abultado, a punto seguramente de parir, grita porque no quiere ser atrapada. Sus brazos se mueven en el aire contra los vidrios rotos, como si navegara en un mar de aguas turbulentas. Su mirada se parece al vidrio estallado, rota y perdida. La han drogado minutos antes, casi con seguridad, pero su sistema nervioso ha vencido transitoriamente las barreras de los tranquilizantes. La conciencia extraviada, pero el subconsciente excitado de tal manera que ya no sabe que lo que desea evitar podría llegar a hacérselo ella misma.

Y aquí nos adentramos en la mente de Sara Levi. El transeúnte regresa a su opaca vida cotidiana, desestimando los gritos provenientes del hospital. Si es un hombre, ya los ha escuchado, si es una mujer sabe de qué dolores se trata, y cuáles son los probables conflictos internos de esa loca que intenta escapar de lo inevitable. La persona en la vereda vuelve la mirada al concreto por el que camina, la cabeza gacha, obligada por la enorme joroba que la vence desde el nacimiento. Ya no ve lo que sucede

en la ventana. La mujer que se desmaya, gritando que no quiere que le saquen a su hijo: quiere verlo nacer, dice entre dientes, mientras se duerme entre los brazos de dos hombres, ayudantes de los médicos. La joroba de la mujer se adapta al hueco entre los brazos de uno de ellos, y el otro ayuda a su compañero ya que el peso de sus propias gibas les es odioso pero inevitable. Los médicos arreglan sus guardapolvos, sus cuellos levantados sobre las jorobas, y las bellas enfermeras caminan con los hombros caídos bajo el peso de las gibas.

La han llevado s u habitación, y está ya dormida. Sumida en un sueño de duermevela donde se mezclan los tiempos de su vida y los personajes de su historia. Recuerda lo que ha estado gritando desde que la obligaron a dejar su departamento en la ciudad, y la llevaron a la fuerza al hospital para que diera a luz a su bebé. No quiero que me quiten a mi hijo, decía constantemente. Y los médicos y el personal administrativo trataban de decirle que no era esa su intención, le devolverían al niño o a la niña una vez que nazca. Pero Sara quería ver a la criatura salir de su vientre y no perderla de vista en ningún momento. Entonces la figura de su esposo, de Roger Levi, aparece en el sueño con toda la paz que siempre lo ha caracterizado. La actitud firme y pacífica al mismo tiempo, sereno y seguro de sí mismo. Pero ella conoce su interior, está al tanto de sus miedos. Su actitud aparentemente tranquila viene de una actitud de asombro y pesimismo sobre el mundo, una posición pensante y siempre sospechosa de todo. De familia de científicos de varias generaciones, está presente en su cuerpo esa permanente sensación dubitativa. Preguntas sin respuestas. Roger es antropólogo, una profesión poco redituable en estas épocas. Si no fuese por las rentas y la herencia familiar, no habría podido nunca dedicar el tiempo que le ha dedicado a sus investigaciones. Hizo muchos viajes, sobre todo antes de casarse con Sara, y le ha mostrado a ella las imágenes documentales

y los viejos criptogramas de antiguas civilizaciones. Sin embargo, una obsesión lo ha dominado desde que lo conoce. Roger piensa que los hombres debían tener una figura diferente a la nuestra. Él dice estar seguro, porque los viejos esqueletos que encontró en las ruinas de los museos ya hace dos siglos destruidos, que los hombres tenían una figura esbelta y derecha. La joroba que nos caracteriza no existía o era mucho menor, y los hombros tenían una posición erguida. La cabeza podía ser llevada en alto, siendo fácil y común levantar la vista al cielo o mirar sin dificultad hacia los costados o atrás.

Sara se había reído la primera vez que lo escuchó, y a pesar de las imágenes antiguas y las fotografías que él mismo había sacado en las viejas ruinas, ella no las entendía, y por lo tanto era como si le estuviese hablando de fantasías. Ambos se sentaban en el comedor del departamento, sentados en sillas sin respaldo, los codos doblados hasta que las manos casi se tocaban con los hombros, apoyados en la mesa, mientras comían. Las cabezas se movían con dificultad, y la migraña era un mal tan común como la necesidad de respirar. El televisor sonaba las veinticuatro horas del día, rodeando el departamento de pared a pared, y cada diez minutos la conocida propaganda de analgésicos se repetía como una salmodia. Luego se levantaban de la mesa, iban hacia el dormitorio, donde el televisor los seguía. Al desvestirse, a veces se observaban en el espejo las vértebras sobresalientes del dorso, a menudo con la piel escarada, entonces uno al otro se embadurnaban la espalda con una pomada que la televisión también promocionaba todos los días. Luego se acostaban e intentaban hacer el amor, hallando incómodas las caricias eróticas sobre las jorobas y los besos en los pechos hundidos. Y cuando esto sucedía, sólo a veces, ambos sentían, sin transmitírselo ni atreverse a denominar lo que no sabían cómo nombrar, y con el miedo

a perder para siempre aquella sensación indescifrable, una casi certeza de que había algo más detrás de su triste figura humana.

Únicamente en esos instantes ella llegaba a ver cómo la idea de Roger se iba asentando en su mente, casi sin atisbos de absurdo. Era tal la manera en que él le hablaba, tan convencido se hallaba de lo que decía, y sin embargo estaba al tanto de que no podría probarlo a menos que continuara investigando en los sitios adecuados, sumergiéndose en las ruinas de viejos templos que los gobiernos habían destruido u ocultado con falsas reliquias para despistar a los incrédulos antropólogos como él. Porque era cierto que desde hacía más de doscientos años se pretendía que la historia fuese olvidada, como una enfermedad que provocaba nostalgia y pesadumbre. Los museos desaparecieron lentamente, los medios de comunicación se convirtieron en permanentes trasmisores de noticias contemporáneas olvidadas apenas se las conocía. No existían registros más allá de los últimos diez años. No se necesitaban para el transcurrir de la vida cotidiana.

Sara recuerda que en algunas de esas noches, Roger le decía que cuando tuviesen un hijo, le gustaría que no fuese como ellos, sino un hombre o una mujer normal. Ella entonces se le quedó mirando, sin entender. Somos normales, le contestó. Su esposo se rió, y Sara se sintió burlada. No te enojes, intentó consolarla él, somos normales para nuestra época. Pero el hombre no nace así, como somos nosotros. Nuestro hijo tendrá la espalda derecha.

¿Cómo podría ser eso, si nosotros seríamos sus padres?, pensó ella, sin preguntarle. Pero él, leyendo en sus ojos la duda, le dijo que algo había pasado en el mundo, que la memoria se estaba perdiendo, pero que el cuerpo humano aún conservaba la memoria real de su estructura. Le habló de los nacimientos. Le preguntó si ella recordaba algo de su vida antes de los dos o tres años de edad. Nadie recuerda eso, contestó. Y cómo es

posible que nuestros padres tampoco nos recuerden en nuestro nacimiento. Es la cuarentena, querido, desde siempre ha sido así, para proteger a los bebés de la contaminación ambiental.

Roger se rió, y ya no intentó seguir conversando. Dijo que uno de esos días saldría de viaje, y Sara, que ya estaba acostumbrada, ni siquiera preguntó a dónde. Se quedó dormida pensando en las cosas que pondría en la valija de Roger, ya que él, siempre tan inteligente para las cosas importantes, era despistado para las trivialidades.

En el sueño se mezclaron imágenes vertiginosas de viajes en avión sobre altas cordilleras, pero era ella quien ahora viajaba, y el avión era como un largo y estrecho pasillo de hospital por el que era llevada hasta aquel terrible accidente donde el avión se estrellaba contra una montaña, y ella entonces entraba en una zona tórrida y arenosa. La boca y el cuerpo se le llenaban de arena, y ya no sentía más que pesadez y sueño, y luego una luz que le daba calidez. Veía caras extrañas, los de los muchos médicos que la atendieron y le hablaron desde que estaba en esa sala. Y también la cara de Roger, hablándole a los niños que tendrían cuando ella quedara embarazada. Entonces Sara comenzó a llorar, porque volvió a sentir la culpa de no haberle dicho a su esposo que ya lo estaba cuando partió. No fue un acto mezquino, es que ella misma no sabía su estado cuando lo despidió en el aeropuerto. Una semana después tuvo el primer retraso de su vida, y supo que ya era tarde para retener a Roger a su lado. Se prometió no utilizar esa excusa para hacerlo volver, sabía que era demasiado importante para él aquello que se había propuesto probar. Sabía, sobre todas las cosas, que si renunciaba a ese viaje, jamás lograría reiniciar aquel trabajo. Las mujeres y los niños somos un obstáculo para la vida del hombre, se decía. Los hombres son más intelectuales que sentimentales, lo cual equivale a

decir que su aparente frialdad es pura insensibilidad. Tienen la piel dura del intelecto, como algunas mujeres que opacan sus visiones con el uso de la pura razón, y sólo muy pocas son capaces de amalgamar ambos aspectos, y éstas suelen ser llamadas brujas. Y por eso ya casi han desaparecido, ocultas algunas, quizá, en los túneles de su propia conciencia.

Sufrió y lloró todas las noches de los primeros dos meses. Luego se acostumbró a hablarle y escribirle sin mencionarle nada, llorando más de la cuenta cuando él le contaba los diarios fracasos, y llorando de alegría extrema cuando le relataba algún logro. Nunca lo interrogaba sobre su vuelta, y cuando él quería saber cómo se sentía, si estaba sola, si la visitaba alguien, si había retomado el estudio de las bellas artes, ella respondía inventado tareas exactamente contrarias a las que había hecho, como una especie de ayuda memoria, porque temía traicionarse a sí misma. Cortaban la comunicación, y Sara se quedaba un rato mirando el monitor vacío y oscuro, pensando en cómo sería el niño que tendría. Ahora algo le confirmaba la sospecha que Roger había sembrado en su interior, la cual crecía como la criatura que él también había sembrado en su cuerpo. De algún modo tendría que ver a su hijo en el mismo instante de su alumbramiento. ¿Cómo lograrlo?, se preguntó al apagar el monitor definitivamente antes de acostarse, para seguir pensando. Pero los golpes y las patadas del bebé en su interior, además de las náuseas, le permitían alejarse de aquellos pensamientos, que si bien intelectuales, resultaban más dolorosos por su cuota de incertidumbre y probable pena. Los dolores del cuerpo y de la inmediatez cotidiana, la consolaban, porque sabía que algún día terminarían.

Necesitaba prepararse para ese momento.

Despertó con un sobresalto y un grito. Abrió los ojos y vio a dos enfermeras, una junto a su cama, reteniéndola fuerte de su

brazo izquierdo, la otra a unos metros de distancia, preparando una jeringa. Se tocó el vientre, y sintió alivio al comprobar que su hijo aún no había nacido. Todavía le quedaba tiempo, se dijo. La habían sacado de su casa como siempre hacían, un día antes del que se cumplieran los días exactos del ciclo del embarazo. A veces realizaban una cesárea, otras madres daban a luz espontáneamente. Pero para todas el procedimiento era igual: la anestesia antes o después. Nadie, desde hacía más de ciento cincuenta años, conocía a sus hijos, sino después del período de cuarentena que seguía al alumbramiento.

—Suéltenme, por favor…—creyó gritar, porque su voz retumbaba en las paredes de su cráneo con mayor intensidad de la que en realidad tenía. La mirada de las enfermeras, con sus cofias impecablemente blancas, el uniforme pulcro, era de absoluta indiferencia. La que estaba más lejos se acercó, y mientras la otra, sentada junto a la cama, mantenía el brazo de Sara extendido sobre la sábana, introdujo la aguja en una vena en el pliegue del codo. Cuando vio su cara de muñeca muerta, porque esa fue la imagen que se le ocurrió a Sara en tal momento, como esos dibujos que ella esbozaba de niña y llevaron a sus padres a pensar que sería una gran artista plástica, sintió un escalofrío al descubrir la inmensa masa de la giba de la enfermera levantarse tras la cabeza que se inclinaba. Entonces fue como despertarse justo en el instante en que se suponía debía comenzar a surtir efecto la sustancia tranquilizadora. Era una fuerza interna que se había estado desarrollando desde la partida de su esposo, a la vez que el tiempo de gestación progresaba. ¿Podría ser tan simple y evidente la analogía? El hijo que se gestaba dentro de ella era también, y sobre todo, una idea que pretendía extender sus raíces en todo su cuerpo, invadiendo su cerebro con ideas ancestrales, desconocidas, absurdas para su actual conocimiento, penetrando en su pecho para hacerle sentir sensaciones y ánimos, quizá verdaderos

sentimientos que brotaban de la misma intelectualidad humana. Muchas veces había escuchado las frases que Roger le decía, habiéndolas escuchado él mismo de boca de sus padres o abuelos, estudiosos como él. Frases que habían estado en libros que ya no existían. La emoción a través del intelecto tiene la firmeza y la debilidad del pensamiento que lo forma. Por eso Roger le había dicho que no dejara de entrenar sus habilidades manuales para la pintura y el dibujo. Le había prometido que cuando regresara del viaje, del cual esperaba toda la revelación del pasado humano como hombres de espaldas rectas, ella sería encargada de ilustrar el gran libro que él escribiría. Tal vez serían varios tomos a lo largo de los años, y mientras él se encargaba de descifrar los secretos de los huesos antiguos, de leer por medio de la técnica y de la intuición en aquellos fragmentos de seres humanos, ella iría esbozando las figuras según él las relatara.

Fue así que Sara no necesitó, luego de la partida, tener la voz de su esposo incitándola a dibujar, ni dándole cifras y medidas de las formas y figuras de los hombres antiguos. Comenzó apenas un tiempo después, cuando el vientre ya demostraba más de cinco meses, a buscar papel y lápiz, primero, y luego rescató de una valija rota los enceres que había utilizado hacía mucho tiempo para pintar. La paleta, el oleo, las telas. Armó atriles y apoyó los armazones con telas vírgenes. Fue copiando los esbozos que había desarrollado en los borradores, pero más tarde ya no necesitaba hacer bosquejos. Las figuras de los antiguos iban surgiendo rápidamente sobre las telas, una detrás de las otras, sin corregirlas, sin mirarlas una vez terminadas. Se sabía a sí misma como poseída por algo indescifrable en su origen, espantoso si se sentaba un solo segundo a pensar en ello. Por eso no dejaba de pintar sino hasta cuando estaba realmente cansada y segura que el sueño sería inmediato al acostarse. Y en el sueño encontraba más imágenes nuevas, audaces, y la angustiaba todo el tiempo

intermedio en que debía conservarlas en la conciencia para que no se borrasen hasta el momento de levantarse y sentarse otra vez frente a las telas. En ocasiones ni siquiera había amanecido, y cuando un nuevo cuadro ya había sido terminado, la luz entraba por las ventanas que no había cerrado la noche anterior. Algunos pasaban a visitarla, espiaban por esas ventanas la labor de Sara, y como no entendían a aquellos monstruos que dibujaba, comenzaron a preocuparse. La saludaban y ella apenas les hacía caso. Había adelgazado, a excepción del bulto de su embarazo. Los empleados del Ministerio de Sanidad vinieron a visitarla. Los recibió con toda la amabilidad de su educación bien aprendida, conversó clara y racionalmente sobre las denuncias que ellos habían recibido de los vecinos y amigos de Sara, provocadas, por supuesto, por la obvia preocupación de los que se interesaban por ella, el futuro bebé y por el padre, cuando regresase.

Le preguntaron si estaba al tanto de cuándo regresaría, ya que en los registros de la aduana no había dejado más que datos imprecisos. Sara contestó que no lo sabía. Insistieron, dando a entender que el plazo no debía pasar del nacimiento del niño. Ella nada diría de su secreto.

Meses más tarde, llegaron a la casa mientras dormía. Despertó en una ambulancia que la llevaba al hospital donde ahora estaba, agitándose para hacer plasmable en las empleadas de sanidad que no estaba dispuesta a transigir a los efectos de las drogas. Lo que se movía en su cuerpo era algo más hermoso que todos ellos, una figura de hombre erguido y esbelto, que al crecer los miraría desde su formidable altura, contemplado con lastimosa pena la enorme giba que cargaban como milenarios escarabajos.

Las enfermeras comenzaron a preocuparse. Hablaron entre ellas, mirándola desde unos metros de la cama, con la luz del ventanal en torno a sus siluetas haciéndolas patéticamente igno-

rantes de lo que le estaba sucediendo a su paciente. Se pasaron el frasco ampolla de una a la otra, mirando a trasluz la etiqueta, creyendo que tal vez se habían equivocado de fármaco. Luego una salió del cuarto, y la otra se quedó observando los movimientos de Sara sobre la cama, que intentaba desatarse de las ligaduras. ¿Qué estaría pensando la enfermera?, se dijo ella, quizá que era una loca, y que tal vez fuese necesario no devolverle al hijo al final de la cuarentena. Entonces tuvo miedo, porque si deseaba conservar a su hijo desde el primer instante, debía seguir las reglas del juego.

Cuando el médico entró a la habitación, ya estaba serena, pero lúcida. El hombre, un médico anciano que había visto al llegar, recorriendo los pasillos rodeado de otros más jóvenes, se sentó en la cama y la tomó de la mano derecha.

—Sara, ¿cómo se siente?

—Mal, doctor. Les he dicho a todos, desde el principio, que no quiero que me duerman. Quiero ver a mi hijo desde el momento del alumbramiento. Quiero seguirlo con la vista todo el tiempo…

Ella se había interrumpido, ya que el aire parecía faltarle, tal vez por efecto del medicamento, que a pesar de no actuar todavía sobre su sistema nervioso consciente, ya se hubiese abierto paso en el autónomo.

—Tranquila Sara. Tu deseo es en verdad encomiable, y confieso que hace mucho tiempo que no lo escuchaba, desde mis tiempos de estudiante, que ya son muchos, y sólo en mujeres que daban a luz a sus cuartos o quintos hijos. Mujeres que tenían otra educación, que habían escuchado los cuentos de sus madres, seguramente.

—Pero yo no, doctor. Mi madre nada me dijo de cómo era yo al nacer. Me pregunté, muchas veces, si no sería adoptada…

El viejo se rió con fuerza.

—No es la primera ocasión en que me comentan este temor, Sara. Pero nada hay más ridículo para los tiempos en que vivimos. Ya estás al tanto que la cuarentena es una medida de prevención tanto para el niño como para los padres y sus familias. Los recién nacidos deben ser vigilados y protegidos de toda contaminación que pueden hallar en su ambiente familiar.

—Pero doctor, todo eso está muy bien, pero hace años que ya sabemos que son simples procedimientos, mi marido dice que toda enfermedad genética puede ser detectada con los estudios previos, y además el ambiente familiar, ya sabe doctor, las casas están protegidas, limpias y controladas por el ministerio de sanidad antes y después de cada parto.

—Me alegra que sepas tanto, y ya que mencionaste a tu marido, sé que pertenece a una familia culta, que no ha perdido los hábitos del estudio y el formidable sentido de la curiosidad. También sé que en tu casa han encontrado mucha suciedad, productos de tu afición a la pintura. Me han mostrado fotos, y sin duda se trata de verdaderas obras de arte, sobre todo por su originalidad. Cuando las vi, me pregunté cómo es que has imaginado esas figuras tan deformes…

Esta vez fue ella quien rió. Su rostro pareció iluminarse por primera vez desde que había llegado. La enfermera hizo un respingo de desagrado y salió de la habitación con brusquedad.

—Perdón por la falta de educación de la señorita, Sara. Como le dije, son otros tiempos y somos otros hombres.

—Entonces usted, doctor, sabe más de lo que me dice. No juegue conmigo, y sobre todo no me trate como a otra ignorante.—La mirada de Sara se dirigió hacia la puerta que acababa de cerrarse.

El viejo se levantó, paseó por la habitación con su giba pesándole en la espalda debilitada por la artrosis y las piernas débiles. Levantaba lo más que podía la cabeza para observar las cortinas abiertas, dejando entrar la luz que irradiaba sobre los carros de medicamentos. Levantó algunos frascos con sus manos de dedos torcidos, evidentemente doloridos, pero manos expertas que no dejaban que las pastillas se le cayeran. Le costaba leer las etiquetas, fruncía la frente al forzar la vista tras los anteojos, sacaba levemente la mandíbula sin dientes en el esfuerzo, comprometido todo su rostro en comprender lo que intentaba leer. Seguramente ya no lo lograba, y todo este procedimiento era sólo una escusa para hacer tiempo. Algo más rugía en su conciencia sin duda más lúcida que toda la endeble estructura de su cuerpo en inminente derrumbe. Fue hasta el ventanal, levantó lo más que pudo los brazos, soltando el pestillo que sujetaba las cortinas, y de pronto la penumbra se hizo dueña de la habitación. Luego, buscó las rendijas de ventilación a nivel de los zócalos. Se agachó para cerrarlas, y el rumor de los pasillos, ya indiscernible a los oídos acostumbrados, desapareció como el rumor de una canilla que de repente se cierra. Caminó después hasta la puerta de la habitación, y cerró. Presionando un botón del comunicador, pidió a la oficina de enfermeras que no lo molestaran.

Sara tuvo miedo. Algo fuera de la costumbre iba a pasar. Era a la vez algo que la entusiasmaba, que le daba un resquicio de esperanza, pero también sabía que todo su futuro estaba en manos de ese viejo médico.

—Sara, querida…—pronunció la voz del anciano acercándose hacia la cama. Se sentó a su lado, oliendo ella el olor de los viejos,

como si con todo aquel ritual, él se hubiese deshecho de las máscaras que lo protegían, y se convirtiera en lo que realmente era: un hombre cuya próxima muerte no estaba lejana, y la verdad fuese un placer que necesitaba ser satisfecho.

La voz del viejo parecía llegar ahora desde una caja de resonancia, con un leve eco que no distorsionaba las palabras, sino que les deba un significado mayor al verse retardadas, como si ellas hubiesen tenido tiempo de pensar en sí mismas, en rodear su significado con consonancias ajenas a su natural origen. Casi recolectando todas aquellas acepciones o significaciones que alguna vez tuvieran en cualquier idioma o dialecto de la historia del mundo. Quizá, pensó Sara, la voz de un hombre es la caja de resonancia de todas las voces del pasado, y hasta creyó distinguir ecos de la voz de Roger, o la del padre de él, que ella apenas llegó a conocer. Un viejo que a los cincuenta y cinco años había fallecido víctima del cáncer, legando a su hijo toda una biblioteca que fue expropiada el día que los empleados de la facultad en la que trabajaba llegaron a presentar sus respetos a la familia. No hubo opción, dijo Roger. Tres generaciones de antropólogos habían desparecido junto a esa biblioteca. Ahora el médico se acercaba apenas, y muy lentamente, a los muros y puertas clausuradas de ese mundo perdido.

—Una generación, por los menos, antes de que yo naciera, comenzaron los problemas. No sé bien cuál fue la causa. Sé, sin embargo, que los cientos de tesis que se escribieron sobre ese tema fueron en realidad justificaciones creadas para dar credibilidad a la nueva ley, que tardó, dicen, casi cincuenta años en ser aprobada. Debió llegar un gobierno autónomo y uniforme, un gobierno de facto pero elegido por el pueblo para que por fin se aprobara en el senado.

—¿De qué me está hablando?— preguntó Sara, impaciente.

—De los dolores, querida, de los dolores en los hombros y el cuello. De las migrañas y las dificultades motrices en los brazos de cada vez más personas en todo el mundo. Era algo que comenzó a preocupar a las autoridades de todos los gobiernos, porque empezó a producir licencias laborales cada día más frecuentes y extensas. La gente afectada por estas dificultades solicitaba pensiones, y la industria y el comercio, además de todas las profesiones, comenzaron a sufrir bajas. La economía sufrió a consecuencia de todo esto. Pero lo que más preocupó a todos, fueron los nacimientos frecuentes con parálisis braquiales, es decir, de los brazos de los bebés por lesiones en el plexo nervioso de la axila.

El viejo le pidió a Sara que levantara un brazo, y tocó su axila escondida, comprimida, por los restos de los hombros endurecidos.

—Hubo muchos estudios, tanto con fines interesados y comerciales, como muchos más de connotación más seria. Estos últimos eran dudosos en sus conclusiones, no podían estar completamente de acuerdo en que la causa de las lesiones fuese única. Decían que era el tipo de trabajo, el estrés laboral, la vida sedentaria, incluso la lenta transformación de las vértebras consecutiva a la posición supina del hombre ancestral al bajar de los árboles y adaptarse a la llanura, irguiéndose en dos patas, para lo cual no estaba acostumbrado. El peso de la cabeza, cada vez más desarrollada a lo largo de los siglos por la inteligencia, iba más rápido que la fuerza de las vértebras y los músculos del cuello y la espalda. Entonces comenzaron a aparecer los estudios y las tesis de las que recién hablé. En suma, decían que el hueso de la clavícula comprimía los nervios raíces del plexo cervical y braquial, y que esto ocasionaba las múltiples dificultades nerviosas de lo que los médicos y anatomistas llamamos la cintura escapular. Se

recomendó, entonces, la extirpación preventiva de la clavícula al momento de nacer.

Sara comenzaba a entender, o más bien, a ver claro lo que ya su esposo le había explicado con términos que no había comprendido antes. Se preguntó por qué el médico le estaba contando todo esto a ella.

—Sabe que se está arriesgando a que lo denuncien, doctor.

—Ya lo sé, Sara, pero no le estoy hablando a cualquier paciente, sino a la mujer del profesor Roger Levi, doctor en antropología, cuarta generación en antropólogos y médicos forenses. Sé que a usted no le significará nada que le diga mi nombre, pero yo fui profesor del padre de su esposo hace muchos años. Éramos maestro y alumno, pero yo era muy joven entonces, y muy pocos años de diferencia nos separaban. Lamenté mucho la prematura muerte del padre de Roger, incluso hice trámites con sus doctores para que fuese mejor atendido en sus últimas horas. Roger seguramente no se acuerda de mí, yo era un poco distinto a como me ve ahora, envejecido por esta artritis que me está matando. Me estoy torciendo como una araña que se muere lentamente.

La tarde estaba cayendo fuera del hospital, la sombra de cada árbol del parque iba invadiendo las paredes, como si clavara dardos fríos en los muros, como si el pasado de las viejas batallas medioevales regresara de pronto, utilizando los grandes troncos para derribar las puertas de aquel palacio donde los doctores eran reyes. Porque de algún modo la forma en que el mundo vivía y moría era decisión de ellos.

—Pero estas jorobas, doctor, pesan más que cualquier dolor…

—Eso es lo que piensa usted, mi querida Sara, ¿cómo puede comprobarlo si nunca ha tenido otra forma de vida? ¿Acaso co-

nozco yo los dolores del cáncer, por más que haya conocido cientos de enfermos?

—¿Entonces usted está de acuerdo con estas medidas, que me parecen ahora que las comprendo, mutiladoras?

—Nunca estuve en la posición de juzgar los decretos ya establecidos desde antes de mi nacimiento. Antes de cualquier estudio, Sara, lo que recibimos nos parece totalmente natural. Ahora que soy viejo pienso en todo esto, y ni siquiera puedo tener la satisfacción de estar seguro. ¿Qué sucedería si ya no lo hiciéramos? ¿Cómo sería la próxima generación? Cubierta de dolores, quizás, o tal vez nuestros dominadores…

—O seres agradecidos, doctor. Está en los padres educarlos… pero si nos los quitan y les extirpan las clavículas para transformarlos en seres informes como nosotros, vencidos desde el nacimiento por la futura joroba que ya se podría ver si quisiéramos. Hablo de que somos sumisos, doctor. Roger me ha hablado de esto. Los gobiernos, la política, el poder de turno, se hacen eternos cuando encuentran los medios adecuados de sumisión. ¿Y qué peor que un gran peso en la espalda? Nadie soporta eso mucho tiempo, y la resistencia se deshace.

—¿Todo eso le ha enseñado su esposo? Es usted una privilegiada, querida. Cuando él vuelva, si lo dejan, estará orgulloso de su hijo.

—No dejaré que operen a mi hijo, doctor. El hijo de mi esposo será un hombre normal.

—No podrá, Sara. No puede luchar.

—Entonces ayúdeme, por favor…

—¿Yo? –El viejo se levantó de la cama.— Estoy a punto de jubilarme, y es la única forma de recibir la medicación para la tortura de mi artritis. Por lo menos quiero morir sin dolor si debo deformarme como un insecto en una cama de hospital.

Sara ahora lloraba, y fue como si toda la morfina a la que se había resistido de pronto surtiera efecto en su cuerpo. Rápidamente se hundía en su sueño, mientras el viejo abría las ventanas y las puertas. La penumbra del cuarto ahora estaba en su propio cuerpo, sumida en una paz artificial en la que su hijo se removía, inquieto, perturbado por los sueños de su próxima vida.

2

Me gustaría tener un hijo, se dijo Roger mientras volaba hacia la costa del océano Atlántico en lo que fuera el territorio de Buenos Aires más de dos siglos antes. Ahora, ya a nadie pertenecía tal frontera, ya que las inundaciones habían provocado que la densa población de la antigua provincia se exiliara hacia las regiones del sur. Su mente viajaba en las múltiples posibilidades de la herencia. ¿Cómo sería un hijo suyo?, suponiendo que fuese un varón, se preguntaba. Primero pensó en el aspecto físico, la forma de la cara, el color de los ojos, el tono del cabello y su contextura. Y la sonrisa que imperceptiblemente fue formándose en su rostro, de pronto desapareció cuando recordó que también tendría la misma joroba que él y su madre, la misma que todos poseían. Pero él estaba al tanto que no era necesariamente así. No por nada era descendiente de tres generaciones de antropólogos, y por más que él no tuviese ni el tercio de conocimientos que habían manejado y descubierto sus antecesores, sabía lo suficiente para deducir que los hombres no nacían con tal deformidad.

Al principio fue como una intuición que no pudo definir en mucho tiempo. Era algo absurdo para su entendimiento en ese entonces. La giba humana era tan propia de la especie como el tener dos piernas y dos brazos. Luego estudió la anatomía huma-

na que oficialmente le enseñaron en los institutos de educación obligatoria que el estado subvencionaba, viendo que la columna vertebral de los humanos era una curva incongruente en sus inclinaciones. De algún modo comprendía, razonando, que la excesiva cifosis de la zona dorsal debía tener sus compensaciones en una mayor lordosis cervical y lumbar, recuperando de ese modo el equilibrio de la posición vertical. No era dable que el hombre hubiese evolucionado hacia la bipedestación si no podía a su vez mantenerse en pie más de dos horas seguidas por el peso de la mitad superior de su cuerpo que lo empujaba hacia adelante. ¿Por qué, se había preguntado hacía algunos años, el ser humano caminaba sobre dos piernas, si no era capaz a la vez de elevar la cabeza lo suficiente para ver lo que tenía delante?, ya ni siquiera considerando que pudiese ver lo que estaba un poco más arriba de la línea de un horizonte imaginario. Las enseñanzas del estado eran incongruentes con la razón, no sólo científica o filosófica, sino incluso del sentido común. La única vez que se había animado a preguntar por tal inquietud durante una de sus clases, el profesor lo miró con extrañeza durante más de treinta segundos, el pecho agitado y la giba moviéndose casi al ritmo cardíaco. Era un hombre viejo, y cuando Roger se paró, jactancioso, en el salón de clases, aguardando una respuesta que cada segundo transcurrido le gritaba su ausencia, tuvo un breve atisbo de piedad en su pecho, como una reminiscencia ancestral que le enseñó más que todos los años que pasó en las instituciones del estado. El viejo profesor dejó caer su expresión de hastío de un segundo a otro, y todo el peso de su joroba fue una carga de culpa e ignorancia que no parecía saber soportar ya con dignidad. Por eso, el hombre optó por el fingimiento que nació del resquemor, y una pátina de odio en su mirada. Roger vio, en el luminoso recinto de clases, lleno de ventanales, con aire fresco que traía el aroma del campo a través de aparatos instalados en los techos, como si

toda la enseñanza fuese un mero retroceso a la naturaleza, a lo pagano, al hombre mítico de las cavernas y del campo, que no se preguntaba sobre la vida ni la muerte, que no pensaba en el cielo ni en el infierno, que trabajaba para vivir hasta el día de su muerte sin saber más que los ciclos de las estaciones. Sólo enfermedades irreparables, con la única diferencia que ahora podían ser contrarrestadas con medicamentos de que se abastecían en los comercios con sólo indicar los síntomas.

El profesor, entonces, se sentó detrás de su escritorio, respiró profundo, como si estuviese sufriendo un ataque al corazón, y comenzó a escribir en el teclado de su impresora. Nada contestó, y Roger volvió a sentarse hasta que la clase hubo terminado. Más tarde, ese mismo día, le mandaron a su casa una reprimenda escrita a nombre de su padre. Estaba en el cuarto de la biblioteca, una de las pocas que aún se conservaban escondidas al conocimiento de las autoridades del Ministerio de Bienestar General, que era sí como se llamaba al organismo que administraba todo lo concerniente a la salud, educación y economía del estado, y cuantos aspectos de la sociedad se consideraran bajo su juridicción. Más tarde, cuando Roger ya cumpliera la mayoría de edad, esa biblioteca habría de desaparecer, sin que él alcanzase a leer siquiera un quinto de sus libros, ni siquiera en el formato digital en que su padre había comenzado a transcribirlos como último recurso para salvarlos. Todo eso despareció una noche del mes de abril de quince años antes. Por ese tiempo Roger decidió mantenerse alejado, casi escondido, como si él fuese una biblioteca viviente que iba en busca de recuperarse a sí misma en los recovecos de las civilizaciones perdidas. Y de regreso en las alas del tiempo hacia este pasado transcurrido en el antiguo cuarto frío lleno de libros, recordó la manera lenta y a desgano con que su padre tomó la comunicación del instituto enviada a su nombre. Rasgando el sobre con hastío, con desprecio, desplegó el papel de

mala calidad que se tenía por costumbre usar en cualquier asunto gubernamental, y comenzó a leer. Roger estaba a varios metros de él, sentado en un sillón individual, de espaldas a la puerta por donde la madre había entrado para traer la correspondencia, sin sospechar siquiera que entre las cartas estaba tal sobre. Miró de costado, apartando la vista del libro que lo había cautivado hasta ese instante, la tesis que su bisabuelo había presentado para su examen final en la facultad. El antiguo libro debía ser cuidado con respeto, ya que nunca había sido reimpreso. Y mientras lo cerraba con cuidado, apoyándolo sobre sus piernas, se dio cuenta que sus manos temblaban, y pensó en el esqueleto de sus manos, como si viese dos piezas de museo, y se dijo a sí mismo que las manos de su bisabuelo eran igual que las suyas. Manos que habían escrito ese libro que él ahora leía. El pasado y el presente eran uno, y por lo tanto el futuro también era un todo junto a ellos, porque en ese libro sobre genética estaba implícito el nacimiento de las generaciones que luego llegarían irremisiblemente.

La voz de su padre lo distrajo.

Le dijo que había recibido una notificación del instituto, y lo castigaban con cinco días de ausencia. Él sabía lo que eso significaba, no era la primera vez que le daban tal reprimenda. Su padre lo miró desde la distancia de su escritorio. Sus ojos decían que cada día descontado en la educación oficial equivalía a un menor puntaje, ya irrecuperable, en las referencias y reputaciones que cada ciudadano mayor de edad conservaba en los archivos del estado. Claudio Levi, su padre, conservando el mismo nombre que habían tenido los hombres de la familia dos generaciones antes, una costumbre cíclica que alguien estableció como una especie de homenaje, tal vez, al ciclo de nacimiento—muerte—nacimiento, clave de toda la escuela de antropología que los Levi habían fundado, le aconsejó a su hijo que se acostumbrase a ce-

der de tanto en tanto. Los hombres necesitan sentirse tranquilos, sobre todo los mediocres y los ignorantes, y se asustan de lo que no conocen, temen a los hombres que hacen preguntas que ellos no pueden comprender, y mucho menos responder.

Roger asintió con un movimiento de la cabeza, y regresó a su lectura.

Desde ese día, ya no hizo preguntas innecesarias, no porque no existiesen respuestas reales, sino porque no estaban allí quienes podrían responderlas. Se limitó a escribir sus ideas, sus conceptos, sus conclusiones que cada vez fueron más transitorias a medida que aprendía sobre la naturaleza del hombre y sus orígenes en las largas discusiones con su padre. A diferencia de su abuelo, su padre casi no había podido salir en busca de evidencias y muestras arqueológicas. Sabía que todo lo que encontrara, sería capturado y destruido por las aduanas o el ministerio, con excusas de contaminaciones o por considerarse irrelevantes para la vida práctica del presente. Sabía que el ministerio lo tenía en una especie de lista negra, sin embargo se habían limitado a vigilarlo a la distancia, procurando que su hijo siguiese exclusivamente los cursos regulares del estado. Seguros que estaban cultivando su mente para el desierto de conocimientos, como así llamaba Claudio Levi a la enseñanza oficial, pudieron disfrutar de algunos años de tranquilidad en la antigua biblioteca escondida en los suburbios, en la casa en la que convirtieron uno de los depósitos de las dársenas de la ciudad de Buenos Aires. Ciudad casi deshabitada, era aún la capital administrativa de todo el territorio sur del continente desde el comienzo de la llamada nueva dictadura electoral.

Se restriega la cara con las manos. Cansado del viaje, lento como si viajase en un cuatrimotor de comienzos del siglo veinte, mira por la ventanilla la extensa llanura inundada. Pueblos

y ciudades cubiertas hace cien años por el agua. Largos trechos de tierra como islas, caminos que sobresalen como várices en la piel de una llanura marina. ¿Quién sabe ahora dónde exactamente se iniciaba el mar tiempo antes? Sabe que hay un sector elevado, más allá de la antigua ciudad de La Plata, donde podrán aterrizar. Vislumbra en la distancia las altas torres de la imperecedera catedral, vacía, cerrada para siempre desde los tiempos de la prohibición. Tanto para ver…, se dice Roger, en esos terrenos cerrados, en los sótanos de las ciudades, en los escombros. Cómo le gustaría explorar esos sitios, cuánto daría de su vida por poner sus pies en esas ruinas y sacar una capa tras otra de historia.

Le gustaría tener un hijo, vuelve a repetirse. No lo ha discutido con Sara aún, por lo menos no extensamente. Ella ha comprendido, y él lo sabe, la necesidad que tiene él de terminar con esa deuda pendiente que adquirió en las largas charlas con su padre. El origen de la joroba no es el origen del hombre, solía decir. El cuerpo humano lleva implícito muchas posibilidades, incluida la de la giba. Toda columna vertebral es susceptible a deformar y vencerse. Pero no fue así durante siglos, los libros lo dicen, las viejas fotos, las ilustraciones, los esqueletos encontrados a escasos metros de la superficie. Roger ha visto los libros y los esquemas del hombre erguido, el hombre de espaldas rectas.

Muchos médicos saben la verdad, le había dicho su padre. Pero se han convencido a sí mismos con argumentos moldeados por la picana. Se han formado lagunas mentales en la civilización del hombre actual.

¿Cómo explicarle esto a Sara?, pensó Roger muchas veces. Por eso tuvo que ir insinuándole de a poco lo que para él eran seguridades con las formas de la sospecha y la duda. Ir abriendo su mente con lentitud, hasta que la vio confiar en él para dejarlo partir y recuperar las pruebas que muchos otros hicieron desaparecer.

Lo había dejado ir en viaje de investigación, pero sospechaba que más lo había hecho por amor que por verdadera confianza en lo qué le decía. No importaba ya. Pronto aterrizaría, era posible ver el mar, el verdadero mar que inundaba con olas enormes las costas de la legendaria llanura pampeana. El sol naciente alumbrando la superficie plateada, disparando destellos hacia el avión, como si quisiera derribarlo, porque era un pájaro muerto que sin embargo volaba. Cadáver moviente, como las mentes de los hombres que desde hacía mucho acostumbraban viajar en ellos.

El avión ha aterrizado en un descampado de lo que fue alguna vez la ciudad de La Plata. Ahora es un extenso llano con grandes zonas inundadas alrededor de las ruinas de la ciudad. La antigua catedral aún se alza en el centro de las innumerables diagonales que caracterizaron su casco urbano durante casi cuatrocientos años. Pero desde poco más de la mitad de se tiempo fue despoblándose a causa de las inundaciones. El río que se desbordaba en los largos y lluviosos inviernos, la erosión de las playas y el avance del mar hasta casi tocar la ciudad. La gente se fue mudando hacia el centro de la provincia, hacia las zonas más altas de lo que alguna vez dio en llamarse Tandil.

Su padre le había hablado de estas ciudades y estos nombres que él no conocía. Lo había hecho leer las obras de Ameghino. Fue nuestro padre, solía decir el padre de Roger, Claudio Levi, el tercero, o el cuarto que así fue llamado. Aprendió que Ameghino había estudiado los ancestros del hombre especialmente en esa zona de la provincia, sin necesitar ir a los habituales centros donde habían sido encontrados los vestigios más antiguos de la civilización. Por eso se había destacado en América, rescatándola del olvido y llevándola con la verdad a los grandes centros de la cultura. No Europa ni África, sino en los centros de estudio donde la mente del hombre se cultivaba con la ciencia.

A medida que caminaba por el campo de aterrizaje, luego de descender del avión, que ya volvía a levantar vuelo, dejando únicamente dos pasajeros en tal lugar, fue recordando los nombres de los antiguos que habían habitado esa región miles de años antes. El *homo platensis* había sido reconstruido en varias ocasiones, perfeccionado a medida que se hallaban restos a menor o mayor profundidad. Las inundaciones habían provocado que los restos fósiles, mantenidos durante siglos en buen estado, comenzaran a arruinarse en los últimos cien años. Cómo podía confiarse en esas evidencias, se había preguntado el padre de Roger, hablando para sí mismo en la biblioteca, si cuando había comenzado a estudiar, ya la ruindad había comenzado. El padre de su padre, el abuelo Roger Levi alguna vez llegó a ver esos restos en el ya desaparecido museo de antropología de la ciudad. Él mismo llegó a ver los restos que Claudio Levi, el primero en llamarse así, tenía en la vieja casa, antes de ser esta destruida. Cuando aquel viejo Levi ya no regresó de su viaje de exploración a la luna, el mundo había comenzado a cambiar. Los libros desaparecieron en un incendio de la biblioteca a la cual fueron donados. Los registros fonográficos, las fotografías, los diarios de exploración de muchos años, fueron destruidos en la biblioteca del Congreso. Ya sólo quedó la herencia verbal, y una biblioteca particular que los Levi fueron protegiendo de la avidez gubernamental por la destrucción de la memoria.

Con el olvido como ley de facto, comenzaron a aparecer las jorobas.

Roger carga con su valija, pesada aunque no sea muy grande. Le duele la espalda, y ve su sombra sobre la llanura, mientras camina hacia las ruinas. El sol le da sobre la giba, la camisa apenas lo protege de su intensidad. La ropa le cuelga por delante y le falta por detrás. Nunca hubo modo de adaptar la vestimenta

a esta estructura humana. Como si el diseño de la indumentaria todavía tuviese el rango de arte, como él sabe que alguna vez fue, cuando el hombre tenía belleza estética. Cuando cualquier cosa que se pusiese encima, podía llegar a ser un adorno cuyo objetivo era simplemente resaltar la belleza del cuerpo humano. Por eso, los vestidos de esta generación eran absurdos, sin lograr siquiera el más mínimo nivel de practicidad, que era lo único imprescindible para soportar el peso de la giba. Ropa que calzara sobre esa deformidad como un zapato en un pie, amoldándose, suprimiendo el malestar con el transitorio olvido que otorga la comodidad. Pero, se dijo él muchas veces, el objetivo de la joroba no era pasar desapercibida. El fin de la giba humana es el castigo, la incomodidad permanente: la única memoria permitida, y sobre todo la única memoria obligada.

Como todos, su cara miraba hacia el suelo, aunque tratara de evitarlo y así el cuello le doliera tremendamente, provocándole mareos y una futura y segura invalidez. Los hombres no llegaban siquiera a los sesenta años. Y aún así, el discurso del estado, representado por todos aquellos líderes de gibas adornadas con pulcros uniformes, cuerpos protegidos sin embargo por tratamientos que la población nunca podría tener, era de tal modo demagógico que todo el mundo había llegado a pensar que sufrían lo mismo que ellos. Pero Roger estaba convencido que la forma más definitiva de dominio y de poder, es igualar al dominador con su víctima. Cuando se establecía esa igualdad en la mente del pueblo, el resto ya no importaba. Un hombre envidia aquello que otro tiene y considera un privilegio. ¿Pero quién podría envidiar a alguien que es exactamente igual a uno? La autoestima había sido abolida para siempre, y la envidia anulada por la conmiseración.

Roger camina lentamente por sobre las piedras y los pastizales. Es un camino inhóspito, que pocos han recorrido en los últimos cincuenta años. Se concentra en tolerar la incomodidad y el calor, intentando olvidar que su sombra lo asemeja a un simio encorvado, extendiendo sus miembros superiores más largos de lo que son en realidad. Al fin decide enfrentar la sombra que lo acompaña, ve cómo los brazos le cuelgan casi hasta el suelo. Ve la giba enorme sobrepasando los límites de su cabeza. Contempla los contornos de su cráneo, y sabe que es muy parecido a los que ha visto en los viejos esquemas. Sabe que ellos se basaron en los fósiles que alguien de su familia de profesores y antropólogos halló en las profundidades de aquel mismo suelo, hace muchos, demasiados años. Esos mismos fósiles también caminaban encorvados, como habituándose a una nueva forma de vida. Levantaban la cabeza en lugar de bajarla, lo intentaban, por lo menos. Sus pies dejaron huellas en la roca milenaria, pies que se parecían a manos al principio.

Roger se detiene y se sienta sobre el suelo húmedo. Sus pantalones se empapan, el faldón de la camisa se embebe de agua salitrosa. El mar está dominando, el combate con los ríos se ha estacionado en una permanente tregua en la que el mar finalmente triunfará. Se saca las botas y se mira los pies cansados. Se los frota, pensando en las figuras que esbozará cuando halle los restos que sabe va a encontrar en las ruinas de la ciudad. Una ciudad abandonada hace mucho tiempo, y por eso relegada en el interés del estado por hacer olvidar todo registro de memoria. Algo está escondido en la profundidad, bajo los edificios, en las veredas de las antiguas calles de adoquines, en los sótanos de las antiguas casas de familia, en los depósitos de los bares, en cuyo fondo deben hallarse los vestigios de un mundo muerto.

Sara hará las definitivas ilustraciones para su libro. Él le llevará las exactas descripciones, y ella, tan intuitiva, tan sensible, será capaz de expresar la forma exacta del hombre antiguo.

Sí, se dice Roger, sonriendo a pesar del dolor y la carga sobre sus hombros, levantándose dificultosamente para comenzar a caminar una vez más, esta vez sin detenerse hasta llegar a la aduana que protege las ruinas. Quién sabe si habrá vigilancia ya en estos tiempos, a nadie le interesa una fábula de arena, un desierto más. Algo de eso le dijo su padre alguna vez, la voz de un poeta que vivió en estos territorios hace casi trescientos años. Entonces le llega de la memoria esa insignia bastardeada por los sacerdotes del olvido, un nombre que no es el del poeta que alguna vez imaginó tal frase, sino uno que sabe mucho más antiguo. Estaban, entre los viejos libros de antropología, los poemas de ese otro poeta que imaginó largas epopeyas expresadas en versos, a menudo incomprensibles, repetitivos, pero que provocaban la angustia como si calaran el corazón humano, tal vez eso llamado alma. El hombre combatiendo con los dioses de igual a igual.

Mirando la ciudad que crece mientras avanza, mientras va dejando atrás la sombra que se alarga, se da vuelta, y piensa. Su cuerpo ahora más parecido a lo que alguna vez fue, como cuando nació. Porque él sabe que no tenía joroba cuando fue expulsado del cuerpo de su madre. Esa sombra se lo dice, le habla como esas serpientes que se deslizan por los pastizales entre los que ha caminado recién. Serpientes que forman círculos, y los nombres de Roger y de Claudio, en ese ínfimo e ingenuo intento de inmortalidad, es nada comparado con el gran circuito de la historia.

Sabe ahora que su hijo, cuando Sara y él lo engendren, se llamará Homero. Será ese niño el hombre que rememorará el mundo desaparecido en que los hombres dominaron a los hombres con la huella de sus pies sobre las espaldas de los otros.

3

Sara se lamenta de haberse dormido. Aún en el duermevela, se reprocha el no poder mantenerse despierta, porque cualquier descuido de su parte es la oportunidad que los otros esperan para atraparla y quitarle a su hijo. No sabe qué hora ni qué día es. Ha perdido la cuenta del tiempo que lleva en el hospital. Trata de mantenerse razonable, como se lo enseñó Roger. La lógica ayuda a mantener la mente clara y el espíritu en calma. No deben haber pasado más de dos días, piensa mientras levanta la cabeza de la almohada. Ya ha amanecido con una luminosidad parecida a la de cualquier mañana. Oye ruidos tras la puerta de la habitación, los pasos habituales de los empleados, yendo y viniendo, los carros y camillas, y de vez en cuando algún grito intempestivo. Mira la mesa de luz junto a la cama. El desayuno está intacto. Deben haber pasado quince minutos desde que lo sirvieron, y pronto volverán a buscarlo. Toca la taza, fría. Se incorpora en la cama, apoyándose contra la cabecera. Se toca el vientre.

Por ahora te he salvado, le dice a su hijo. Se pregunta cuánto más podrá lograrlo. Ella sabe que es como una hormiga contra un ejército de hombres. Tarde o temprano la dominarán. Su única alternativa es huir del hospital, y esto también le resulta imposible. Se levanta y camina hasta la ventana enrejada. Con-

templa el enorme parque soleado. Por un instante, desea bajar y caminar entre esos árboles para sentir la brisa cálida del verano. Si Roger estuviese conmigo, se lamenta. Pero hace días que no puede comunicarse con él. Desde antes que la atraparan él no respondía a sus llamadas. ¿Dónde estaría, qué le habría sucedido? Varias veces pensó que quizá estaba muerto, y la pena y el dolor se aliaban con la mortificación, por no haberle hecho saber que estaba embarazada; y también rencor y resentimiento por haberla dejado abandonada tanto tiempo.

Se sentó en la cama, reprochándose su propia estupidez. Todo era finalmente su culpa: el no haberle dicho la verdad a Roger, el dejar expuestas las pinturas al examen de cualquiera, y sobre todo el no haber huido o haberse escondido en alguna parte. Pero hasta hace no mucho tiempo su vida era como un sueño en el que estaba permanentemente obnubilada, los oídos completamente sordos y la visión poblada de visiones que cualquier psicólogo denominaría como ilusiones. La realidad transformada a aquella que los demás deseaban. El único que había intentado lo contrario fue Roger, y aún así ella debía haberle reprochado no hacerlo con ímpetu, con crueldad inclusive, como si ella, una mujer, fuese un pequeño animalito al que debía enseñársele de a poco.

¡Dios mío! Se escuchó clamando en voz baja. Pensó en ese dios de sus ancestros, de los que Roger le había hablado. Ellos pertenecían a una raza diferente, según se habían proclamado a sí mismo durante siglos. Eran pocos y sin embargo lograron sobrevivir todo aquel tiempo, porque eran fuertes, porque eran el pueblo elegido por el dios al que adoraban. Ya sin libros, sólo persistía en la memoria atávica de cada uno de sus miembros sobrevivientes. Como el respirar, el pensamiento judío era una rémora inconsciente donde el cuerpo había ido tomando im-

portancia a través de los descubrimientos de la ciencia, manifestando en él la fatalidad de la providencia. La única forma de la supervivencia absoluta era el enclaustrar el alma divina entre los muros de la carne, y convertir la carne en piedra que muy, muy lentamente sería convertida en polvo, como los muros de Jerusalén.

Sara nunca comprendió de lo que estaba hablando su marido en esas noches cuando lo escuchaba contarle estas viejas historias que ella creía inventadas. Era eso, o él se estaba volviendo loco. Por momentos temía por su cordura, y por su propio futuro junto a él. No eran épocas para dejar librada la vida individual a los dictámenes del estado, de eso Sara estaba consciente. Había que ser más inteligente que ellos, adelantarse a sus precauciones.

Sintió una patada en el vientre, y en ese momento entró la enfermera de la mañana.

—Buenos días, Sara. Veo que ha descansado hasta tarde, y me parece muy bien. Hoy será una jornada agotadora pero de gran felicidad. ¿Pero por qué no ha desayunado?

Levantó la bandeja y se quedó mirándola, parada frente a ella, que continuaba sentada al borde de la cama, con el camisón blanco, el cabello despeinado, descalza, y las manos sobre el vientre abultado. Se sabía indefensa y pobre ante esa mujer que sin duda era bella, con su uniforme impecablemente blanco, los cabellos castaños bajo la cofia, a quien incluso la giba no arruinaba demasiado su belleza.

—¿Es hoy? Pero me faltan dos días…

La enfermera sonrió, mientras con una mano sobre un hombro de Sara, le decía:

—Pobrecita, sé que su marido la ha abandonado, pero confíe en nosotros…

Sara se levantó llena de ira. La mujer retrocedió y se tambaleó. Por varios segundos intentó mantenerse en pie, pero cayó de espaldas, mientras la bandeja y todo su contenido caían al piso. Sara la observó, parada y sin moverse. La situación, aunque brevemente, se había invertido.

—Mi marido no me abandonó, está de viaje. Y no sabe que va a tener un hijo, por eso no está aquí.

La mujer la observó perpleja. Parecía no saber cómo actuar, pero de pronto su rostro cambió. Sin duda no era como las otras enfermeras. Se levantó, se arregló el uniforme, se recogió el mechón de pelo que le había caído sobre la frente y llamó al servicio de limpieza. Su frialdad rayaba en una parsimonia cubierta con una pátina de ironía y crueldad. En el fondo de sus ojos, Sara vio mucho dolor.

El olor del desayuno volcado fue reemplazado por el de los desinfectantes. El empleado de limpieza se fue, y Sara se preguntó qué pasaría ahora. Sin duda la mujer llamaría al médico para que la sedaran. Algo debía hacer para evitarlo. Pero la enfermera le dijo que se acostara otra vez, con calma aparente. La expresión ingenua no regresaría en mucho tiempo, salvo cuando estuviese en presencia de los médicos. Para Sara había resuelto mostrar la inteligencia que escondía a los otros.

—Bueno, Sara. Usted sí que ha resultado ser una persona especial. No por nada el doctor se encerró con usted ayer en esta habitación…

—¿Sabe lo que me dijo?

—¿Qué otra cosa podría haberle explicado, siendo usted quien es, y la forma en que se ha rebelado?

—¿Y por qué me dice eso, usted…?

—Mi nombre es Myriam, y si le hablo así es porque es usted una de las pocas que entendería lo que voy a decirle. Además, es una especie de alivio para mí. Como ve, estoy obligada a cumplir una función aprendida, pero no querida por mí. De algún modo, representa un placer hablar con alguien como usted. La mitad de los médicos, de los que creí llegar a esperar algo de inteligencia, son autómatas, y la otra mitad son viejos resignados, como el doctor Farías. Viene de una larga tradición de médicos en su familia, y esas cosas no se pierden, como le ha sucedido a su marido, si es que lo entiendo bien. Usted dirá…

Sara no esperaba tal forma de hablar. Myriam era extremadamente educada, hasta culta para los cánones de la época. Ahora que se había sentado en la cama, sus modales eran finos, los movimientos de sus manos cuidadosos, acompañando las expresiones de su rostro y las miradas, a veces altivas, y casi siempre tristes y rencorosas.

—Dios mío, Myriam, entonces debe ayudarme a salvar a mi hijo.

—¿Salvarlo de qué?

—De lo que usted sabe…de la joroba…

Myriam se rió fuerte, y se tapó la boca dirigiendo una mirada risueña hacia la puerta.

—Debí imaginar que iba a pedírmelo, pero hace tantos años que dejé de pensar en que alguien podría llegar a enterarse de todo esto, que ni se me ocurrió esta vez, a pesar de saber que usted estaba al tanto de nuestras costumbres.

—Es una ley horrenda, un crimen…

Myriam la miró fijamente, la agarró de los hombros, y le dijo:

—Usted qué sabe, Sara, de los crímenes. Crimen es matar a un bebé que aún no ha pecado…

—Pero usted colabora con ellos, participa en el sistema…

—En el cual nací, como las dos generaciones anteriores. No hago más que cumplir con mi trabajo…

—Yo creo que usted, sabiendo lo que sabe, lo hace por resentimiento. Mírese al espejo, y sabiendo la verdad no puede decir que usted ha nacido con esa giba.

Myriam se levantó y fue hasta el espejo tras la puerta del armario. El rechinar de los goznes sonó como un sonido ancestral, casi como el chillido de un animal encerrado. Y la imagen de la enfermera con su joroba la remitió a Sara a los relatos que Roger le había hecho sobre los antiguos tiempos de la protohistoria. Luego cerró la puerta, y mirando a Sara, comenzó a contar:

—He tenido once hijos. Me he mirado al espejo más veces de los que usted piensa. Conozco mi cuerpo en cualquiera de sus formas posibles, con el tamaño de mi embarazo en cada mes de gestación, luego del parto, y con las características de cada hijo que he engendrado. Todos han sido diferentes. Y todos han muerto, Sara, tan solo me queda uno, el séptimo. Todos han muerto luego de la cirugía postparto. Los médicos me dijeron que no volviese a embarazarme, ya desde el tercero me lo recomendaron. Pero yo insistí, no sé por qué en realidad…

Se detuvo, acercando sus pasos hacia la silla junto a la cama. Se sentó de espaldas a la luz de la ventana. Los ojos castaños de

la enfermera la miraron desde un lejano fondo que ella no podía llegar a ver, ni menos tocar. Y hasta la sola idea de su contacto le provocó un escalofrío.

—Era como si yo debiera cumplir un deber, que era el de tener un hijo que sobreviviera a los tiempos actuales, que fuese como todos los demás. Yo me decía que si ellos morían se debía a que yo de algún modo era resistente a la ley. Yo los entregaba a los doctores, por supuesto, nadie puede acusarme de lo contrario. Demostraba mi voluntad cediéndolos a la sociedad, a la forma en que el estado los quería. Pero ellos morían, uno tras otro.

Sara se irguió en la cama, con dolor. Las patadas se hacían más frecuentes, y aunque no quería demostrarlo, la otra se daba cuenta. Cómo ocultárselo, si era verdad todo lo que le estaba diciendo.

—Pero uno sobrevivió, ¿no es cierto?

Myriam sonrió con desgano.

—Está muerto en vida, Sara. Está paralítico del cuello para abajo, vive en la cama que el estado me regaló. No habla, y debo darle de comer en la boca con una cuchara. Sólo mira, a veces a mí, a veces otras cosas que adivino en su mirada llena de espanto. A veces tengo deseos de matarlo, pero el mismo odio que he llegado a sentir por él es una fuerza que me sirve para continuar mi vida. Yo no podría vivir, Sara, sin hacer este trabajo.

Sara comprendió. Venganza sin esperanza de redención.

—Pero esta vez podría ser diferente, ¿no lo ha pensado? Si me ayuda a rescatar a mi hijo, a evitar la cirugía, sería como una especie de compensación por todos sus niños. Imagínese, mi hijo sería una especie de redentor. El único normal en todo el mundo.

—¿Qué es normal, Sara? ¿Lo que le dijo su marido como éramos antes de la cirugía correctiva? Nadie es como nace para siempre. Nadie es el bebé que fue al nacer. Nacemos y morimos en cada etapa de la vida. Por eso no sé a qué llama anormal…

—A esta joroba que no tolero desde que tengo uso de razón—dijo intentando llevar una mano a su espalda para golpearse.

Myriam le retuvo.

—Deje de hacerse la mártir, ya nadie cree en eso. Y en todo caso, todos lo somos. No puedo hacer nada contra el sistema, el que no está dentro, está fuera, y el castigo ya lo tenemos encima, ya cargamos con él desde el principio. No hay más que resignación, y en todo caso la venganza es ficticia o de todo punto de vista, totalmente inocua, porque se dirige al objeto equivocado, como usted bien lo dijo.

—Entonces usted vive del resentimiento, se alimenta como una alimaña.

La enfermera se rió esta vez con más fuerza.

—¡Que expresión tan antigua y literaria! No sé si felicitarla o tenerle lástima. Es una de las tantas figuras que sin duda aprendió de su marido, tan afín a los viejos libros viejos. Pero es verdad, en cierta forma. Estamos muertos, querida Sara, *in morte sumus,* utilizando una expresión que el viejo doctor saca a relucir de vez en cuando. Los muertos en vida deben alimentarse de algún modo, y el resentimiento tiene la virtud de regenerarse a sí mismo. Es el alimento más económico del mundo, y el que más abrasa el alma de quien lo cosecha.

El resto de la tarde se perdió en un abismo de tiempo del que nada no pudo rescatarla. Se hundió en la desmemoria, como

si las palabras de Myriam la hubiesen trasladado lentamente hacia un lugar, no un estado, sino un espacio que su cuerpo iba ocupando fragmento por fragmento, célula por célula. Sus huesos siendo trasladados en cajas luego de ser limpiados, su cráneo, su pelvis, sus vértebras. La carne que los rodeaba era un cobijo cálido del cual la sangre brotaba sin dolor ni tristeza. Era, tal vez como los fósiles que Roger había visto en el museo al que su padre lo había llevado, o como las momias que aún conservaban los restos de carne humana, seca y resquebrajada, pero aún incólume en su resistencia contra el tiempo. Hasta que todo su cuerpo estaba dentro de una masa de tierra petrificada, dentro de uno de los tantos estratos depositados por las diferentes eras geológicas. Se sintió, en el inmenso sueño que ya no podía llamar de tal manera, porque no era sueño sino una vida disociada en miles de otras vidas sucesivas a lo largo de incontables años, una especie de trofeo que las manos de muchos hombres rescataban de la tierra como quien saca un hijo del útero de su madre.

Despertó en el quirófano. Abrió los ojos, pero nadie más que Myriam se dio cuenta. Vio en su mirada, en los ojos únicos sobre la cara muerta cubierta con el barbijo, una complicidad. Y eso fue suficiente para que ella descansara, por fin, luego de ver lo que había visto durante apenas un segundo, o quizá menos que eso.

El niño que el médico estaba levantando de las piernas como un becerro para llevar al sacrificio, no tenía giba.

El siguiente recuerdo que Sara tiene inmediatamente después del nacimiento de su hijo, ha permanecido siempre en las penumbras en que la morfina la fue sumergiendo con el correr de las horas. Recuerda haber despertado, quizá muchas horas después, balbucear palabras que quiso decir pero que está segura que no salieron de su boca. Tenía la sensación de la boca empas-

tada y la lengua dormida, cayéndole saliva por la comisura de los labios. Un dolor en el bajo vientre le retorcía la piel. Tal vez fuese la sutura de la cesárea, pero entre sueños se imaginaba a sí misma como partida en cientos de pedazos que alguien hubiese intentado unir no mucho antes de su despertar. Pensó en Roger, en la habilidad innata que tenía para armar rompecabezas, la misma habilidad que aplicaba para hallar las incongruencias en los esbozos de fragmentos óseos en los libros de su padre y abuelo. ¡Cómo extrañaba a su esposo, hacía tanto que no podía comunicarse con él! ¿Qué estaría haciendo, qué pensaría de su silencio? ¿Por qué entonces, no regresaba para saber de ella, que había sacrificado sus deseos para que él cumpliera el suyo?, y él ni siquiera tenía la cortesía de regresar como un amante preocupado. Los hombres son así, se dijo, nunca aman tanto como nosotras las mujeres.

Pero no caería en la retórica feminista de la victimización. Nada era tan simple como estos conceptos rescatados a ultranza de los verdaderos sentimientos y las verdaderas causas, que en realidad nadie conoce. Es que se siente sola y desamparada, y más que eso, se halla desesperada por saber qué ha sucedido con su hijo. Sabe, porque vio en la mirada de Myriam en el exacto momento del alumbramiento, que ella iba a ayudarla a rescatarlo de la ignominia. Ese era el nombre que de algún modo había descubierto en su memoria, una palabra que nadie usaba en los tiempos contemporáneos, una palabra antigua que implicaba todo un mundo de aprendizaje, de ideas, conceptualizaciones y éticas. La ruptura, en realidad, de todo esto.

Durante lo que creyó fueron varios días, salió y volvió de la esfera de los sueños suaves, las caricias inciertas de los dioses antiguos, amedrentados de tanto rechazo durante tanto tiempo. Dioses que se conformaban con adormecer a los hombres y

mujeres que cedían su razón durante las horas del sueño, fuese voluntario o provocado, no importaba, intentando volver a enseñarles los mundos perdidos. Y fue así que Sara vio en esas noches forzadas, el regreso de las palabras que hablaban del origen del mundo, de la creación del hombre.

Luego, mucho más tarde, despertó con un sobresalto. Myriam estaba a los pies de su cama. El cuarto alumbrado por la luz intensa de un mediodía. El cuarto silencioso, tanto que creía haberse vuelto sorda. Entrecerró los ojos, frunció la frente e intentó hablar.

—No se preocupe, Sara. Es efecto de la anestesia. Ya le pasará en un rato…

—Pero… ¿qué día es hoy?

—Martes. Estuvo durmiendo toda la noche después de la cesárea.

Sara se restregó los ojos e intentó levantarse. Sintió mareos y apretó las sábanas hundiendo los dedos en ellas.

—Todavía no, querida. Tome un vaso de agua.— Myriam se lo alcanzó de la mesa de luz, luego de servirlo de una jarra de cristal.

El mundo de la habitación ese mediodía era pulcro y cristalino como no lo había notado antes. Se tocó el vientre bajo el camisón. Sintió los puntos de sutura, y de pronto un vahído la invadió aún estando sentada. Había perdido algo, una forma de su cuerpo a la que se había acostumbrado a lo largo de los meses, tanto que se había hecho a la idea de que siempre sería así. Y ahora volvía a ser como era antes, y se extrañó de esta nueva Sara que en realidad era la antigua, y con la que ya no creía tener nada que ver. El cuerpo podría ser el mismo, pero no ya la forma de su pensamiento.

—¡¿Dónde está mi hijo?!— dijo en voz alta, fuerte y clara.

Myriam apoyó una mano sobre la boca de Sara.

—Más bajo, querida Sara. No debemos llamar la atención.

Entonces sintió un repentino alivio. Aquella complicidad que debía mantenerse en secreto era una garantía de que Myrian había hecho lo que ella esperaba. Nada había prometido, recordaba que incluso se había negado a ayudarla. Pero en la mirada de la enfermera siempre supo encontrar algo más, aún indefinido, tal vez cinismo, tal vez desesperanza, pero siempre algo que los demás no poseían.

—Entonces… ¿lo salvaste?

—Por ahora está en la sala, esperando su turno para la cirugía. Cuándo será, no lo sé.

—Tenemos que sacarlo cuanto antes. Tengo que salir de acá…

—Solo con el alta, Sara…

—No, escaparemos con el bebé, necesito tu ayuda, por favor…— Se inclinó hacia la enfermera, agarrándola de los hombros. Olió el perfume de los medicamentos impregnados en el uniforme blanco, hasta en el cabello castaño. Viéndola tan de cerca, notó que no era tan joven como aparentaba, acorde con lo que lo había contado sobre sus once hijos.

—Myriam, cuando salgamos de acá, seremos compañeras para siempre. Yo te deberé mi vida y la de mi hijo, y por eso te ayudaré con el tuyo, los cuidaré a ambos cuando estés trabajando. Con el regreso de Roger, todo será distinto…

La enfermera sonrió como quien oye una tierna idea imposible.

—Nada de eso, Sara. Si te ayudo, no volveremos a estar en contacto, es imprescindible para ambas.

—Como quieras, ¿pero cómo haremos entonces…?

Myriam se acercó al oído de Sara, y murmuró el plan.

Para las diez de la noche, el hospital estaba casi en completo silencio. Myriam le había dicho que tuviera sus pertenencias preparadas, luego de que sirvieran la cena. Las mucamas entraron a llevarse la bandeja. Esta vez había comido toda la cena, tenía hambre y estaba entusiasmada por sacar a su hijo sano y salvo. Lo había visto al nacer, y lo mantendría en la forma en que nació para mostrárselo a su padre. Ambos estarían orgullosos. Cuando el niño fuese grande, tal vez no lo estuviera de sus padres, viejos y torcidos con esas jorobas vergonzosas, que más representaban un vencimiento moral que una deformidad física. Roger había dicho alguna vez algo que le contaba su padre, cuando las gibas le dolían a ambos. Su padre a su vez lo había escuchado de su abuelo, cuando las primeras operaciones habían comenzado a practicarse. No debes avergonzarte de lo irremediable, se habían dicho uno a otro. Pero ella sabía que eso no implicaba la resignación. Habían comenzado los tiempos diferentes con ella y con su hijo, que aún no tenía nombre. Roger sería el creador intelectual del nuevo mundo, Sara el factor práctico, en un papel mucho más importante que de simple ilustradora de un libro de teorías.

Las mucamas se fueron, y cuando la puerta se cerró, se levantó de la cama y se vistió con ropa de calle. Sacó del armario el bolso que había traído al llegar. Decidió dejar algunas cosas, debía tener fuerzas para cargar a su hijo. Dio vueltas por el cuar-

to, impaciente por que se cumpliera la hora que la enfermera le había dicho que podía salir. Apagó las luces y encendió la de la mesa de luz, para que nadie sospechara que continuaba despierta. Oyó un solo golpe en la puerta: la señal convenida. Caminó hasta la puerta con el bolso, se miró por última vez en el espejo del cuarto, estaba delgada y demacrada, el cabello lacio y pajizo. Horriblemente despeinada. Sonrió de tanta estupidez proveniente de su vanidad, y salió luego de comprobar que el pasillo estaba despejado. Recorrió el largo trecho que la llevaba hasta las escaleras, como Myriam le había dicho. Todo le pareció nuevo, porque casi no había salido de la habitación. Recordaba cuando la habían arrastrado por el pasillo el día que se resistió a ser internada, gritando como una loca, hasta que la sedaron. Las manos fuertes y violentas de los enfermeros varones, o quizá de los guardias, no lo sabía. Ahora las luces eran distintas, y la escalera la llevó a dos pisos sobre aquel pasillo. No se cruzó con nadie, se suponía que todo el personal de guardia estaba cenando en el comedor de la planta baja. Se preguntó qué iba a hacer cuando tuviera a su hijo en brazos, ¿a dónde huiría? Nada de eso tuvo en cuenta en su desesperación por mantener al niño con su cuerpo original, con la forma en que, ella ya lo sabía definitivamente, todos nacen, y antes que la ley ordenara su transformación en un ser poco menos que un monstruo. Eso eran ellos, toda la humanidad, animales que habían ido retrocediendo en el ciclo evolutivo hasta parecerse no a un simio, sino a algo más semejante a esos insectos que transportan un gran caparazón sobre sus espaldas.

Llegó al cuarto piso. El pasillo era igual al resto, pero las puertas de las habitaciones eran transparentes. A través de cada una se veían cunas, más de cuarenta o cincuenta de ellas, con estrechos pasillos para caminar. Estaban muy iluminadas, pero no alcanzaba a ver a los bebés desde la puerta. De vez en cuando escuchaba un gemido o un llanto, pronto apagado por la máqui-

na que cuidaba de ellos durante las guardias nocturnas. Myriam le dijo que la aguardaba en la última puerta. Caminó haciendo el menor ruido posible sobre el suelo. Su corazón latía extremadamente agitado, y por momentos tuvo miedo que la ansiedad y la debilidad la hicieran desmayarse. Respiró profundo y continuó hasta llegar a la puerta indicada.

También transparente, podía verse la misma cantidad de cunas, tal vez muchas vacías, ya que no había llantos que pudieran percibirse, ni el más leve roce de sábanas. Ni siquiera el olor de las secreciones de los bebés. Todo era pulcro y esterilizado, porque las operaciones requerían el máximo cuidado para la supervivencia de los niños.

Abrió la puerta, y la enfermera apareció frente a Sara. Sonreía esta vez con un aire diferente. Su natural y gélida belleza era ahora otra cosa más cínica, tanto que la anterior, por más fría o cruel que fuese, se hacía extrañar en ese momento. Señalando una cuna al fondo del cuarto, le dijo:

—Allí está Claudio Levi.

¿Cómo sabía que así iba a llamarlo?, se preguntó Sara. Sin duda se había enterado de la costumbre de la familia de su marido en cuanto a los nombres. Sara no la miró siquiera, caminó entre las cunas, con la vista fija en la única que le interesaba. Llegó a ella, y apartó la sábana.

Dios mío, santo y bendito dios de mis ancestros, dios de los misterios revelados en las santas escrituras. Qué bello es mi hijo, qué hermoso rostro, igual al de su padre. Y no supo de qué lugar de su memoria llegaron tales palabras invocadoras de un dios casi desconocido para ella. Y fue tal su alegría, que las recitó en voz alta, lo que hizo que Myriam la agarrase de los hombros y la

hiciera callar con un gesto perentorio. Sara, sorprendida, dio un grito agudo, pero bajo, de sobresalto, y sus manos levantaron al bebé contra su pecho.

—Vas a lograr que nos apresen a las dos, te dije que debías hacer silencio.

Sara asentía con la cabeza, pero estaba demasiado emocionada para hacer caso a la otra. Había llevado el cuerpo de su hijo contra su pecho, y su cara contra la suya, y el bebé había comenzado a llorar. Sabía que le estaba haciendo daño, y que por más que lo contuviera más lloraría. Su desesperación vino de su ignorancia e inexperiencia. Tanto anhelo, se dijo, tanto presumir de salvarlo, y ahora se daba cuenta que era una ingenua. No sabría siquiera cómo alimentarlo.

Myriam pareció entender todo esto, y le dijo que se calmara. Tomó al bebé en sus propios brazos y le dijo a Sara que la siguiera en silencio. Ya algunos otros bebés comenzaban a despertarse por el ruido y la máquina de la nursery llamaría a las enfermeras de abajo si el llanto se hacía general o no se acallaba. Sara la siguió hasta el pasillo y luego por éste hasta más allá del final, donde había una puerta que conducía a un montacargas. Se subieron ambas, y la enfermera continuaba sin soltar al niño. Sara la obedecía, pero por su mente pasaron pensamientos recelosos. ¿Quería la enfermera, quizá, quedarse con su hijo, ahora que había logrado encontrar uno que nunca sería operado?, se preguntó. No quiso pensar en eso, y si fuese cierto, llegado el momento tendría que sacar fuerzas de la nada para evitarlo.

El montacargas descendió lentamente en la oscuridad. El bebé lloraba.

—Debes darle de mamar, Sara.

La voz de Myriam era extraña, resonante como un eco de muy profundas simas. El montacargas descendía tan lento, que por un instante tuvo la fantasía de que la enfermera la estaba conduciendo hacia el famoso infierno de los católicos. Sin embargo, lo que aquel pedido significaba, iba más allá de sus expectativas. En nada de eso había pensado, ni nadie le había enseñado cómo alimentar al chico. Extendió los brazos para agarrar al niño, y Myriam, en la oscuridad, mientras las sombras de los entrepisos ocultaban los movimientos de cada una, le entregó al bebé.

Justo en ese instante, el ascensor se detuvo, pero las puertas no se abrieron. Sara no se movió, porque el niño, el hijo de su esposo, el descendiente de su progenie, el hombre que cambiaría al mundo, estaba mamando de su pecho. Y el pequeño dolor de la succión era más trascendente que todo el oscuro y pequeño mundo que la rodeaba. Ni siquiera alcanzó a ver la cara del niño, sólo sintió su cuerpo frágil en sus brazos y los labios succionando con ímpetu su alimento. Un olor a leche cálida la sedujo y la envolvió en lejanas reminiscencias que no podía definir. De vez en cuando, una luz pasaba por su costado, como linternas, o puertas que se abrían y se cerraban en los pisos superiores, y un momento después, creyó escuchar que una puerta se abría a su costado, sin iluminar el interior.

Miró alrededor, y se acordó de pronto de la enfermera.

—¿Qué camino debo tomar al salir?— preguntó.

Nadie le respondió.

—¿Myriam…?— pronunció muy quedamente.

Extendió una mano en la penumbra. El vacío poblaba la oscuridad a su alrededor.

Se dio cuenta que la otra la había abandonado. No podía culparla, al fin de cuentas. Se había arriesgado por su causa, y de todos modos la hizo sentirse tranquila que no hubiese tenido la intención de quitarle al niño.

Intentó levantarse del piso del montacargas. Colgó el bolso de un hombro, y empujó la puerta con un pie. La luz de los faroles del parque iluminaba la salida, que era el estacionamiento de los proveedores del hospital. Seguramente había cámaras de vigilancia, pero confiaba en que la suerte, la cábala, como decía Roger, la protegería. Salió para ocultarse en la sombra de unos árboles lejos de las luces. Habría cámaras infrarrojas, con seguridad, y si así era, pronto todo terminaría. Pero ella estaba dispuesta a morir apretada a su bebé, como las antiguas madres del Antiguo Testamento. Se sintió, de pronto, más que una mujer de este siglo. Supo discernir en su interior toda una serie de sentimiento ancestrales, iracundos en su mayoría, y aprendió qué debía gritar y cómo actuar para proteger a su progenie.

Las sirenas sonaron, las luces del parque se encendieron de pronto. Se hizo el día en plena noche. Sus ojos se cegaron por un largo rato, y sintió los pasos y las sombras de los guardias que corrían, acercándose, cada vez más presurosos, llamándola, ordenándole que se quedase quieta. Amenazas y gritos se sucedieron hasta que alguien intentó quitarle al niño. Eran los brazos de un hombre, uno de los guardias probablemente. Eran manos rudas y callosas, no las manos de un enfermero o un médico. El aliento agrio de la cena invadió el rostro de Sara, y cuando su vista se acostumbró al resplandor repentino, se encontró rodeada de hombres con armas, con médicos y enfermeras de impecable blanco que se acercaban y se abrían paso entre los hombres de seguridad. Vio, por detrás de ellos, la cara de Myriam, que la ob-

servaba con fijeza. Tenía una sonrisa escuálida, y aún así lograba transmitirle una confianza que sabía destructiva.

Se resistió a que le quitaran al niño. Era una escena repetida para ella, como la del pasillo cuando ingresó al hospital, pero esta vez ya no estaba embarazada. El cuerpo del bebé no era su propio cuerpo, y sus brazos se iban debilitando progresivamente ante la fuerza de los hombres. Cuando al fin se lo quitaron, se dejó caer al piso, arrodillada, rogando como una ancestral mártir, como una de las tantas *mater dolorosa* que le habría gustado llegar a pintar alguna vez.

—Por todos los dioses en los que crean, por favor, dejen que mi hijo crezca en paz.

Un médico se le acercó y la hizo levantarse. Era el viejo doctor Farías.

—Sara— le dijo con voz triste y piadosa.— Tu hijo crecerá en paz, no lo dudes. En poco tiempo te lo entregaremos. No hay por qué apresurarse.

—Pero quiero llevármelo antes de que lo operen…—dijo ahogándose en un sollozo largo y profundo.

—Sara, la operación se hace apenas nace.

Y ella levantó la vista hacia el rostro del doctor Farías. Lo apartó con violencia de su camino y corrió hacia el guardia que tenía al bebé. Intentaron apartarla, pero al escuchar la voz del médico, la dejaron acercarse. Con rapidez separó la pequeña sábana que lo envolvía, desnudando el torso, y vio las dos cicatrices a ambos lados del cuello. Entonces bajó los brazos y ya no lloró más.

Todos empezaron a dispersarse, pero la mirada de Myriam, en alguna parte entre aquellos rostros, continuaba presente, aunque no la viera. El guardia y ella continuaban frente a frente, el bebé llorando, hastiado de tanto movimiento e inquietud. El médico junto a ambos.

—Vamos Sara, vuelva a su habitación para recuperarse.

Entonces ella lo miró, consciente de una crudeza que nunca habían expresado sus ojos. Sin embargo, intentó fingir con su voz. Estaba aprendiendo, se dijo.

—Deje que le dé su alimento por lo menos una vez, antes de llevárselo.

El doctor Farías asintió a regañadientes, haciendo una señal al guardia de que le entregara al niño, y él mism fue quien luego de acomodarle la sábana, puso al bebé en los brazos de Sara. Ella se acercó al médico para sujetar al niño, temía que sus brazos lo dejasen caer. Formó en su cara una expresión de maternal miedo, y supo que ya no la consideraban una amenaza. Sus manos tocaron el guardapolvo del médico. Cuando se apartó unos metros con su hijo en brazos, una de las lapiceras del doctor ya no estaba en su bolsillo.

Sara abrió su blusa y dio su pecho al bebé. Y mientras lo hacía, tarareó una melodía que nadie le había enseñado, una música lenta y oscura, hasta que el niño pareció saciar su sed, y separó los labios del pezón. Al hacerlo, la miró de un modo que ella no fue capaz de soportar. Y por eso clavó la lapicera en el pecho del chico.

4

Cuando traspasó la entrada a la ciudad, ya no tuvo comunicación a través de la red. Ni el teléfono ni la computadora funcionaban. La ciudad había sido completamente anulada para el resto del mundo, porque estaba muerta. Y se preguntó cómo era que el pasado, sin embargo, continuaba vivo en la memoria de tantos hombres. Si la humanidad había fallado rotundamente en anular la memoria destruyendo los vestigios del pasado, por qué razón no se resignaba a continuar viviendo con esa memoria, convirtiéndola en una nueva fuerza en lugar de una carga. No como un niño recién nacido que no sabe siquiera la forma de alimentarse, sino como un hombre que luego de una noche de tragedia, se levanta en la mañana con el sol deslumbrante en su cara.

Aunque solo, un hombre es muchos hombres. Roger sabe esto a conciencia, porque la sombra de su padre y su abuelo, de todos los Levi, está atenazándolo permanentemente. No puede quitar de su cabeza todo vestigio de comparación y clasificación. Una mente metódica puede ser una gran ventaja para sobrevivir, pero también es sin duda un nudo de amargura en la garganta. Y ese nudo fue el que le transmitió a Sara en cada una de sus largas charlas. Sabía que a ella no le interesaba especialmente todo aquello, ni tampoco lo comprendía. Pero la intuitiva inteligencia

de su esposa fue captando lo que él le quería decir, y fue así que, antes de irse, supo que ella había llegado a un grado de sabiduría mucho más alto que el nivel normal de la gente. Tal vez sola, ese germen de la inquietud y de la duda iría creciendo, sin necesidad de estar acicateándolo ni insistiendo con sobreabundancia de ideas. Como una planta que requiera la exacta cantidad de agua diaria, y sólo un poco más de la necesaria puede matarla.

Nada de esto conversaron en las charlas que tuvieron por la red. Se daba cuenta que ella no quería inquietarlo hablándole de los pesares que se notaban en sus ojos. Muchas veces él quiso preguntarle, y sin embargo tuvo la cobardía de callarse para no saber, porque saber implicaba regresar junto a ella y abandonar todos sus proyectos de trabajo, para siempre. Nunca regresaría con una familia a cuestas, ni dejándola un impreciso plazo de tiempo, seguramente muy extenso. Ella, como él, sabían que era ahora, o nunca más.

Traspasó la frontera muerta de la ciudad, y fue como entrar en un cementerio un día soleado, a las tres exactas de la tarde. Recordaba cuando de niño lo llevaban a visitar la bóveda familiar, caminando por el centro de las calles de la ciudad cementerio de la mano de su madre, contemplando las estrellas de David en las puertas de las bóvedas frente a las que pasaban. Luego, el sonido de la llave en la pesada puerta de metal, el olor a flores muertas, a humedad, y el polvo sobre los ataúdes. Las caras largas de sus padres, el cántico apenas murmurado, la luz de la claraboya uniéndose a la que penetraba por la puerta recién abierta, espantando polillas y otros insectos. Lo hacían cambiar el agua de las flores viejas. Iba con el jarrón grande y pesado en las manos hasta la pileta de la esquina, que lindaba con el sector de lápidas. Tiraba las flores al cesto, arrojaba el agua podrida en la pileta y lavaba el florero. Pero sus ojos no podían apartar la mirada de las

lápidas, porque la tarde parecía ser más tenebrosa que la plena noche. El sol lo cegaba, el silencio absoluto de la siesta era un espacio de tiempo coagulado a punto de estallar. Entonces hacía lo que tenía que hacer lo más a prisa posible y regresaba junto a sus padres. Se renovaban las flores y la bóveda era vuelta a cerrar con llave. Era un niño entonces, y la llave se asociaba con la idea de que no se escaparan los muertos.

Y es verdad, se dice, mientras camina por la calle desierta de la ciudad. Los muertos y el pasado están en nuestra cabeza, encerrados. Tal vez ellos quisieran huir, no lo sabemos, porque estamos tan acostumbrados a la idea de que son nuestros, de que no podemos vivir sin ellos, que el pensamiento de su ausencia es como nuestra propia muerte. El temor al vacío de la memoria es mayor que el miedo a la incertidumbre. Ésta rápidamente se resuelve con el primer hecho concreto de la realidad, lo que ha sucedido se convierte en la primera certeza de la experiencia, pero el olvido implica algo borrado, un espacio vacío, una obsesión, una fuerza que subyace y crea túneles.

Vio su sombra acompañándolo a la derecha, encorvada, sobre la vereda. Debían ser, sin duda, las tres de la tarde. Los edificios estaban prácticamente intactos, podía verlos casi sobre el centro de la ciudad. Lo que ahora recorría era la periferia, las calles de casas residenciales con rejas en las ventanas, con puertas de madera que daban a patios delanteros o jardines de invierno. La brisa de la tarde movía a veces las puertas mosquitero sobre sus goznes chirriantes. Éste era el único sonido que atenuaba el silencio completo, lindante con la severa sordera de la muerte viva que allí se había plantado para crecer. Así le había dicho su padre alguna vez, la muerte vive en las ruinas que nos quedan del pasado, y no es un castigo para el hombre, sino una ofrenda. La memoria es una ofrenda que hemos rechazado, como escupirle

a Dios, y la voz con que había dicho tal frase siempre sonaba extraña, porque era raro escuchar de su boca esas referencias tan directas a la religión de sus padres.

Tenía sed, y poca agua le quedaba en la cantimplora. No sabe en qué estaba pensando cuando creía que iría a encontrar a alguien en las ruinas que iba a explorar. Todo lo que ahora hacía le resultaba ahora una pura quimera. Se lamentó profundamente de su insensatez, y deseó estar en casa con Sara, cumpliendo con su trabajo y simplemente viviendo sin inquietudes ni dudas. Pero no se puede vivir así si no está en uno tal carácter. Por eso desechó las lamentaciones que se asemejaban a polvorientas páginas de viejas biblias, y continuó caminando las calles que confluían con diagonales incontables. Aún quedaban algunos postes de señalización en las esquinas, con números que ya nada le decían de trascendental. Postes indicadores para gente que ya no existía. Se preguntó por qué la destrucción y el olvido se habían ensañado especialmente aquí, permitiendo sin embargo que Buenos Aires continuara sobreviviendo a regañadientes. Quizá la fundación de orígenes políticos de La Plata para centro de la provincia, dejando a Buenos Aires como capital de la nación. Una ciudad moderna, una ciudad joven, que sin embargo había crecido con el prestigio de cosas antiguas, la catedral, el museo de paleontología. Una ciudad nueva que conservaba en el centro de su cerebro la memoria primordial, o una parte de ellas. Buenos Aires era la memoria consciente, que podía ser reprimida y paulatinamente olvidada, era una vieja maltrecha que se iba muriendo con sus miembros raquíticos por la artrosis, y la mente de sus edificios se iba vaciando con el efecto de la senilidad. La demencia precoz hacía estragos en la ciudad a lo largo de los años, en una muerte lenta que sin embargo la mantendría embalsamada finalmente, como un panteón limpio y pulcro.

La ciudad que ahora recorría, sin embargo, se caía lentamente a pedazos por acción del abandono. Nada mejor que la indiferencia para que el olvido sea el menos doloroso y eficaz posible. Creía escuchar de tanto en tanto el ladrido de algún perro, aunque quizá fuese el viento en las calles, o recorriendo los pasillos vacíos de las casas o los edificios. Al llegar casi al centro, las construcciones no eran tan altas ni tan frecuentes como en otras ciudades. La disposición urbana había ordenado espacios y manzanas abiertas, claras y con espacios verdes. Vio, ya muy cerca, la mole de la catedral, hermosa y sin embargo semiderruida en sus innumerables recodos y frontispicios. Tuvo miedo de acercase a ella, y no supo por qué motivo lo intimidaba. La altura, probablemente, su presencia solitaria en medio del predio amplio y vacío que la rodeaba. Sabía que en sus sótanos se conservaban reliquias, que de todos modos ya habrían sido saqueadas o secuestradas por los últimos gobiernos. Pensó en el museo de paleontología, al que Ameghino había dedicado tantos infructuosos años de esfuerzo, ya destruido casi noventa años antes.

Dónde comenzaría su exploración, se preguntó, con sed en el cuerpo y temblor en su alma ante tanto abandono e incertidumbre. ¿Cómo pudo ser tan ingenuo para pensar que podría combatir, solo, contra los ejércitos del olvido? La ciudad moderna, la ciudad nueva había sido aplastada en su espíritu, como los recién nacidos de las últimas dos generaciones. Lo viejo puede simplemente dejárselo morir.

Dios mío, se dijo Roger Levi, ¿qué está surgiendo en la mente de los hombres, qué cambios imperecederos, qué atrofia y qué monstruos surgen de la enfermedad del espíritu? Entonces decidió que entraría en cualquier casa de familia, rescatando los elementos más nimios de la cotidianeidad. Se detuvo frente

a una casa de ancho frente, cerca de ladrillo y madera, con un patio de baldosas que conducía a la puerta principal, semiabierta. Caminó entre restos de viejos neumáticos quemados, hierros, telas, y algo que parecía pedazos de juguetes rotos. Entró empujando la puerta que casi se derrumbó, recibiendo el vaho de la antigüedad. La semioscuridad no ocultaba más que mugre y polvo, muebles cubiertos de telarañas pero sanos y en el sitio en que sus dueños los habían dejado al morir. En la sala principal, había una mesa de comedor, con un centro de flores disecadas, sobrevivientes de más de una centuria probablemente. Pasó una mano por la mesa llena de polvo y barro, tal vez los techos dejaban pasar agua durante las lluvias. Fue hasta un mueble lleno de cajones grandes y pequeños. Abrió uno por uno, hallando objetos de toda clase, muchos de los cuales no conocía su material ni su utilidad. Peines de dientes rotos, pulseras, vasos y platos, aros de servilletas, saleros y pimenteros de cristal, ralladores de queso, bandejas, todo lo cual fue dejando en su exacto lugar. Fue hacia otra habitación, donde había una cama y un armario. Todavía estaba cubierta con una colcha arrugada, como si alguien se hubiese levantado esa mañana. Junto a la cama, sobre la mesa de luz, había una foto de un hombre y una mujer, en un jardín cuidado, tal vez por el que Roger había entrado, sentados ambos en un banco donde sus jorobas eran menos evidentes. Abrió el armario y un montón de polillas salió volando, y pudo ver los restos de su alimento: ropa destruida, camisas, pantalones, sobretodos, pulóveres, pañuelos, y un olor a humedad declaraba que todo aquello había sobrevivido gracias a una permanente filtración de agua, creando moho en las paredes, formando nuevas formas de vida que convivían con las viejas prendas.

Recordó, de pronto, la biblioteca de su padre, tan cuidadosamente mantenida, y de repente destruida y saqueada, como un crimen. Tal vez la desmemoria de la senilidad y la vejez sea

la más piadosa de las muertes, como ésta de la casa que ahora visitaba. Lo otro le pareció un asesinato. Y porque sin dudar lo era, supo que en cada casa y edificio de la ciudad hallaría lo mismo, pero no lo que buscaba. Si encontrase fotos de los hombres en su forma original… se lamentaba mientras salía de la casa. Pero la nueva dominación había hecho un buen trabajo sobre la memoria, un prolijo adiestramiento de destrucción. Fácil habría sido colocar bombas en las ciudades y destruir todo vestigio del pasado, y aún así siempre algo persistiría en alguna parte. Sin embargo, primero se había inculcado en la humanidad el sello de la postración física y el dolor: eso eran las gibas. Luego, la destrucción de todo recuerdo, de toda huella, corría por cuenta de cada uno. Y había sido tan eficaz, que sólo las mentes más cultivadas, y tal vez únicamente las más ingenuamente valientes u obstinadas, se habían resistido.

Durante los siguientes doce meses, Roger Levi hizo muchos intentos de exploración en todo lo extenso y largo de la ciudad. Primero hizo un relevamiento de las zonas más antiguas y de las nuevas, a fin de ubicar dónde sería más fácilmente probable hallar vestigios cercanos a la superficie. Sabía que los cimientos de los edificios nuevos habrían destruido todo lo que hubiese quedado de los viejos tiempos. Era consciente, también de que en la periferia de la ciudad lindante con el campo, y en especial a orillas de los ríos, podría hallar material más factible de exploración, pero no era esto lo que le interesaba. Su objeto de estudio no se hallaba en los tiempos remotos de la humanidad, que podrían encontrarse en los hallazgos de "tierras cocidas" como las llamaba Ameghino, sino en tiempos muy recientes, y que sin embargo habían desaparecido. Sin embargo, estaba convencido que él era uno de ellos, que esos hombres de generaciones anteriores no eran distintos de los actuales, con sus gibas a cuestas y sus cuerpos torcidos por la artrosis. No eran consecuencia de la

selección de las especies, sino producto de la acción del hombre sobre los otros hombres. Algunos filósofos han llamado a las guerras instrumentos de la selección natural, lo mismo que las grandes epidemias o las catástrofes naturales. Pero Roger no podía estar de acuerdo, la selección que hace la naturaleza está basada en la capacidad de sobrevivencia de una especie frente a los cambios geográficos, sean éstos geológicos, climáticos o económicos, incluyendo en estos últimos, los alimenticios, los métodos de cultivo y producción, consecuentes al desarrollo de la cultura. Si la civilización misma puede ser llamada un medio de selección natural, entonces todo era válido para la muerte o la explotación de los hombres. Pero la civilización implica conocimiento y sabiduría, y ésta trae consigo el desarrollo de la sensibilidad. La misericordia, por lo tanto, es una forma más de la compasión y del amor. La selección natural puede ser fría y cruenta, pero nunca injusta. Tiene ingenuidad, pero no ignorancia.

Luego, comenzó por las casas de familia de los barrios más viejos. Recorrió las calles desiertas, con troncos de árboles petrificados en las veredas, que alguna vez dieron sombra a las calles empedradas con adoquines y sobre las veredas de baldosas acanaladas en las que los vecinos se sentaban a leer en las siestas de verano, o tomar mate y bizcochos de grasa al caer la tarde. Eran imágenes que le llegaban de la memoria con las frases que le había contado su padre, que a la vez las había oído del abuelo Roger. Y como si cada nombre transmitiera los conocimientos a su herencia, él ahora podía ver esas escenas domésticas en las calles de La Plata. Alcanzaba a escuchar el murmullo del viento entre las copas de los árboles de las veredas, el canto de los gorriones, el sonido de las hojas de los libros al voltearse una tras otra, y hasta la respiración entrecortada de los hombres viejos que se dormían con la modorra de la siesta. Escuchó, también, el ladrido de los perros haraganeando por las tardes, pero los ani-

males que ahora veía no eran los de su imaginación, sino reales. Perros blancos y bajos, de patas y hocicos cortos y sin orejas. Era un par que se acercó a él mientras caminaba, y cuando se detuvo frente a una casa, en la cual pensaba comenzar a trabajar, ellos se pararon frente a él, con las cabezas levantadas, husmeando el aire en busca de su olor, pero con los ojos sin vista. Se preguntó cómo habrían sobrevivido, tal vez debía haber gente en la ciudad. Quizá, en algún momento los encontrara, pero por ahora debía trabajar, y esos animales parecían impedírselo. Eran perros extraños, como vestigios de tiempos remotos, restos vivientes que han sobrevivido a todo intento de destrucción. No porque alguien hubiese intentado conservarlos, sino precisamente porque fueron mantenidos al margen, escondidos y olvidados en algún sitio de la ciudad, vieron pasar los tiempos y los hombres. Y ahora aquí estaban, más que contrariándolo, estudiándolo con su infalible olfato.

Entonces Roger avanzó unos pasos hacia ellos, sin casi mirarlos, dirigiendo su vista hacia la puerta de la casa que había elegido. Los perros se apartaron de su camino, sin reticencias ni temor, porque él tampoco los tenía ya, o por lo menos intentó disimularlos. Sabía que lo seguían hacia su entrada a la casa. Penetraron con él en el salón principal de una casona señorial, estilo inglés victoriano. Dentro, los muebles estaban casi intactos, las porcelanas aún detrás de los vidrios tallados de las vitrinas, los jarrones en sus pedestales junto a los rincones, y una estatua delicada de mármol blanco en una esquina que llevaba hacia la escalera. Sobre la mesa del comedor había un mantel de puntillas blancas y borlas en sus cuatro vértices, colgando de los bordes de la mesa. Las sillas, de patas esmeradamente trabajadas con figuras dóricas, estaban como apartadas a propósito para próximos visitantes que nunca llegaron. En el cielo raso había una araña de cristal y múltiples portalámparas vacíos de los que colgaban

lágrimas de cristal que la mano de Roger hizo sonar como campanillas. Los perros se excitaron con aquel sonido, ladraron y luego callaron, respetuosos, sentados a su lado como si ahora le ofrecieran veneración.

—¿Quiénes son ustedes?— dijo Roger en voz alta, mirándolos, sabiendo lo absurdo de su pregunta, pero hacía tanto que no hablaba con nadie, que algo vivo y pendiente de su atención le resultaba de sobremanera estimulante.

Los animales giraron las cabezas con atención, movieron las colas, en realidad los cortos rabos que tenían, y sus bocas se abrieron con cierta alegría. Era eso lo máximo que sabían expresar, o que estaban dispuestos a conceder al nuevo visitante. Luego Roger comenzó a hurgar en los cajones de cada armario de esa casa, en cada habitación, bajo las tablas flojas de los pisos, detrás de los cuadros y pinturas. Halló cajas fuertes para siempre cerradas, billetes escondidos bajo las camas. Cofres con recuerdos, papeles, documentos, cabellos largos en un cofrecito de metal, porta retratos vacíos, pero algunos mostraban a los antiguos habitantes con las típicas jorobas de los últimos tiempos. Fue una tarea que duró casi una semana, registrando cada hallazgo importante en su libreta de apuntes, en la misma que había clasificado los sectores de la ciudad. Cuando terminó, fue en busca de las herramientas que había visto en el galpón posterior de la casa, las que utilizaría durante los siguientes doce meses. Agarró una pala y una azada, y comenzó a cavar en el jardín, al azar. Los perros se agolparon a su alrededor, excitados, y Roger les habló para tranquilizarlos. Dejó la pala por un momento, y les acarició la cabeza a ambos. Se sentaron, más serenos, y luego recomenzó la labor, sin dejar los perros de estar atentos a lo que hallara. Cada palada de tierra era motivo para el ir y venir de los animales, que

lo olían todo, y fue esto una gran garantía para Roger de que no pasaría por alto nada importante.

Era consciente de estar haciendo algo que su familia no habría aprobado en su estricta cientificidad, pero los tiempos eran otros. Lo que él hacía no tenía gran metodología, y únicamente se guiaba por una lógica elemental y la intuición, porque nada más había podido aprender, y por lo tanto nada más tenía. El trabajo fue costándole cada vez más esfuerzo, hasta que el peso de su giba lo hizo detenerse y sentarse en el suelo, junto a la tierra apartada y el pozo no muy profundo que había logrado hacer. Los animales se le acercaron y se acostaron a cada lado.

—Si pudieran hablarme…—dijo, y ambos dirigieron sus cabezas hacia el origen de su voz.—Sé que ustedes saben lo que busco.— Ellos no contestaron de ninguna forma. Volvieron las cabezas al suelo, ente sus patas, y gimieron muy subrepticiamente durante un largo rato, todo el tiempo que duró el descanso de Roger.

La noche se adentraba en el firmamento, por sobre la ciudad, y la sombra de la tarde se oscurecía tan rápidamente como no había visto en mucho tiempo. El olor del campo llegó con el viento que se levantó, suave pero aromático. Los perros se levantaron y se fueron hacia la calle. Algo los llamaba, tal vez sus congéneres, porque sin duda debía haber muchos más, o quizá gente a quienes ellos conocían. Entonces se levantó y corrió hacia la calle para seguirlos, pero no pudo hallarlos. Habían desaparecido junto al nacimiento de la noche, como engullidos por la calles adoquinadas. Regresó al jardín y continuó cavando, hasta que se quedó dormido.

En la mañana, despertó en el hoyo que había abierto, llenas de tierra la ropa y las manos. Tenía hambre, así que sacó los víveres que había hallado en un almacén repleto de latas en el centro

de la ciudad. Bebió de la cantimplora que llenaba regularmente de los tanques de las casas. Alguien habitaba en la ciudad, porque el suministro de agua corriente continuaba funcionando, ¿por qué no se contactaban con él? Sólo los perros se le habían acercado, casi como mensajeros. Se lavó la cara y comió algo sentado a la mesa de la cocina que olía a madera vieja. Salió para continuar su trabajo. Halló juguetes enterrados, huesos para perros, latas oxidadas. No sabía qué más esperaba hallar, creía tal vez que con sólo excavar unos metros podría encontrar los restos fósiles del hombre de Neanderthal. Se permitió una carcajada sarcástica, porque para él, hallar vestigios del hombre sin joroba era tan difícil como para sus antepasados el encuentro de los fósiles más remotos. El minucioso trabajo del olvido había sido demasiado eficaz, y por eso de detuvo, con los brazos apoyados en el mango de la pala, descansando el peso de su cuerpo sobre ella. El dolor era extremo, y no estaba preparado para ese trabajo. Qué cuidadoso plan habían llevado a cabo los creadores del nuevo hombre. Una giba como la que todos llevaban, hacía imposible toda labor, excepto la sumisión.

Desde entonces, fue de casa en casa, alternando antiguos locales de comercios en los que hallaba restos de una civilización que no había conocido. Leyó documentos antiguos, leyes sobre comercio y habilitación municipal, alquileres y ventas de inmuebles, partidas de nacimiento y defunción, remedios para viejas enfermedades, jeringas de vidrio, ampollas con medicamentos. Pero ninguna foto de los hombres erguidos, como si una ley hubiese decretado que de una día para otro nadie debía ser fotografiado. Trató de hallar tal documento en los registros de los tribunales. Entró en el edificio principal, semiderruido, avanzando entre los pasillos y las escaleras que hacían sonar sus pasos con ecos remotos, mientras los perros, los mismos u otros, no importaba, lo seguían, sentándose a sus pies mientras revisaba

archivo por archivo en los polvorientos anaqueles que se derrumbaron uno tras otro a medida que él intentaba sacar las carpetas y folios. Leyó registros de juicios, castigos penales, nombres de hombres y mujeres destinados a las cárceles. En uno de ellos encontró lo que buscaba, y de pronto las piezas del rompecabezas desordenado en su mente se fueron armando y adquiriendo la lógica que reclamaba como el aire mismo para vivir. Había una carpeta exclusivamente para los casos de violación de la ley que decretaba la pena de reclusión perpetua para los delincuentes. Las cámaras fotográficas fueron abolidas, todo el que poseyera alguna debía declararla para ser destruida por las autoridades.

Ese fue el primer gesto de una gran epopeya, de una guerra que fue minando la voluntad humana. Luego vendría la falta de instrucción, las leyes restrictivas en salud pública, la obligatoriedad de los exámenes periódicos psicológicos y físicos. La rebeldía de los violentos fue dominada por narcóticos primero, y luego por el gran hallazgo de las operaciones preventivas. La aparición de la giba ya no hizo más necesario todo esto. Su misma presencia constituía un peso insoportable, y toda la vida fue desde entonces una veneración al dolor que ella provocaba.

Cuando había pasado casi un año, un día siguió a los perros, porque estaba convencido de que había otros seres humanos en la ciudad. Varias veces lo intentó, infructuosamente. Si no desaparecían en la oscuridad, hasta no hallar de ellos ni siquiera el olor que los caracterizaba en las calles, huían escabulléndose sin rumbo preciso, y entonces Roger abandonaba la persecución, cansado y sin saber a cuál de todos seguir. Una tarde, sin embargo, siguió a un par de perros durante más de tres horas. Debió tener infinita paciencia, mientras ellos iban de casa en casa, buscando comida, encontrándose con otros animales, husmeando esmeradamente veredas y paredes. Era ya casi la caída de la tarde,

y estaban en un barrio periférico, cercano a una de las rutas de acceso abandonadas. Había pocas casas, y los perros continuaban caminando distanciándose uno de otro sólo para oler el asfalto poceado y los pastizales de las cunetas. Debían haberse dado cuenta que él los seguía, ya que no había casi reparos donde esconderse, y su olfato era exquisito. Pero no le hicieron caso, tal vez confiaban en que su paciencia se agotaría de un momento a otro. Así estaba por hacerlo cuando el sol comenzaba a caer sobre un edificio de tres plantas, extenso, que ocupaba casi toda una manzana. Al principio le pareció una dependencia gubernamental, ya que tenía una entrada de altas escaleras y un arco románico sobre la puerta principal, y todo el resto eran ventanas en los tres pisos que se extendían hasta las esquinas, y cada una de ellas tenía una ojiva superior y barandas ornamentadas. El estado general era desastroso, con algunos balcones derruidos, ornamentos caídos sobre el suelo, como fragmentos de querubines o gárgolas sobre el pasto.

A medida que se fue acercando, ya no hizo caso de los perros. Tal vez habían desaparecido en aquel edificio, muy probablemente. No pudo dejar de sentirse fascinado por ese lugar. Tenía el aspecto de una nobleza en larga y estrepitosa decadencia, si no ya muerta hacía mucho tiempo. Pero la arquitectura le sugirió sensaciones incongruentes, porque sus conocimientos eran librescos y no guiados por la experiencia ni por una mano experta. Sobre la entrada había un friso con una frase escrita en latín, ahora para siempre indescifrable, y encima una enorme águila de concreto, con las alas extendidas pero rotas. Estaba algo oculta por las plantas que habían crecido en el techo, alrededor del ave, y por dos vasijas de concreto que la secundaban a varios metros a cada lado. Roger se detuvo al pie de la escalera, alzando la vista lo más que pudo. El pico del ave estaba roto, también, y no tenía ojos, pero el cuerpo, la cabeza y las alas, aunque partidas, le da-

ban un aire de poder que aún a pesar del ignominioso estado en que la habían dejado los años, provocaba inquietud.

Tuvo un breve destello de imágenes documentales alguna vez vistas en los viejos videos que su padre había heredado de los archivos del abuelo. Hizo memoria mientras subía lentamente las escaleras, y fue como si esos mismos peldaños le hablaran cuando recordó de qué se trataba. Vio una explosión: el derrumbe de la esvástica nazi de uno de los edificios berlineses al fin de la Segunda Guerra Mundial en el siglo veinte. Su padre le había hablado algo de otra esa época, como si fuese una vieja leyenda de ancestrales controversias religiosas. Pero esto no significaba para él más que viejas historias con que se entretenían sus días de infancia o adolescencia. Se detuvo para mirar una vez más hacia arriba, y esta vez pudo leer justo sobre la puerta de metal, una puerta giratoria grande, de vidrios rotos, un cartel que decía: "Hotel Águila". Ya por lo menos sabía qué encontraría en el interior, no los restos de oficinas y dependencias oficiales, sino pasillos, huecos de ascensores, incontables habitaciones, salones restaurantes y de juegos, porque sin duda aquel hotel debió estar destinado a la población más económicamente pudiente de la sociedad de entonces.

La puerta giratoria está trabada, y la empuja inútilmente. Descubre que a los lados hay dos entradas con puertas de madera. Entra por la de la derecha, al gran vestíbulo central. Las alfombras estás carcomidas en partes, como charcos o lagunas secas. El mostrador de recepción sigue casi intacto, por supuesto polvoriento pero no tanto como cabría esperarse por el tiempo que él supone abandonado el lugar. Los casilleros con el número de las habitaciones siguen sobre la pared tras el mostrador. Casi todos vacíos, salvo algunas llaves que aún cuelgan muertas. Hay algunas cartas en el hueco de unos pocos casilleros, y una curio-

sidad impostergable lo hace caminar hacia allí y recogerlas. La junta entre sus manos y palpa el papel, y piensa en los libros de la biblioteca paterna. En los sobres hay destinatarios y remitentes de nombres desconocidos, las cartas están cerradas. Va a abrir una, pero lo sorprende una voz humana, la primera que escucha en casi un año. Y piensa, por un instante, que está soñando, que su personalidad se ha desdoblado concretamente en una especie de clon con el que su imaginación ha hablado durante todo ese período. Se da vuelta, mirando alrededor, dispuesto a aceptar su temporal psicosis, y entonces ve a un hombre joven parado delante del mostrador.

—La correspondencia de un hombre es privada, señor— dijo la voz.

Cuando vio el cuerpo del que provenía, Roger sintió una especie de disociación. No respondió hasta sentirse seguro y serenarse, pero un vértigo lo hizo soltar las cartas y sujetarse del mostrador. Sabía que estaba mal alimentado desde hacía mucho tiempo, y que había bajado de peso más de lo conveniente. Una barba espesa cubría su cara delgada, larga casi hasta cubrirle el pecho hundido. La giba le pesaba más que en todos los años de su vida.

Cuando se recuperó del vértigo, alzó la vista por sobre el mostrador. Apoyó una mano sobre un libro de folios abierto, con viejas firmas, cuyas hojas se estrujaron y se rompieron. Miró un poco más arriba, porque sólo veía el pecho del hombre. Ahora estaba junto a él, ayudándolo a no caerse, y fue entonces cuando descubrió la altura del joven que ahora intentaba decirle algo que Roger no escuchaba porque aún tenía los oídos cerrados y se sentía pálido. Sintió la fuerza del cuerpo que lo ayudó a no caerse, llevándolo hacia uno de los sillones del vestíbulo. Se dejó

caer, y la sangre le volvió a la cabeza, serenándolo, sintiendo que los latidos de su corazón establecían su ritmo habitual.

Sabía que la impresión recibida tan tristemente por su cuerpo no era por encontrarse con alguien después de un año, sino por el aspecto del hombre a quien había visto. Ese hombre no tenía joroba.

—Sé el motivo de su sorpresa— dijo el otro, viendo a Roger recuperarse con lágrimas que no caían aún, y que intentaba mirar tras su cuerpo.

—Pero…—comenzó balbucear como un niño tremendamente confundido.

—¿Cómo comenzar a explicarle, señor…?

Roger esperó, y se dio cuenta que el otro aguardaba que le dijera su nombre. Tal gesto de cortesía lo hizo avergonzarse de sus modales, que hasta entonces para nada le habían parecido extraños, y al encontrarse de pronto en ese sitio y con tal hombre, le resultaron propios de un salvaje.

—Me llamo Roger Levi, he venido a la ciudad hace más de un año explorar. Soy antropólogo, o por lo menos a eso me dedico.

El hombre lo miró con curiosidad.

—Creo haber escuchado su apellido, o haberlo leído en alguna parte. ¿Sus padres han escrito libros?

—Muchos, más bien mi abuelo y bisabuelo. ¿Pero cómo lo sabe?

—Los míos guardaron una buena biblioteca en este hotel, y en los viejos periódicos hay noticias de hallazgos a nombre de inves-

tigadores de tal nombre. Incluso hay alguno que fue enviado en misión espacial alguna vez, si mal no recuerdo.

Roger Levi miró a ese hombre como si estuviese contemplando la historia entrañable de un mundo desaparecido. Cuando escuchó la existencia de la biblioteca, sus ojos brillaron, y preguntó por ella.

—Ya no está— le dijo el otro.— Los del estado vienen de tanto en tanto para controlarnos, y por supuesto la han destruido hace mucho tiempo.

—No entiendo nada de esto, el lugar, usted…— y preguntó, como temiendo que la respuesta fuese a destruir su cordura— ¿acaso hay más cómo usted?

—Solamente mi esposa y yo. Somos descendientes de antiguas familias de la ciudad. Nuestras generaciones anteriores fueron las primeras que se revelaron frente a la ley de las operaciones. En realidad fue el bisabuelo de mi esposa el que lideró el grupo en la ciudad. Gustavo Valverde se llamaba. Tanto él como sus amigos y vecinos, entre los que estaban mis antepasados… A propósito, no le he dicho mi nombre, Rodrigo Casas. Nos han dicho, nuestros padres, que tanto yo como Rosa, mi mujer, llevamos los nombres de algunos de nuestros ancestros. Es una costumbre trivial y que importa poca originalidad, a simple vista, pero que tiene connotaciones más profundas…

—Como que nosotros cumplimos ciclos…

Casas lo miró a los ojos, y asintió, sonriendo.

—Así es, veo que en su familia ha ocurrido lo mismo. A ver si logro explicarle, nuestras familias se escondieron a partir de la promulgación de la ley, y lograron sobrevivir una generación sin ser

descubiertas. Mientras tanto, la ciudad era destruida y saqueada de sus recuerdos, de todo vestigio del pasado. Pero hace más de cincuenta años, cuando nos creíamos a salvo definitivamente, los perros que debe haber visto, hicieron que nos descubrieran. Eran, en realidad, nuestros aliados al principio. Los Valverde tenían una conexión especial con ellos, hablo de los hombres de la familia, no las mujeres. Ellas siempre se llevaron mal con esos animales. Pero cuando los contingentes de policías hacían razias en la ciudad, persiguieron a los perros, y ellos se escondieron donde acostumbraban, y este hotel era uno de esos lugares. Así fue que nos encontraron e intentaron llevarnos a Buenos Aires y reprimirnos. Nos hicieron sentir como deformes frente a sus cuerpos débiles y torcidos, sólo poderosos por las armas que portaban.

Roger bajó la vista, y Casas pidió disculpas.

—No tiene importancia—respondió.—Yo también pienso lo mismo de nosotros, por eso estoy aquí, buscando pruebas de cómo fuimos…

—No fue fácil para nosotros mantenernos. Éramos muchos, así que los que fueron dominados en Buenos Aires solo eran una parte de todo el grupo. El resto permanecimos en los sótanos del hotel. Estuvimos cerca de treinta años encerrados, hasta que el estado se olvidó de nosotros, y entonces volvimos a las habitaciones. Es usted el primer hombre que vemos en muy largo tiempo, e incluyo a mi esposa cuando lo conozca. Piense que lo que acabo de contarle es de los tiempos de mis padres. Nosotros hemos nacido cuando quedaban no más de seis de nosotros. Los más viejos han muerto, y sólo quedamos mi Rosa y yo.

—Pero eso es lo que he venido a buscar, la prueba de una posibilidad. Mi mujer, Sara, y yo, queremos tener un hijo, y siem-

pre aborrecí que naciese como nosotros. La gran mayoría de la población ignora lo que se hace en la cuarentena del postparto. Piensan que los humanos nacemos deformes, y esta giba que llevamos se la considera normal. Si los vieran a ustedes, tal vez se asustarían.

Casas se rió.

—Nosotros también somos ignorantes de lo que sucede más allá de los límites de la ciudad. Los perros son casi los únicos seres vivientes que hemos visto vemos en casi tres décadas, y se han vuelto contra nosotros. Desde la última razia, es como si los animales fuesen los representantes, o vigilantes del estado. Los Valverde, a quienes casi obedecían, han desaparecido, y ni Rosa ni yo podemos controlarlos.

—Pero su existencia— dijo Roger, de pronto entusiasmado, sujetándose de los brazos de Casas como si estuviese a punto de naufragar en ese gran sillón como en un mar de descubrimientos.—Ustedes representan la persistencia de nuestra especie, de la verdadera estructura de nuestro cuerpo.

Casas se quedó pensativo.

—¿Cuál es la verdadera forma de nuestro cuerpo, señor Levi? Usted debe saber que nuestros antepasados homínidos eran diferentes a nosotros, éramos primates, acostumbrados a la vida en los árboles, nuestra cráneo era distinto, nuestra cara, el largo de nuestros brazos, la función de nuestros pies, incluso. Lo que el estado hace tal vez sea una forma más de selección natural.

Y como si ese hombre hubiese estado leyendo los pensamientos que a Roger lo habían obsesionado los últimos meses, continuó escuchándolo.

—La evolución del hombre se llama civilización, todo lo que hacemos es parte de la cultura humana, no solo construcciones arquitectónicas, como este hotel, o las grandes invenciones, sino también la muerte y la destrucción. Esto también es cultura, pero no civilización. Tal vez estamos regresando al principio, y no ustedes, sino nosotros, los que ya somos viejos.

Roger no comprendía cómo la belleza de ese hombre podría ser llamada vejez. Si así era, todo vestigio del pasado entonces era más bello que todo lo que podría ser creado o inventado desde ahora. La belleza de las alfombras, en cuya vejez veía hermosas figuras, las arañas que colgaban del cielo raso, los frisos que no habían podido ser destruidos del todo, la exquisita suavidad de esos sillones, que por su supuesta trivialidad, habían sido olvidados en la obra de saqueo y destrucción. Todo eso veía en los pasillos por los que Casas lo conducía ahora, subiendo dos tramos de escaleras de mármol, cuyas grietas eran resabios de muy antiguas culturas, vislumbrándose restos de estatuas en la imaginación, como residuos que destellaban en la memoria colectiva de la humanidad. En los pasillos del tercer piso, se conservaban más reliquias salvadas. Sillas de terciopelo, mosaicos que formaban dibujos ornamentales en el piso, pinturas en los cielos rasos, puertas de madera con llamadores de bronce moldeados y números de formas góticas. Todo mostraba un esplendor apagado y envejecido, pero la belleza no podía morir del todo. Y tal belleza ahora le resultó una inevitable, una indisputable verdad.

Casas lo llevó hasta la puerta de la habitación en cuya puerta había un número incompleto. Abrió y encendió la luz. En la cama había una mujer acostada, tapada hasta el cuello con las sábanas. Dormía.

—Ella es Rosa. Está moribunda desde hace meses. Estaba embarazada a principios de este año, pero un día los perros la atacaron

y la mordieron. Yo hice lo que pude. Utilicé los viejos vademecums del bisabuelo Valverde, pero la infección le provocó una septicemia que le hizo perder a nuestro hijo. Ya no podrá tener más, y de todos modos en cualquier momento va a morir.

Rodrigo Casas miró profundamente a los ojos de Roger Levi.

—La historia se repite, es cíclica, así que no se sorprenda de nuestra regresión. Consuélese pensando que nosotros, a quienes ve como ideales, somos los que debemos extinguirnos.

Cerró la puerta, y fue como si se la cerrase para siempre a él, Roger Levi. Fue cuando supo que debía salir de la ciudad, y regresar a donde estaba Sara.

5

Ella se da cuenta que las drogas están haciendo efecto en su organismo. Siente cómo imágenes improcedentes se van filtrando en su conciencia, hasta dominarlo todo. Pero las fuerzas traumáticas siguen siendo intensas, y regresan en largos fragmentos de flashbacks. Y con los recuerdos recientes, que ya tienen el sabor y el aroma de lo viejo, el olor de los medicamentos de un hospital para enfermos mentales, llegan las ideas claras que la habían guiado durante los meses del embarazo, hasta convertirse en obsesiones.

Se sienta en la cama en la habitación blanca, atados sus brazos con una camisa de fuerza. No intenta desprenderse ni evadirse, sabe que pronto no será necesario que la tengan atada. Ha visto el resultado de esos tratamientos. Debe estar ahora, como lo estuvo su abuela varios años antes, en el Centro de Rehabilitación Intensiva Psicológica. La dejaban verla en las horas de visita, únicamente a través de las imágenes del monitor. La abuela estaba senil, dijeron los médicos, pero lo que Sara había sufrido era lo que llamaban stress post—parto. Ya no era tan frecuente como en otras épocas, pero se solía presentar de vez en cuando, sobre todo en mujeres razonadoras y obsesivas como ella, que no se dejaban llevar por la corriente del sentido común. Habría

querido preguntar a qué llamaban ellos de tal manera, al doctor Farías, especialmente.

Él había entrado casi todos los días a ese cuarto desde que la había encerrado. Hablaba con ella antes y después de inyectarle su medicación diaria. La voz del viejo, honda y cascada, se iba transformando en una suave y lenta voz de barítono para sus oídos dominados ahora por la creciente dosis de la droga del olvido.

—¿Qué me está dando, doctor?— había preguntado ella en el tercer o cuarto día de medicación.

El doctor Farías le había sonreído desde su paraíso terrenal, a leguas de distancia, aunque sentía el contacto de su mano aún sobre su brazo adormecido.

—Un *cocktai*l, Sara.

—Lo imagino, doctor, la hace a una sentirse bien, de alguna manera, también, la hace a una no sentirse, inclusive.

El médico esta vez se había reído con fuerza.

—Sara Levi, usted es una mujer muy fuerte, es difícil luchar contra su temperamento. En mi época se las llamaba a las mujeres como usted una mujer inteligente.

—¿Y qué quiere decir eso, doctor? ¿Qué las mujeres fueron hechas sólo para el sentimentalismo y la obediencia?

—Deje de pensar, Sara, déjese llevar.— Y puso sus manos sobre los ojos de ella, ayudándola a recostarse, serenándola como un viejo padre preocupado.

Cuando escuchaba cerrarse la puerta, ella volvía a abrir los ojos, viendo únicamente el techo blanco y las paredes sin ven-

tanas. ¿Qué hora sería, qué día? ¿Han pasado semanas desde el parto, o apenas unos días? Se pone a llorar, una vez más, recriminándose su fracaso, ese estruendoso fracaso en salvar a su hijo del destino que le tenían preparado. No lamenta su muerte, y eso es lo más grave de todo, se dice, y sabe que los demás en ese hospital, y lo que toda la sociedad le recriminará cuando salga, si alguna vez la dejan salir, es eso en particular. No el motivo por lo que lo mató, sino el hecho del no arrepentirse. Ahora más que nunca, está rotundamente segura que si no le daba a Roger un hijo de espaldas rectas, no le daría ninguno.

Como en una guerra, no importaban las vidas en particular, sino en general. Y la vida de ese hijo representaba un nuevo comienzo. Ella y Roger eran la Eva y el Adán del nuevo mundo. Huirían juntos a esconderse hasta que Roger regresara y los buscase. Juntos, entonces, los tres, en el nuevo Paraíso, recomenzarían la historia. Un nuevo ciclo emprendido, y lo que trajesen los siglos ahora no importaba, esa sería tarea de las siguientes generaciones.

Sin embargo, todo había sido perdido. La esperanza era un símbolo echado al barro, y el fracaso una bandera flameando triunfante al viento en su estandarte. La guerra perdida para siempre, porque ella no tuvo la fuerza y la inteligencia para huir, pero se reconocía a sí misma la intensa valentía del último momento. Había perdido la guerra, es verdad, pero había ganado por lo menos una batalla, quizá la más importante para ella y Roger. Y lo había hecho por ambos.

Luego, por efecto de las drogas, tal vez, se sumergía en una inmensa tristeza como un enorme mar borrascoso que la conducía en una endeble barca hacia las regiones de la desesperación. Lloraba y se quejaba a gritos, dando vueltas en la cama, hasta caerse al piso a veces. Lamentaba su fracaso, y la figura encorvada

de su esposo venía desde lejanas tierras para increparla y culparla. No por haber matado al niño, sino por no haberlo rescatado del crimen que planeaban contra él. La muerte era misericordiosa, en tal caso.

Pero lentamente, la droga del olvido fue haciendo efecto, y los períodos de tranquilidad se hicieron más largos, y ya no pensaba, literalmente no pensaba en nada más que en lo que le estaba sucediendo en el preciso instante presente. Si tenía hambre, si tenía calor o frío, si tenía necesidades fisiológicas que una ridícula pudibundez le hacía mencionar con timidez cuando entraba la enfermera a la habitación. La cámara en un rincón superior del cuarto la estaba observando, y no requería Sara más que levantar la vista y mirar hacia allí. Ellos entraban, tarde o temprano, para ayudarla.

Un día le quitaron la camisa de fuerza, la vistieron y la llevaron por los pasillos del hospital hasta la calle. En un auto, recorrieron lugares que no recordaba, pero debía ser la vieja ciudad en la que siempre vivía, la antigua Buenos Aires de los edificios arruinados, sobreviviendo como mastodontes sobre las manzanas urbanas. Se estacionaron frente a las altas escaleras de un edificio donde debían estar los tribunales. La condujeron caminando por otros pasillos, esta vez oscuros, olientes a humedad, donde los ecos resonaban en sus oídos con extrañas formas palpitantes. La culpa le llegaba en oleadas, como si fuesen monstruos particulares estancados en esos pasillos por donde tantos habían pasado para ser juzgados, y en cada nuevo recién llegado, reconociesen a un compañero extraviado que venía a ayudarlos en su soledad. Porque por más que fuesen cientos o miles, cada culpa era una especie solitaria, muda o vergonzosa, hastiada de la espera e incapacitada para redimirse a sí misma.

Entró a la sala de audiencia, enorme, vacía excepto por el juez que la aguardaba detrás de un escritorio. Un escribiente estaba frente a una computadora, transcribiendo lo que allí se diría. Un abogado, el de oficio, comenzó a hablar, repitiendo los sucesos de los cuales se la acusaba. El juez leyó en sus escritos sin levantar la vista hacia nadie en ningún momento de todo aquel proceso. Cada sonido de papel, de botón pulsado en el tablero, de cada pisada sobre los añosos pisos, del crepitar de la madera del escritorio cuando el juez se acodaba, todo resonaba en el aire, constituyendo una forma más del mundo que iría a sumarse a su memoria reciente. Todo lo anterior estaba tras los muros del olvido, las altas paredes que la medicación había formado en su mente.

No escuchó ni entendió lo que allí se dijo. De pronto, escuchó un martillo resonar brusco y sentencioso, y luego la llevaron de vuelta por los pasillos hacia la calle. Una vez en el auto, luego de muchas cuadras, empezó a reconocer el barrio en el que alguna vez había vivido. Por qué razón recordaba eso y no otras cosas que intuía estaban ahí todavía, en su mente como una carga permanente, no estaba segura. En ese lugar había sido feliz, donde había pasado su infancia y donde había conocido a Roger y vivido con él. Tal vez por eso se lo habían dejado recordar, y porque ahora allí la dejaban, para vivir sola, en espera de su regreso.

Le abrieron la puerta del auto, la ayudaron a bajar y la llevaron hasta la puerta de su casa. No necesitaban hacerlo, ella reconocía cada centímetro de esa vereda. El cordón roto para subir el auto que ya no tenía, el árbol truncado a unos metros de la puerta, la misma puerta de madera con aldaba de bronce, ya pegada y que no funcionaba más que como adorno, el buzón del correo junto a la puerta, oxidado e inservible. Una vieja casa de barrio, casi una casona como correspondía a la familia Levi,

famosa en el lugar por sus estudios y su renombre en la cultura del país. De todo eso, ella era la única que quedaba.

Abrió la puerta con la llave, que no recuerda cómo conservó durante tanto tiempo fuera de casa, pero la halló en el bolsillo de la cartera donde la guardaba siempre. Un acto automático como todos lo que emprendería desde ese momento. La acompañaron hasta el interior de la sala del comedor, la ayudaron a sentarse en la misma silla de siempre. Pasó una mano sobre la mesa llena de polvo, mirándose los dedos ahora sucios.

—Me pondré a limpiar— dijo —Roger está por venir.

Entonces, quienes la acompañaron, un enfermero y un empleado del tribunal, supieron que ella estaba bien, y lo estaría por mucho tiempo. Pero para asegurarse de esto, le dijeron:

—Vendremos una vez por semana para entrevistarla, señora Levi. Simple rutina a que nos obliga la ley. Usted no se preocupe, tome su medicación y todo estará bien.

Sara los miró, interrumpiendo el ademán que había hecho para levantarse, haciendo memoria de dónde había dejado los enseres de limpieza. Sonrió, mostrando una serenidad que los tranquilizó. Ellos se fueron cerrando la puerta, y ella pasó el cerrojo interior. Los observó por la ventana mientras el auto se alejaba. La calle estaba casi desierta todavía. Eran las diez de la mañana, comprobó al observar el reloj pulsera que le habían devuelto. Todo había sucedido muy temprano, la salida del hospital y el trámite en los tribunales, que no debieron durar más de quince minutos. El barrio, sin embargo, estaba demasiado tranquilo. Reconoció las casas de enfrente, cerradas con tapias sobre las ventanas. Un perro recorría la calle, oliendo en la vereda justo enfrente. Sara abrió la ventana y lo llamó. El animal levantó

la cabeza y pareció mirar hacia donde ella estaba asomada. Una brisa fresca le alivió el leve calor que comenzaba a sentir en el aire. Estaban al final de la primavera o comienzos del verano, quizá. Había olvidado preguntar, ya se fijaría en un almanaque, o encendería el televisor. Pero ahora le llamaba la atención aquel perro. De lejos, parecía mirarla, pero tenía ojos pequeños. Ella volvió a llamarlo, silbándole. El animal entonces cruzó la calle y se arrimó a la ventana. Sara se dio cuenta que tenía los párpados semicerrados sobre dos ojos atrofiados y ciegos.

—Pobre perrito—dijo, enternecida. Dejó la ventana abierta y fue hasta la puerta, volvió a abrirla y el perro ya estaba delante.

—Vamos, no te quedes afuera. Te daré de comer— pero no sabía por qué dijo esto, si no debía haber nada en la heladera. El tiempo de su ausencia insistía en presentarse a su memoria, pero ella actuaba y decía cosas como si nunca hubiese pasado un largo lapso en los hospitales.

El perro entró, contento, pero no podía mover la cola que no tenía. Lo hizo ir hasta la cocina y le ofreció una fuente con agua que sirvió del grifo. Abrió la heladera, estaba llena de comida. Fue hasta el dormitorio, estaba toda su ropa, incluso la que había llevado al hospital. Ellos se habían encargado de todo, pensó, pero ese pensamiento le provocó un leve dolor, por eso lo desechó y comenzó a vivir en su casa como acostumbraba. La ropa y las cosas de Roger allí seguían. Le preparó algo al perro, esperando frente al horno eléctrico, parada con las manos sobre la mesada, la vista fija en algo incierto frente a ella, pensando en nada más que en los minutos que faltaban para la cocción. Cuando estuvo listo, el aroma delicioso excitó al animal que se abalanzó sobre el plato de comida. Sara lo observó contenta, tendría compañía hasta el regreso de Roger. Luego, cocinó algo para ella, una mezcla de lo que había servido al perro y otros ingre-

dientes, ya tendría tiempo después. La verdad era que se sentía cansada, hasta quizá agotada, sin saber bien por qué. Fue hasta el comedor, puso la computadora sobre la mesa y la encendió. Mientras revolvía en su plato con el tenedor, sin ganas de comer en realidad, esperó que la pantalla mostrara la tradicional foto de escritorio en la que ella y Roger estaban juntos en su viaje de luna de miel. Estaban más jóvenes, es verdad, pero algo le extrañó. Ella no parecía reconocerse del todo. Se levantó y fue hasta el espejo de la sala, un gran espejo de cuerpo entero que al entrar había pasado por alto, como siempre, salvo cuando necesitaba revisar su peinado antes de salir. Estaba casi irreconocible, extremadamente delgada, el cabello recortado a lo varón, deslucido, y la cara demacrada, los ojos brillosos, las manos de dedos largos y huesudos. Se las llevó a la cara, preguntándose qué le había pasado para que se hubiese convertido en esa figura que observaba en el espejo. Comenzó a agitarse, y en seguida recordó el número de teléfono que le habían dejado sobre la mesa del comedor. Buscó, sin encontrarlo. Recordó que lo había llevado a la cocina, y lo halló en la puerta de la heladera, sujeto con un imán.

Llamó a ese número, y sin saber con quién hablaba, preguntó qué había pasado.

—¿Señora Levi? Tranquilícese. Mire la hora, Sara.

Ella buscó con la vista en las paredes, debía haber algún reloj, estaba segura. Su vista chocó con un reloj de péndulo.

—Soy el doctor Farías, Sara, no se preocupe, es normal que se sienta perdida. Dígame, ¿qué hora es?

—Las doce y cuarto…

—¿Dónde dejó las instrucciones, Sara?

Ella pensó por un momento, y buscó en la cartera que aún seguía sobre la mesa del comedor, ahora junto al plato de comida abandonado y la computadora encendida. La pantalla marcaba ciento cuarenta y seis mensajes de Roger sin leer. Halló el papel y lo leyó en voz alta.

—Muy bien, Sara. Se ha pasado quince minutos de su medicación. Tómela ahora mismo, y no se preocupe. Déjese llevar por lo primero que se le ocurra, Sara. No piense demasiado, es malo para su recuperación.

—¿Pero que me ha pasado, doctor? No logro acordarme…

—No ha pasado nada de lo que deba acordarse, Sara.

Colgó el teléfono. Regresó frente a la computadora. Abrió los mensajes de Roger. Al principio no entendió de lo que hablaba. Eran cortos, lamentándose de que Sara no le respondiese. Luego, se interrumpían. Miró la fecha en la pantalla actual. Estaban en enero del año siguiente del último mensaje, y éstos empezaban en el año anterior, pero estaban borrados, si es que los había habido. Quiso recordar el motivo del viaje de Roger, pero no lo sabía con exactitud. En los mensajes preservados no se mencionaba.

Pasaron algunos días, y llegaron visitas. Un día fueron los vecinos que se alegraron de verla luego de tanto tiempo. ¿Estaban al tanto de lo que le había ocurrido? Si así era, no preguntaron ni hicieron referencia a nada de eso. La ausencia era algo que había sucedido, y que ya había pasado. Nada de pensar en esas cosas, le había dicho el doctor Farías. Una tarde llegaron una mujer y un hombre de los tribunales. Se sentaron en el sofá, frente a ella, sentada en la silla del comedor, con las manos sobre su regazo. Le dijeron que tenía muy buen aspecto. Sara se

llevó una mano a la cara, como comprobando, ingenuamente, tal aseveración. Ellos sonrieron. La felicitaron por haber hallado la compañía del perro. El animal vigilaba bajo la mesa, junto a los pies de Sara. Al escucharse mencionar, dio un gruñido no necesariamente amenazador. Un rato después se despidieron, y hasta el último instante, el hombre no dejó de echar escrutadores vistazos a cada rincón, y la mujer de observarla a ella en cada movimiento que hacía.

Una mañana se levantó con algo en mente. Olía olor a pintura en el aire, y sin pensar fue en busca de los elementos para el comienzo de su tarea. Durante la noche había tenido sueños extraños, pero sin estremecerla, le habían dejado un sabor amargo en la boca al despertar. Un sabor como a plomo. Rápidamente había desayunado y corrido hacia el cuarto donde guardaba los elementos para pintar. Encontró la paleta con pintura reseca, que fácilmente removió con disolvente. Armó el atril en la sala, puso un lienzo sobre él, y se dispuso a buscar los pomos de pintura. Estaban todos secos. Le extrañó, se dijo con ironía, que la heladera estuviese llena y los armarios completos, y sin embargo se hubiesen olvidado de su pasatiempo favorito. Pero la misma ironía le hizo mal, provocándole náuseas. Debía evitar tales pensamientos.

Salió de casa, acompañada por el perro. Era la primera vez que salía desde su regreso. Recorrió las calles automáticamente, hasta llegar al negocio correcto. Un hombre viejo la recibió con una amplia y sincera sonrisa.

—¡Sara Levi! Alabado sea Jehová— dijo.

Ella sonrió y respondió:

—Amén, querido Elías. —Sus propias palabras pasaron por un breve momento de titubeo, pero pronto dejaron de inquietarla.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo mi discípula favorita?

—Estuve enferma, Elías, pero ya estoy mejor.

—Me doy cuenta, querida, estás muy flaca. Si viviera mi mujer, le diría que te preparara algo suculento y te lo llevara a casa.

—No se preocupe, Elías. Vengo a renovar mis pinturas.

El viejo se dio vuelta para revolver en los estantes tras el mostrador. Sara vio que llevaba una quipa sobre el escaso pelo canoso. Se preguntó si habría alguna sinagoga cerca, no lo recordaba, y le dio vergüenza preguntar. En estos últimos tiempos se estaba reencontrando con cosas de su infancia que había dejado de lado durante largo tiempo. Lo único que recordaba con precisión era el casamiento con Roger.

El viejo eligió las marcas y los colores más adecuados para el estilo de Sara.

—¿Y qué estás pintando ahora?— preguntó el hombre.

Contestó que no tenía idea. Pero no confesó que no tenía idea de cuál era el estilo que él había mencionado. Se despidió y regresó a casa. El perro la había esperado en la puerta del negocio, y la acompañó fielmente de regreso. Ella le hablaba, mientras tanto, y él la escuchaba, sin duda, sin por ello de dejar su vigilancia de la gente que se cruzaba en el camino o en algo que olía en el aire.

Esa misma tarde intentó comenzar. Se sentó frente al atril, con la paleta preparada sobre una mesita, el pincel en la mano

derecha, y el perro sentado a un lado, como esperando. Ella lo miró, preguntándole:

—¿Qué voy a pintar? Todo esto me parece familiar, pero no sé cómo empezar.

Se le ocurrió entonces que pintaría un retrato del animal. Se entusiasmó con la idea. Mejor modelo no podría conseguir, el perro era de estarse quieto largas horas y de levantarse sólo para seguirla a ella. Hizo primero un esbozo, pero luego de varios intentos le salió tremendamente mal. Era posible que hubiese sido pintora alguna vez, se dijo, a juzgar por tan terrible resultado. Entonces, dejando el pincel sobre la paleta, se levantó y fue a la cocina. Tomó, distraídamente, una galleta del tarro de la alacena. Volvió frente al atril, pensando sobre el dibujo que había hecho. Arrancó la tela y colocó una nueva. Otra vez, se detuvo a pensar. Se sentó y tomó el pincel, ahora distraída, y de pronto se dio cuenta que era la mano izquierda. El retrato del perro esta vez salió prácticamente perfecto. No le llevó demasiado tiempo darse cuenta de que con esa mano el talento y la destreza plástica era innato. Fue así que, cuando hubo terminado, pintó el fondo del retrato, muy parecido al lugar donde estaban, pero con algunos toques inventados.

Durante los siguientes días se dedicó a pintar sin descanso. Retrató cada habitación de la casa, luego del jardín. Casi dos semanas después, salió con una maleta portátil llevando el atril y los enseres de pintura colgando de un hombro. El perro, que no tenía nombre, aún, iba a su lado. Recorrieron las calles del barrio, hasta llegar a una plaza. Se sentó en un banco y preparó las cosas. Buscó un paisaje adecuado, los árboles, la gente que pasaba. Todo resultó natural y extremadamente parecido a la realidad. Estaba contenta, y sin embargo terminaba el día sin satisfacción. Los cuadros re resultaban fieles a la ruinosa situación de

la ciudad pero insulsos. Eran como fotografías, con un estilo tan ingenuo que cualquier niño con talento podría haberlos pintado. Ella sabía que podría hacer algo más, estaba en su mente, muy en el fondo, una especie de talento inmanente que todavía no había salido. De alguna manera estaba tan segura, como si alguna vez lo hubiese visto concretado en una tela.

Fue en busca de nuevos motivos. Caminó y caminó, tomó taxis hasta la zona del puerto. Viendo el inmenso río, creyó hallar por fin el objeto adecuado a su arte. Pintó varios días en el mismo sitio, desde diferentes perspectivas. Barcos, dársenas, grúas, cargadores. Todo era interesante para objetivar en su pintura, y descubrió que ese era el problema. No había subjetivación. Suspiró profundo, sentada en su banqueta improvisada a la orilla del puerto. Miró a los hombres con sus grandes jorobas cargando pesos del triple de sus cuerpos. Aquellos hombres torcidos pero musculosos hacían resaltar el tamaño de las gibas. Iban y venían cargando bolsas. Al dejarlas en un depósito, regresaban ya sin el peso, pero siempre torcidos y vencidos. Comenzó a retratarlos. El resultado fueron varias pinturas con el mismo tema, grupos humanos en diferentes actividades, siempre en movimiento. Sus caras apenas se veían, pero sí sus cuerpos y sus cargas, en medio del ambiente neblinoso de una mañana portuaria. Cuando retrató lo mismo ya de noche, cuando la actividad de los hombres cesaba y los veía salir de sus lugares de trabajo hacia la calle, hizo pinturas que mostraban sus cuerpos caminando despacio, dispersándose en pequeños grupos de dos o tres. Algunos hacia las paradas de los micros, otros hacia los bares próximos. Sara fue siguiéndolos para observarlos durante sus charlas de café, sus breves parrandas a últimas horas de la noche. En estas oportunidades tomaba simplemente esbozos y confiaba en su memoria. No tenía miedo de esos hombres, ni de la noche del barrio portuario. El perro estaba con ella. Varias mujeres paradas en las

esquinas la vieron pasar, y vio en ellas expresiones de burla. El perro, sin embargo, las mantenía alejadas. A la mañana siguiente se levantaba muy temprano para trabajar, y estampaba en la tela todo lo que había visto la noche anterior. En el frenesí de la creación, poco veía de los resultados mientras pintaba. No reflexionaba ni era demasiado metódica en su arte, no utilizaba técnicas previamente aprehendidas o conscientes de alguna escuela en especial. Por eso, hacía breves intervalos para descansar cuando ya creía que el cuadro estaba terminado. Dispuesta a empezar uno nuevo y antes de sacarlo del atril, le echaba un vistazo rápido, no para hacer correcciones, sino para asegurarse de no repetirse demasiado. Fue entonces que se dio cuenta que los hombres que había pintado esa mañana, algunos de ellos, no tenían giba. Lo que consideró un error de sus dibujos, haciéndola reprocharse de su inhabilidad, de pronto se convirtió en miedo. Buscó los demás cuadros que estaban apoyados contra las paredes, tapados con lienzos. Todos, o casi todos donde había figuras humanas, algunos no poseían jorobas.

Se preguntó de dónde habría sacado la destreza para dibujarlos de esa manera, sin que resultaran grotescos. Pintar monstruos no era su especialidad, ya lo sabía a esas alturas. Se preguntó si los corregiría. Ya no se sería posible, pero podría de ahora en más tener más cuidado. Siguió pintando, con la idea de desechar aquellos cuadros erróneos que no retrataban la realidad. Sin embargo, mientras más se contenía, mientras más atención prestaba a su arte, mientras la conciencia más la dominaba, comenzaba a sentirse torpe, y los resultados sobre la tela era de una pusilanimidad incontrovertible. Sintió tal vergüenza de sí misma, que se decidió a continuar en sus intentos hasta lograr el resultado satisfactorio. Salteó las comidas, mordisqueó galletas o sándwiches que improvisaba rápidamente para volver al trabajo. La obsesión por lograr algo de arte valioso no le permitió detenerse. Y cada

cuadro le llevaba tanto esfuerzo, que al fin de cada jornada, contemplando el resultado, no veía más que una especie de fotografía sin espíritu, sin trascendencia. No sentía nada al observarlos. Destrozó el último en un ataque de ira. El perro husmeó el aire, como si oliera más que escuchara los signos de la violencia. Sara se sentó en el sofá de la sala, frustrada y hastiada. ¿Cuándo volvería Roger?, se preguntó, como si esa fuese la solución de todo. En él estaba la forma de ser y de pensar que la complementaba. Volvió a mirar las pinturas apoyadas contra las paredes, las que había considerado imperfectas. Eran, sin duda, mejores que las últimas, y pronto comenzó a dolerle la cabeza.

Las noches siguientes, tuvo sueños extraños. Los adjudicó al cansancio y al hastío de su soledad. Había decidido dejar de pintar por un tiempo. Y las imágenes, sin embargo, se le presentaban de noche, en sueños curiosamente relacionados con los grupos humanos que había pintado o intentado retratar. Cada noche eran más los hombres deformes, los hombres sin joroba.

Cuando terminó el verano, el primer día de otoño en Buenos Aires se apareció frío y nublado. Se levantó de la cama y sacó la ropa de invierno que guardaba en la parte superior del armario. Se vistió con un pantalón de corderoy y un pulóver tejido a mano que se había hecho ella misma alguna vez, no recordaba cuándo. Se miró al espejo del baño. El cabello estaba más largo, y podía peinarlo de una forma que más le gustaba, a veces recogida en la nuca, con un rodete simple, a veces suelto. Había aumentado de peso, y ya no tenía ojeras tan marcadas. Se preparó un desayuno, y dio de comer al perro.

—Nunca te puse nombre— le dijo, mientras lo veía comer de su plato. —¿Cómo te gustaría llamarte?— El animal levantó la cabeza. Ella lo miró y supo la respuesta en los ojos ciegos.— Dicen que el poeta más perfecto de la antigüedad era ciego. Los poetas

son como profetas, amigo mío, así que te llamaré como él. Te parecés a los hombres, imperfectos, incapacitado para ciertas cosas, pero con una especie de don para lo escondido.

Entonces alguien tocó el timbre. Ella se sorprendió, no era día de visita para la gente de los tribunales, que ya habían dejado de molestarla imprevistamente y avisaban sus entrevistas rutinarias con antelación. Como tardó en acudir a la puerta, escuchó el ruido de una llave en la cerradura. El perro corrió hacia la entrada, ladrando con furia. La llave cesó en su intento. Sara se acercó y preguntó quién era. Una voz le respondió, pero los ladridos del perro no le permitieron entender. Trató de hacerlo callar, pero era inútil. Antes de abrir, creyó escuchar su nombre desde el otro lado, en la voz de un hombre.

Sara entreabrió la puerta, espiando por ese estrecho espacio. Vio a un hombre alto y delgado, con barba y cabello largo, entrecano y ojos claros. Su corazón comenzó a golpearle el pecho, porque aun cuando no lo reconocía, estaba segura que era Roger.

—¡Sara! ¡Soy yo! ¡Sara, por favor, abríme!

Entonces ella abrió la puerta, y el perro se abalanzó contra el recién venido. Comenzó a morderle el antebrazo con que intentó protegerse. Roger cayó al suelo mientras el perro no dejaba de sujetarlo. Ante los gritos de Sara, el animal fue dándose cuenta que debía soltarlo. Con saliva colgando de la boca, dejó a Roger en el suelo en el umbral de la puerta, y se alejó hacia la cocina, como para esconderse, de pronto avergonzado por la fuerte reprimenda de Sara. Roger estaba con el brazo izquierdo lleno de sangre. La ropa que llevaba era vieja y estaba sucia. Ella trató de ayudarlo a levantarse, pero él la miraba a los ojos y se puso a llorar con desesperación. Estaba sin fuerzas, excesivamente delgado. La giba se le marcaba como un esqueleto externo a sus espaldas,

como si cargase con otro hombre más pequeño pero más pesado incluso que él mismo.

Ella contemplaba su llanto en el rostro demacrado, pero no atinó más que a cubrir el brazo herido para que no continuara sangrando.

—¡Dios mío, Sara querida!— decía Roger, sin poder dejar el llanto que lo hacía estremecerse. Ella sentía el temblor en su propio cuerpo, y un miedo frío comenzó a invadirla.

—¡Hace cuánto que no nos vemos, amor mío, y ni un beso me das! Parece que no te alegraras de verme. No te das cuenta de lo que he pasado y lo que he visto… Ya te contaré alguna vez… Pero veo algo mal en tus ojos, Sara…—Y él intentó reírse de lo patético de su situación al ver al perro que seguía vigilándolo desde la cocina. El reírse y el llorar se confundieron en un mismo estremecimiento que le impedía levantarse. Las piernas estaban delgadas, ella pudo palpar los huesos que parecían sobresalir de los extremos del pantalón.

—Cuando me recupere, amor mío, seremos felices. Ya vas a ver… Te contaré lo que he visto, porque es posible, Sara, es posible…—dijo insistentemente, como si hubiese descubierto el hallazgo más transcendente para la humanidad.—Tendremos un hijo normal, querida mía, un hijo sin giba…—Y al decir esto, intentó acariciar con su mano herida una mejilla de Sara.

Tal contacto la sobresaltó, porque de pronto se había hundido en un abismo demasiado profundo cuando escuchó las últimas palabras de su esposo. Todo recuerdo regresó desde su sitio exacto en el tiempo. Todo fue tomando forma con una exactitud metódica y cronométrica. Y empezó a reírse con una terrible carcajada que era furia a punto de estallar. Roger la miró sin com-

prender, pero ella seguía riendo mientras se levantaba, dejándolo a él en el piso. Regresando al interior de la casa, llamó al perro, sosteniéndose de la puerta al sentir que su cuerpo se contraía por la terrible risa que no podía detener. Todo un armamento de recuerdos se abalanzó de pronto en su mente, que no podía soportarlos sin verse ella misma destruida y abolida, postrada en el suelo como lo estaba el otro.

El otro, cuya existencia era una herida abierta en su mente, ahora estaba muriendo entre los dientes del perro, fiel a los nuevos tiempos donde el recuerdo de los hombres de espaldas rectas habría de desaparecer para siempre, si es que alguna vez hubieron existido.

LOS MONOS

1

La mano de simio de mi hijo fue un hecho inquebrantable. Antes y después de eso, el mundo fue y sería completamente diferente, y no estoy hablando de la forma en que yo lo vería, sino literal y concretamente distinto. Fue debido al nacimiento de mi pequeño Homero cuando yo comencé a abrir mis ojos a lo que no quise o no me interesaba ver, a prestar atención a lo que antes pasaba superficialmente por mis oídos. Palabras escabullidas por las puertas de restaurantes y edificios de oficinas en pleno centro de Buenos Aires. Accidentes ocurridos sin explicación en las avenidas y autopistas, donde automovilistas distraídos, o quizá de pronto dominados por el pánico, veían frente al parabrisas cosas que únicamente estaban en sus mentes, como recuerdos ancestrales que regresaban igual que asaltantes para robarles la razón que tantos siglos le llevó al hombre conquistar.

O tal vez vieron, en sus manos sobre el volante, la aparición de algo extraño, manos que no les pertenecían y sin embargo eran suyas desde siempre. Porque es verdad que desde el nacimiento de Homero empecé a darme cuenta de toda esa avalancha de evidencias que antes no entendí por mero ensimismamiento en mi vida recoleta, la aparente felicidad conyugal encerrada en el ámbito de un departamento en un alto edificio sobre la Avenida

Libertador, a no muchas cuadras del Río de la Plata, ancho y gemebundo por sus eternos quejidos de mastodonte que se dirige a paso muerto hacia el océano. Un río que se cree a sí mismo un océano.

Y es así como nosotros y tantos otros nos considerábamos, únicos e irrepetibles, aislados en este continente dando las espaldas a la selva que constituye la esencia de estas tierras, por mal que nos pese. Miramos al viejo continente, y éste mira por encima de nuestros hombros, confundiendo nuestra civilización imitada con la barbarie del campo o de la selva.

El médico de la clínica Santa Trinidad me fue a buscar a la sala de espera, donde yo aguardaba sentado en un sillón frente a un amplio ventanal que dejaba entrar el sol sobre la Plaza. Enfrente, el Teatro Colón mostraba sus ruinas mientras era desmantelado lentamente desde hacía largos meses. Mientras miraba a la grúa que se arrimaba a sus antiguas paredes, sentí la voz del doctor Farías a mi lado.

—Señor…señor…— dijo, tocándome el hombro dos veces, hasta que decidí apartar la mirada de la muerte que derrumbaba edificios y lo miré, dándome cuenta por sus ojos que algo malo había pasado.

—Señor, necesito que me acompañe a mi consultorio, por favor.

Con su mano derecha agarró con suavidad mi codo izquierdo, más delicadamente de lo que cualquier mujer lo haría. Era un hombre joven, heredero y dueño ya de aquella clínica que desde más de dos generaciones atrás pertenecía a su familia, entre cuyos miembros hubo por lo menos un ministro de salud.

Yo me dejé conducir por los pasillos, y adiviné que me llevaba hacia la nursery. El doctor comenzó a hablarme con una

sonrisa casi imperceptible a simple vista, era más que nada la parsimonia de su tono lo que la sugería. Las enfermeras nos pasaban por los costados con las miradas inertes. Todo aquel blanco me confundía, me hipnotizaba, incluso las pinturas de arte en las paredes eran apenas esbozos difusos sin formas concretas, como nubes sobre cielos blancos. El silencio de la tarde era propio de un domingo, con escaso tráfico. Es verdad que las paredes de la clínica estaban casi insonorizadas para proteger la serenidad de los pacientes y permitir el trabajo grave y concentrado de los médicos, y que las calles de los alrededores habían sido cerradas por los trabajos de demolición del teatro.

Sentí un estruendo sordo, apagado, y supe que alguno de los gruesos muros estaba cayendo, entonces la voz del doctor Farías se me antojó de una obscenidad insoportable, no era un grito sino un canto blasfemo. Una orquesta completa hacía crisis en un *crescendo* de timbales que fue abortado por la voz antigua de un *castrati*. La leve feminidad del doctor Farías me sugería la protesta, la angustia y la desesperación de su eterna pérdida.

Llegamos al ventanal de la nursery. Las cunas estaban alineadas como las filas de un ejército. Todas blancas y de sábanas inmaculadas. Yo miré con atención, ansioso por dejarme llevar de las manos de la curiosidad y el entusiasmo. Era mi primer hijo, el primero que Samanta y yo teníamos. La mano del médico se apoyó en el cristal, y con el dedo señaló una cuna. Al principio no lograba ubicar a cuál se refería, para mí eran todas iguales, lo mismo que los bebés en ellas. Luego él me tomó del mentón, y esa confianza que creía abusiva fue el signo más trágico y a la vez más tierno que recibiría en mucho tiempo. Su mano dirigió mi mirada hacia una cuna de la primera fila, que yo casi había obviado.

Pude verla claramente, separada por un metro exacto de cada lado de las otras cunas. El bebé, mi hijo, dormía cubierto hasta el cuello por una sábana. Su cabello ralo era muy claro, como el de Samanta. Tal vez se oscurecería con los años, pero no importaba, por supuesto. No vi el color de sus ojos, pero sentí la necesidad de atravesar el vidrio, levantarlo y mecerlo.

Cuando iba a hablar, el doctor golpeo el ventanal con un nudillo que la enfermera interpretó enseguida.

—Señor, hay algo que debe saber…

—¿Qué le pasó a mi esposa?— pregunté. Algo se me venía encima, mientras seguí escuchando los muros del teatro cayendo para siempre.

—Su esposa está bien, señor, aún duerme en su habitación. Es de su hijo del que quiero hablarle…

Entonces hizo una señal a la enfermera, que aguardaba junto a la cuna, siguiendo nuestras palabras mudas a través del vidrio, y ella levantó la sábana que cubría el pequeño cuerpo de Homero.

Vi que su mano derecha era diferente a la izquierda. Era una mano de simio, no sólo por la vellosidad oscura y que se adivinaba suave todavía, sino por los dedos largos, el pulgar corto y la palma más cuadrada o casi rectangular.

El doctor trató de llevarme hacia el consultorio, pero yo apoyé las manos sobre el vidrio, con la mirada fija y extasiada sobre el cuerpo de mi hijo. La enfermera, en entendimiento con el médico, ya había tapado la mano, pero yo le supliqué en voz alta, con señas y golpes en el vidrio que no me lo ocultara más, porque ella se había interpuesto entre la cuna y el ventanal.

—Señor, por favor, acompáñeme al consultorio.

Yo no me movía de ahí, diciendo en tartamudeos frases torpes que ya no recuerdo, y que probablemente no tenían ningún sentido. Sentí nauseas y me incliné apoyando las manos en las rodillas.

—Leandro, por favor— insistió el médico, llamándome por el nombre por primera vez desde que Samanta y yo lo consultamos tantos meses antes. Levanté la vista hacia él, y me acompañó por el pasillo hasta hacerme sentar en un sofá junto a una pared del amplio consultorio que ya conocíamos por haber ido a tantos controles y ecografías.

Me trajo un vaso de agua y una enfermera entró a controlarme la presión arterial. Yo la rechacé con brusquedad y ella se apartó con paciencia. Tanta serenidad y amabilidad me exasperaban, quería levantarme y romper algo, gritar, atravesar el vidrio y comprobar una vez más que era mi hijo el que me habían mostrado. Pasaron por mi memoria todos los miedos que Samanta y yo habíamos tenido por la posibilidad de una enfermedad. Hicimos estudios de genética para comprobar la viabilidad de cada uno, porque las leyes así lo obligaban. En realidad ella y yo nada sabíamos de esas leyes, siendo padres por primera vez. Los medios no informaban demasiado, saturados de noticias sensacionalistas y del espectáculo. Tantas leyes había, tantos reglamentos, que la sociedad ya había sido inmunizada contra todo eso. Las mentes parecían haberse amoldado al acomodaticio vaivén de lo ya servido. Las computadoras pagaban los servicios esenciales y los impuestos, y el trabajo en la ciudad se realizaba en casas y oficinas. No necesitaba moverme de nuestro departamento para dar mis clases, los alumnos se conectaban a la red y yo dictaba mis cursos de literatura española de ese modo desde siempre.

Samanta era abogada, y tampoco iba ya a los tribunales para dirimir casos frente al juez.

Nosotros visitábamos al doctor Farías por puro gusto. Las ecografías las realizaba de manera tradicional para determinados pacientes. Eso me había gustado mucho, encontrando en aquel médico una sensibilidad más humanista que científica. Pero ahora, en este momento en que trataba de explicarme lo que supuestamente no había podido decirme antes, yo lo aborrecí tanto que podría haberlo matado con cualquier cosa a mi alcance. Sobre su escritorio había un portarretratos con vidrios, y en el carro de curaciones tijeras y bisturís.

En medio de todo eso, lo escuché decir:

—Leandro, no pude advertirlo antes porque no había ningún indicio de que el bebé tendría esta característica. Usted sabe que hicimos punciones amnióticas, porque es lo rutinario, y a pesar del peligro que siempre representa. Ya lo hemos hablado en su momento…

Farías se levantó de la silla que había colocado junto a mí para hablarme de cerca, en voz casi baja y lentamente. El guardapolvo se le había arrugado y tenía la corbata torcida, entonces me di cuenta de que había sido yo el que hizo eso; agarrarlo del guardapolvo y zarandearlo cuando quiso que la enfermera me tomara la presión. Ella ya no estaba, y la puerta cerrada convertía ese consultorio en un antro maloliente de mentiras blancas.

—Dígame la verdad—le ordené al doctor Farías, más con la mirada que con mi voz. Muchos me han dicho antes que la reprobación de mis ojos a veces es más cruel que la sentencia de mis palabras.

El médico volvió a sentarse en la silla de madera trabajada y tapizado de pana verde. Todo en el consultorio resultaba honorable, o quizá venerable: el escritorio de madera clara, las sillas haciendo juego, el sillón en el que yo estaba sentado, los cuadros en la paredes de pintores impresionistas, el perchero donde colgaba el sobretodo de vicuña del doctor, una bufanda de lana de merino y un paraguas con mango esculpido. Hasta el carrito de curaciones era antiguo y su contenido oculto por una tapa corrediza. Las cortinas blancas daban la luminosidad exactamente estéril para aquel cuarto.

—Mire, Leandro…

—Le agradecería, doctor— lo interrumpí— que no utilice mi nombre de pila nunca más…

Farías se quedó mirándome con una profunda pena, parecía dolerle aquello más que el motivo que nos había reunido.

—Como quiera, profesor…Sólo necesito hacerle comprender que la clínica cumple rigurosamente con los requerimientos establecidos por el Ministerio de Salud de la Nación. Hicimos todos los estudios para detectar cualquier enfermedad genética o malformación conocida. Pero la verdad es que la enfermedad de su hijo ha sido muy poco estudiada todavía. Hace apenas siete años que se registró el primer caso, aunque se sabía que ya de antes hubo casos no denunciados.

—¿Pero qué es, por Dios santo?

—Profesor, no puedo decirle lo que no sé, y nadie sabe en realidad. Han aparecido algunos estudios, pero los casos registrados y seguidos en estos años no son suficientes todavía para determinar un origen más o menos seguro. Se sabe que se trata de una regresión,

aparentemente información genética que a lo largo de los milenios se tornó regresiva, y que ahora por alguna causa se ha vuelto dominante, y por lo tanto se manifiesta morfológicamente.

Me quedé pensando en lo que eso implicaba por simple deducción.

—Morfológicamente, y funcionalmente también, por supuesto, supongo. Incluida la psiquis.

El doctor sonrió con tristeza.

—Fisiológicamente sí, pero nada sabemos de la psicología de los afectados. Los primeros casos se han perdido porque ocurrieron en poblaciones de Sudáfrica devastadas por las guerras civiles. Los que se dieron en Europa continúan siendo vigilados, pero los niños no tienen más de cinco o seis años.

—¿Y cuántos hay hasta ahora?

—Por el último registro, quinientos en todo el mundo. En Sudamérica hay un centro de investigación en Brasilia, y otro de rehabilitación en Montevideo. Acá en Buenos Aires, tal vez uno o dos.

Cuando dijo esto, su mirada se volvió altiva, casi orgullosa, podría asegurar. Y entonces la calma que había ya dominado mi desesperación durante la charla, regresó.

—Tengo la impresión, doctor, que usted sabe más de lo que dice. Todo esto debe estar en cualquier red dedicada a informaciones de salud…

—No esté tan seguro de eso. Los ministerios de cada país deciden sus prioridades.

Me reí de tales ingenuidades, y me restregué con los ojos húmedos.

—No degrade su inteligencia, doctor Farías, mintiéndome de esa manera. Pocos son los que buscan información en las redes, y muchos menos en revistas de medicina. Quinientos casos en siete años no es una epidemia. Si como usted dice, los reglamentos del ministerio son tan estrictos, esta clínica debió haberlos cumplido con respecto a la enfermedad de mi hijo. Sé que usted ha tenido familiares en el gobierno, y sin duda la influencia continúa, es evidente. He escuchado cosas en la calle, doctor, cosas que recién ahora me vienen a la mente como si antes fuese un papel que guardado en archivos que recién ahora abro. Y parece una caja de Pandora…

Farías no respondió, esperando. Su cara era fría, triste, pero sobre todo resentida. Lo vi levantarse de la silla, desabotonarse el guardapolvo lentamente, colocarlo en el perchero, sacarse luego la corbata y colgarla también. Fue hasta el baño y escuché el agua de la canilla e imaginé que debía estarse lavando la cara, restregándosela con fruición y mirándose en el espejo. Regresó secándose con una toalla de mano, que dejó sobre el respaldo de la silla donde había estado sentado. Todo aquel doméstico descuido me desconcertó por un momento, pero me di cuenta que había hallado el punto débil del doctor Farías. Tenía la camisa abierta hasta la mitad del pecho, y entre el vello descubrí la gran letra marcada para siempre. Parte de los reglamentos del ministerio, convertidos en leyes por el sistema legislativo, aprobado por ambas cámaras hace ya mucho tiempo. Toda información, absolutamente toda, debía registrarse, y por lo tanto todo era un estigma. Lo físico y lo psicológico, las conductas aprehendidas o congénitas. El feto, o más bien el embrión como una fuente de información del futuro. La diabetes, los accidentes cerebro vasculares, los cánceres, las malformaciones, las psicosis, la esquizofrenia, la pederastia, el asesinato.

—Si hasta la homosexualidad puede determinarse antes del nacimiento, y usted me dice que lo de mi hijo, tan grave y tan desconcertante, no lo han podido detectar.

Farías se dejó caer en la silla, pero pronto recuperó su altivez.

—¿Y qué habría hecho usted, profesor, de saber cómo iba a ser su hijo? ¿Habría estado dispuesto a abortarlo?

Me habría gustado hundirle esa pedantería de su voz y de su rostro hasta lo más profundo de su cráneo con un gran golpe.

—No sé lo que habría hecho, sólo sé lo que usted tenía que hacer…

No me dio tiempo a terminar, se levantó y se abrió más la camisa, dejando ver toda la extensión de la gran letra en su pecho.

—¿Usted tiene algo que lo identifique, profesor? Yo he sobrevivido y he logrado mucho a pesar de esta letra. Desde mucho antes de los tiempos de la novela de Hawthorne, usted lo sabe mejor que yo, y no importa la letra de que se trate, o el idioma. Una letra marcada con miles de números en códigos de barra sólo perceptibles a los sensores de cualquier institución pública o privada, bancos o financieras. Y para el gran público ignorante la gran letra que cualquiera puede ver.

La voz le temblaba, y entonces supe que el doctor Farías debió haber estado haciendo eso durante mucho tiempo. Esperando y estudiando los casos suficientemente para no ser descubierto, hasta que se encontró conmigo. Sin duda, lo extraño de la enfermedad de mi hijo era un arma de doble filo para él, un riesgo que debió estimularlo. Debía ya estar hastiado de tanta venganza trivial y hasta inútil. Ahora había encontrado un estigma más grande que el suyo.

—¿Ve esas tomos en mi biblioteca, profesor? Seguro los notó al entrar, pero ya pocos dedican su mirada a los libros. Es una colección de revistas viejas de medicina del siglo pasado. Hay un caso de medicina forense que me llamó mucho la atención: un hombre que nació deformado por el uso habitual del fórceps en esa época, secuestraba mujeres embarazadas para hacer lo mismo, y crear monstruos.

No sé por qué casi largué una carcajada llena de triste sarcasmo. Pero como eso era una total irreverencia hacia mi mujer y mi hijo, sólo atiné a levantarme y agarrar a Farías de la camisa con la mano izquierda y comenzar a darle puñetazos con la derecha. Su cuerpo delgado fue cayendo al piso con todo su peso, y mi escasa fuerza de profesor de escuela tampoco pudo sostenerlo por mucho tiempo. No gritó, sólo pude escuchar el desgarro de la camisa blanca y la caída del cuerpo sobre la alfombra. Pero li ira no dejó de dominarme, así que fui hasta el escritorio y agarré un viejo cortapapeles. Tenía una inscripción de la Academia Nacional de Medicina dedicada al otro doctor Farías, antiguo ministro.

Iba a clavarlo en el cuerpo de su descendiente, el último de los Farías, probablemente. Pero cuando oí su llanto, pensé en Homero, en el bebé al que sin embargo aún no había visto llorar ni había sostenido en brazos todavía. Entonces me incliné sobre el doctor, y le sequé la cara con mi pañuelo, y cuando estuve a punto de ayudarlo a levantarse, él me agarró de la cabeza y me besó en los labios. Un beso corto, un beso trágico y lleno de angustia.

Él pareció serenarse después de eso. Yo salí con un cáncer de dolor en el pecho.

2

Llegamos a la institución que el doctor Farías nos recomendó. Según él, era el único centro con la capacidad para atender a nuestro Homero por los menos en los primeros años de su vida, mientras se le hacían los estudios necesarios. Ya se había encargado de registrar el nacimiento en una fundación de investigación dedicada a la enfermedad de Rumpelstiltskin. Cuando escuché tal nombre, creí sinceramente que el doctor se estaba burlando a costa de nuestro sufrimiento, quizá en venganza por el golpe que le había dado en su consultorio. Él me miró, adivinándolo por mi expresión.

—Es el nombre del médico que la estudió con más asiduidad— mi dijo. No había burla ni más sarcasmo que el propio de la fatalidad.

Mientras el auto avanzaba por la autopista hacia el norte de Buenos Aires, yo observaba a mi hijo envuelto en su abrigo de lana y en los brazos de mi mujer. Samanta tenía la mirada puesta en el parabrisas, observando muy de tanto en tanto si el pequeño mostraba alguna expresión de incomodidad. Dos veces su mano de simio se asomó de las mangas largas y anchas del abrigo, y en seguida se encargó ella de ocultarla.

El enano del cuento de Grimm parecía estar bailando alrededor nuestro, incluso a veces creí verlo por fuera de los cristales, corriendo a la par del auto a uno y otro lado o haciendo ruidos en el techo. Habíamos decidido tomar un taxi, por supuesto, ninguno de los dos estaba con los nervios suficientemente dominados como para conducir. El taxista nos observaba por el espejo retrovisor, dispuesto a entablar conversación, pero nuestras caras compungidas lo hizo desistir varias veces durante el trayecto.

Al fin estacionamos frente a la entrada de una de quinta en San Isidro. Detrás de las cercas de ligustro había muros de ladrillos, y por la gran reja de entrada vimos la casona tipo victoriana que había pertenecido alguna vez a una escritora y editora importante. Ahora allí, donde habían habitado fantasmas imaginados, éstos tomaron forma por medio de las avatares de la realidad económica o social, o como se quiera llamarle. Encontraron caminos hasta concretarse en esos seres que vivían desde hacía algún tiempo en esas habitaciones convertidas en asilos. No habría, desde hoy, más que un niño con la enfermedad de mi hijo, hasta que otro se presentara. Los demás, según me habían contado, eran enfermos mentales o físicos, malformados, hidrocefálicos, síndromes de Down y otros muchos más extraños. Pero todos eran niños de no más de once años. La institución era administrada y el personal entrenado por los mejores especialistas. Llegaban del extranjero muchos médicos eminentes en enfermedades congénitas, pero aquellas visitas se reunían en congresos fuera del ámbito de la casona, habitualmente en Buenos Aires. La tranquilidad de los pasillos y los jardines de la gran casa no era estorbada por pasos apurados o voces que no perteneciesen a los mismos pacientes.

Era un día nublado, demasiado húmedo, con una llovizna que nunca llegaba, y cuya espera era más molesta que su cons-

tante amenaza. El taxista detuvo el auto pero no paró el motor, ni siquiera fue a abrir el baúl donde estaba la valija con las pertenencias que habíamos comprado durante el embarazo para la futura vida de Homero. Samanta había reunido todas aquellas cosas con parsimonia la noche anterior, sin permitirme que la ayudase. La recuerdo doblar cada ropita y ponerla prolijamente en la valija, envolver cada juguete en celofán y colocarlo en una bolsa aparte. Había osos de peluche, autos en miniatura y un equipo de construcción cuyos pequeños ladrillos no sabíamos si podría agarrar con su mano de simio. Todo fue cerrado cuidadosamente, hastiados ambos de dolor acumulado en aquellas semanas desde que salimos de la clínica, y la decisión de no entablar ningún tipo de juicio o demanda fue tomada por resignación, y sobre todo con el enorme cansancio que llevábamos a cuestas.

Bajé del auto y abrí el baúl. Saqué la valija y la bolsa de juguetes. Ayudé luego a Samanta a bajar. El bebé despertó, y sus ojos marrones despertaron para mirar el cielo gris sobre nosotros. Creo que sonrió. La belleza de su cara era rústica, naturalmente espléndida, sin resabios de artificios. Su cabello crespo y oscuro ya era largo para lo que se acostumbraba para un niño de poco más de un mes, pero a él no parecía serle necesario ningún arreglo acorde a lo esperado por la sociedad. Recuerdo el día que lo bañé por primera vez en casa. Samanta no había querido hacerlo, enclaustrada en su cuarto, sin siquiera darle el pecho. Yo hice comprar leche en polvo, preparándola en la mamadera según las instrucciones del folleto que nos habían dado en la clínica para padres primerizos. Varios días después, tiré el folleto y me atuve a mi instinto, pero sobre todo al instinto que veía en el rostro de Homero. Él, de algún modo, parecía indicarme cuándo y cómo atenderlo. No lloraba estridentemente, sólo emitía gemidos y de vez en cuando algún llanto que indicaba las molestias de sus pañales sucios. Cuando lo bañé por primera vez, lo lavé con cuida-

do, temeroso de lastimarlo, sin atreverme a pasar mis dedos por la mano de mono. La observaba de reojo, evitándola como si no existiera. Cuando ya estaba terminando y a punto de secarlo, esa mano se apoyó en mi antebrazo. Sentí el contacto del pelo mojado, y fue una sensación totalmente diferente al resto de su cuerpo. Creí, por un infinitesimal instante, que otro ser me había tocado, y de pronto tuve el también fugaz pensamiento de que el que me tocaba era un hombre. Entonces lo levanté, sacándolo del agua, llevándolo en brazos hacia la cama matrimonial, donde Samanta estaba recostada, vestida, mirando la televisión. Ella me miró con sorpresa, y dijo que iba a mojar toda la cama. Yo me sonreí, porque sabía que iba a vencer esa hosquedad y resentimiento. Comencé a secar a Homero con fuerza, como jugando, mientras él empezaba a reírse también con fuerza, y se defendía con los brazos. Entonces sequé también la mano de simio y luego la acerqué a mi cara para olerla. El olor a pelo mojado era distinto al de su cabello. Éste era más suave, y olía al tradicional aroma a bebé. Pero la mano tenía un olor que lentamente fue sugiriéndome el almizcle, a veces al pino, y otros, ya más adelante, y cuando ya estuvo internado, el olor del estiércol bajo la hojarasca de un bosque.

Samanta no se acercó a compartir con nosotros ese momento. Su olfato estaba cerrado a la imaginación, y únicamente abierto al desastre de la realidad.

Dos semanas después ella me pidió que lo lleváramos a la institución. Yo la veía cada vez más frenética e irritable. Cada una de mis horas fuera de casa, o durante mi trabajo en la oficina desde donde impartía mis clases, se me hacía un camino cuesta arriba de preocupaciones. Sabía que ella había retomado su trabajo, y pasaba horas en su propio estudio lleno de libros de abogacía y jurisprudencia. Tanto conocimiento no le había per-

mitido ceder, porque era eso lo que en mi opinión debía hacer: ceder el paso a su sentimiento demoliendo las construcciones de la idealidad. Porque ella no era una abogada que se contentaba con concretar arreglos profesionales donde el dinero iba y venía a cambio de pequeñas o grandes concesiones de la verdadera justicia. ¿Además, a qué se llama verdadera, o meramente justicia? Su padre y su abuelo fueron abogados, incluso su madre se había especializado en divorcios, siendo famosa en Buenos Aires por la forma en que conciliaba matrimonios desavenidos.

Lo que todos en nuestra familia considerábamos un mérito, ahora era una contradicción, un instrumento de destrucción para la pequeña sociedad que era nuestra estrecha familia. Porque por más que considerara al sentimiento del amor como su fundación, no le era factible comprender que esta construcción no pudiese ser mantenida con otra cosa que con los andamios de la idealidad. Lo que nacía fuera de ella, pertenecía a lo no prudente, a lo que debía ser evitado, y si eso nacía dentro de la propia construcción, o incluso formaba parte de las mismas paredes, —¿porque qué es nuestro propio cuerpo, o el cuerpo de nuestros seres queridos, sino paredes con las cuales no tenemos más remedio que entablar contacto diario, íntimo, incondicional, para adentrarnos en las zonas del alma?—, la construcción debía ser paralizada con una faja de clausura. Los expedientes rumiarían ira en los estantes de los tribunales, a la espera de su transcripción al sistema digital, cuando hubiese empleados hábiles que tuviesen suficiente tiempo para hacerlo. Y cuando eso fuese cumplido, el olor de la podredumbre ya dejaría de sentirse, porque los números abstractos no huelen a nada.

Yo habría querido explicarle que incluso esos números son leídos por alguien alguna vez, números que desatan recuerdos que tienen aromas, porque la imaginación está estrechamente

vinculada a la ficción, y toda ficción en realidad es un remoto recuerdo en los números imprecisos de las combinaciones genéticas.

Pude oler, ese día del baño de mi hijo, el antiguo, el extensamente remoto aroma de lo ancestral. Lo sentí en las puntas de mis dedos cuando toqué la mano de simio, cuando la acaricié el día que lo abandonamos en la institución. Porque fue un abandono cuando Samanta y yo fuimos subiendo las cortas escaleras de entrada, luego atravesando la puerta de madera y cristal hacia los salones viejos y atestados de sabor civilizador, con sus vitrinas y jarrones. Era un museo que ocultaba, muy adentro, por los pasillos y tras las puertas de las habitaciones, otro museo de fenómenos que necesitaban ser tratados, ayudados, contenidos, según los cánones de nuestra civilización experimentada en discernir lo que no es normal y no puede convivir con el resto.

Nos recibió una mujer que se presentó como la directora del lugar. Era anciana, y creí reconocer su rostro de alguna revista o diario de actualidad, pero ya de hace muchos años atrás.

—Soy la doctora Moreau, mucho gusto en conocerlos.

Nos estrechamos las manos, y ella en seguida se acercó para conocer a nuestro hijo. No hizo los acostumbrados arrumacos, sino que lo trató como si le estuviésemos encargando del cuidado y el tratamiento de una pieza mecánica mal ensamblada.

—Tengan la seguridad que el pequeño tendrá el mejor cuidado y tratamiento.

Quise deshacerme un poco, por lo menos, de la sensación de culpabilidad que me estaba carcomiendo los nervios, pero cuando iba a hablar ella nos pidió que la acompañáramos a su oficina. Apenas entramos, una enfermera nos aguardaba, y ya

delante de nosotros, nos dijo que podíamos dejar al niño a su cuidado. Samanta la miró, sorprendida por primera vez desde que Homero había nacido, como si este momento, que todos sabíamos iba a presentarse, fuese algo de pronto no esperado. Ella hizo el además de entregarme al bebé para que lo sostuviera. Cuando así lo hice, ella se sentó en un sillón frente al escritorio de la doctora, que ya estaba también sentada en su lugar, con el ventanal cubierto en parte por las pesadas cortinas de pana roja que daba al gran parque. Samanta se inclinó sobre el escritorio y comenzó a leer los papeles de la internación. La vi pasar la mirada atenta, estudiando línea tras línea, una hoja después de otra de extensos folios. La doctora aguardaba con paciencia, echando algunas miradas hacia mí.

Homero estaba tranquilo en mis brazos, mirándome a veces, o a los altos techos de la sala. Su mano de simio se escabulló de la manga y comenzó a moverse inquieta, extremadamente gestual, mientras sus dedos apergaminados y vellosos se cerraban y abrían, por momentos con sólo el dedo índice extendido. Por unos instantes me pareció ver que dibujaba letras en el aire. Deseché pronto tal pensamiento, y vi que la enfermera me observaba impaciente.

—Profesor, sería mejor para ustedes dejar que la enfermera se encargue del niño desde ahora…

No vi los ojos de la enfermera con claridad, sólo las manos que me tocaron para agarrar al niño. Creo que yo debí estar pálido, con una cara de idiota que me habría dado vergüenza de estar consciente de esto. Hice lo que me pidieron, y ni siquiera me di cuenta cuando salieron y se cerró la puerta. Samanta seguía leyendo, o por lo menos simulaba que lo hacía, como tantas veces la vi hacerlo cuando pensaba y reflexionaba un caso especialmente complicado. Esa era su defensa, el enclaustramiento tras

los muros del impenetrable conocimiento. Entonces la vi firmar cada hoja del acuerdo de internación. Luego volvió a reclinarse sobre el respaldo del sillón y extendió el brazo con la lapicera sin mirarme.

La doctora me pidió que me sentara en el otro sillón junto a mi mujer. Me acercó la copia del acuerdo, la agarré y me puse a leerlo sin separar mi cuerpo del respaldo. Pasaron dos minutos, di vuelta las páginas, volvía a leer varias más de dos veces. Me crucé de piernas, sacando un cigarrillo de mi bolsillo, encendiéndolo mientras ambas me miraban desaprobadoramente.

—No está permitido fumar en esta institución, profesor.

—No creo que a nadie que esté internado aquí les haga más daño del que ya tienen, creo yo.

Continué leyendo, pero mi cabeza desvariaba en violentas escenas de locura y asesinatos perpetrados por un hombre tranquilo, profesor de literatura, sobre una serie de mujeres que serían violadas, muertas y desmembradas por ese mismo hombre aparentemente pacífico. Yo temblaba, y sé que ellas se dieron cuenta. Pero lo que me fue tan fácil en el consultorio del doctor Farías, aquí me fue imposible. Ya no era cuestión de adjudicar culpas, porque ahora el culpable de lo que estaba sucediendo era yo. A Samanta ya no podía contarla, porque con su sola firma no habría habido internación. Las leyes requerían el permiso expreso de ambos congéneres, y por tal motivo, y sin imaginación ni valor para hacer más que delirar con irrisorias escenas de melodrama, agarré la lapicera que Samanta no soltó en todo el tiempo que yo me había tomado, como si de esa manera hiciera constar que lo que uno hacía era consecuencia del otro, uniéndome a ella en un lazo legal, —único que desde entonces nos uniría—, en algo que yo encontré más parecido a una complicidad delictiva.

Salimos de la casona sin que nos dejaran visitar las habitaciones internas o los otros pisos. Pero antes la doctora Moreau,—y cada vez que la veía no prestaba atención a sus palabras más que a la fisonomía de su rostro, en cada ocasión más similar a lo que yo imaginaba el perfil del personaje de Wells—, nos pidió acercarnos al ventanal tras su escritorio. La luz cálida del mediodía se asentaba lenta y firmemente sobre los cristales. Un silencio solemne, pero natural dominaba todo aquello, ni siquiera los sonidos de los autos en las calles cercanas llegaban como molestias, sino filtrados por el denso aire húmedo del parque y los muros gruesos de antiquísima estirpe. Era un lugar donde el tiempo se había estancado en el espacio arquitectónico, y los únicos sonidos eran el silbido del viento en las hojas de los sauces y las ramas de los pinos, el rastrillo de los jardineros arrastrando la hojarasca. A veces, el ruido de la reja de entrada, abriéndose y cerrándose automáticamente por orden del portero electrónico desde alguna sala interna donde estaba el sistema de seguridad. Debía haber cámaras escondidas en alguna parte, aunque yo no pudo encontrar ninguna en esa primera visita.

Escuché un grito muy suave, estridente pero de pronto atenuado como una mano tapando una boca. Miré a la doctora Moreau (aquí debo hacer una acotación que la redimiría de ciertos horrores literarios: en algún otro momento me dijo que descendía de los Moreau y de los Justo, eminentes y viejos políticos), ella esquivó mi mirada y se dirigió a Samanta, tal vez creyendo que encontraría en mi mujer una cierta debilidad de carácter que sería más fácil de dominar que la mía.

—Trate de no preocuparse, querida. Su hijito está en el mejor lugar de Buenos Aires— dijo, levantando los brazos en señal de lo que nos rodeaba, como una actriz de teatro o una diva de ópera en final de acto.

Pero pronto se dio cuenta que mi mujer era diferente a como la había imaginado. Su mente no funcionaba de la forma esperada en un ama de casa tradicional, sino que reaccionaba estrictamente como una abogada honorable y fría cuando la parte sentimental de su personalidad amenazaba con tomar el ritmo de su vida.

—Vamos a casa— dije yo, porque necesitaba prepararme para pensar en lo que haría. Para Samanta quizá era el capítulo final de una novela cursi, para mí el comienzo de un viaje de conocimientos.

Salimos acompañados hasta la puerta de entrada por la doctora. Caminamos hasta la reja, seguidos por su mirada, que yo adivinaba vigilante y hasta sarcástica. Decidí sacudirme esos pensamientos amargos y desconfiados. Sabía que Samanta, por medio de otros caminos distintos, llegaba a la misma conclusión, era evidente por su expresión, pero lamentablemente todo eso no sirvió de nada para comunicarnos mejor.

Caminamos en silencio y vimos que el taxi se había ido. Tocamos el portero eléctrico para avisar que nos pidieran otro. No respondieron, pero decidimos aguardar. El pasto lucía espléndido bajo el sol, las ventanas de la casona relucían, y de vez en cuando se abrían los postigos y se veía alguna mujer que hacía la limpieza. Era como si no hubiese pacientes en ese lugar. Sabíamos que se trataba de una institución para niños minusválidos, en su mayoría inmovilizados y silenciosos, autistas, o lo que fuese. Incluso debían estar medicados para mantener su serenidad. Mientras aguardábamos, la misma enfermera que se había llevado a Homero cruzó el sendero de entrada y nos saludó con la mano, cambiando de dirección hacia atrás de la casa. Era joven, de uniforme estrictamente blanco, sin cofia, sólo el cabello castaño oscuro recogido en un rodete alto que dejaba escapar

algunos mechones rebeldes. Samanta se dio cuenta que la otra la observaba con atención, yo lo notaba. Esa leve tinta de celos me hizo sentir deseos por ella por primera vez en mucho tiempo.

Luego escuchamos al nuevo taxi acercarse y subimos. De regreso en casa, nos sentimos como cuando se regresa de un entierro. Era con exactitud la misma sensación de tristeza, de alivio, de desubicación. Lo común y lo propio resultaba extraño y ajeno. Las cosas del departamento parecían inútiles, desorientadoras o superficiales. Ambos pensábamos, sin comunicárnoslo, entrar en nuestros respectivos despachos y trabajar. Ella se cambió de ropa en el dormitorio, yo la seguí. Sentados de espaldas uno en cada lado de la cama, nos desvestimos y volvimos a vestirnos con ropa más liviana. Hacía, de pronto, frío, y encendí la calefacción.

Samanta dijo:

—Esta tarde vienen a buscar los muebles del cuarto del niño, son de una fundación de caridad.—Luego me preguntó: ¿Vas a almorzar?

Negué en silencio. Ella salió para entrar en su despacho. Había llamado ya desde ayer o quizá antes para donar las cosas de nuestro hijo. Era un fracaso que había que desestimar. Yo me metí adentro de ese fracaso, y decidí disecarlo hasta encontrar la fórmula de su origen.

3

Hubo un período de casi dos años, que constituyó como un preámbulo a la verdadera historia de Homero, en realidad como todo lo que he contado hasta ahora. Mi profesión dedicada a la literatura me aficiona a estos paralelismos, a estas alegorías, a esta caprichosa forma de relatar. Este período comenzó cuando dejamos a nuestro hijo en la institución, y fue cuando Samanta comenzó a concentrarse en su trabajo cada vez más. Había tomado la costumbre de levantarse más temprano e ir directamente a los tribunales, cuando yo sabía que no necesitaba hacerlo. Regresaba al mediodía y se encerraba en su despacho hasta más de las seis de la tarde. Cuando salía, se acercaba a donde yo estaba, habitualmente en mi sillón de lectura, cuando mi propio trabajo de corrección y consultas de alumnos ya había finalizado por ese día. Me gustaba sentarme allí al regresar también de mis visitas a Homero. Nunca quiso acompañarme. Después de insistirle muchas veces, y de largas e inútiles discusiones que ella cerraba con una profesional síntesis, yo continuaba perorando e insistiendo, quizá tratando de convencerme de quién tenía la razón.

De todos modos, ella habría resultado una molestia al fin de cuentas en esas visitas. Me había acostumbrado a hacerlo tres veces por semana, máxima rutina permitida por el reglamento

de la institución. La enfermera me hacía esperar en una sala de juegos que conocí la segunda vez que fui, ya solo, y me dio una grata impresión al principio. La soledad de esa sala, sin embargo, me apesadumbró. Pensé que había llegado muy temprano, y que pronto vendrían otros niños llevados por el personal, y sin duda tenía mucha curiosidad por conocer al resto de los que vivían allí. La habitación era grande, con extensos sillones y alfombras mullidas, con almohadones donde los niños podrían acostarse o jugar a sus anchas sin lastimase. Había juguetes de todo tipo, muñecas o animales de goma, autos de plástico, grandes casi todos ellos, juegos de inteligencia en cajas prolijamente guardadas en estantes altos de armarios viejos. Se escuchaba una música continua, y creí reconocer cuerdas percutidas o frotadas, y sin duda era música de Mozart o también del barroco, con arreglos especialmente hechos para esas instituciones, borrados todos signos de conflicto o densidad. Mozart pasado por lavandina, me dije. Y aunque el olor a desinfectantes no concordaba con ese lugar, el aroma de lo estéril yacía en el aire, suspendido como cadáveres flotantes. Como fantasmas que no han muerto, o pensamientos inmortales.

Luego la enfermera me traía a Homero en brazos. Cada semana lo veía más grande. Yo preguntaba si lo alimentaban bien, si no había estado enfermo. Ella me respondía con condescendencia, sonriéndome como si fuese un chico. Qué podía yo hacer más que seguirle la corriente y dejarle pensar que sí lo era, un chico grande que tenía un hijo extraño, un chico que soñaba despierto al leer y pensaba que la realidad era más imprecisa que la literatura, más confusa, y que había que tomarla con pinzas de disector, y dudar de ella, siempre.

Homero crecía con rapidez en esos meses, lo mismo que la extensión de sus señales de simio. El pelo oscuro, duro y le-

vemente crespo se fue extendiendo hacia el antebrazo. Él me sonreía y yo lo acunaba durante toda la hora de visita. A veces lo acostaba sobre la alfombra y le acercaba juguetes, su mirada brillaba, e intentaba sujetarlos con sus pequeños dedos. La mano de simio era menos hábil, con dificultad en la prensión. En ocasiones sospechaba que no lo cuidaban bien, que estaba delgado, o que estaba sucio. Entonces lo desnudaba y revisaba el cuerpecito en busca de algo distinto, pero me parecía que todo estaba bien, y él sonreía con las cosquillas que yo le hacía. Y su mano de simio jugaba con mis dedos, apretándolos, y yo sentía que esa mano me apreciaba, y comencé entonces a darme cuenta, muy subrepticiamente al principio, que esa mano me reclamaba, me llamaba con un grito silencioso de angustia y desesperación. El vello del dorso de mis manos se erizaba en tales momentos, y un escalofrío hacía lo mismo en mi pecho y mi cabeza. Pensé en mi mujer, y me di cuenta que ella no había entendido, por eso era mejor que no viniese. Y lo que creía egoísmo y frialdad, quizá fuese el conocimiento mucho antes que yo de todo eso. Ellas, las mujeres, saben y sufren porque intuyen con la misma seguridad con la que los hombres sólo lo hacen cuando lo aprenden. Y porque saben de antemano, son implacables.

A los noventa días recibimos la factura de cobro por el primer trimestre. Sabíamos que no iban resultar económicos la internación ni el tratamiento de Homero. El doctor Farías nos había dicho que la institución de la doctora Moreau estaba parcialmente subvencionada por el estado, por eso sus honorarios no eran excesivos. Sin embargo, cuando abrí el sobre y leí el monto por los tres meses, y que sería igual por años y años, quizá más por la inflación inevitable, me dejé caer en mi sillón de siempre con el papel en la mano. Eran las siete de la tarde. La noche llegaba y la luz del velador daba una intimidad cálida y cómoda a mi sitio preferido entre los libros. Samanta entró a la biblioteca

y me observó, antes de preguntar vio la factura entre mis manos y se dio cuenta. Sólo se acercó para agarrarla y leerla. No vi más que disgusto en su cara, y al instante una sonrisa irónica.

—Ya lo esperaba. No te dije nada antes para no preocuparte, pero esto es típico. La clínica de Farías y la casa de la doctora Moreau hicieron su negocio.

—Pero su supone que están subsidiados por el estado…

—Así es, pero eso les ahorra apenas un diez por ciento del gasto total de su presupuesto anual. Lo que les conviene es la propaganda institucional, hay un par de senadores que han arreglado la subvención oficial pero en realidad cobran mucho más.

—¿Y qué hacemos, entonces? No creo que podamos pagar, a menos que vendamos el departamento...

Ella me interrumpió sin mirarme:

—No seas absurdo, yo me encargo de esto, ya lo veía venir y estuve haciendo algunos planes.

Cuando se dio vuelta para regresar a su despacho murmuré algo, resentido. Samanta se detuvo y me miró como al chico al que acostumbraba ver cuando se metía de lleno en su profesión. No necesitó decirme nada, ni excusarse por no compartir nada de eso conmigo. Por ahora yo necesitaba una abogada, y ahí tenía a la mejor, sin cobrarme nada. La miré cerrar la puerta, y un giro de su cabeza hizo que su cabello se moviera tocando el marco. Luego desapareció, pero me quedé pensando en ese mechón, y el recuerdo de su aroma y su textura en mis manos y mis labios me hizo extrañarla como si ya la hubiese perdido para siempre.

La abogada había entrado a trabajar, pero mi esposa había sido enterrada por la otra.

Samanta inició una demanda civil contra la clínica del doctor Farías por daños y perjuicios por dos millones de dólares. Ella sabía que ellos podrían pagarlos, y aunque el resultado fuese menor, estaba completamente segura de que ganaríamos. Me dio a firmar la demanda conjunta el mismo día que debíamos pagar el primer trimestre en la clínica. Como sabía que esa tarde yo iba a visitar a Homero, me dio instrucciones de que no hablase de la causa con la doctora Moreau. Ya ellos estaban informados por medio judicial de la suspensión de pagos hasta la resolución del caso, y el juez de instrucción había ordenado continuar con el tratamiento de Homero.

Por la tarde fui a la casona y no encontré ningún cambio. Me sentía culpable por esa actitud de responsabilidad que me habían inculcado desde siempre. Yo sabía que nuestra causa era, por supuesto, justa, y si ellos tenían tales arreglos fraudulentos aunque oficialmente legalizados, yo no debía sentirme como me sentía. Temía represalias mezquinas por parte del personal, y en especial de la directora. Pero durante las semanas siguientes, después de explorar las miradas de la enfermera, de corroborar el estado físico de Homero y la forma en que lo trataban, no hallé ninguna diferencia.

Aparecieron otros niños durante las horas de visita, y conocí a sus padres y madres. En general eran no más de dos o tres al mismo tiempo los que jugaban sobre las alfombras, y sólo mi hijo era aún un bebé. Las madres me miraban con condescendencia, dispuestas a darme consejos porque creían verme inexperto e indeciso, pero no me hablaron sino cuando yo les pregunté algo sobre el tiempo que sus hijos llevaban internados.

—Dos años—me contestó una de ellas, de edad muy avanzada, a la que al principio creí la abuela del niño. Él era una chico de cabeza gigante y de pecho hundido, hombros contrahechos, que

caminaba lentamente y muy encorvado. Debía tener casi diez años.

—Mi hijo lleva aquí desde que nació— me dijo un padre que tenía en brazos, dormido, a su hijo de cinco años probablemente. Tenía el mentón prognato y el cráneo alargado. Me acerqué porque sentí curiosidad por observarlo mejor. Tratando de disimular para que no se sintiese ofendido, le hablé de bueyes perdidos.

—No se preocupe—me contestó el padre— aquí hablamos sin ofendernos. Estamos más allá de cualquier orgullo, ¿no cree?

Asentí con la cabeza y me quedé parado con Homero en brazos. El hombre acunaba a su chico, y haciendo un viaje de miradas hacia el suyo y el mío, dijo:

—Creo que somos parientes muy lejanos, pero al fin de cuentas…

Al principio no entendí, pero creí caer en la cuenta de lo que me decía. El chico de él tenía un rostro similar al de un mono.

—Me dijeron que mi hijo nació así sin motivo aparente. Yo me había enterado por mis padres que en una época nacían así por el uso del fórceps, pero estoy hablando de hace más de sesenta o setenta años. Dicen los médicos que desde entonces aparecen de vez en cuando. Ya hace mucho, algunos han muerto, otros están encerrados. ¿Y el suyo?

Ya sabía que había visto la mano de simio de Homero.

—Dicen que es una enfermedad algo nueva…

—Se están transformando— dijo el hombre, trivialmente, limpiando la baba de su hijo con un pañuelo.

—¿Cómo?

— No sé en realidad más de lo que imagino. Variaciones, señor, donde la naturaleza se abre paso. Y llamo naturaleza a algo que se avecina, algo tremendo a mi entender…— hizo una muesca de asco frente a una especie de dolor en su cabeza.

—¿Se siente bien?

Sonrió.

—Es esta música de fondo, me da repugnancia. Si Mozart se levantara de su tumba…

—¿Qué hace usted?— le pregunté, porque ya adivinaba la respuesta.

—Soy músico, pero por ahora desempleado. Nos echaron de la comuna de Buenos Aires cuando cerraron el teatro Colón. Yo tocaba la tuba en la orquesta. Tercera generación de instrumentistas, ¿se imagina? Tercera generación y ahora ya todo desaparecido, y encima la música para siempre bastardeada…

Hizo un gesto de irremediable resignación, y volvió a secar la saliva que caía por las comisuras de la boca de su hijo dormido.

Así pasaron muchos meses, hasta que al año y medio del nacimiento de Homero salió la sentencia del juicio. Samanta aguardó todo el día sentada en su despacho, yo la sabía nerviosa, pero cuando salía a buscar algo de comer en la cocina la notaba controlada como siempre. Si hasta el día que dio a luz a nuestro hijo se había dispuesto a sí misma no quejarse por el dolor del inminente parto. La cesárea había sido programada para dos semanas después, y sin embargo aquel adelanto no habría de intranquilizarla, su temperamento no se lo permitiría. Yo le envidiaba esa forma de ser. A mí, la inquietud me provocaba inseguridad, la cual me llevaba a la ira, siempre contenida. No es razonable,

lo sé, y ella constantemente me lo reprochaba. Pero yo no podía atenerme a sus usos y costumbres. Era como si comparase la verborragia judicial con la literatura poética. La síntesis ancestral y contundente de ésta, con los caminos retóricos y falaces del edificio de tribunales.

La justicia, me dije yo, mientras veía a mi mujer salir y entrar de su despacho, aguardando la sentencia, no es la ley. Lo mismo que esa sentencia aguardada tampoco sería la justicia. La mujer con la balanza y vendas en los ojos, uno de los ícono más bellos, es un personaje tan inalcanzable, que los abogados y los jueces han desistido de llegar a ella desde hace ya demasiado tiempo. Han creado su propio y mediano sistema que simulan llamar justicia. Y eso es lo que Samanta esperaba: el llamado de su secretaria desde los tribunales de Buenos Aires.

Entonces suena el teléfono en su despacho. Yo lo escucho a pesar de la puerta cerrada. La voz de ella suena muy baja, y no logro entender. Me acerco a la puerta, porque yo también estoy nervioso, mi alma también ha recurrido al recurso infantil para calmar los ánimos que la realidad requiere para continuar. Pienso en Homero, en la tranquilidad de su vida en la casona, y si eso depende de las inteligentes artimañas de la ley, bienvenidas sean.

De pronto se abre la puerta, y Samanta, que me ha sorprendido fisgoneando, se ríe porque está feliz.

—¡Lo logramos! ¡Ganamos la sentencia!— y me abrazó con tanta fuerza como no lo hacía desde hacía mucho tiempo.

Yo no sabía qué decir, me sentía agitado y comencé a preguntar obviedades con una especie de tartamudeo. Mientras la abrazaba, el rostro de Homero estaba entre nosotros.

—Mi amor— le dije besándole la cara y sosteniéndola entre mis manos— la mejor abogada del mundo…

Ella continuó riéndose, y fue como recuperarla luego de tanto años. Esa risa que ella tenía cuando nos conocimos, tal vez porque la inminencia del amor la había sacado de sus ámbitos neutrales.

—Ahora Homero tiene el futuro asegurado…

Samanta me miró, y me di cuenta de que no me había prestado atención, porque de pronto su entusiasmo se desvaneció, para volver a formarse sobre otros puntos, otra realidad paralela.

—Tengo que hacer muchas llamadas…—dijo mientras se daba vuelta para volver al despecho. Eran las dos de la tarde.

—Vamos a visitar a Homero, por favor, querida… vamos juntos por lo menos esta vez…Sé que estabas preocupada, y te sentías responsable, pero ahora que ya aseguraste su vida no hay motivo para que escondas tus sentimientos…

Mi mujer me miró de vuelta, esta vez con clara acrimonia en la expresión.

—No me analices, Leandro— fue lo único que me contestó.

Era verdad. Yo no tenía razón ni conocimientos para hacerlo, pero también me pregunté quién era realmente la mujer con la que había tenido un hijo. Samanta se encerró en su despacho, no sin antes golpear la puerta, lo que no era su costumbre ni aun estando ofuscada. No fui a ver a Homero, me sentía responsable del enojo de Samanta y me preocupaba. Se hizo la hora de la cena y la llamé.

—¿Vamos a cenar, mi amor?

Ella abrió y pasó junto a mí sin mirarme. Llevaba unos cuantos folios y carpetas en los brazos. La vi entrar a la biblioteca, encender la luz y clasificarlos en su sector de los estantes. La seguí y me acerqué a su espalda, le toqué los hombros, sin embargo su indiferencia me lastimó más que cualquier grito de enojo.

—¿Sabés que te amo?— le dije en voz baja detrás de su oído derecho.

—Lo sé— contestó.

Esperaba una devolución, pero esas son cosas que no ocurren en el amor, sino en un juego. Y el amor es todo, menos azar.

Durante toda la semana, los noticieros de la televisión llamaron a casa hora tras hora. Samanta concertó entrevistas en los estudios, otros a través de la red desde su despacho, otras desde la oficina que compartía con el bufete al que pertenecía. Quisieron hablar conmigo, pero como me negué completamente, la única forma de evitarlos fue no salir del departamento. No pude ir a visitar a mi hijo durante casi diez días, cuando la guardia periodística fue mermando. Ya todo se sabía: la famosa clínica del doctor Farías había sido sentenciada a pagar dos millones de dólares. El doctor apareció en televisión varias veces, como única cara de un grupo empresario que permaneció anónimo, y que sin duda lo harían completamente responsable. La fortuna de la familia Farías no era tanta, y su prestigio había sido logrado a expensas de política. Mi mujer sabía todo esto, y por ello en los medios se comenzó a hablar de una posible candidatura de Samanta para la una diputación en el próximo período parlamentario.

Cuando hubieron pasado casi quince días, estábamos en casa, cenando en silencio, cuando le pregunté:

—¿Hay alguna noticia de la doctora Moreau? No he visto nada en la televisión.

—Si lo que te preocupa es que los periodistas te encuentren en la puerta de la clínica, no hay problema realmente. No creo que hayan averiguado donde está internado Homero, hice todo lo posible para evitarlo. Pero aunque estén, no sería inconveniente que des una declaración breve y escueta. Con eso ellos se conformarían y ya no vendrían a buscarte. Me siguen preguntando por mi marido, y a veces no sé qué decirles.

Me quedé pensando: eso mismo me preguntaban cuando iba a visitar a nuestro hijo. Pero ya todo era irreconciliable entre nosotros, no había manera ahora de retroceder.

Las noticias sobre la sentencia judicial y el monto de la demanda continuaron haciéndose sentir. La clínica de la Santa Trinidad había menguado su atención. Varios médicos renunciaron, y la quiebra era certera e inminente. Sólo la obstinación del doctor Farías prolongaba esa agonía, me dijo Samanta.

—Debería hacer la declaración de bienes de una vez por todas y acabar con esa Pasión.— Hizo un gesto de hastío mientras se llevaba el tenedor a la boca.— Esa costumbre de ustedes los hombres por lo trágico, por el sacrificio, pero el supuesto ego masculino, es propio de su misticismo cristiano, lúgubre y sangriento.

Tenía tanta razón, que de pronto me sentí erguido en mi orgullo como pocas veces antes. Ella no debía ser diputada, mi dije.

—Deberías postularte para juez, querida mía. Y para la Corte Suprema.

La lastimé, lo sé, porque eso era lo que deseaba. Tal vez incluso ella necesitaba ser lastimada en sus sentimientos reales, no

en el mero ego profesional. Pero para que ella cediera finalmente, yo debía ser otro hombre del que era.

Hacía casi un año que no hacíamos el amor. Esa noche lo hicimos. Samanta literalmente agraviada, se dejó conducir por el rencor y se vengó de mi ofreciéndome lo mejor en toda nuestra vida juntos, dispuesta ya a nunca más ofrecérmelo. Yo retengo ese recuerdo como un estigma.

Pasó más de un mes. La clínica fue cerrada. Samanta ya nada me comentaba del caso, solamente me daba a firmar los documentos que me correspondían como demandante, ya que ella figuraba como mi abogada. Cuando se acercaba a mi escritorio, apartaba los libros de literatura y ponía tal o cual documento, inclinándose para señalarme algún párrafo importante, entonces yo sentía el aroma de su cabello. En esos instantes creo que ella se habría rendido a mi única palabra, porque sé que a pesar de todo, estaba haciendo todo eso por su hijo, para asegurar su futuro, de la única manera que sabía hacerlo con total certeza y eficacia. De la otra manera, con sus sentimientos, no estaba segura. Sonó el timbre de la puerta y me levanté a abrir. Tenía la mirada de Samanta en la espalda, que sabía brillosa y angustiada, porque yo terminé por no decir esa única palabra.

Era el cartero que con una esquela breve con el logo de la clínica. No se la mostré a ella, sólo rasqué el sobre y lo rompí. Era un mensaje del doctor Farías. Quería verme esa noche en la clínica. Samanta se había ido a su despacho, sin interesarse por quién había llamado. Las cosas siguen sus pasos marcados por la fatalidad. Si hubiese sucedido esto, si no hubiera hecho esto, eran expresiones que no tenían sentido. Lo real es que Samanta no estuvo ahí para impedirme ir a ver a Farías. ¿Y yo por qué motivo iría a verlo? Tal vez por una pregunta o un reproche, o un llamamiento a la violencia.

Salí de casa sin avisarle a Samanta. Llevaba el mensaje en el bolsillo del pantalón. Llegué con el auto y estacioné en la avenida junto a la vereda, ya poco transitada a esa hora de la noche. Eran más de las diez, y las luces de la clínica ya definitivamente clausurada estaban apagadas. Golpeé con los nudillos la puerta principal, oscura y tan desolada como si el edificio hubiese estado deshabitado por muchos años. Incluso la vereda no había sido barrida en varios días. Había restos de papeles, tal vez restos de historias clínicas rotas. Había telas desgarradas en trozos muy pequeños, quizá sábanas que alguna vez abrigaron a los niños que allí nacieron. Me pregunté, por un instante, si me hallaba en Buenos Aires, porque la ciudad aparentaba estar desacostumbradamente desierta. Levanté la mirada y vi las ruinas del teatro que aún continuaban allí, lentamente arrancadas por los camiones que ahora descansaban a su alrededor. Tal vez pronto habría en su lugar un nuevo rascacielos, incluso la clínica sería derribada para un nuevo estacionamiento de varios pisos.

Sonó el portero eléctrico y empujé la puerta. Recorrí los mismos pasillos y subí por el mismo ascensor que había utilizado tantas otras veces. Al llegar al piso del consultorio de Farías, sentí el similar estremecimiento que tuve cuando él me llevó hacia el ventanal de la nursery. Esta vez todo estaba oscuro, únicamente la luz de la calle entraba por rendijas inciertas en las habitaciones desoladas, donde todo el mobiliario continuaba igual que siempre, tal vez, aunque no alcanzaba a distinguirlo, probablemente con las camas de las sábanas arrugadas o los baños sucios. Todo había sido muy reciente, toda la crisis arracimada sobre la clínica, como una garrapata que rápidamente se hinchaba, deteriorando el edificio, envejeciéndolo prematuramente.

¿Qué querría decirme Farías?, me pregunté a cada paso por el pasillo hacia el consultorio. No me había dicho dónde encon-

trarlo, di por sentado que sería en su oficina. Sólo entonces se me presentó lo extraño de esa reunión. Ya no había posibilidad para convencerme de desistir de la demanda, lo cual habría sido motivo lógico antes de la sentencia. Las obligatorias reuniones de conciliación y acuerdo fueron desestimadas por la parte acusadora, cumplidos los requisitos de reunión exclusivamente entre abogados. Ya todo estaba acabado, la clínica clausurada, el prestigio del doctor Farías, moribundo. Pero sobre todo el futuro de Homero estaba asegurado.

Llegué a la puerta del consultorio. Golpeé, nadie respondió. De pronto escuché un sonido de cristales rotos detrás de mí. Entre las sombras, el estallido provocó destellos de luces entrecortadas, reflejos absurdos de las luminarias desprendidas de las calles y arrastradas por esos cristales que cayeron al suelo, y tras el ventanal ahora abierto para siempre, las cunas vacías parecían cuencos o vasijas moldeadas por manos primitivas. Por un largo instante, creí que los destellos habían sido estrellas caídas desde un cielo inmenso, y el escalofrío que me recorrió el eco una brisa fresca de algún río lejano. Los sonidos de los autos en la avenida 9 de Julio tal vez simulaba el andar incesante de las aguas.

Y entre las cunas, nada se movía, sólo un ejército de cuencos, tal vez de canoas preparadas para ser bajadas a la corriente de un largo río antiguo. Un río de aguas lentas y densas, oscuras, entra árboles altos formando un techo oscuro, apretado, peligrosamente habitado por ruidos amenazantes. Me adentré entre las cunas, y fue como pisar el agua, hasta creí ver que las cunas—canoas se movían a mi paso. Entonces vi al doctor Farías en lo alto. Se balanceaba de una soga atada a una de las vigas del techo. Todo se iluminó de pronto, y el presente llegó con su fría luminosidad nocturna. No se encendió ninguna luz eléctrica, sólo el conocimiento de la verdad.

Agarré una silla y me subí junto al cuerpo de Farías para sostenerlo, por si aún estaba vivo. Yo no dudaba que recién acababa de pasar eso, no debió pasar más de medio minuto después del estallido de los cristales. Con un brazo sostenía el cuerpo contra el mío, tratando de desatar la soga con la otra mano. Yo sudaba de esfuerzo e impotencia, porque si se había roto el cuello, ya no había más nada que hacer.

Cuando todo su peso finalmente se desprendió, ambos caímos de la silla y terminamos de costado en el suelo. Busqué su pulso y su respiración. No encontré nada. Decidí intentar la maniobra de reanimación y le desprendí la camisa. Cuando comencé, vi el orificio de su abdomen, apenas tapado por una membrana transparente y sin duda artificial que protegía a los intestinos. Observé, fascinado, cómo las entrañas se movían como víboras inquietas, y supe que ese era el estigma mayor de Farías, algo heredado y de lo que no podría deshacerse.

El monstruo que necesitaba crear otros monstruos.

No se había conformado con mi hijo. Había decido sembrar en mi recuerdo algo quizá más duradero. El remordimiento y la ira.

Pero yo únicamente hice lo que pude hacer: levantarlo un poco, abrazarlo y darle un beso en la mejilla. Hice lo que tal vez nadie había hecho en toda su vida con él.

Y luego de sostenerlo un largo rato, lo abandoné al río de la muerte, rodeado de las cunas con los seres que él había hecho nacer, en una larga caravana fúnebre que se me ocurrió la más bella que nunca vería.

4

Samanta no asistió al funeral de Farías. Toda la buena sociedad de Buenos Aires estuvo en el cementerio de la Recoleta para dejar el ataúd en el panteón que la familia tenía desde hacía doscientos años. Había dos hermanos mayores, sus esposas, y los sobrinos del doctor. No hubo gritos, por supuesto, únicamente sollozos contenidos y una pesadumbre que contrastaba con el espléndido sol de aquel día. Yo pasé desapercibido en esa ocasión, tal vez ya se habían acostumbrado a mi rostro, los pocos que tal vez me reconocieron el día anterior en el velorio. Ahí sí vi a varios funcionarios del gobierno, y las caras de muchas personas me siguieron mientras yo caminaba lentamente hacia el cuerpo, que se veló a cajón cerrado. Me detuve frente a él, hice la señal de la cruz y una genuflexión, y al darme vuelta, las expresiones neutras, secas, hirientes como moscas del desierto, me observaron en completo silencio, mientras yo me retiraba con la mirada al frente y el pensamiento lleno de carroña.

La misma en la que una semana después yo seguía pensando y oliendo al leer el libro que tenía en mis manos, sentado en el sillón de mi biblioteca, casi a las dos de la mañana de una noche de viernes. Tenía la lámpara junto a mí, una copa de coñac que iba bajando muy, muy lentamente, en leves sorbos que concor-

daban con cada vuelta de página. Los olores urbanos se iban mezclando con los aromas silvestres, selváticos en realidad, que Claudio Levi, el autor, iba desarrollando en su investigación de los antropoides en el Congo. Un libro bastante viejo, de antropología comparada, pero que era un hito en esa ciencia por haber descripto por primera vez una serie de tribus ya hoy seguramente extinguidas por la mano del hombre blanco, o quizá por su propia degradación. Lo único cierto es que no habían sido vueltas a encontrar por más que muchos exploradores se empecinaron en ello. Las malas lenguas hablaron de ficción, pero el libro de Levi había sido documentado con fotografías imposibles de trucar con la tecnología de esa época, incluso con grabaciones en cintas magnéticas que fueron corroboradas por varios expertos.

El ruido de la selva nocturna, o quizá en el atardecer, cuando los animales se preparan para salir de cacería, mientras el sol se hunde en el abismo devorante de los altos árboles, que parecen atraparlo con sus ramas y sus lianas, hasta enterrarlo en los pantanos que ocultan. Los monos, sin embargo, se preparan para dormir en sus altas ramas, escondidos en el denso follaje. Unos con otros se espulgan, luego descansan, dan de vez en cuando chillidos de miedo o de enfado, tal vez de placer también. Pero los animales de los que Levi habla son una especie extraña de antropoides. Tienen el aspecto típico de los simios, pero su estatura es algo mayor, por eso ya no viven tanto en los árboles, sino que han comenzado a caminar más erguidos, buscando los elementos con los que construyen herramientas, recipientes y otras cosas de indescifrable significado.

Levi los llama antropoides de clase A1, para diferenciarlos de aquellos que ha visto antes en la selva del Amazonas. Estos últimos parecen haber avanzado más en su evolución. Son de aspecto típicamente simiesco, distribución del pelo abundante

y espeso, prognatismo y cráneos alargados, miembros superiores largos e inferiores más cortos. Pero la gran diferencia es que han comenzado a caminar casi sin el típico vaivén de los monos, y sin apoyar las manos en el suelo en ningún momento. Hay fotografías en el libro que documentan la huella de sus pies, y a pesar de sus arcos plantares casi inexistentes, podría confundirse con la de cualquier hombre actual. Levi desarrolla, en el apéndice a este capítulo, algo de lo que él sabía que muchos iban a dudar, y por ello lo presentó como una hipótesis que esperaba alguien más comprobaría alguna vez. Según los nativos del Amazonas, es decir, los vecinos de pueblos escondidos, esos monos llegaban hasta esos pueblos dos veces o tres veces al año. Se detenían en la entrada, mirando hacia el río donde un muelle endeble recibía y despedía canoas o pequeñas embarcaciones. Venían de a tres, armados sólo con unas ramas que a veces utilizaban como bastones. Decían los del pueblo, según Levi, que sus mayores les habían contado que esos monos hacían lo mismo desde hace muchas décadas antes, pero lo curioso es que no los describían como monos, sino como miembros de tribus vecinas que venían a verlos tal vez por curiosidad. Uno de los relatos asentados en el libro es el de una vieja de más de noventa años. Ella contaba haber visto con sus propios ojos esas visitas varias veces a lo largo de los años. Cuando era una niña le habían prohibido acercarse a ellos, pero cuando ya fue mucho mayor, incluso siendo abuela, dijo haber visto a los monos con el mismo aspecto que Levi describe. Los tres tradicionales visitantes trataban de ver el tráfico del muelle o las aguas del río, al principio eran hombres oscuros y desnudos, quizá con lanzas inofensivas, y luego simios de la misma altura y posición, pero a pesar de la desnudez, cubiertos de pelo y de rostros levemente cambiados. Levi va más allá en sus especulaciones. Habla de haber hecho el experimento del identikit a través de la descripción dada por esa mujer de los antiguos

visitantes. Por supuesto, Levi era un artista, y él mismo hizo los retratos del trío original, así que no hay fundamento científico para creer en la veracidad de tales hechos. Luego alega haber visto fotografías de los monos que continuaban visitando al pueblo. Y con ambos registros gráficos hizo una especie de interpolación: calcó las figuras de la fotografía, y lo superpuso sobre el identikit. La similitud, por supuesto, era asombrosa, pero resultaba, y Levi lo sabía, de una inocente ingeniosidad. Por ese motivo, la ingenuidad del artista, y por no haberlo presentado como documento, se libró de muchas acusaciones de fraude, pero no así de las eternas bromas en el ambiente científico.

Levanté la vista, de pronto sobresaltado por el chasquido de la cerradura de una puerta. No estaba tronando ni había lluvia, sólo el rutilante silencio, pero recordé de todos modos el legendario relato de Jacobs, donde el deseo cumplido por el talismán de la pata de un mono hizo entrar el horror en una tranquila casa inglesa. Yo había escuchado el chasquido, pero no me levanté a saber de qué se trataba. Fue al día siguiente cuando me pregunté si había intuido la causa desde el principio, o incluso si la conocía con certeza. Pero esta noche aún no se había hecho consciente, y continué leyendo. La mano de simio de mi hijo fue dando vuelta las páginas del libro, hundiéndome cada vez más en la espesura de una vegetación traicionera y llena de alimañas y venenos. Y esa mano, literalmente, me acompañó en el sueño que fue llevándome lentamente hacia la selva nocturna, oculta la luna por nubes de tormenta, él y yo cubiertos por las ramas y nuestros brazos uno junto al otro, en una especie de aroma a humedad extrema y serena calidez.

En la mañana, desperté con el libro abierto en el piso y la página donde había dejado mi lectura ya perdida. Me restregué la cara ante la luz del día que penetraba la cortina. Apagué la

lámpara y me levanté para prepararme algo de desayunar. Era sábado, y aunque yo no trabajaba, Samanta solía hacerlo casi todo el día desde que todo nuestro drama comenzó. Me sonreí de este pensamiento: ahora que lo principal había ya pasado, o por lo menos eso yo pensaba, llamar a todo eso un drama era una ironía de la que podía darme el gusto.

Preparé café, hice tostadas y busqué la mermelada que la enfermera de Homero nos había regalado. Ella pasaba los fines de semana en la quinta de sus padres en San Vicente, y de vez en cuando traía frascos de frutas en conserva o dulces. Unté una de las tostadas con manteca y mermelada de ciruela. Miré por la ventana la lluvia intensa, y pensé en Homero, que tal vez hacía lo mismo en la gran casa, y me habría gustado tenerlo conmigo en mi cocina, ofreciéndole una de aquellas tostadas.

Llamaría a Samanta, seguramente ya se había despertado y trabajaba en su despacho. Golpeé la puerta. No respondió. Entré y vi que el escritorio estaba sin tocar, la computadora apagada y las carpetas de sus casos recientes apiladas a un costado. Me pregunté si tal vez se sintiera mal, era extraño que no se hubiese levantado. Fui a nuestro dormitorio, y encontré la cama hecha. No había sido utilizada en toda la noche. Vi unas arrugas sobre la sábana del lado donde ella dormía: debió haber estado acostada allí, vestida seguramente, hasta algún momento de la noche. Fui hasta los armarios, y supe lo que encontraría, casi toda su ropa ya no estaba. Había muchos zapatos y otra gran cantidad de cosas que poco usaba. Me quedé parado, con el corazón latiendo apresuradamente. Una alquimia de angustia y desesperación me hizo un nudo en la garganta, pero no lloré. Eso habría sido una gran estupidez de mi parte, porque toda la ira que había sentido durante los últimos tiempos, todas las violentas discusiones que habíamos tenido desde la muerte de Farías, y que me llevaron a no

dormir en nuestra cama desde entonces, ahora ya no constituían ira, sino una resignación que rayaba en la indiferencia más triste.

Samanta se había ido de casa, sin dejar una nota siquiera de cuándo recogería el resto de sus cosas personales y de trabajo. No esperaba que volviese, porque yo me había encargado que en su memoria quedase impregnada la impresión exacta de Farías colgando de una soga. Esperé, aguardando noche tras noche en mi biblioteca como si se tratase del refugio de un cazador que vigila la llegada de su presa. Y aquel chasquido de la cerradura de la puerta de calle fue la señal que entonces no interpreté porque estaba demasiado cansado, pero que sin embargo sabía.

¿La mano de simio de mi hijo era un signo, una señal, un talismán, tal vez? Todo eso, quizá, y también el punto de inflexión de una tragedia antigua.

La enfermera se llamaba Lucía. Desde que la habíamos visto por primera vez llevándose a nuestro hijo en silencio en aquella entrevista con la doctora Moreau, había cambiado sustancialmente su actitud hacia mí. Era casi con seguridad su costumbre hasta que tomaba confianza con los padres de los niños que cuidada, tanteando hasta qué punto podía avanzar en la colaboración de ellos para el cuidado de sus hijos. Era la única en la que yo tenía plena confianza para las necesidades de Homero, y tal certidumbre en su capacidad y lealtad, si así puedo llamarla, se fue dando lentamente, desde el completo silencio y las miradas esquivas de mis iniciales visitas.

Recuerdo la primera vez que me habló directamente:

—¿Cómo está su esposa?— preguntó.

—Bien, muchas gracias…— Lo que pensé en continuar diciendo, no fue necesario. Yo lo sabía, y Lucía también, porque dejó

al niño conmigo en la sala de juegos y se retiró, dándose vuelta sólo una vez antes de desparecer por la puerta, dedicándome una sonrisa que no me fue dada directamente, sino con la vista en el niño.

No sé por qué estuve seguro que así fue, aún en ese momento en que nada me predisponía a tenerle confianza. Su frialdad, incluso el acre malhumor que había demostrado la primera vez, me decían que nada iría bien mientras ella estuviese a cargo de mi hijo.

Con los meses, todo eso cambió. Sus conversaciones se hicieron más frecuentes y amenas, incluso las sonrisas que pocas veces se dignaba dirigirme eran más bien para mi relación con Homero que a mi persona en particular. Había algo en ella que me provocaba buscar, como si con esa sonrisa en los ojos brillosos hallase una aprobación, un alivio a mi alma siempre angustiada.

Todo se derrumbaba en mi matrimonio, y el drama de Homero, que al principio pensé era una causa más de pesadumbre, fue tornándose en el factor de una tragedia griega. Quiero decir que no todo en aquellos dramas representa una desgracia por sí mismo, ni en ello se agota tal circunstancia, sino que cumplen el papel de protagonistas. Son, creo, puntos de quiebre para la historia personal de los verdaderos protagonistas. Yo me sentía un personaje secundando a otro más fuerte e inquebrantable que era el argumento de la historia en la que estaba involucrado.

Un día, poco antes de la sentencia del juicio, ella entró a la sala de juegos. Yo estaba conversando con el padre del chico con prognatismo. Habitualmente coincidíamos en los días de visita, aunque nuestros horarios no concordaran exactamente. Nos acostumbramos a llegar antes o quedarnos después de nuestras horas de siempre, o a veces salíamos de la casa juntos hasta

nuestros autos. Más tarde hablaré de él, ahora quiero comentar que cuando Lucía nos vio conversar a ambos en el sofá grande, con el chico de cada uno en brazos, se paró delante de nosotros y nos sacó una foto.

Ambos nos sorprendimos, era ciertamente inesperado, incluso creíamos hasta entonces que estaba prohibido.

—Lo lamento si los asusté— me gusta tanto verlos así que no pude resistirme.

Mi amigo, porque así lo consideré durante los cinco años que nos frecuentamos, me miró con una expresión cómplice, era la primera vez que me ofrecía su confianza de esa manera. Me guiñó un ojo levemente, para que ella no se diese cuenta, y siempre con su hijo ya grande en brazos, me dijo con un gesto que no temiera avanzar en una relación con ella. No pude más que reírme, mientras Lucía guardaba su cámara en el bolsillo de su uniforme y se acercaba para agarrar a Homero. Era ya la hora de salida.

—¿Qué va a hacer con esa foto?— le pregunté.

—Simplemente guardarla— me miró seria, entonces, y adiviné que pensaba que había hecho mal. Tal vez nadie le había hecho esa pregunta, y por un momento pensó que estaba haciendo algo malo.

—No está prohibido, si eso piensa. La doctora Moreau acostumbra sacar fotos para los registros de la institución, y también para las revistas de medicina en la que ella publica muchos artículos.

—No quise ofenderla, sólo me causó curiosidad, una curiosidad agradable, quiero decir.

Yo sabía que me estaba embarrando, y mi amigo se sonreía tratando de ocultar la cara con una mano. Nos fuimos juntos y nos reímos de la situación mientras regresábamos en mi auto, el suyo estaba en arreglo por unos días.

—¿Y por qué pensás que me interesa esa enfermera?— le pregunté mientras recorría las calles del barrio en donde él vivía.

—Porque es una linda mina, Leandro. Y porque yo aprovecharía si pudiera.

—¿Y por qué no podés?— Fue una pregunta sin doble sentido, pero me arrepentí antes de terminar de hacerla.

—Mi mujer está postrada en cama con una cuadriplejía desde el embarazo. Lo resistió todo, y lo sabe y escucha todo. Le cuento cada detalle de mis visitas cuando vuelvo, entonces ya se duerme tranquila.

Samanta se me hizo palpable en el recuerdo mientras manejaba. Sentí su cuerpo en mis manos, la lucidez de su inteligencia al brotar con su voz hermosa y sus ojos tan expresivos, tan lúcidos siempre. Y la tristeza de su mirada, que fue cambiándose en frialdad y amargura, tomó los tintes del resentimiento y el fracaso. Todo fue asentándose en el aire dentro del coche, y él sintió que tal cosa estaba naciendo. Por eso, cuando llegamos a su casa y vio que estaba por seguir de largo, me lo advirtió, y al detenernos me dijo:

—Mañana no vengo. Vas a tener que arreglártelas solo— y mientras bajaba me sonrió como de una manera diferente, otra vez, y fue como ir conociéndolo de a poco. Entonces ya no me fue difícil sentirme culpable de mi regodeo en la tristeza y la conmiseración. Samanta iba desapareciendo lentamente, por propia

voluntad, y otras cosas y otros seres pasaban despacio al primer plano.

Mi hijo tenía ya tres años cuando la relación entre Lucía y yo se hizo tan estable que muchas veces estuvimos pensando seriamente en vivir juntos. Pero varias cosas eran las que no nos decidían, dudas y miedos, tontos y circunstanciales, que no debieron haber impedido el amor, si es que de amor se trataba. Yo no sé cómo llamarlo, pero la verdad era que en ella encontraba una especie de seguridad mezclada con un éxtasis que por primera vez no tuve reparos en denominar felicidad. Era la madre perfecta para Homero, desde el punto profesional y personal, porque cuando iba a nuestra casa y se quedaba durante las noches, trataba a Homero de una forma distinta a como lo hacía en la Institución. La doctora Moreau me había dado permiso para llevarlo a casa durante los fines de semana. Desde siempre, esos días la casona se llenaba de parientes y familiares que convertían el lugar en algo muy distinto a un sitio de reposo. Discutimos varias veces con Lucía por este motivo. Si era un sitio dedicado a los niños, era normal que hubiese bullicio de vez en cuando. Pero luego de tres años, yo ya me había acostumbrado al irreparable silencio de los chics enfermos, y el ruido artificial de los fines de semana, ese movimiento de ir y venir por los pasillos, de automóviles entrando y saliendo por el portón, no era algo natural, y de pronto se me hizo aciago visitar a Homero los fines de semana.

—Los chicos no parecen crecer, son como lentos perezosos…

Lucía se quedó mirando el techo sobre nuestra cama, y yo sabía lo que estaba pensando: en los muertos que aparecían una mañana en sus cunas de niños grandes, tan silenciosos como antes, y aún más quietos, rodeados de algo semejante a la beatitud.

Esa misma mañana, lo recuerdo bien, un lunes en que nos levantamos muy temprano porque los tres debíamos salir de regreso a la casona, en autos separados, ya que no queríamos que nadie se enterara de nuestra relación —(miedos, siempre miedos a que nos separan)— encontré a Homero sentado en el piso hojeando un libro de mi biblioteca. Me acerqué para llevarlo al dormitorio y vestirlo porque se nos estaba haciendo tarde. No reparé en el hecho de lo que había sucedido: la realidad de que se hubiese bajado de la cama—tenía ya cuatro años—, y caminando hacia la biblioteca, se hubiese subido a alguna silla para alcanzar los libros de los estantes inferiores.

Lo levanté, y su mano izquierda, esa mano de simio que ahora era todo un brazo de primate hasta el hombro y la parte superior del pecho, no soltó el libro. Me quedé mirándolo, consciente de una cierta sensación de presagio. Algo me decía que me detuviese y dejara a Homero en el suelo un momento más. Mientras lo hacía, vi la tapa del libro: era Kant y su *Crítica de la razón pura*. Homero no lloró ni se quejó cuando intenté separarlo del libro. Su voz, entonces seca y agria, con monosílabos de los que no habíamos podido sacarlo desde que había comenzado a hablar, me dijo:

—Papá…

—Sí, Homero, ¿qué pasa?

Entonces me señaló con un dedo velloso una página donde estaban las categorías de Kant sobre la nada. Mi hijo, con voz infantil, algo grave, como siempre, pero que fue tornándose más tersa desde entonces, leyó siguiendo la frase hasta el fin con la punta de su dedo sobre el papel.

—Objeto vacío de un concepto.

Su dedo se detuvo, él me miró interrogante, con una mirada de inteligencia que no había visto en todos mis años de docencia. Y por eso fue tan clara, porque llegaba no del rostro de mi hijo, sino de un rostro de un ser que durante mucho tiempo deseé que no lo fuese, de una especie de simio primitivo y bestial del que también deseé fuese estéril, para terminar con esa degeneración a la que la humanidad estaba avanzando.

Yo le había planteado esta teoría a Víctor, mi único amigo de mis visitas a la casona, tanto como a Lucía. Él me comprendió cuando le di a leer el libro de Levi. Pero Lucía no quería saber nada de aquellas teorías. Ella vivía en el presente inmediato, luchaba con la cotidianeidad, y no le interesaban el pasado o el futuro, ni las teorías de la evolución ni del conocimiento humano.

Cuando escuché su llamado desde la habitación, apremiándome a salir, me levanté y fui hasta el dormitorio.

—Quiero que vengas a ver algo, por favor.

Lucía me miró con fastidio, ya vestida, parada junto a la cama, y por un instante cruzó por mi mente la imagen de Samanta, en la misma postura y con la misma expresión. Ella cedió, en su encumbrado silencio que yo estaba comenzando a amar, y fue conmigo hasta la biblioteca. Homero seguía leyendo en el piso, ahora en voz alta. Se tropezaba a veces con palabras largas o frases enrevesadas, reiterativas, o las citas en latín. Pero él nos las pasaba por alto, las vencía con parsimonia, y la densa arquitectura conceptual y gramatical de Kant fue armándose hasta bosquejar ideas como catedrales dentro y fuera de nuestras mentes. Lo que él leía, Lucía y yo lo escuchábamos ya no con asombro, sino con admiración.

Ella se acercó a Homero luego de escucharlo por casi diez minutos, leer y dar vuelta las páginas de aquellas complejas teorías. Se sentó a su lado y lo consoló cuando él comenzó a llorar. Yo no me había dado cuenta, así que intenté saber qué pasaba. Ella me dirigió una mirada de reproche, pero también de tanto orgullo que sentí una especie de nudo en la garganta. Orgullo no por ella, sino por aquel que estaba abrazando.

—Papá…—lo escuchamos decir con la boca contra la chaqueta blanca de Lucía. Ella le secó la cara, ese rostro que ya no era definitivamente humano sino que había ido tomando ante nuestra vista ahora clara, la forma muy lentamente progresiva del cráneo de un primate.

—¿Qué soy?— me preguntó, y fue su voz a la vez un reproche y un ruego. Y el dolor de ambas palabras fue tan fuerte que no puede más que maldecir la suma de todo el conocimiento humano, como la idea bestial de un Dios creador de remordimientos y crueldad.

No me es necesario aclarar que esa mañana llegamos tarde, y la doctora Moreau se dio cuenta obviamente de todo. Despidió a Lucía, pero no pudo darse el lujo de pedirme que llevase a Homero a otro instituto, yo era un cliente demasiado seguro para su economía. No hubo escenas de angustia ni recriminaciones. Fui el único que se mostró indignado, infantilmente indignado debo decir, reclamando que reincorporaran a Lucía. Pero ella fue la primera que intentó calmarme cuando la doctora Moreau nos reunió en su despacho. Yo la hice sentarse, y dirigiéndome a la directora, dije:

—Vamos a hablar sin rodeos, doctora. Sabemos lo que a usted le conviene, pero si despide a Lucía, me llevo a mi hijo a otro lugar.

La doctora Moreau me miró con superioridad, pero no tenía el menor temor. Hizo una mueca como diciendo: hombres, qué niños son, y se miraron con Lucía con una complicidad que iba más allá de su antagonismo.

Lucía puso su mano sobre mi brazo y me hablo compasivamente.

—No te preocupes por mí. Homero es y debe ser siempre tu única preocupación. No te olvides nunca de eso, querido. Los demás no importamos…

Se levantó y salió del despacho. La directora y yo nos quedamos en silencio, esquivando miradas. Lucía regresó cambiada y con un bolso donde llevaba las cosas que tenía en su vestuario. Salimos juntos para llevarla a su casa. Durante el viaje en auto, me animé a pedirle que se mudara conmigo.

Lucía, sin dejar de mirar al frente, se sonrió casi imperceptiblemente. Yo estaba seguro que diría que sí. Era la madre ideal para Homero, y la mejor compañera para mi vida.

—No trabajo de enfermera a domicilio, profesor.

Y porque sabía que me había lastimado, aun cuando tenía que hacerlo, me pasó la mano por el pelo mientras yo manejaba. Así, el silencio se hizo cómplice de una despedida que no fue definitiva en ese momento, pero que representó el papel de conclusión y punto final para algo que sucedió más en los recovecos de mi cabeza que en la realidad.

Durante el quinto y último año de internación de Homero en la casona, insistí en que la doctora Moreau designase algún profesor especial para Homero.

—Usted ha visto los test de inteligencia que le hicimos estos meses a mi hijo, y el alto coeficiente que han demostrado los resultados.

—Ya lo los he analizado, profesor, pero usted mismo puedo consultar mis archivos. Hay casi un cincuenta por ciento en la historia de nuestros internados que tienen los mismos coeficientes. Se trata de capacidades virtuales, por llamadas de una manera, que no pueden ser desarrolladas no solamente a causa de los impedimentos físicos, sino también por otros factores neurológicos, y hasta psicológicos.

—Pero doctora, si usted escucha hablar a Homero, sin mirarlo, puede ver su absoluta normalidad, me refiero a sus capacidades como niño y como ser humano. Juega, salta, razona, llora y siente como cualquier otro chico normal. Sólo es su aspecto lo que nos perturba…

—Tal vez a usted, profesor, yo he visto muchas fenómenos mayores en mi vida profesional.

Entonces recordé la conversación que había tenido con m i hijo esa misma tarde, antes de la charla con la directora.

—Hoy estábamos hablando con Homero sobre filosofía, sobre Kant específicamente, es asombroso cómo lo fascina—. Observé la reacción de la doctora, ella no se inmutó.

—Como le decía, hablábamos sobre el hombre en general, y que él mismo se percibe como un fenómeno en el mundo. La única forma es esa, fenómeno o *nóumeno* como sustantivo, no como adjetivo.

Fui yo, desde ese día, el que se dedicó a educar a Homero en cada visita o en los permisos de salida. Muchas veces creí es-

tarlo saturando de ideas o conocimientos, pero es que yo mismo estaba aprendiendo más que él, porque su destreza intelectual iba desarrollándose en proporción inversa a su capacidad física. Los domingos íbamos a la costa en un viaje de tres horas por rutas que atravesaban campos de ganados, o cultivos con molinos, y luego las dunas que nos llevaban directamente al mar. Yo lo contemplaba sentado en el asiento de al lado, extasiado del paisaje, pero notaba la dificultad para asomarse a la ventanilla con su mano algo torpe. La derecha todavía permanecía indemne, pero el vello de su cuerpo se iba haciendo más crecido, y las piernas comenzaron no a deformarse aún, pero sí a tomar posiciones viciosas que iban más allá de su voluntad. No era todavía temporada veraniega, pero el sol era cálido, así que paramos en un hotel de San Clemente, nos cambiamos de ropa y bajamos a la playa.

Le gustaba correr, pero en los últimos meses le dolía mucho mantener la espalda erguida. Yo, sentado en la arena, lo observaba esforzarse por permanecer derecho mientras corría, pero ya le costaba incluso hacerlo mientras simplemente caminaba. El médico de la casona había dicho que era esperable, pero cuando hablaba de degeneración articular y envejecimiento, yo sabía que doctor no tenía idea de lo que estaba diciendo. Era un médico general más que un especialista, y yo sabía que cada uno de los niños internados tenía una patología diferente, la doctora Moreau hubiese incluido a todos dentro de los neurológicos.

Si la enfermedad de Homero lo llevaba a convertirse progresivamente en un simio, ¿no sería, tal vez, que su cuerpo estaba adquiriendo otras habilidades en parte incompatibles con lo que nosotros esperábamos de él, y con su propio desarrollo intelectual? Tal vez sus articulaciones estuviesen siendo más duras, y sus músculos más fuertes, pero para ciertas circunstancias y situaciones, no para los cánones actuales. ¿Por qué, entonces, aquella

asombrosa inteligencia para un niño de cinco años, aquella lucidez casi abismal y ese interés por temas e ideas que rayaban lo incomprensible? Tenía más sentido común que la degradación fuese física y mental, como sucedía con el hijo de mi amigo.

Lo llamé para que regresara a mi lado y dejara de esforzarse. Volvía con sudor en todo el cuerpo, con arena pegada a la piel cada vez más vellosa. Entonces nos acostamos y le acaricié la cabeza. Se fue durmiendo con el rumor del mar trasmitido por la arena hacia el oído que tenía apoyado contra el suelo.

Uno de esos fines de semana, cuando regresamos, dejé a Homero en su habitación. Me extrañó que Víctor no estuviese en la sala de juegos con su hijo. Pregunté a las enfermeras y no me supieron contestar. El miércoles me crucé con él en la puerta de la directora. Tenía el rostro abrumado, literalmente, de pesadumbre y vencimiento.

Preguntarle qué pasaba me resultaba estúpido y cruel, pero las palabras tontas muchas veces también son necesarias. Nos sentamos en un escalón de la puerta de entrada, mientras algunos enfermeros llevaban niños en sillas de ruedas hacia el parque.

—Murió el domingo— me dijo— parece que se ahogó con algo y no lo pudo escupir. Fue de noche, tal vez con su propia saliva, por eso yo siempre lo limpiaba tan seguido, ¿te acordás?

—Cómo no ve voy a acordar— le dije, y abrazarlo me resultó trivial, y no sabía si iba a molestarlo. Él no lloraba, y me miró.

—Lo sepultamos esta mañana, no quise que nadie viniera, ¿entendés?

Asentí con la cabeza, y le ofrecí llevarlo a su casa. Había venido en taxi desde el cementerio para arreglar los papeles pen-

dientes con la casona. Sé que había tenido problemas con los pagos en los últimos tiempos, y no sé cómo se arreglaba para pagar la internación y a su vez los cuidados de su mujer. Iba a ofrecerme a ayudarlo, pero como sabía de la ofensa que tal vez representaría para él, decidí averiguar después por mi cuenta.

Llegamos a la puerta de su casa. Detuve el motor y le dije que me quedaría a acompañarlo, si me lo permitía.

—No— me dijo—. Mi mujer todavía no lo sabe. Tengo que decírselo hoy y no sé cómo hacerlo.— Tenía la mirada fija en el parabrisas, y de pronto me miró, y sonrió con los labios cerrados, como si hubiese tenido la mejor idea en la historia del mundo.

—Quizá no se lo diga…las fotos, son las mismas, siempre, si me pide videos editaré los mismos con la cámara.

Ahora su sonrisa se hizo abierta y clara, su expresión se llenó de brillo.

—Ambos van a seguir vivos, Leandro, ¿te das cuenta?

Cómo decirle la aridez de aquella falacia, si para él era un dulce néctar que le aliviaba la vida. Cómo contarle la insatisfacción de esa mentira, si para él era la más completa satisfacción porque le llenaba la vida. Cómo convencerlo de que el dolor no tiene aplazamientos, porque el dolor no muere, sólo se aplaca, si con lo que iba a hacer, el dolor aplazado vendría con toda su fuerza cuando a él ya no le importara confrontarlo ni sufrirlo.

Unos días después, entré al despacho de la doctora Moreau.

—¿Qué se le ofrece, profesor?— preguntó con sarcasmo, ya sabía yo que la tenía cansada con mis reclamos.

—Me gustaría saber si puedo ayudar en algo, económicamente me refiero, a mi amigo Víctor Molina, si es que está retrasado en los pagos…

—Es muy amable de su parte, profesor, y sí… el señor Molina esté bastante retrasado en los pagos, pero en las reuniones que hemos tenido esta semana ya se han resuelto esos asuntos…

Me quedé esperando una explicación, los modos en que se habían resuelto. No era de mi incumbencia, no necesitó decírmelo ella en palabras.

—Es muy amable de su parte, profesor. Buenos días.— Volvió a dedicarse a su papeles y yo salí con inquietud. No confiaba en ella, pero me tranquilizaba que mi amigo ya no tuviese ese peso encima.

Fue el viernes de esa misma semana cuando fui a buscar a Homero para llevarlo a casa. Habitualmente iba a buscarlo en las horas de visita, pero ese día tuve que dar una clase especial en el auditorio de la facultad. Los alumnos me retrasaron con sus preguntas, y yo no podía negarme porque raras veces teníamos ocasión de ese intercambio personal. Llegué casi a las ocho de la noche, y estaba oscureciendo ese día de noviembre. Estacioné el auto luego de pasar el portón, y al bajar me crucé con dos o tres hombres que llevaban bolsas e imaginé que eran los recolectores de residuos. Había una camioneta grande en el camino del costado, hacia donde ellos caminaban. Dejaron las bolsas en la camioneta y sin cerrar la puerta, regresaron hacia el depósito de la morgue y sacaron una camilla con un cuerpo.

Me quedé en la escalinata de la puerta principal, observando. Lo pusieron en la camioneta, devolvieron la camilla a la morgue, y arrancaron dando la vuelta y pasando por delante de la en-

trada. Estaba oscureciendo, y la sombra del alero fue atropellada por la camioneta, pero pudo leer claramente el rótulo al costado sobre la chapa. No era un vehículo de la morgue municipal ni de una funeraria, sino de un instituto de investigación genética que el doctor Farías me había mencionado hacía ya cinco años. Habíamos recibido los resultados del laboratorio y confirmado la enfermedad de Homero, y a eso únicamente se había limitado nuestra relación con ese lugar.

Entré a buscarlo, y me encontré con el sereno nocturno. Apenas nos conocíamos, pero él me trataba con un respetuoso comedimiento en base a lo que había escuchado sobre nosotros.

—¿No era esos los del Instituto de Genética?— le pregunté mientras llevaba a Homero de la mano, bajando las escaleras, y ya de noche. El sereno tenía su uniforme de siempre, la luminosidad de la luna haciendo reflejos en los metales de su gorra.

—Sí, profesor, vienen a buscar de vez en cuando los cuerpos para estudiar, usted sabe…

—Me imagino, ¿pero quién murió…?

—El hijo de Molina, recién se lo llevaron.

Esa misma noche pasé por la casa de Víctor. Le dije a Homero que me esperara en el auto. Bajé y toqué el timbre. Escuché unos pasos y la luz del pasillo que se encendía. Víctor abrió la puerta, descalzo y con una bata abierta. No se sorprendió de verme. Nunca me había invitado a entrar, pero esta vez sí lo hizo. Era una casa antigua, de una sola planta, en la zona más vieja del barrio de Saavedra. Una casa que alguna vez pudo haber sido de clase media alta, pero que ya estaba arruinada, los techos y las paredes con humedad y la pintura descascarada.

Víctor me llevó hasta la cocina, amplia, con una gran mesa en el centro de un semicírculo de mesadas y alacenas medio abandonadas. El olor a humedad era intenso, y él tenía olor a vino en el aliento. Varias botellas vacías estaban junto a un armario.

—¿Qué querés tomar?

—Nada, gracias.

Se sentó en una silla desvencijada, y estaba desnudo debajo de la bata. Cuando se dio cuenta, se rió y se anudó el cinturón.

—Le iba a hacer el amor a mi mujer recién— dijo, y me explicó que era como hacerlo con una muerta. —Ella no siente nada, sólo le agrada serme útil en algo, y a mí…bueno…me sirve en cuanto nos sirve a todos los hombres de cierta manera, ¿no?

—Mmm…—contesté.

—Vos sí que no tenés problemas con esa enfermerita, sé que siguen viéndose de vez en cuando…

Víctor estaba tan borracho que no era el mismo que yo había conocido, y me dije que tal vez éste era el real, el que no estaba vencido por la tristeza y la desgracia. Sarcástico, cruel.

—¿Qué viniste a preguntarme?

—Nada— y me levanté para irme. Se levantó y me retuvo de un brazo.

—Ahora que conocés mi casa y a mí, y como parece que no te gusta nada, me vas a decir lo que pensás.

—No enterraste al chico…

Me miró con desprecio. Sacó una botella de una alacena, la descorchó y sirvió dos vasos.

—Sentáte y tomá por lo menos un sorbo.

Le hice caso, y mientras, me dijo:

—Lo vendí…la doctora dijo que el instituto de genética busca cuerpos con enfermedades raras, por eso, si yo quería saldar mi deuda, podría al mismo tiempo colaborar con la ciencia…

Largó una carcajada estridente pero corta. Su cuerpo siguió estremeciéndose con temblores de risa contenida durante un rato. La espalda apoyada en el respaldo, un brazo extendido sobre la mesa con el vaso en la mano, las piernas estiradas bajo la mesa.

—Vuelvo mañana…—dije…—Homero está en el auto.

De pronto se puso serio, se levantó para acompañarme a la puerta, pero al pasar frente a la habitación de su mujer se detuvo.

—Sabés por dónde…

Entró sin cerrar la puerta, se sacó la bata y se acostó junto a ella, un cuerpo inmóvil con camisón blanco y cabello castaño. Creí ver unos ojos parpadeando, mirándome por unos segundos. Luego me di vuelta y salí de la casa. Vi a Homero tras la ventanilla cerrada, escribiendo con su mano de simio sobre el vidrio empañado. Pasé frente al auto y cuando él me vio se detuvo, como avergonzado. Entré y le sonreí, tratando de descifrar las letras en el parabrisas. La frase no estaba terminada, por eso le dije que continuase. Él entonces extendió su mano y terminó la última palabra.

"*La libertad es sólo una idea de la razón*".

Me quedé un rato ensimismado en la contemplación de mi hijo, luego miré por última vez la puerta de la casa de la que acababa de salir. Homero tenía cinco años, y en sus ojos noté que sabía todo lo que había sucedido, por el mero hecho de su deslumbrante inteligencia, por el único e incontrovertible hecho de observar mi mirada al salir de esa casa.

¿Quién era este chico que yo tenía en el asiento de al lado?, me pregunté. Era mi hijo, sí, pero era también mi padre, era mi maestro, y era una criatura vulnerable que fácilmente podría ser descartada por cualquier imbécil que lo encontrase en el camino. Pero sobre todo creía que no era yo, y sin embargo un instante después supe que él era mi conciencia, y aún algo más profundo y más amplio: quizá todo el pasado contra el aborrecible futuro que se avecinaba sobre el mundo. Él llevaba escondida la idea de un futuro, y sentí sobre mis espaldas todo el peso de la responsabilidad de cuidarlo y protegerlo. Yo, un guardaespaldas enamorado de su protegido, y me reí de la idea. Entonces Homero, al verme reír, se acercó y recostó su cabeza sobre mi pierna. Se quedó dormido. Yo arranqué, y nos fuimos a casa.

5

Esa semana saqué a mi hijo de la institución de la doctora Moreau. No le di explicaciones. Ella estaba aturdida, nunca la había visto así de sorprendida. Sé que alteraría la economía del instituto durante un tiempo el continuar sin los extremadamente altos aportes que yo entregaba mensualmente. Desde que habíamos ganado el juicio, los honorarios se habían elevado exclusivamente para mi familia. Samanta lo sabía, pero era un precio que había que pagar en compensación a los beneficios mayores que ya habíamos obtenido.

La doctora me dijo que lo pensara detenidamente, que no había ningún otro lugar en todo el país que cuidaría mejor a chicos como Homero. Podría haberlo contestado que probablemente era así, pero la simple idea de Víctor vendiendo el cuerpo de su hijo para pagar los meses adeudados me llevó al completo silencio, a la absoluta indiferencia. Alguien me dijo una vez, mientras discutíamos, que aborrecía ser ignorado. El silencio es tal vez la mejor respuesta frente a ciertas mezquindades.

Le contesté simplemente que pensaba irme del país, tenía ofrecimientos de cátedras para la enseñanza de lengua española en el extranjero. Leí en sus ojos que daba vueltas a muchas ideas

que iba descartando con desilusión e impotencia. Con nada legal podía retenerme, y sabía que yo contaba con más dinero que cualquier influencia política que ella pudiera ejercer. Firmé el cheque por el último mes, me entregó el recibo y me despidió con amargura. Dudó en darme la mano como despedida, finalmente la extendió. Entonces hice lo que hice si haberlo planeado, simplemente en un acto de tal apasionamiento y capricho infantil que me habría avergonzado de que mi propio hijo lo viese. Pero la única persona que podría haberme juzgado era a quien tenía enfrente, a quien precisamente iba dirigido ese acto de desagravio, por llamarlo de alguna manera más o menos honorable.

La miré a los ojos, asegurándome que entendiera sin palabras que pudiesen ser grabadas, el motivo verdadero de mi definitivo alejamiento. Y entonces saqué dos billetes de mi bolsillo, eligiéndolos como quien deja una propina sobre la mesa de un restaurante, y los puse en la mano que me ofrecía. Se quedó mirando esos pocos pesos, y debió continuar haciéndolo aún después de que yo me diese vuelta y saliera de la habitación. Crucé los pasillos y la gran sala central por última vez, recordando cuando Samanta y yo entramos con Homero en brazos. En ese entonces había mucho silencio, como si nos hubiesen preparado el escenario. Ahora había gritos de niños que no podían emitir más que gemidos o voces inarticuladas. Gritos ancestrales, pensé. Algunos de esos niños podrían sobrevivir, me dije, sin toda la parafernalia de esa casona, simplemente persiguiendo a los débiles seres como la doctora Moreau, como si fuesen presas.

Durante casi seis meses tuve a mi hijo en casa. Busqué lugares que me recomendaron tanto en Buenos Aires como en las provincias. Lucía venía a cuidarlo en esos viajes que yo necesitaba hacer para visitar personalmente esas supuestas instituciones. Cuando regresaba, ella y yo conversábamos, intercambiando

opiniones. Había conseguido un puesto de enfermera en un geriátrico de Buenos Aires.

—Dicen que los niños y los viejos son parecidos— le dije. Con esa simpleza, yo intentaba evadir el tema principal: nuestras intermitentes relaciones. Ella se rió.

—Para nada, son muy diferentes, en todo aspecto. Ha sido un total esfuerzo para mi aprender de nuevo un millón de cosas.

Yo había desistido hace mucho de convencerla de quedarse a vivir conmigo. Mientras más me visitaba, yo más la extrañaba, y de pronto pensé que era una sensación muy parecida al amor. Lucía no sabía cuál era su sentimiento, y la sola vez que pensé me lo diría, sonó el teléfono. Ella me observó mientras hablaba con Samanta. Trabajaba en Rosario desde que se había ido de casa, y de vez en cuando hablábamos por cuestiones de la cuenta bancaria donde estaba depositado el dinero de Homero.

Lucía me miraba mientras yo discutía con Samanta por haber sacado a nuestro hijo de la casona. Le expliqué las verdaderas razones, pareció enojarse, pero ya no me molesté en convencerla. Ella sonó, luego de un rato, indiferente. No me pidió hablar con Homero. Entonces él salió de su habitación y se subió al sofá, arrodillándose y apoyando las manos sobre el respaldo. Lucía lo retuvo por miedo a que se cayera cuando lo vio subirse al borde y sostenerse en cuatro patas.

—Un momento…—le dije a Samanta, dispuesto a retarlo, pero él me preguntó si era su madre la que hablaba por teléfono, y estiró el brazo de simio para agarrar el aparato. Lo acercó al oído, y pareció esperar.

—*¿Leandro, estás ahí?*— se oía desde el otro lado.

Homero, en lugar de hablar, emitió un sonido monocorde y bestial, una especie de gruñido que nunca le había escuchado. Sus ojos, sin embargo, deslumbraban de inteligencia y malicia.

Lo aparencial, pensé de inmediato.

La estrategia de las máscaras para desenmascarar a los necios.

Samanta colgó. El clic sonó igual que en los viejos teléfonos de línea, como si el presente se hubiese camuflado con los sonidos y los aspectos del pasado, dándole un sabor de melancolía que atenuara el impacto de la muerte de inútiles esperanzas.

Homero me devolvió el teléfono sin mirarme. Lucía tuvo la sabia discreción de no decir nada, ni siquiera de intentar consolarlo. Él se sentó en el sofá como un hombre civilizado ahora, encendió la televisión con el control remoto, la apagó enseguida, y luego se fue hacia la biblioteca caminando lentamente y rengueando, con la espalda torcida, como siempre que intentaba caminar como un humano.

Desde entonces Lucía me dijo que había que llevarlo a algún centro especializado en rehabilitaciones físicas. Yo ya lo sabía, por supuesto, pero estaba tan concentrado en incentivar su inteligencia que no me convencía en que abandonara, aunque fuera parcialmente, ese aspecto.

—Pero es necesario— dijo ella. —En muy pocos años ya no podrá caminar.

Le contesté que ella misma lo había visto subir las escaleras más rápido que nosotros, y subirse a sitios y borde filosos manteniendo el equilibrio.

—Estamos en la ciudad, Leandro, no en la selva. ¿O querés dejarlo con sus supuestos congéneres…?

—Nos las arreglaremos solos…— le dije, y me fui a la cocina.

Ella se me acercó y me abrazó de atrás, pasando los brazos por delante de mi pecho y apoyando la cabeza en mi espalda.

—Te pido disculpas…

Cinco minutos después ya se había ido. Recogió su cartera y su abrigo, cubriéndose el uniforme de enfermera porque entraba a trabajar esa noche.

—Vuelvo mañana, tal vez tenga noticias. Hay un viejo de La Plata que sabe mucho de estas cosas.

Yo estaba demasiado enojado, y no dispuesto a ceder. La llamada de Samanta me había enfurecido, y sé que a Lucía también, por supuesto.

Al día siguiente ella no vino a casa, pero me llamó una hora antes de entrar a su trabajo. Me pidió que fuese a visitarla esa noche al geriátrico. Me mencionó al viejo que ella creía podía ayudarnos.

—Tocá el timbre y esperáme que yo te abro. Se supone que no se reciben visitas a esa hora, pero el viejo ya te conoce, yo le hablé de ustedes cuando supo que había trabajado en la casona. Conoce a la doctora Moreau…— y se interrumpió muy sugestivamente.

Le dije que allí estaría, pero que no tenía con quien dejar a Homero.

—Traélo. Quiere conocerlo. Si los doctores preguntan, los hago pasar como sobrino y nieto que vienen por algún imprevisto de cierta urgencia.

A las once de la noche llegué al geriátrico de la calle Perón al 400. Todavía tenía a un costado de la puerta la chapa ovoide

con letras negras y fondo blanco con el viejo nombre de la calle Cangallo. Era una casa antigua de balcones llenos de macetas y rejas labradas. Mucho moho en las paredes, que avanzaba sobre las esculturas que soportaban los alabastros de las ventanas y formaban, encima de todo, por sobre el tercer piso, una torrecilla con un antiguo reloj ya muerto. Había dejado de funcionar a la seis, de una tarde o una mañana de quién sabe qué año. Me acordé de una vieja canción de Piazzolla, secundado por el rítmico sonido de los autos y los camiones recolectores de residuos, que paraban y arrancaban con gritos y bocinas.

Lucía me abrió y me saludó con un beso en los labios. Miró atrás, antes de hacerlo, por el largo pasillo poco iluminado. Homero iba de mi mano, asustado.

—Parece un antro de pacotilla…—dije, y ella se rió.

Era un lugar viejo, para viejos pobres que dejaban allí cada mes toda su jubilación. Lucía me había dicho que firmaban un poder para que el dueño pudiera cobrar por ellos. En su mayoría eran casi inválidos, y sin parientes conocidos. Muchos estaban seniles, y a ella le constaba que el dueño inventaba firmas. Era todo un artista en eso. Se llamaba Gonçalvez, y la familia tenía una empresa de recolección de residuos. Me acordé del camión que se había detenido casi en la puerta un rato antes, levantando más lentamente y con cuidado los bultos de bolsas negras.

Me llevó por el pasillo hasta donde terminaba, y salimos a un jardín descuidado pero con un par de altos árboles que malamente intentaban sobrevivir. Había canteros con geranios, malvones y arbustos propios de ciudad. Había una habitación arreglada en lo que debió ser una especie de taller o depósito, o quizá sala de maquinarias. Ahora predominaba la oscuridad en un ambiente húmedo.

Lucía se dio vuelta cuando entramos, adivinando mis dudas.

—Es un viejo privilegiado en este lugar, tiene sus ahorros de toda su vida y con eso se mantiene acá, anónimo y tranquilo.

No creí necesario preguntar más, y Lucía lo llamó en la oscuridad.

—Señor Valverde, ¿está despierto?

Nadie contestó.

—¿Gustavo, podemos pasar? Traje a mi amigo, de quien le hable. Está con el chico…

Entonces la luz se encendió, un velador sobre una mesita de mármol junto a un sillón de pana verde cortajeado en los apoyabrazos. El viejo conservaba todo su cabello, la cara aún redonda y por supuesto con muchas arrugas, las manos largas y curtidas, tenían callos y olían a algo ácido y fuerte. Eso fue lo principal que me llamó la atención.

—Buenas noches, profesor. La señorita me contó de usted, y creo que puedo ayudarlo con su problema.— Miró a Homero y sonrió.—Pero no creo que sea realmente un problema, sólo podría ofrecerle alternativas y guiarlo. Lo fuera de lo común no suele ser bienvenido, eso yo lo entiendo bien.

Lucía acercó dos sillas y nos sentamos. Puse a Homero sobre mis rodillas, mientras el viejo acariciaba el brazo de simio de mi hijo.

—Es sorprendente la delicadeza con que la naturaleza ha tratado a su hijo, profesor. Le ha dado un cambio progresivo y armonioso. ¿No se ha dado cuenta de la belleza del niño?

Se me formó un nudo en la garganta. No supe qué responder. Lucía salió en mi ayuda, levantándose y yendo en busca de algo que permanecía escondido bajo el sillón. Apareció un perro blanco, de poco pelo en realidad, sin orejas, robusto pero ya viejo. Tenía la mirada ciega, con los ojos opacados por las cataratas, me pareció. Ella le dijo a Homero que lo acariciara. Él se bajó de mis rodillas y se acercó. Inclinándose, primero extendió su mano normal, pero el perro levantó la cabeza, husmeando, y gruñó. Luego hizo lo mismo con la mano de simio, y el animal, luego de olerla, se dejó acariciar.

—Se llama Peractio— dijo el viejo. Me pregunté qué clase se nombre era ese para un perro, cuando me di cuenta que se trataba de latín.

—Usted intuye a qué se debe su nombre, ¿no es así?

—Supongo que es latín, ¿quiere decir último?

—Exacto, y más poéticamente, yo lo llamaría “la terminación”. Es un adjetivo femenino, y como ve, ella es la última de mis mascotas. No ha tenido descendencia, y por lo tanto es la última de su única especie.

Lucía seguía la conversación, pero intentaba distraer a Homero acariciando al perro, hablándole de sus características en voz baja.

La luz del velador iluminaba muy precariamente el lugar. Se adivinaba mucho más amplio, pero más allá de la cama que suponía junto a alguna de las cuatro paredes, una mesa y sillas, tal vez estuviese vacío. Una sensación de cosas materiales y ausentes prevaleció, pero sobre todo el olor ácido.

—Es formol profesor. Persiste en mis manos aunque ya hace años que no lo utilizo.

—¿Usted es médico?

—Farmacéutico, en realidad. Me mudé a Buenos Aires cuando me jubilé hace veinticinco años. Toda esta casa era mía, pero los Gonçalvez se la rebuscaron para comprarme el lugar. Yo ya estaba cansado, demasiado. He luchado desde los tiempos en que vivía en mi pueblo con mi madre. Si no hubiese sido por mis criaturas, que siempre me han protegido… Por eso, cuando Peractio muera, yo también desapareceré. No he podido vencer la decrepitud del mundo.

Cuando dijo esto, intentó con dificultad separar la espalda del asiento y estirar un brazo hacia Homero. Supe más tarde, que interpreté mal su gesto. Creí que hablaba de mi hijo como un signo de retroceso, y en realidad era yo quien todavía en ese entonces consideraba que eso era cierto, y sin embargo me aborrecía que alguien más lo mencionara o así lo considerara abiertamente.

Agarré a Homero de su brazo de simio y lo acerqué a mí nuevamente. Se sorprendió de verse separado del perro, y Lucía me miró, interrogante.

—No entiendo para qué quería conocernos, y en qué podría ayudarnos…

—No se enfade profesor. No es lo que piensa. No quiero destruir al chico, él no es la decrepitud, sino un paso en el que yo no pensé cuando era muy joven. La naturaleza se abre camino por senderos inesperados, siempre. La mente de su hijo es privilegiada, Lucía ya me contó sobre él, pero su cuerpo se está transformando. Necesita cuidados especiales para que su mente no tenga que

preocuparse por el cuerpo. Es eso lo que intenté toda mi vida. El cuerpo es una esclavitud, y la libertad es sólo una idea de la razón. En ella— dijo llevando el dedo índice de la mano derecha a la cabeza— está la verdadera libertad.

Recordé lo que había escrito Homero en el parabrisas del auto un tiempo antes.

—Bueno, estoy algo cansado y quiero irme a dormir. Pero antes de que la señorita Lucía me ayude a cambiarme y acostarme, le daré los datos de a quién debe ver para los próximos años de educación de su hijo.

Abrió el cajoncito de la mesa de luz a su lado y rebuscó entre los papeles.

—Déjeme ayudarlo— dijo Lucía.

—No se entrometa con mis cosas— contestó él, sacudiendo las manos. Continuó revolviendo, hasta que sacó un papel, lo observó a la luz del velador, frunciendo los ojos, y me lo entregó.

—El director es un conocido mío, en realidad hijo de un conocido. Se llama Bernardo Ruiz III. Sé que suena pomposo, y él es algo así, con pretensiones de formar una especie de reino privado, con todo el oropel correspondiente. Pero son solo ideas de aristocracia, que por suerte se traducen únicamente en una gran discreción y en una pulcra e impresionante educación. —

—¿Y dónde queda esta clínica?

—En Montevideo, pero no es una clínica…

—Instituto, entonces…

—Tampoco. Contrario a su forma de ser, le puso el nombre de Hogar. Tiene dinero de sobra por la familia de su madre, así que no debe usted preocuparse por encontrar en él a otra doctora Moreau. Es absolutamente confiable para lo que su hijo necesita, pero deberá acostumbrarse a sus excentricidades.

Mientras terminaba de hablar, se le fueron cerrando los ojos. Lucía me dijo que la esperara en la puerta. La vi ayudarlo a levantarse e ir más allá de la luz. Una lamparilla tenue se encendió en el techo, iluminando la cama sobre la que él se sentó. Ella lo fue cambiando lentamente, con enorme paciencia. El cuerpo del viejo, casi desnudo, no era más que hueso y piel, pero se movía sin dolores, aunque con lentitud. Parecía ser una encarnación de la paciencia, mientras el perro se echó a sus pies. Lucía apagó ambas luces y salimos en silencio.

—¿Querés tomar algo en la cocina? Ya terminé el trabajo duro por esta noche, el resto será tranquilo si no hay novedades. Todos se despiertan muy temprano, pero para entonces yo habré dejado mi guardia.

Homero estaba soñoliento, y le contesté que nos iríamos a casa.

—Bueno, mañana hablamos—. Me despidió en la puerta con un beso, y vi esconderse a una vieja en camisón que se había asomado de una de las habitaciones.

—Mañana va a ir con el chismerío a su jefe…—dije.

Ella hizo el gesto de quitarle toda importancia.

—Yo tengo chismes más relevantes que contar, si se pone pesado… no te hagas mala sangre, querido. —Y cerró la puerta.

Nos quedamos en la vereda, en completo silencio. El semáforo de la esquina cambiaba sus luces para un tráfico inexistente. Los altos edificios de ambas veredas ocultaban el cielo, que se adivinaba nublado por el excesivo rocío que había comenzado a formarse. Miré el reloj, eran casi las dos de la mañana.

—¿Te gustó el perro?—le pregunté a Homero al verlo dar vuelta la mirada hacia la puerta mientras nos alejábamos.

—Sí, papá. Es un perro muy lindo. Pero está triste porque se va a morir.

Subimos al auto y le pregunté cómo lo sabía. Se encogió de hombros.

—Tengo sueño, vamos a casa.

Arranqué y conduje por las calles casi desiertas del centro. La avenida Pueyrredón, luego Jujuy, pasamos por debajo de la ya obsoleta autopista que levantaron hace más de setenta años. Yo habría deseado que esa noche no finalizara, que el tiempo fuese eterno en ese auto donde mi hijo y yo íbamos en el más pacífico silencio concebido alguna vez. Las luces de las calles, tenues, titilantes, sumisas y obedientes a la voluntad del sueño y la vigilia. Los escasos autos, los edificios como muertos, las veredas cubiertas de recuerdos, y la humedad que lo fundía todo en un estado de absoluta coherencia. Ya no se necesitaba a Dios, y la idea del tiempo era extraña y cruel. Sólo el espacio formando la arquitectura de las calles y los edificios, el entramado de una realidad consciente de su propio fin, y por eso absolutamente entrañable.

6

Estábamos en verano, así que no podía obligar a mi hijo a cubrirse con ropas de mangas largas y guantes para que la gente de los transportes públicos no se pusiera a observarlo. Ni avión ni barco, entonces. Iríamos en el auto, cerrando el departamento por tiempo indeterminado. Cargamos dos valijas repletas, porque sabía que la estadía iba a ser larga. Yo haría viajes de tanto en tanto para buscar cosas que necesitara.

Lucía no quiso hacerse cargo de nada. Hasta le propuse, finalmente, el matrimonio cuando el divorcio con Samanta estuviese concretado. Me contestó que no, y que por eso precisamente, por esa proposición que yo le hacía de manera tan abrupta y desconsiderada, era mejor dejar de vernos. El día anterior a nuestra partida fue la última vez que la vi. Cenamos, hicimos el amor de una manera que la hizo llorar cuando alcanzó el clímax, y yo, media hora después, volví a penetrarla porque necesitaba hacerla sufrir. Hacer que extrañara por lo menos eso, que se arrepintiera para siempre de su decisión al verse carente del placer que yo, su hombre, su único hombre posible, podía darle. Pero el hecho de lastimarla no era placer sino dolor deliberadamente infligido, y en la mañana se levantó muy temprano y se vistió. La observé cuando ella estaba de espaldas, abrochándose el corpiño, y me

habría gustado ayudarla, como siempre lo hacía. Pero no lo hice porque ella se levantó de pronto, y sin darse vuelta, se colocó el uniforme de enfermera, recogió su cartera de la silla al pie de la cama, y salió del dormitorio. Me levanté y me asomé por la puerta. La vi entrar al cuarto de Homero. La escuché murmurar algo, sollozando, creo. Volví a entrar, pasó frente a la puerta, escuché ruidos apagados de una taza en la cocina, cinco minutos después se fue, cerrando la puerta de calle sin llave, porque la que yo le había dado la dejó sobre la mesa de la cocina.

Después, dos o tres veces hablamos por teléfono, cuando ya los tiempos y los acontecimientos eran distintos, y los sentimientos apagados implicaban necesidades diferentes, y más tarde nos escribimos cartas a la antigua. Pero nunca más la vi personalmente, y me habría gustado hacerlo, aunque fuese diferente su aspecto, porque yo sabía que me acostumbraría siempre a ella. Pero todo dios personal se esfuma como consecuencia de las fantasías propias de su misma creación. Y en eso pensaba cuando Homero apareció en mi cuarto, desnudo y preguntando por qué Lucía no venía con nosotros.

Lo observé allí parado, con la mano humana sobre el pomo de la puerta, y la mirada asustada pero no llorosa. La desesperación no parecía dominarlo nunca, la maravillosa lógica de su inteligencia lo protegía contra eso. Le dije que primero desayunaríamos algo. Nos vestimos y nos sentamos a la mesa. Ya las valijas estaban preparadas desde dos días antes, esperando junto a las camas de cada uno. Él bebió su leche chocolatada y las vainillas que tanto le gustaban. Yo tomé un café solo, pero doble. En silencio, sin responder a su pregunta y sin que volviera a plantearla, dejamos pasar el tiempo en mutuo consentimiento, como si nunca hubiese sido pronunciada, que ya parecía tan lejana y tan imprecisa.

A las diez de la mañana salimos. Cerré el departamento con cierta congoja. Miento, fue con terrible desazón. Sabía que tendría que venir muy seguido, pero cuando lo hiciera nadie estaría dentro, esperando. Homero caminó por el pasillo hasta el ascensor, y mientras aguardaba, me miró mientras yo cerraba la puerta con doble llave y colocaba la alarma de seguridad. En sus ojos había desconcierto. Yo aún no sabía qué era lo que guardaba su mente deslumbrante. La inteligencia era una cosa cierta, pero esas intuiciones no parecían corresponder con la lógica y el razonamiento deductivo que había demostrado. Entonces, allí parado frente al pozo del ascensor, mientras los cables elevaban la jaula con puertas plegables, imaginé que su mente era eso mismo, un pozo en ambas direcciones, hacia lo alto y lo profundo. Y su inteligencia no era más que un instrumento para sacar a la luz hechos, conceptos aparentemente indescifrables, y crear las asociaciones necesarias. Intuición e inducción.

Habían inaugurado el largamente proyectado y postergado puente entre Buenos Aires y Colonia del Sacramento sólo un mes antes, así que nos dirigimos hacia allí. La ingeniería del puente era espléndida, y el sol destellaba sobre las aguas del Río de la Plata. Homero contempló fascinado por la ventanilla durante todo el trayecto de varios kilómetros. Viajábamos casi al mediodía, así que el sol aún nos daba de frente, hasta que fue ascendiendo y sólo el reflejo sobre el agua provocaba una luminosidad irritante pero festiva sobre el parabrisas. Pusimos música, y Homero cantó lo que yo le había hecho escuchar en casa. Tenía armonía en la voz, y no tendía a gritar como muchos chicos. Yo lo acompañé, avergonzado de mi mala afinación, pero él se reía de su propia alegría. Nunca lo había visto así. Sé que por su cabeza pasaban raudos fantasmas de niños enfermos con los que había crecido en la casona, pero este pasaje sobre las aguas del ancho río platense, fue una especie de recreo que se terminó

cuando llegamos a la cabina del peaje y la aduana de Uruguay. Unos policías militares me pidieron los papeles del auto y documentos personales. Miraron a Homero, y uno de ellos pasó al otro lado del auto y golpeó la ventanilla. Homero la bajó con la mano derecha, e intentó esconder la izquierda, pero el policía ya la había notado.

—Vamos a Montevideo, al Hogar de Minusválidos del doctor Ruiz—dije, venciendo mi orgullo herido y la bronca provocada por esas miradas desconfiadas. El gobierno de facto había sido instalado un año antes luego de varios golpes de estado, crisis económicas profundas y denuncias de corrupción en el senado. Los últimos dos presidentes eran presos políticos por alta traición: se los acusaba de financiar y apoyar maniobras para volver a anexar el país al estado argentino.

El que estaba de mi lado me devolvió los papeles y haciendo la venia, me indicó que siguiera. Mientras nos alejábamos miré por el espejo retrovisor que ambos se hablaban y uno de ellos anotaba algo en una libreta, seguramente la patente del auto. No volví a preocuparme durante el viaje por la rusta costera, que era más larga pero de la cual disfrutaría Homero que tan pocos paseos y salidas podía hacer. Nos topamos con varios puestos policiales, en los cuales se repitió el mismo procedimiento y las mismas miradas desconfiadas, sobre todo a medida que nos acercábamos a Montevideo. Para las tres de la tarde ya estábamos en la ciudad. Las calles anchas, aún con adoquines o empedradas, le daba un aire colonial al casco urbano. Era como una Buenos Aires menos cosmopolita. Pasamos cerca del puerto, con barcos viejos, abandonados, utilizados algunos como piezas de museo. El clima había desmejorado, el cielo estaba nublado y amenazaba lluvia, tal vez para la noche. Mi hijo tenía la ventanilla abierta y sufría escalofríos.

—Cerrá si tenés frio…

Él me sonrió, levantando sólo un poco, pero lo suficiente para que el vello erizado de su brazo de simio se relajara. Yo lo agarré de esa mano mientras mi izquierda continuaba en el volante. Dimos vueltas y vueltas por calles que no conocíamos, hasta que Homero, mirando el plano me dirigió por varias avenidas hasta que llegamos frente a un edificio antiguo, tipo colonial. Eran más de las cuatro de la tarde, y un sábado. El barrio estaba tranquilo, aún no despertado de la siesta. En el frente no había ningún cartel, sólo una chapa con el nombre del lugar junto a la puerta.

Estacionamos enfrente, y bajamos dejando las valijas en el auto. La puerta era doble, pero sólo una de las hojas estaba abierta. Parecía un antiguo hotel bien conservado, de dos pisos, además de la planta baja. Entramos a un zaguán con ornamentos coloniales, baúles de cuero y una especie de *dessoir* con un tarjetero. Luego, una amplia sala con piso de madera sobre la cual nuestros pasos resonaron suavemente. A un costado, un hogar grande, con ladrillos a la vista y un sofá justo enfrente. Del otro lado, un ventanal que parecía llevar a un jardín interior. La recepción consistía de un mostrador viejo y deslustrado. Apoyé las manos, y la suavidad de esa madera desgastada por cientos de manos me hizo sentir bien. Homero levantó los brazos hasta el borde, pero no alcanzaba a ver nada. Apareció por la puerta de atrás, un hombre joven, de bigotes oscuros y pelo encrespado, era bajo, y lo vi subirse a un pequeño entarimado que lo hizo elevarse algo así como quince centímetros.

—¿Qué se le ofrece, señor?— y apenas lo dijo vio los dedos de simio agarrados al borde del mostrador.

—Venimos por recomendación del señor Gustavo Valverde. Tengo entendido que es amigo del director.

El hombre consultó en un libro de actas. Tardó su tiempo en recorrer la larga lista de nombres con letra prolija, que imaginé debía ser la suya. Letra de una caligrafía elegante, hecha con pluma tinta. Su dedo índice recorrió los renglones de arriba abajo, durante varias páginas, pero noté que su mirada se escapaba de vez en cuando a los dedos de Homero, a una y otra mano, comparando interiormente, pensando. Me pregunté si no se trataba del mismo doctor Bernardo Ruiz.

Finalmente encontró lo que fuese que estaba buscando, me sonrió y nos dio la bienvenida. No mostró curiosidad por ver a Homero de inmediato.

—¿Podríamos ver al doctor Ruiz?— pregunté.

—Con él habla, profesor. Un gran gusto en conocerlo— y me extendió la mano. La estreché, y fue entonces cuando bajó del entarimado y dio la vuelta al mostrador, levantando y bajando la tapa que lo separaba de la sala. Miró a Homero con una sonrisa, y a la vez pareció hacer un estudio clínico.

Homero se había soltado del mostrador, así que su tendencia a la inclinación de su espalda se hizo evidente. Las piernas se le cansaban muy rápido, y apoyaba las manos en el suelo cuando estaba extenuado. Hoy no era sí, ya que habíamos estado varias horas en el auto, por eso me sorprendió que el médico se diese cuenta tan rápido, o quizá fuese yo, que acostumbrado a verlo siempre, no notara ya ciertos detalles. Lo que me conmovió a esa hora de la tarde de un sábado nublado, en ese viejo sitio antiguo que olía a madera y aceites, fue la mirada de conmiseración del doctor Ruiz. Una mirada que de cualquier otro extraño me habría ofendido, en él fue ciertamente distinta.

Se inclinó junto a Homero, no en cuclillas sino de rodillas, la agarró el brazo de simio y le dio un beso como en una verdadera reverencia dedicada a un príncipe que está de visita. El doctor Ruiz parecía un vasallo, un súbdito dedicado desde entonces al servicio de mi hijo. Homero se le quedó mirando, sin decir nada, simplemente dejándolo hacer. Temí que se riese, como yo estuve tentado de hacerlo por un momento. Pero Ruiz se levantó en seguida, sin soltar la mano de Homero, y dijo:

—Profesor, me siento honrado de tenerlos en mi casa. Sírvase firmar el acta de entrada sobre el mostrador. Si no tiene inconveniente me llevaré al niño al parque.

Hice un gesto de que estaba bien, y mientras yo completaba el formulario que había dejado en el mostrador, ellos salieron por el ventanal hacia el parque, que alcancé a ver amplio y de abundante follaje. Un ruido a golpes sobre madera me llamó la atención, viniendo de lejos pero sin duda de los pisos de arriba. Cuando salí al patio interno, noté la distribución que la arquitectura colonial había determinado para ese antiguo hotel. Debía tener casi doscientos años de antigüedad, y diversas modificaciones habían sido hechas para mantener en buen estado el edificio, sin cambiar demasiado el estilo. El patio era muy grande, con mucho follaje y dos o tres aljibes. Un sendero de piedras pasaba entre los arbustos y árboles bajos, rodeados todos por la sombra alternada de los tres pisos de habitaciones con sus balcones.

Ruiz y Homero caminaban despacio. Él parecía hablarle, sin esfuerzo por hacerse comprender, sin la intención habitual del adulto de rebajar su mentalidad o inteligencia al supuesto punto de vista de un niño. Ambos de espaldas, un adulto bajo y moderadamente fornido, de cabello oscuro y barba, algo encorvado quizá, y otro un niño delgado pero también de aspecto oscuro, inclinándose a medida que caminaba, girando la cabeza

hacia el otro, esforzándose por mirarlo mientras lo escuchaba, y apoyando la mano izquierda de vez en cuando en el piso, cuando tropezaba. Desaparecieron tras un recodo, y me senté en un banco de madera, mirando el cielo encapotado tras los techos de tejas del último piso. Todas las ventanas estaban cerradas y no había señales de otros internos. Debían estar durmiendo la siesta, supuse, pero tampoco vi a ningún otro miembro del personal. Los ruidos de golpes continuaban, intermitentemente, y parecían llegar del ala izquierda del tercer piso, o tal vez del segundo, o quizá de algún sitio vecino, ya que no vi obreros ni material de construcción en ninguna parte. El eco interno debía ser engañador, me dije, y entonces ambos reaparecieron. Homero caminaba exactamente de la forma que yo había intentado que no lo hiciera; más rápida y cómodamente para él, pero apoyándose de manera alternada con los puños en el piso, igual que un mono.

—¡Homero!— grité, casi sin darme cuenta, y Ruiz me miró sobresaltado. Mi hijo se detuvo, y vi las lágrimas que estaban a punto de caérsele en el duro esfuerzo que estaba haciendo por enderezarse. Lo levanté en brazos y lo llevé a sentarse en el banco. Él intentó mantener la espalda reclinada, pero tanto esta como las piernas se le contraían.

—Esto es precisamente por lo que vinimos, doctor. Necesitamos que su enfermedad no deteriore más su sistema óseo. Me recomendaron este lugar para su tratamiento físico.

—Profesor, le hablaré sinceramente y sin eufemismos. Sé que es usted una persona muy inteligente, y ya debe haber sacado algunas conclusiones por sí solo. ¿Quién asegura que lo que le sucede al pequeño Homero es una enfermedad, es decir, lo que habitualmente llamamos así? Tal vez sea simplemente, como muchos de los trastornos de causas desconocidas, una forma diferente de manifestación de las características genéticas, o sus cambios,

como en los ciclos evolutivos. Por lo tanto, ¿es correcto que vayamos en contra de su naturaleza, de la evolución natural del proceso?

Ruiz se había sentado junto a nosotros, y me di cuenta que Homero lo escuchaba con mucha atención, ya más sereno y con la espalda relajada.

—Pero doctor Ruiz, si usted supiera de su inteligencia….

El otro se rió con vergüenza. Se tapó la boca con una mano, y su traje de sarga, oscuro y desgastado en los codos, puso en evidencia su vejez. Se desabrochó los botones y noté su vientre abultado. Sacó de un bolsillo un par de anteojos de carey, y se los puso luego de limpiarlos con un pañuelo arrugado.

—Disculpe, profesor, pero ya he notado lo que usted me dice. No hace falta. Aquí él encontrará todo lo que necesita. Tenemos muchos salones de gimnasia y rehabilitación, hasta una sauna. Hay dos viejos ex gimnastas olímpicos en mi personal, uno rumano que perdió todo por su adicción, y otro polaco que tiene una afección cardíaca.

—¿Y los demás pacientes?

—Ya los verá...

—¿Podemos ver la habitación?

Ruiz se levantó y lo seguimos otra vez hacia la recepción. Levanté a Homero, que seguía cansado, y subimos las escaleras hasta el tercer piso. Recorrimos dos pasillos hasta el balcón que daba al patio interno. Desde allí, el jardín mostraba su extraña ingeniería, una serie de laberintos que no eran tales, sino dibujos como filigranas. Debía haber un jardinero experto, sin duda, pero en ese momento el lugar lucía desierto,

Entramos a un cuarto de hotel común, antiguo pero cómodo, de techos muy altos, inclinados ya que era el último piso. Las ventanas daban una a la calle y otra al balcón. El baño era amplio, con piezas de loza antigua y un espejo grande con manchas de óxido. Las paredes de la habitación estaban cubiertas con un empapelado que debía haber sido colocado más casi cien años antes. Aún persistía, algo desteñido pero casi sin despegarse, más que en algunos bordes. Miré las estampas, propias de la moda *fin de siècle*.

Acosté a Homero en la cama de dos plazas, y se quedó dormido. Ruiz se sonrió.

—No se preocupe demasiado, profesor. Yo no tengo hijos, pero comprendo su ansiedad, veo esto todos los días. Y créame que comprendo exactamente lo que él debe estar sintiendo. Todos tenemos algo extraño, algo que ni siquiera nosotros entendemos y contra lo que nos rebelamos. Pero la causa de la felicidad es convivir pacíficamente con nuestros monstruos, como una especie de acuerdo de por vida. Uno cede y el otro acepta, así sucesivamente. Venga abajo conmigo y lo ayudaré a subir las valijas.

—Debo buscar un hotel o pensión donde quedarme.

Me miró extrañado.

—¿Acaso va a dejar a su hijo solo? Voy a pensar que es usted un padre despreocupado, entonces, que ha venido para deshacerse de él.

Su sarcasmo era bienintencionado, yo lo sabía por su mirada que de tan curiosa resultaba sincera, y por el apretón cariñoso de su mano sobre mi codo. Un hombre suele sujetar a otro de un hombro, por afecto, o simplemente lo abraza. Pero agarrarlo de un codo demostraba una timidez o una educación rayana con el

afeminamiento. Recordé por un fugaz instante al doctor Farías, su camisa rota y el cuerpo sudado luego de que yo lo golpeara, y después…después el cuerpo colgando en medio de la oscuridad.

Acordamos que dormiría en la misma habitación de Homero. Pero antes de volver a subir me invitó a tomar un refrigerio, así él lo llamó, ya que habíamos estado viajando desde la mañana sin comer nada. Me hizo seguirlo hasta el comedor del hotel, cerrado bajo llave. Cuando abrió y encendió las luces, todo el viejo esplendor de una época mostró sus restos, tímidamente conservados. Ruiz fue a correr los cortinados, abrió las ventanas y luego los postigos. La luz declinante de la tarde entró mostrando las motas de polvo en el aire. Apagó las luces artificiales, y nos acercamos a una de las tantas mesas. El piso de madera resonó y rechinó con nuestros pasos. Ruiz limpió el polvo de las sillas y la mesa con la manga de su saco. Luego de sacárselo, lo apoyó en el respaldo de una silla. Se sentó, y mirando mi quietud, dijo:

—Siéntese, profesor. Disculpe la suciedad, pero a los pacientes se les sirve en su cuarto, no suelen salir más que en determinados horarios.

Me senté en silencio, nuevamente desconfiado.

—En la cocina debe haber quedado algo del almuerzo. Creo que fueron *tagliatelle a la marinara,* si no le molesta que los calentemos un poco.

Iba a rechazarlo, pero tenía hambre, realmente. Ruiz pareció adivinar mi pensamiento.

—No se preocupe por el nene, mientras más duerma hoy mejor, han sido muchos cambios para él. Cuando despierte, le daremos una cena opípara. —Y se rió, consciente de los artificios de su

lenguaje, que parecían ser casuales pero ante los que sin embargo se avergonzaba.

Se levantó para ir hasta la cocina. Me pregunté si él sería el cocinero, el jardinero, el terapista físico y el director, ya que el lugar se destacaba por su soledad. La tarde del sábado estaba nublándose rápidamente, y un aroma a tormenta entraba por las ventanas. De vez en cuando pasaba algún auto sobre el empedrado, y tal vez no fuese muy diferente en las horas más transitadas o días hábiles. Hasta el polvo se asentaba nuevamente con una lentitud exasperante, manteniéndose en el aire por largo tiempo a pesar de que no había brisas ni corrientes en esa tarde estática. Ruiz regresó.

—En diez minutos nos traen todo. ¿Qué le parece almorzar a las cuatro de la tarde? Yo no suelo tener horarios…

—Más bien diría que el tiempo se ha detenido en este lugar…— dije, observando el cielo raso de donde colgaban lámparas de candelabros, el hogar profundo de piedra y barro, las mesas y las sillas trabajadas. Todo era una mezcla de estilo colonial con refinadas aportaciones *fin de siecle,* como el reloj sobre la repisa de la chimenea, la vitrina con la cristalería y la vajilla.

Ruiz se rió con una ingenuidad que me sorprendió. Nunca, en todo el tiempo que lo conocería, dejó de sorprenderme.

Apareció un hombre viejo con una chaqueta de mozo, para colocar un mantel de fino lino con bordados blancos. Leí, en un borde, *París, 1892*. Luego trajo los platos de porcelana de Baviera, las copas de vino de cristal recién sacadas de la vieja vitrina, a las que apenas fue suficiente pasar un paño seco para que el brillo levemente dorado de los bordes volviese a resaltar, y los cubiertos de plata con esa tenue opacidad que les da el tiempo.

Cuando nos trajo el vino, nos ofreció elegir entre una Cabernet 1975 o un Sauvignan 1960. Dejé la decisión al dueño de casa. Entonces el Sauvignan fue vertido en mi copa. Cumplí con mi deber, y Ruiz sonrió ante mi aprobación. Diez minutos después nos trajeron la fuente con los *tagliatelle* y la salsera. Ruiz levantó la copa ofreciéndome brindar en silencio.

El sonido del cristal al chocar resonó justo un segundo antes que el motor de un camión envileciera el aire, que a su vez era tiempo, constituyendo ambos una amalgama que lentamente fue petrificándose a nuestro alrededor. Ese sitio, fuese lo que fuese, y resultara lo que resultara para mi hijo, tenía el doble filo de un chuchillo que corta de un lado y desgrana del otro.

El pasado y el futuro.

Sin saber aún si había formas de optar.

7

Fue en los días de la primera semana cuando observé los lentos cambios que se producían en el jardín del patio interno. Cada mañana salía al balcón común de las habitaciones del tercer piso, y me acodaba en la baranda de metal labrado, con ese aire tan típicamente hispano bajo el alero de tejas, que hasta a veces se me ocurría estar escuchando alguna guitarra tocando un flamenco entre los arbustos. Y fue entonces cuando, de aquel contraste armonioso con los ruidos de golpes de martillos sobre madera, me pregunté dónde se estaba realizando la construcción. Había obreros que iban y venían por el sendero que llevaba a la puerta de salida hacia la calle contra lateral. Había andamios desarmados apoyados contra algunas paredes o en el piso, pero ya en desuso, como si lo principal de la obra ya hubiese sido construido. Ellos entraban y salían a los laberintos del jardín, con sus plantas exóticas, altas, que no dejaban ver, aún desde la altura, todo el entramado de caminos, y sin embargo, algo se modificaba levemente, percibido sólo cuando pasaban dos o tres días. Una planta de menos, tal vez, o un camino que de a poco iba llevando hacia el viejo vivero que estaba al fondo, oculto por la sombra de dos frondosas moreras. Una serie de imágenes literarias se me aparecían de pronto, para esfumarse frente a su propia incongruencia. Un cuento de Hawthorne, por ejemplo,

pero el personaje de Rapaccini se desmoronaba ante la imagen del doctor Ruiz.

Entraba entonces para despertar a Homero para sus ejercicios de la mañana, y poco después una cocinera dejaba el desayuno, una mujer de raza negra, siempre ofuscada y murmurando resabios en su viejo dialecto portugués. Ya habían pasado unos pocos días, y el régimen de terapia física comenzó a hacerse sentir en el cuerpo de mi hijo. Terminaba extenuado al llegar la noche, durmiéndose de inmediato y sin despertarse hasta entrada la mañana. Únicamente los fines de semana se interrumpían las sesiones.

Era miércoles, y le tocaba el turno a los ejercicios de estiramiento, así como los lunes y los viernes. Los otros dos días hábiles eran ejercicios de fortalecimiento. Ya habíamos conocido a los dos entrenadores de los que Ruiz me había hablado. Me permitían, y en realidad me exigían, que yo asistiese a cada una de las sesiones en su total duración. Luego de varios días, y ante las muecas de dolor de Homero, a las que luego de mis primeras reacciones de inquietud, interrogando con la mirada asustada a los entrenadores, moviéndome de una esquina a la otra del gimnasio, me fui acostumbrando. Pero ellos preferían que me quedase, así que me sentaba en un asiento a leer, echando miradas de confianza a Homero que me observaba mientras yacía a veces boca abajo en una camilla, o intentando levantar pequeñas pesas y mancuernas. Él me observaba con una mirada de mutua inteligencia, más sabio en consolarme que yo en resignarme a su dolor.

El polaco Andrés era un ex físico—culturista de más de sesenta años, alto, y de pelo algo largo y lacio, todavía rubio, de barba entrecana y pelirroja. Intentaba mantener una compostura de hombre serio, pero sus bromas y sarcasmos nos divertían. Todas las sesiones eran individuales, pero a veces atendía a dos

niños a la vez. Como era el encargado de la terapia de estiramientos, tenían muchas técnicas para hacerlo, en camillas, sobre el suelo de madera o con poleas. A veces levantaba a Homero de los brazos, y lo mantenía colgando así durante quince minutos. Yo veía el dolor en el rostro de mi hijo, pero a su vez escuchaba el ruido de las articulaciones de su espalda mientras iban liberándose, y cuando esto pasaba, Homero no era capaz de levantarse por sí solo, así que yo lo llevaba la habitación para descansar por dos horas. A eso de las 4 de la tarde llegaba el masajista, que era el otro entrenador, un rumano que había ganado dos o tres medallas olímpicas en juegos ornamentales, en Munich y en Moscú, según me dijo. Era un poco más joven que el polaco, pero de cuerpo pequeño y firme, bajo de estatura, como un peso mosca si hubiese sido boxeador. Se encargaba de los ejercicios de fuerza los demás días, sometiendo a Homero a las máquinas del gimnasio, que estaba en la planta baja, en lo que debió haber sido el salón de reuniones del viejo hotel.

—Lo vamos a sacar bueno…—me decía el polaco, mirándome desde la camilla donde mantenía estiradas las piernas del niño.—Y no se queja para nada, es un macho bien macho, ¿no es cierto?— le preguntaba a Homero.

El chico ni siquiera intentaba sonreír a algo que no necesitaba respuesta. Yo asentía desde mi lugar de observación, ya habituado, ya confiado a las manos de ese hombre que podrían haberle quebrado cada uno de sus huesos en varias partes si se hubiese excedido un poco en su fuerza. Pero los ojos claros del viejo polaco eran confiables, igual que los dedos de esas manos enormes de vello claro y venas tortuosas. Sabía mucho de su trabajo, y leía constantemente revistas especializadas sobre deporte y terapia física. Era muy hablador, y una de sus rutinas era el elogiar la técnica de los cubanos de fines del siglo pasado,

y yo leía en sus palabras una admiración no dicha por Fidel Castro.

—Cuba ha muerto— dijo, como casi todos los días, con un resoplido de resignación y molestia.—Se lo comieron los capitalistas, y quién iba a pensar que se convertiría en un estado más de la Unión.

Luego se trasladaba al pasado más lejano, al recuerdo de Europa y las viejas grandes guerras.

—Igual que Polonia, anexada por los alemanes una y otra vez, comida a trozos por sus vecinos. Como Prusia o los países de los Balcanes.

—Europa se llama Alemania—dije yo, también deliberadamente irónico por lo que a mis antepasados italianos le tocaba.

—¿Usted es descendiente de italianos, no? Así que no le debe extrañar que hayan optado por la escuela de Mussolini en la tercera gran guerra.

—El fascismo y el capitalismo son lo mismo, a fin de cuentas. Abusadores y criminales—dijo, y un ruido de huesos resonó en el aire. Yo levanté la vista de mi libro, asustado, y el otro niño que hacía sus ejercicios en una polea se detuvo.

El polaco se rió a carcajadas, y levantó a Homero de las piernas y lo sentó sobre la camilla, con giros de bailarín. Se acodó frente al chico y le preguntó si estaba bien, guiñándole un ojo. Homero movió la cabeza, asintiendo.

—Por hoy terminamos…A ver el otro, el sinvergüenza y haragán de esa esquina…

Cuando nos fuimos, el otro chico, poco mayor que Homero, y al que le faltaban una pierna y un brazo del mismo lado, se acurrucaba asustado en el asiento de la máquina de poleas.

Llevé a Homero al cuarto y lo acosté luego de darle una ducha tibia como era de obligación según las reglas del tratamiento. Por la tarde llegó el rumano. Borgia, se llamaba. Era todo lo contrario en temperamento al polaco. Nunca los oí cruzar más de dos palabras entre ellos. Simplemente porque como uno hablaba hasta por los codos, y el otro no pronunciaba más palabras que los buenos días o las buenas noches, no había posibilidad de que ninguna conversación durase más de unos segundos.

Los viernes era el día de sauna. Ruiz así había distribuido el tiempo de la mayoría de los pacientes, todos chicos de no más de diez años. Todos salían de sus habitaciones en ropa interior, una toalla doblada sobre el antebrazo y una pastilla de jabón en la mano. Los que podían caminar, iban solos porque ya conocían la rutina, otros eran llevados en brazos por el polaco o el rumano. El sauna funcionaba en una habitación del primer piso, con un sector de vestuario donde dejaban los calzoncillos identificados con el nombre de cada uno con un bordado que la encargada de la limpieza cosía luego del primer lavado de ropa. El único que entraba además de los chicos era el rumano, pero me pidió que los acompañara. Nos desvestimos y colgamos nuestras ropas de adulto de un perchero. Era una sauna de vapor seco, así que no se ocultaban las deformidades de los chicos. El más pequeño debía tener dos o tres años, y padecía de una malformación congénita, que me dijo Borgia, se llamaba amelia de miembros superiores. Caminaba perfectamente, pero a veces se caía porque carecía de brazos para darle equilibrio, sólo tenía las manos naciendo directamente de los hombros. Otros tenían parálisis de algún brazo o pierna, uno solo era cuadripléjico, y los demás con deformidades del tórax y del cuello. Los que podían, se iban instalando en el segundo escalón de la tarima, y los que debían ser llevados por Borgia, en el primero. Me pidió que lo ayudara, y así lo hice con el chico cuadripléjico. Tenía seis años, sólo unos meses mayor a

Homero. Hablaba mucho, pero sólo se callaba allí, en el sauna, el calor lo cansaba, decía. Los demás tampoco se caracterizaban por su entusiasmo, eran callados y sumisos. Obedecían a Borgia o a cualquiera que les indicara algo, incluso con un desconocido como yo. Me conocían como el padre de Homero, y cuando me senté junto a mi hijo en la tarima, nos observaron con curiosidad y una pizca de angustia. Me pregunté por los padres, y dónde estarían. Yo era un privilegiado, es verdad. No necesitaba trabajar para mantener a Homero en ese lugar, pero también sabía que no era necesario que yo estuviese viviendo con él, y ellos se daban cuenta de eso.

La sesión de sauna duraba una hora y media. Cada quince minutos Borgia salía con cada uno hacia las duchas, y luego los metía en una pileta de agua fría. Me ofrecí a ayudarlo, y él se mostró conforme, y hasta aliviado, creo yo. No era fácil con todos esos chicos, que en ese momento eran diez. Al final, le daba cinco minutos de masajes a cada uno, y luego los dejaba vestirse solos. Los inválidos esperaban al polaco para ayudarlos.

Recuerdo que fue al final de la segunda o tercera semana cuando el rumano me preguntó si podía hacerme una pregunta. Estábamos duchándonos, y le dije que sí.

—¿Qué es de la madre de Homero?— Me sorprendió con tal pregunta, sobre todo viniendo de él.

—Hace años que no la vemos.

Lo vi asentir con la cabeza y cerrar los grifos de la ducha. Agarró una toalla y mientras se secaba, preguntó:

—¿Y cómo se las arregla?

Pensé un segundo la pregunta, y me encogí de hombros.

—Como venga— le dije, porque ya sabía a qué se refería. Yo era un hombre solo, sin mujer y con un hijo que absorbía todo mi tiempo.

No dijo nada, sino cuando yo también salí de la ducha y comencé a vestirme.

—Los sábados salgo a comer, si quiere le muestro algo de la ciudad. Supongo que no ha salido de acá desde que llegaron.

Me reí, era verdad. No tenía con quién hablar más que con Homero, con Ruiz o con el polaco, y en este último caso yo era nada más que un escucha. Le dije que tal vez, si andaba con ganas. Salimos al patio interno, ya casi eran las siete de la tarde y la luz decrecía, con las moreras y los pisos altos inundando en sombras todavía pálidas todo el lugar. Y los golpes de la construcción continuaban, bajos y sordos, pero insistentes.

Al día siguiente, Borgia pasó a buscarme. Homero ya dormía. La negra de la cocina, Irma, iba a venir a cuidarlo. En realidad no creí que fuese necesario, mi hijo ya tenía seis años casi, y sabía arreglarse solo por unas horas. Pero Borgia me dijo que nosotros éramos clientes especiales, y a Ruiz no le habría gustado que el niño corriese riesgos innecesarios. Se refería al dinero que yo aportaba a la clínica, por supuesto, y que era mayor al que cualquiera de los otros padres o tutores, pero también sabía que Ruiz miraba con otros ojos a Homero, tal vez porque Valverde nos había recomendado. Yo había visto la forma en que observó la mano de simio asomada en el mostrador de la recepción el primer día, aún antes de ver la cara de mi hijo.

Salimos a la calle casi las once de la noche. Era un barrio suburbano, con luces de mercurio como preámbulos hacia el centro, no más lejano que diez o quince cuadras. Había casas re-

sidenciales, pero pocas. En su mayoría, las cuadras estaban ocupadas por negocios y algún que otro edificio de departamentos de no más de tres pisos. Las calles tenían adoquines formando dibujos de arcos, pero los árboles habían sido arrancados de las veredas para dar lugar a semáforos y faroles. Poca gente había a esa hora, sólo algunos autos que iban hacia el centro de Montevideo.

Pensé que iríamos hacia allá, pero Borgia me llevó en la dirección contraria. Dimos vuelta en la segunda esquina, como si fuésemos hacia el puerto.

—Hay un restaurante muy económico y de muy buena cocina a donde voy todos los sábados— me dijo.

Caminamos no sé cuántas cuadras. Yo miraba las calles y los casas de barrio viejo, algunas tan antiguas como de los años treinta o cuarenta, con sus fachadas al frente, balcones estrechos con postigos de metal y puertas de doble hoja, con cristales ensombrecidos por la penumbra de los zaguanes. Varios saludaron a Borgia, y él les devolvía el saludo con alguna expresión de mutua confidencia. Llegamos a un bodegón con paredes de ladrillos sin revocar, que supuse de barro, ya que el edificio era tan antiguo como una vieja pulpería del siglo XIX. Hacía esquina frente a un farol que aún funcionaba, y era la única iluminación en varios metros a la redonda. De lejos, se vislumbraban las luces del puerto, y aunque no alcanzaban a redimir la oscuridad de esa esquina, traían sí los aromas del río, pescado y madera húmeda, desde los barcos muertos arrimados a las dársenas.

Abrimos la puerta y entramos al lugar. Humo tenue y mucho olor a tabaco y vino rancio. Poca iluminación, pero la suficiente para ver las mesas escasas y las sillas, que de tanto en tanto se oían crujir. Muchos hombres estaban sentados jugando a los

naipes, con botellas de ginebra o vino. El choque de los vasos y las botellas, el ruido del líquido vertido, todo eso se fue asentando en mis oídos, mientras escuchaba las voces lánguidas de las mujeres que estaban junto a la barra.

Dios mío, pensé, a qué antro me trajo este tipo. Y vi las caras de las mujeres con coloretes, adiviné sus cuerpos bajo la ropa simple, los peinados pretenciosos. Fumaban, y alguna que otra ya estaba ebria, levantándose para insistir a alguno de los parroquianos para que la llevara a la cama. Volvían a la barra, zigzagueando, recostando la cabeza sobre el brazo estirado sobre el mostrador.

—Buenas noches, Borgia—dijo el tabernero.

—Buenas, Ponce. Traigo un amigo esta noche.

El otro me miró y estiró la mano. La estreché y sentí la palma callosa, como si en lugar de alcohol hubiese estado sirviendo formol toda su vida.

—Siéntense. ¿Lo mismo de siempre?

—No sé si mi amigo quiere— y dirigiéndose a mí, dijo:— Suelo comer estofado y vino de la casa…—luego le hizo un guiño a Ponce y me agarró del codo para llevarme a una mesa junto a una ventana. La mesa era grande, muy antigua, y el ventanal alto, de vidrios sucios, que sin embargo dejaban ver la calle por las que algunos autos paraban en algunas de las cuatro esquinas. Era un barrio de putas, ya me había dado cuenta, por supuesto.

—El estofado me gusta mucho, y no hay gran variedad para elegir. Si te gusta el pescado, hay pesca del día, y todavía debe estar fresco.

—Sí, creo que me gustaría.

Borgia golpeó la mesa con un puñetazo de alegría, y su cara se transformó. La honda seriedad, la casi tristeza de su expresión habitual había desaparecido. Llamó a Ponce con un vozarrón que los otros parroquianos festejaron, y se escuchó la risa de las mujeres.

Ponce se acercó. Era alto y flaco, con un uniforme de barman viejo. Debía tener más de cincuenta años, pelado y de bigotes finos, cara estropeada y una nariz de borracho de la que recién me di cuenta cuando se inclinó a tomarnos el pedido.

—Para mí lo de siempre, para mi amigo la pesca del día.

Ponce dudó unos segundos, se rascó la cabeza, y pasó el repasador por la mesa mientras pensaba.

—Hay corvina, señor…

—Profesor, Ponce, más respeto, mi amigo es profesor de literatura en la Universidad de Buenos Aires.

El otro me miró un momento, tratando de entender.

—Disculpe— dijo.— Hay corvina, profesor, si gusta.

—Me viene bien— contesté—. ¿Y con qué guarnición?

Borgia pegó una carcajada.

—Si le hablás así, nos vamos a pasar toda la noche acá.

Ponce lo miró, enojado. Había herido su orgullo.

—Ensalada o papas fritas—me contestó, firmemente.

—Papas. ¿Y para beber, qué se van a servir los señores?

Borgia ya no daba más de la risa, y los de las otras mesas también se estaban riendo. Ponce ahora actuaba, y yo era el único desprevenido.

—Sacá algo bueno de la bodega, Ponce. No seas amarrete por esta vez.

Cuando se fue, Borgia me dijo:

—Es un caso serio, más inteligente de lo que parece. ¿Vos me creerías si te dijera que estudió medicina y se vino para acá desde Rosario?

Por eso las manos callosas, son de un disector de cátedra de anatomía, me dije. Trajo una botella de vino blanco para mi pescado, y Borgia lo miró sorprendido.

—Bueno bueno, así que tenés más cosas escondidas. ¿Y para mi estofado, qué? ¿El veneno de siempre?

Ponce no contestó y se fue a la cocina.

—Se está portando como pocas veces lo vi— me dijo— y en honor tuyo, a esta altura ya no estaríamos puteando a lo lindo.

—¿No traés amigos muy seguido?

—No tengo. Y los que se me acercan, son tan reos como los que ves en las otras mesas. Pero casi siempre son minas, y a ellas no les importa comer demasiado bien, salvo la que ya sabés.

Miré alrededor. Las mujeres seguían junto a la barra. Nadie aún las invitaba a nada. No eran muy lindas, por supuesto. Eran simplemente mujeres que trabajaban por poco dinero y por algunas caricias sucias más parecidas a golpes, una que otra noche.

La comida tardó casi una hora en llegar. Eran más de las doce. Habíamos acabado ambas botellas y pedimos otras. La comida llegó humeante y sabrosa. Borgia tenía razón. Me dijo que la cocinera era una gorda de Colonia, extranjera como él, que había conocido en sus primeros tiempos en el país.

—Si la hubieras conocido en esa época…— me dijo—. Hacíamos el amor y se levantaba a cocinar, comíamos en plena noche, y volvíamos a coger. Por eso engordó tanto, se comía todo la gorda…

Borgia no estaba borracho, pero creo que yo sí. Le seguí la corriente y me dejé llevar. Terminamos de comer y me preguntó si yo quería acción para esa noche.

—Coger y dormir— me dijo. Mañana volvemos a las obligaciones.—Llamó a una de las mujeres que fumaba en la barra. Ella se acercó, tambaleando por los tacos más que por la ebriedad. Debía tener más de treinta años, pero estaba bien formada todavía, pelo castaño lacio y buenas piernas. Las sentí cuando se sentó y empezó a frotarlas contra mi pantalón.

—Esta es Lucrecia— me dijo. Ella sonrió, y yo pensé en Lucrecia Borgia, riéndome de esa situación que se parecía a un vodevil que podría haber escrito Kafka.

—¿De qué te reís? ¿Tengo monos en la cara?

—Disculpáme, me estaba acordado de otra cosa.

Creo que no le caí bien, y le ofrecí un cigarrillo, ella acababa de apagar la colilla del último en mi vaso.

—¿Pero qué hacés?— le dijo Borgia, agarrándola con fuerza de la muñeca. Ella no se resistió, ya lo conocía muy bien probablemente.— Disculpála, está media en pedo. ¡Ponce, otro vaso!

Ella me miró cuando le ofrecí el cigarrillo. Lo aceptó y le di fuego.

—Así se hacen las cosas, querida. Mi amigo y yo te estábamos mirando, y yo le decía que mi amiga Lucrecia es un fenómeno.

—Por dos es el doble, ya sabés…

—Por mi está bien—. Borgia me interrogó con los ojos. Yo veía la perspectiva de esa noche, una que prácticamente nunca había tenido: el ambiente, la gente, el goce. Todo eso matizado con mucho de lubricidad y también de impunidad. Una noche de golpes bajos, a oscuras, y sin nadie más que unos pocos cómplices en el secreto. Más que ella, me excitaba la idea, así que asentí con la cabeza, y Borgia llevó una mano al bolsillo y le puso unos billetes entre las tetas. Ella llevaba una remera blanca sin corpiño, y los pezones comenzaron a marcarse. Borgia lo notó y se rió, tocándola.

—No hay nada como el dinero para calentar a una mujer, ¿no es cierto?—. La pregunta no era para nadie, tal vez sólo para sí mismo.

—¿Dónde?— pregunté, cuando ambos empezaron a levantarse.

—En la casa de ésta…A dos cuadras.

Pagamos la consumición, y salimos a la vereda, fría ahora, más bien húmeda. El adoquinado brillaba un poco con la luz de la esquina, y unos ladridos nos acompañaron a medida que pasábamos frente a las casas.

—¡Malditos chuchos!— dijo ella. Borgia la agarró de la cintura y la apretó contra él mientras caminábamos. Llegamos a una casa de pensión, alta y alargada. Lucrecia encendió la luz de la entrada

cuando abrió con la llave, y subimos un piso por una escalera estrecha de paredes descascaradas.

La habitación era angosta, con una cama que ocupaba la mitad del cuarto, separada de una cocina y una alacena por una cortina que colgaba del techo.

—Póngase cómodo, profesor— me dijo ella, y entendí el sarcasmo. Borgia fue al baño, oí el ruido de descarga del depósito y volvió ya sin pantalones. Se sentó en la cama y agarró a Lucrecia, hundió la cara entre las tetas.

—Esperá un poco— protestó ella, dejando el cigarrillo en la mesita de luz. Me miró de reojo, porque yo aún estaba parado a unos metros de la cama.

—¿Y tu amigo?— preguntó mientras él la desnudaba.

Borgia me echó un breve vistazo.

—Ya se va a animar, dejálo en paz.

Fui al baño, de techo alto, azulejos azules, piezas de sanitario muy antiguas. Oriné en el inodoro sin tapas, y tiré de la vieja cadena. Antes de subirme el cierre del pantalón, los miré desde la puerta, y me sentí excitado. Entonces me desvestí. Ellos ya estaban casi desnudos, él tenía un cuerpo en buen estado físico para su edad, y ella estaba a horcajadas sobre él. La cola subiendo y bajando mientras el miembro de Borgia la penetraba, las tetas balanceándose al mismo ritmo. Me acerqué a la cama y ella me miró, sin sonreír. Creo que así fue mejor. Con una mano se apoyaba en el pecho de Borgia, con la otra agarró mi pene y se lo metió en la boca.

Y así pasó una buena parte de la noche, cambiando de lugares, retrasado el orgasmo por efecto del alcohol, y luego re-

petimos una o dos veces más. Ya no me acuerdo con exactitud. Sólo los gritos apagados de Borgia, las risas y gemidos de ella, y un par de golpes de protestas en la puerta, de algún vecino de la pensión.

Estábamos en la cama los tres, ella en medio, ya dormida. Miré el reloj de pulsera que había dejado en la mesita de luz. Eran las cuatro de la mañana. Giré la cabeza y vi que Borgia estaba con los ojos abiertos, mirando el cielo raso.

—Creo que debería volver antes del desayuno de Homero— le dije.

—Todavía tenés cuatro horas por lo menos. Descansá un poco. ¿La pasaste bien, no?

—Por supuesto.— No le dije que el cuerpo de Lucrecia, que me había excitado, de pronto ya no era más que una cosa tirada ahí, emitiendo sonidos como precarios ronquidos. Era una perra, en eso pensaba, una perra a la que vi ponerse en cuatro patas, a la que vi mear su borrachera fuera del inodoro un par de veces. Y de pronto, pensé en la hija de Rapaccini, del cuento de Hawthorne, esa mujer soñada e imposible, porque era de otra clase, no un ser humano. Entonces, cubriéndola con la sábana hasta los pechos, porque empezaba a entrar el fresco de madrugada por debajo de la puerta, le pregunté a Borgia:

—¿Qué están construyendo en el jardín?

Giró la cabeza, mirándome con sorprendida atención por encima del cuerpo de Lucrecia. Luego volvió a mirar el cielo raso, sumiéndose otra vez en su acostumbrado mutismo. No insistí, ya sabía que era inútil, él utilizaba el silencio más como un escudo que como una forma de ser.

Media hora después, se levantó, fue al baño, volvió a tirarse en la cama pasando un brazo por sobre la espalda de Lucrecia, que se había dado vuelta dormida. La sábana, descorrida, dejó ver el culo de ella todavía rojo de los nalgazos de la noche. Borgia la manoseó donde todavía había restos de semen seco, de ambos.

—A esta mina le gusta más coger que la plata, un día de estos se va a morir atragantada con una poronga en la boca.—Le dio un cachetazo en una nalga, pero ella sólo giró la cabeza de un lado a otro, apoyada sobre los brazos cruzados.

—Están construyendo un museo— dijo, retomando el hilo de mi ya casi olvidada pregunta.—En el vivero viejo. Le están armando paredes de concreto y remodelando todo adentro.

—¿Un museo? ¿Para qué?

—Un museo de anatomía.

Esperaba que se explicara más, pero me quedé pensando antes de preguntar. Lo que iba a ser expuesto ahí, sin duda eran preparados cadavéricos, no me convencía que fuesen partes artificiales. Esto último sería falso y convencional, y no cuadraba con la personalidad de Ruiz.

—¿Y de dónde va a conseguir las piezas de exposición?

Borgia acariciaba la espalda de Lucrecia, con un solo dedo, como dibujando. En los ojos de ese hombre el silencio era una llaga repleta de mentiras, pero cuando hablaba y actuaba, todo era pura verdad. Él no mentía con la palabra, engañaba con su silencio.

—¿Y hace mucho que empezó?

—Hace más de cuatro años.

—¿Se pueden ver las obras?

—Yo qué sé, preguntále al doctor Ruiz, pero no creo que te deje. No tiene habilitación para eso, todavía. Problemas con la municipalidad, creo.

Me levanté para vestirme.

—Me voy a la clínica, ya amaneció.

Borgia no trabajaba los domingos hasta las seis de la tarde, cuando ayudaba al polaco en los juegos de pelota que hacían en el patio, por lo menos los que podían. Salí de la habitación viéndolos a ambos acostados, ella boca abajo, él también, con los ojos cerrados, pero dibujando algo, no sabía yo qué, sobre la espalda de Lucrecia.

El barrio, que de noche lucía lúgubre y misterioso, en la mañana de ese domingo era claro y simple como una ruina abandonada. Veredas viejas y rotas, adoquines sucios, paredes plagadas de humedad. La voz de un canillita sonó lejano aún, cargando una fuerza emocional que de pronto me hizo extrañar a mi hijo. La bicicleta, de pronto, apareció por la esquina, y el grito del vendedor de diarios fue un grito de alarma, anunciado el día, espantando el miedo de la noche que se había quedado medio muerta sobre las calles. Su bicicleta y él la espantaban, y yo caminé presuroso hacia la clínica, antes de que Homero despertara y pensase que yo también lo había abandonado.

8

Llevábamos más de cuatro años en Montevideo. El cuerpo de Homero se iba transformando, a su manera lenta. Se me había ocurrido comparar las fotos que cada mes le tomaba de cuerpo entero, como una documentación de su enfermedad, y cada vez que sacaba la caja del armario donde las había apilado con las fechas, el contraste y la diferencia se me hacían dolorosos. Prefería verlo a él, que en ese momento, en esa mañana de sábado en que observaba las fotografías, se estaba bañando.

Escuché el cierre de la ducha y guardé la caja. Tal vez alguna vez me encontró mirándolas, ya no lo recuerdo, pero una especie de vergüenza me sobrevenía si él estaba cerca cuando lo hacía. Era como estar observándolo sin que él lo supiera, evaluándolo, quizá. Ahora Homero tenía ya nueve años. Lo miré salir por la puerta del baño, desnudo y secándose la cabeza. Todo su cuerpo estaba cubierto de vello, más en los brazos y piernas, espeso y tosco, que tendía a enrularse después del baño. Sólo en el pecho conservaba superficies más libres. Caminaba casi erguido, y cuando estaba cansado y se daba cuenta de su inclinación, se corregía inmediatamente, por más que su cara expresara el dolor del esfuerzo. El progreso hecho gracias al tratamiento del doctor Ruiz era asombroso. Por supuesto, el único objetivo era lograr

que su enfermedad no degenerara las articulaciones ni las anquilosara hasta el punto de no poder moverse. Y ahora caminaba sin dolor, prácticamente con la espalda derecha, salvo en contadas ocasiones luego de los ejercicios intensos a los que el polaco lo sometía, con creciente exigencia.

—Buenos días, papá— me dijo, sonriendo, y su rostro, que lentamente se había ido alargando en un ligero prognatismo, me sonrió con alegría. Yo le había prometido que ese día iríamos a la biblioteca municipal. La educación intelectual de Homero había vuelto a preocuparme luego de los primeros meses dedicados a su cuerpo, que durante largo tiempo me había hecho sentir impotente y amargado. Conocía la inteligencia de mi hijo, esa superior inteligencia que nadie más que unos pocos habían descubierto, pero a la que nadie daba mucha importancia comparada con su aspecto físico. No había admiración en los médicos que lo trataron, ni en el personal que lo asistía, sino pena, como si él, incluso yo, necesitáramos misericordia, que ni siquiera era gratis, por supuesto.

En este rincón de Sudamérica, en esta semiolvidada ciudad de Montevideo, en un hotel viejo transformado en clínica por un médico de extraño carácter, la extremadamente lúcida mente de Homero se me estaba pasando por alto frente al cambio de su cuerpo. Era como si Ruiz hubiese dejado de lado deliberadamente ese aspecto, no le interesara o le tuviese miedo. De los demás pacientes, no debía tener tal aprehensión, pero la enfermedad de Rumpelstiltskin era casi desconocida para él, y sin embargo intuía de algún modo el contraste que sugerían los cambios físicos y la inteligencia superior. Tal vez él también pensara, como a mí tantas veces se me había ocurrido, que en realidad no fuese una enfermedad.

Lo hablé con él en su oficina muchas veces, llegando a discutir acaloradamente y con voces elevadas. Hasta sugerí la amenaza de llevármelo, mezquina acción, a mi entender, que había servido sin embargo ante la doctora Moreau en Buenos Aires. Ruiz se sentó de nuevo, ya más calmado, y me dijo:

—Haga lo que quiera, profesor. Usted es el padre y ya ha visto los logros que hemos hecho con Homero.

—Con su cuerpo, doctor Ruiz, pero vuelvo a repetirle que él necesita educación. Traiga profesores a la clínica, estoy dispuesto a pagarlos…

—No es mi costumbre traer personal extraño, además sería injusto para los demás pacientes…— Todo aquel argumento me resultaba más una excusa que una razón.— Además, siendo él tan inteligente, en poco tiempo compensará el tiempo perdido y sobrepasará a los otros.

Sin convencerme, le dije que yo mismo me dedicaría a tal tarea. No quería interrumpir los progresos en la rehabilitación física de Homero, y quién sabía dónde encontraría un lugar mejor.

—Parece que tuviese miedo, doctor Ruiz.

Me miró fijo, y formó una sonrisa sarcástica.

—¿Miedo a qué?

Él probablemente se refería a otra cosa, parecía más preocupado ahora por el estado de su propio cuerpo, que de un modo curioso se había avejentado en el poco tiempo desde que nos conocíamos, o más bien se había desgastado y adelgazado, abultándose su vientre como el de esos chicos famélicos en las viejas fotografías de las tribus africanas.

—A que la municipalidad descubra la construcción que está llevando a cabo.

Dirigió la vista al jardín, se levantó, parándose delante del ventanal. La luz lo iluminaba intensamente, casi transparentándolo. Me di cuenta de que estaba mortalmente enfermo.

—Buen diagnóstico, profesor.

Pensé, por un instante, que me había leído el pensamiento.

— El lugar ya está terminado hace varios meses, pero no puedo habilitarlo. Ya encontraré la forma.

No hablamos más del tema de Homero. Yo decidí llevarlo a bibliotecas, comprar libros y hacer una educación común, él y yo. La habitación ya tenía toda una pared llena con estantes de libros que yo había encontrado en viejas librerías de la ciudad. Los intereses de Homero eran eclécticos. Prefería las humanidades, porque las ciencias exactas le resultaban tan fáciles de comprender que lo aburrían pronto. De las argucias de la matemática, que tomaba como juegos y ejercicios gimnásticos mentales, pasamos a la química, de infinitas posibilidades, y luego a la física, a la que finalmente prefirió por sobre todas, y fue la que lo llevó a la astronomía y los cálculos siderales.

Esa mañana de sábado, se me acercó, interrogante su mirada sobre si iríamos a la biblioteca. Todo el día anterior había estado pensando en Kant y sus premisas de la razón pura, algo que lo había fascinado desde que yo lo había descubierto leyendo por primera vez. Mientras lo ayudaba a secarse, porque a él le gustaba que le secara el pelo en la espalda con la toalla, me preguntó cuándo saldría publicado mi libro de reseñas. Yo había dejado las pruebas editoriales en Buenos Aires, olvidado ya todo aquel asunto pendiente. La tarde anterior había recibido una car-

ta con la copia del contrato y las pruebas de galera del libro, que se llamaba *A la sombra del pensamiento.* Homero las leyó en unas horas, y me comentó la inquietud que le provocaba mi comentario sobre Kant. No estaba de acuerdo con mi punto de vista tan literario. Era verdad,— me dijo, acostado de panza en el piso, con los codos apoyados en la alfombra y pasando las páginas—, la fascinante lucidez del razonamiento de Kant, pero que yo me quedaba en ese punto, sin avanzar.

—Tal vez no pueda, Homero. Si lo hiciera, tendría su inteligencia. Los hombres como yo disfrutamos de la inteligencia ajena, y nos conformamos con transmitirla.

Se quedó pensativo, y no volvió al tema hasta esa mañana.

—Estuve pensando—me dijo, de espaldas, mientras lo secaba.— La segunda premisa enuncia *Concepto vacío sin objeto*.— De pronto se detuvo, y lo sentí mover los hombros. Él no lloraba como los otros niños, sino que emitía gemidos lánguidos, agudos y de muy bajo volumen. Su voz, si vamos al caso, también había ido cambiando, estridente y brutal cuando se entusiasmaba o se enojaba. Un fonoaudiólogo venía una vez por semana, y ayudada a tornar más serena la voz de Homero. Le dije que me mirara y le pregunté qué le preocupaba.

—Papá— me dijo— hace mucho que pienso en lo que me pasa. Ya me explicaste lo de mi enfermedad, pero no le encuentro sentido. Busqué libros de genética en la biblioteca, incluso en las revistas de actualizaciones, y más que una enfermedad lo que me sucede corresponde más a un comportamiento evolutivo. Estamos encerrados en este lugar porque estoy enfermo, y todo eso me hace sentir que soy un concepto, pero no hay objeto que corresponda con eso. Sé que es una interpretación trivial…

—No te preocupes, todo lo que interpretamos de nuestros sentimientos es trivialidad, o superficialidad, quizá.

Los ojos de Homero perdieron el brillo de las lágrimas, y apenas me sonrió. Lo abracé como cuando era muy pequeño. Cerca de las doce del mediodía la negra Irma trajo el almuerzo, y por la tarde nos pusimos en camino hacia la biblioteca.

Cuando salimos, vimos dos o tres patrulleros que iban hacia la zona del puerto. Homero tuvo curiosidad, así que caminamos un par de cuadras en esa dirección. Como vimos que había una muchedumbre más allá, le dije que no nos dejarían pasar. Siempre de la mano, tironeé de él, que sin embargo se resistía, mirando hacia el lugar donde estaba pasando algún hecho policial. A pesar de que estaba vestido de la forma tradicional para un chico, la gente no dejaba de mirarlo, pero él ya se había acostumbrado y no les hacía caso. En la biblioteca lo conocían más por su extrema inteligencia que por su aspecto físico. Así que ahora, al final de una tarde de sábado, en medio de la calle empedrada, cerrada al tránsito por cintas rojas de la policía, contemplé un paisaje extraño, casi un película de varios lentes simultáneos: las miradas de la gente que pasaba, alternando entre la muchedumbre y las luces de los patrulleros a lo lejos, y la figura extraña de un simio erguido en dos patas, vestido de hombre y de la mano de otro que parecía ser su padre, no por el parecido, sino por la forma en que lo trataba; y a su vez, podía observar la mirada fija de Homero en lo que pasaba a casi dos cuadras, intensamente fija la vista en algo que no comprendía porque no estaba acostumbrado a presenciarlo. A veces me daban ganas de enfrentar a la gente que miraba con desparpajo y sin vergüenza a mi hijo, pero yo también me había acostumbrado a ignorarlas, aunque me llevó mucho más tiempo.

—¿Qué pasó?— me preguntó Homero. Me encogí de hombros, y se me ocurrió preguntar a alguien que regresaba del lugar.

—Disculpe— le dije a una señora de edad que echaba miradas atrás de vez en cuando. Se sobresaltó cuando vio a Homero. Tuvo la discreción de disimular su asombro desde ese momento, sin poder evitar mirarlo de reojo mientras me hablaba.

—Parece que encontraron un cadáver, muy viejo, en el fondo del bar que está en la esquina.

Le agradecí, y la mujer continuó su camino, mirando otra vez de tanto en tanto hacia atrás, no sé si hacia la muchedumbre o a Homero.

—Vamos, papá, por favor.

—Homero, ya sabés qué va a pasar cuando nos acerquemos…

—Ya sé, pero no me importa….

No le pude negar ese capricho, ya bastante lo tuve encerrado gran parte de su corta vida. Caminamos esas dos cuadras y nos quedamos atrás de las vallas de la policía. Reconocí el bar donde Borgia y yo habíamos ido la primera vez, y al cual regresamos desde entonces varias veces hasta que cerraron poco tiempo antes. La gente miró a Homero, pero pronto lo olvidaron porque por la puerta principal sacaron una camilla con una sábana que cubría lo que se suponía era un cadáver, pero no con la forma original. Escuché que la gente comentaba que lo habían descuartizado, y se trataba de una mujer. Pusieron la camilla en una camioneta de la policía forense, y ésta arrancó. Los demás oficiales intentaron que nos fuéramos, algunos obedecieron, otros se quedaron. En el aire había un olor a putrefacción que se fue haciendo insoportable. Un hombre me habló sin que le preguntara

nada, no se había dado cuenta de Homero, que miraba hacia la puerta, esperando que salieran más policías.

—Parece que la mataron hace como tres o cuatro años, así escuché decir al médico.

—¿Y cómo lo encontraron?

—Van a derribar el lugar, así que lo descubrió alguien de la municipalidad o de la inmobiliaria, supongo…

Media hora después, ya no había movimiento, y era de noche. Homero bostezaba y condescendió a irnos. De pronto recordé mis noches con Borgia en ese bar, y las mujeres que habíamos conocido. Pensé en Lucrecia, la primera, a la cual no volvimos a encontrar luego de esa noche. Borgia preguntó a los parroquianos y al dueño. Se había mudado, le dijeron, pero nadie lo sabía con seguridad.

Cuando entramos a la clínica, nos cruzamos con Borgia en la puerta. Salía a su paseo de los sábados a la noche, yo hacía varios meses que no lo acompañaba.

—Mataron a una mujer— dijo Homero, entusiasmado.

Borgia lo miró y le acarició la cabeza.

—¿Así?— fue lo único que dijo al respecto.—Nos vemos mañana, que tengan buenas noches.— Y cuando lo vi alejarse me guiñó un ojo.

Subimos y nos acostamos. Mi hijo se durmió en seguida, yo me quedé mirando el cielo raso, con las manos detrás de la cabeza, pensando en Lucrecia. Me pregunté por qué se habría ido justo al día siguiente de que yo la conociera. Era una puta, me dije, como cualquier otra, iba a donde le gustaba o podía conse-

guir trabajo, pero recién esta noche me di cuenta de la intensidad con que yo había conservado su recuerdo. Sobre todo la última vez que la miré, saliendo del cuarto, ella acostada boca abajo, con la cabeza apoyada en las manos, la sábana cubriéndola hasta la cintura, y Borgia acariciándole la espalda con un solo dedo, como haciendo figuras en la piel. Y de pronto pensé en el vivero, ahora convertido en museo de anatomía. Aún sin inaugurar, Ruiz no permitía que nadie lo visitara todavía. Yo lo veía entrar todas las mañanas, y a veces se quedaba hasta altas horas de la tarde. Recordé lo que me había dicho Borgia sobre las piezas del museo, aquella misma noche, y entonces me levanté, me vestí en silencio y salí.

En el jardín había unas pocas luces por el sendero del pequeño laberinto. Confié demasiado en mi costumbre, y me resultaron ridículos aquellos quince minutos que tardé en recorrer una y otra vez los mismos senderos que me engañaban. Finalmente llegué a la puerta del vivero. Era una puerta de reja labrada con vidrios esmerilados. Bajé el picaporte y me di cuenta que estaba cerrada con llave. ¿Qué más esperaba?, me dije. Busqué alguna ventana, y en el costado de la derecha encontré un ventiluz. Comencé a hacer fuerza para ampliar la abertura. Las tres hojas de marco de metal grueso y vidrio oscuro eran pesadas, y los goznes estaban oxidados, así que me costó bastante abrirlas. Cuando lo hice, no pude ver nada porque el interior estaba completamente a oscuras. Ni siquiera se me había ocurrido llevar una linterna. Volví a la habitación y saqué una del cajón de la mesita de luz. Homero seguía durmiendo. Los demás cuartos estaban oscuros, y sólo la luz de los faroles del patio, lánguidos y débiles, permanecían encendidos. Debían ser las tres de la mañana, y me pregunté cómo entraría, y en realidad por qué quería hacerlo. Tal vez, con sólo pedírselo a Ruiz, me mostraría el interior. Pero yo sabía que no era nada factible.

Volví a enfrentar el ventiluz, que tenía un ancho de por lo menos metro y medio, y si lograba sacar una de las hojas, podría introducirme por ahí. Revisé ambos lados de las tres, y me di cuenta que me había costado abrirlas porque la inferior estaba desnivelada. El lado derecho tenía una elevación, donde el metal estaba carcomido por el óxido. Hice fuerza silenciosamente sobre ese punto, y por fin logré desprenderla. El peso casi hizo que se me cayera hacia el interior del vivero, pero la retuve y la retiré. La apoyé contra la pared, acerqué una maceta y me trepé hacia la ventana. Me metí despacio, los brazos y luego el cuerpo. Caí al piso interior y me levanté. Las luces del jardín daban algo de visión, y vi sombras de muebles. Encendí la linterna, y el haz de luz alumbró gran parte de la sala. Había viejas vitrinas de exposición, exactamente igual que en los museos, y bajo los vidrios, documentos antiguos y libros de anatomía. Ejemplares de Testut en primeras ediciones, el de Grey en diferentes idiomas, incluso otras mucho más nuevos, como los tomos de Casiraghi.

Estas vitrinas estaban en medio de la sala, y en los costados, contra las paredes, había otros muebles vitrina, pero bastantes más altos. Acercando la linterna, vi los frascos de vidrio con preparados anatómicos. El olor a formol era intenso. Eran piezas cadavéricas de todo tipo, reconocí pulmones, manos disecadas, corazones abiertos mostrando el interior de sus cavidades, fragmentos de intestinos, órganos sexuales, fetos.

Caminé de mueble en mueble, hasta que me encontré con un frasco grande que ocupaba todo el ancho y casi el alto de la vitrina. En el interior flotaba, como cuando debió ser aún un feto en el útero de la madre que lo había abandonado, el cuerpo esmirriado del chico parapléjico que habíamos conocido cuando llegamos. Estaba completo, ni siquiera disecado. Sus ojos permanecían abiertos, tan inexpresivos como cuando estaba vivo. Pare-

cía flotar en el formol, porque lo habían encerrado en posición fetal, pero con la cabeza erguida, tal vez lo único de su cuerpo que de tan rígido no podía ser inclinado. Por eso lo reconocí, y entonces me dije cuántos de todos esos fragmentos de cadáveres eran de los pacientes que se habían ido, según decía Ruiz.

Durante los años que nosotros estuvimos, el recambio de pacientes era frecuente, los niños morían o eran retirados por alguien. El chico parapléjico había muerto dos años antes, en su cama, así me lo comentó la negra Irma, que había ido a llevarle el desayuno. El polaco fue a verlo, y lo llevó en brazos a la oficina de Ruiz. Estuvieron allí casi una hora. Yo estaba ocupado en la terapia de Homero, y no supe más.

Recorrí más vitrinas, y en todos vi fragmentos irreconocibles, y por un instante me pregunté si no sería todo obra de mi imaginación. El chico que había creído reconocer, en medio casi de la oscuridad, con los rasgos distorsionados por los efectos del tiempo desde su muerte, incluso por el mismo líquido que lo rodeaba, podría ser cualquier otro. Cuando ya estaba por salir, justo junto a la ventana, la última vitrina tenía un solo frasco en el segundo estante. Lo iluminé, porque era una cabeza, la única claramente visible y sin disecar.

Era el rostro de Lucrecia.

Escuché un ruido. Dios mío, pensé, si es Borgia... Era el único que podía estar afuera un sábado a esa hora de la noche. Fragmentos de imágenes me rodearon, los dibujos en la espalda de Lucrecia, las líneas de corte, los instrumentos para el descuartizamiento, los guantes, las telas impregnadas de sangre, las bolsas con los órganos desechados escondidos en el depósito del bar. Y finalmente la cabeza, cuidadosamente conservada. La piel de Lucrecia permanecía indemne, conservada por el formol en

un estado de palidez virginal, los labios de rosado suave, los ojos abiertos, como sorprendidos, de color verde muy claro. El cabello flotando en el formol, como una medusa.

Apagué la linterna y me escondí bajo la ventana. Esperé unos minutos. Me asomé con precaución, y aunque no vi a nadie, no podía confiar en Borgia, si es que de él se trataba. Tal vez fuese mi imaginación, y me di cuenta de que ni en mí podía confiar. ¿Qué iba a hacer, si salía y me encontraban? Me estaba comportando como un ladrón. Si aguardaba al amanecer a que llegara Ruiz, me delataría de todas formas. Y entonces me dije que era el doctor Ruiz quien estaba escondiendo cosas, y que él debía temerme a mí.

Pero estaba Homero de por medio. Y de pronto tuve esta revelación atroz: mi hijo era único en su especie, un espécimen extremadamente difícil de conseguir. Alguna vez, debía pensar el doctor Ruiz, lo tendría en su museo.

Entonces salí por la ventana y corrí hacia nuestra habitación. Una luz se encendió en alguna parte, luego se apagó. Creí reconocer la voz de la negra, que dormía poco porque se levantaba muy temprano para encender el fuego en la cocina. Desperté a Homero, que me miró con ojos soñolientos.

—¡Vamos, levantáte y vestite! Yo preparo las valijas.

Homero me miró sin comprender. Se sentó en la cama, restregándose los ojos.

—Después te explico, apuráte.

—¿Nos vamos? ¿A dónde?

No le hice caso. Se levantó y fue al baño. Yo casi tenía preparadas nuestras cosas. Debíamos dejar todos los libros. Homero salió a medio vestir y lo ayudé a ponerse la ropa.

—Pero papá, ¿qué pasa?

—Te dije que te explico en el viaje…

—Pero yo no quiero irme…

Lo sacudí de los hombros, y me miró asustado.

—Te tengo miedo— me dijo.

Tantos años, mi Dios, tanto tiempo cuidándolo para escuchar eso, finalmente. Y no era más que culpa mía. Lo abracé, y aunque al principio se resistió, se dio por vencido al sentir que yo lloraba. Era la primera vez que me veía hacerlo.

Salimos de la habitación, cada uno con su valija, tomados de la mano. Bajamos la escalera en silencio. Cruzamos el patio, entramos a la recepción y llegamos a la puerta de entrada. Estaba sin llave, porque Borgia regresaba a cualquier hora, y casi siempre se olvidaba de cerrar cuando volvía. Nos paramos en la vereda, y una lánguida luminosidad anunciaba el pronto amanecer. Cruzamos la calle hacia el garaje donde yo estacionaba el auto. Pusimos las valijas en el baúl, y nos sentamos, en silencio, mirando el parabrisas.

Miré a Homero y le dije:

—¿Te acordás de la segunda premisa de Kant? ¿La que te preocupaba?

Homero asintió, todavía algo enojado, quizá soñoliento en realidad.

—El doctor Ruiz quería conservar para siempre el objeto del concepto.

Encendí el motor, y emprendimos la marcha hacia las afueras de Montevideo.

9

Ya había amanecido, pero no debían ser más de las seis de la mañana del domingo. La ruta estaba desierta, salvo algún que otro camión, que luego de tocarnos bocina, se nos adelantaba por la izquierda. Yo iba despacio, porque no sabía qué hacer. Mi primera reacción era regresar a Buenos Aires, pero sabía por las noticias de los últimos días que el conflicto entre el gobierno del general Oribe estaba en conflicto con el gobierno argentino. Cuando encendí la radio aún era de noche cerrada, y me enteré del cierre de la frontera. Oribe había declarado el cese de relaciones. Los comentaristas políticos hablaban de una posible guerra, una resurrección del antiguo conflicto por el control de toda la cuenca del Río de la Plata. Uruguay buscaba a Brasil como aliado, sabiendo seguramente que el precio sería la incorporación a un estado o a otro. Se hablaba, incluso de una alianza de esos aliados con Chile, como una nueva Triple Alianza, esta vez contra Argentina.

Tomé la ruta nacional hacia el norte, sin saber realmente a dónde nos dirigiríamos. Sólo atiné a conducir a velocidad moderada, pensando, cambiando el dial de la radio en busca de noticias más firmes o más esperanzadas. Pero mientras el sol ascendía, la mañana de ese domingo nos rodeó de una luminosi-

dad incongruente con la desolación que las noticias anunciaban. Pasamos los pueblos y las estaciones de servicio unos tras otro. Eran más de las ocho de la mañana. Homero seguía durmiendo en el asiento posterior. A menos de quinientos metros había otro puesto policial. Nos habían parado una vez soldados con fusiles revisando los documentos. Como estábamos lejos de la frontera esos controles parecían ser rutinarios, pero los soldados me miraron detenidamente, como si fuese un secuestrador.

—¿A quién lleva?— me preguntó el primero que encontramos, apneas salimos de la ciudad. Todavía estaba oscuro, y las luces del puesto policial me encandilaban, además de la linterna que el soldado utilizaba para iluminar el auto, mi cara y el cuerpo de Homero.

—A mi hijo, oficial.

El soldado pasó la luz hacia la ventanilla posterior. Mi hijo dormía tapado por una frazada, así que su aspecto pasó desapercibido. Luego de revisar nuestros documentos, me abrieron paso.

Esta vez ya era de día, y el soldado se paró en medio de la ruta, con el arma en alto, sin apuntar. Me detuve, bajé la ventanilla y saludé. Homero continuaba dormido. El soldado revisó mis documentos, y me ordenó que abriera la puerta trasera y luego el baúl. Estábamos a más de cien kilómetros de Montevideo, en una ruta escasamente transitada a esa hora, en medio de una llanura habitada por molinos y ganado. Me resigné a obedecer. Bajé del auto, abrí la puerta de atrás, con un gesto de fastidio que no intenté disimular.

—Está fresco, oficial, no quiero que el chico se resfríe— y corrí un poco la frazada para taparlo mejor. El soldado debió darse cuenta del vello crespo en la cabeza de Homero, pero el resto

estaba tapado. Parecía más interesado en lo que lo podría llevar en el baúl, así que me ordenó abrirlo. Nada más que las valijas y las herramientas para el auto. Dio una orden al subalterno para traer al perro. El ovejero alemán apareció medio dormido, pero excitándose a medida que se acercaba al auto. Le dieron a olfatear las valijas, pero no le interesaron. Cuando pasó cerca de la puerta de atrás, se detuvo y se paró sobre las patas traseras, apoyándose en la ventanilla.

Los dos hombres me apuntaron, gritando que abriera. Apartaron al perro y abrí. Homero se había despertado, nos miraba con ojos soñolientos, todavía acostado boca abajo, pero con la cabeza levantada.

—¿Qué es eso?— preguntó uno de ellos.

Lo miré con ira.

—Es mi hijo.

—¿Habla?

No pude más que reírme de lo absurdo de lo que nos estaba pasando.

—Mire, oficial, podemos evitarnos malos entendidos si me permite que busque en la guantera el certificado de mi hijo. Tiene una enfermedad poco frecuente…

Sin dejar de apuntarme, y mientras el perro seguía ladrando, entré al auto para buscar la libreta sanitaria de Homero.

—No te asustes— le recomendé, pero él no estaba asustado. Se había sentado y nos miraba todavía sin comprender del todo por la resaca del sueño.

Presenté los papeles, y el soldado los leyó uno por uno, lentamente. Miró a Homero de vez en cuando, mientras lo hacía, y al final me los devolvió.

—¿A dónde se dirige, señor?

Qué responder, si ni yo lo sabía. Pero algo iba a contestar, alguna mentira que lo conformara.

—A Brasil, a una clínica especializada.— Fue lo primero que se me ocurrió, lo más razonable en vista de la situación, y de pronto pasó, fugazmente por mi conciencia, la idea filosófica del determinismo. Todo lo que decimos o haremos, ya alguna vez lo hemos pensado. Entré al auto y miré a Homero por el espejo retrovisor.

—Tranquilo, ya nos vamos— le dije al ver su cara de miedo. Era un niño al fin de cuentas, y su tremenda inteligencia o su intuitiva sabiduría no dominaban el miedo ancestral. Seguí su mirada mientras nos alejábamos del puesto, y me quedé pensando en que era la primera vez que veía esa expresión en su rostro. Hasta creo que lo vi temblar un poco cuando el perro le ladraba, como si de pronto se sintiese perseguido e indefenso.

—¿Tenés hambre?— le pregunté para distraerlo. Busqué en la radio algo de música.

—Tengo ganas de hacer pis.

—Tenés razón, yo también. Si estás apurado, paramos acá, no hay estaciones de servicio cerca.

Me detuve a la vera de la ruta, corroborando que ya estuviéramos lejos de los soldados. Bajamos y Homero comenzó a orinar en la cuneta. Yo también lo hice, y me puse a fumar. Hacía mucho tiempo que no lo hacía, y sentí el placer de ese relajamiento

momentáneo, la paz corta y endeble de esa mañana de domingo en medio de una ruta que nunca antes había transitado. Homero se paró a mi lado, contemplando lo mismo que yo: el paisaje del campo, amplio, desierto de vidas humanas, iluminado por el sol que iba templando pausadamente los pastizales aún húmedos de rocío. A lo lejos, unos rebaños dispersos de ganado ovino, algunas trancas, unos molinos viejos. El rechinar de las astas rotas nos llegó de forma intermitente, ya que el viento era débil.

Dios, pensé. Me habría gustado haber aprendido a rezar correctamente, ni siquiera eso, creo que lo que necesitaba era una certeza mayor que aquella paz que sabía era tan transitoria como los segundos que pasaban. Segundos que iban desgastándose y pudriéndose en alguna parte de ese mundo que parecía haberse estancado. Y como todo es apariencia cuando del tiempo se trata, me habría gustado que alguien más estuviese ahí. Alguien que aliviase mi pesadumbre, y me creciente desesperación. El perro ladrando, los soldados, el miedo. La incertidumbre. Yo estaba perdido, y mientras el cigarrillo llegaba a su agonía, supe, con la misma inquebrantable certeza del día en que él nació, que Homero y yo estábamos solos para siempre.

Apoyé mi mano derecha sobre su cabeza, y lo acaricié, sin mirarlo, distraída la vista sobre el campo. Tampoco me miró, sólo estiró un brazo y lo pasó alrededor de mi cintura. Sabíamos que de un instante a otro debíamos subir al auto y continuar el viaje, pero intentamos postergar ese momento hasta que la esencia del momento se fue desvirtuando, como todo, en la sinrazón y el hastío. Y antes de que odiásemos también ese atemporal instante que habíamos experimentado como una especie de milagro, porque esa era la única palabra posible para aquello, irrepetible y ya desparecido, subimos al auto y reemprendimos la marcha.

Paramos a desayunar en una estación de servicio en un pueblo que se llamaba Fray Marcos. Había un destacamento policial y dos o tres soldados, pero únicamente el movimiento de los pocos habitantes agilizaba la mañana. Algunos camiones paraban a cargar gasoil, y el único empleado se paraba a hablar con cada uno lenta y parsimoniosamente. Yo los observaba desde el interior del parador, sentados Homero y yo en dos taburetes altos, acodados sobre una barra de madera, con dos sándwiches de miga y dos gaseosas. La gente, aunque poca, miraba a Homero con curiosidad, y un par de chicos se rieron. La empleada de la cocina no dejó de mirarlo en todo el tiempo que estuvimos ahí.

—¿Qué es lo que tiene el chico?— preguntó.

—Nada— contesté. —¿Qué noticias le llegaron, señora?

Me observó como a un bicho raro, desconfiada. Pasó un trapo sobre la barra, como si Homero estuviese ensuciando más de lo que los años habían ensuciado la madera ya vieja.

—¿Usted es argentino, no? Bueno, acá no tenemos nada en su contra, por supuesto— dijo, de pronto afable y condescendiente.—El presidente se reúne al mediodía con sus ministros. No dicen más que eso por la televisión.

Eché una mirada hacia el televisor sobre la pared. Estaba apagado, y me di cuenta que el cable colgaba sin enchufar.

—La culpa la tienen ustedes— continuó diciendo. —Se llenan la boca de tanta democracia y ya ven cómo les va…

Su mueca dijo más que sus palabras. Pagué y salimos. Ya había hecho cargar nafta, así que arrancamos de vuelta hacia el norte, por la misma ruta. No sabía qué iba a hacer. Sólo conducir kilómetros y kilómetros en busca de algo incierto, y sin embargo

la preocupación por el futuro no era mayor que la sensación de ofuscamiento por el presente. Una especie de falsa bronca me hacía continuar, sabiendo que mi hijo y yo éramos los únicos cuerdos en ese mundo que poco a poco parecía estar convirtiéndose en una ilusión, pero una ilusión sin probabilidades de desaparecer. Sólo cabía la certeza de que iría empeorando.

Para las tres de la tarde ya estábamos en Fraile muerto, antigua y famosa por ser sitio de batallas y encuentros militares durante el siglo XIX. Sin embargo, continuaba siendo un pueblo muy pequeño, quizá más pobre que antes. Unas cuantas ruinas, caserones antiguos todavía habitados, con fachadas llenas de musgo. Había una estación de servicio que parecía haberse detenido cincuenta años antes. Todavía había viejos dispensadores de nafta del estado, previos por supuesto a la últimas dos dictaduras militares. No servían comida.

—Hay una parrilla a cinco kilómetros, por el camino viejo— me dijo el empleado, mientras llenaba el tanque. Mirando a Homero por la ventanilla, preguntó, sonriendo: —Sí que he visto bichos raros que lleva la gente, pero usted le gana a todas. ¿Puedo verlo?—. Sin esperar respuesta, se inclinó sin soltar la manguera del surtidor. Dio un respingo de susto, y volcó nafta sobre el suelo.— ¡Pero qué mierda es…!—. Se calló al ver mis ojos. Cerró la tapa y me cobró, las manos le temblaban un poco.

Arranqué y tomé el camino que me había indicado. Al llegar al lugar, estacioné bajo la sombra de los árboles y junto a las parrillas. Varios perros se acercaron a ladrarnos. Bajé y me olieron. Dejaron de ladrar, pero en cuanto sintieron la presencia de Homero, volvieron a comenzar, más enfurecidos que antes. No podíamos quedarnos, era imposible. Y de pronto apareció un auto ancho y largo que llegaba de la ruta, se estacionó junto a nosotros y el motor se detuvo. Vi por el parabrisas que el hombre

nos miraba, tal vez curioso por el intenso ladrido de los perros. El único hombre de la parrilla, gordo y en musculosa, no nos hacía caso, vigilando el fuego y la carne.

El hombre del auto bajó y nos saludó.

—¡Buenas!— dijo.— ¿Ya comieron? Don Cosme hace los mejores asados de la zona. Yo sé lo que le digo.

—No vamos a quedarnos— contesté. Cuando estaba por subir al auto, espantando a los perros, el hombre se nos acercó. Buscaba la causa de tanto alboroto. Cuando la encontró, una sonrisa amplia se formó en su cara antes inexpresiva y rutinaria. Debía tener casi sesenta años, pero pocas canas habían tomado su pelo y su barba. Era alto, no demasiado, delgado y huesudo. Llevaba un traje sin corbata, y me pareció extraña esa ropa de ciudad en aquellos lugares. Pero el auto, por supuesto, tampoco era propio de un estanciero o trabajador del campo.

Había visto a Homero, y por eso sonreía.

—Ya entiendo, compadre. ¿Por qué no me sigue hasta esa arboleda de allá?— Y señaló un grupo de árboles a más de cien metros de la parrilla. —Los perros no van a molestarlos, no se alejan de la parrilla más de unos cuantos metros, don Cosme los tiene cortitos.

Sin esperar respuesta, subió a su auto y arrancó. Homero y yo teníamos que comer algo más que esos sándwiches de miga que tuvimos que interrumpir ante la charla descortés de la empleada del otro pueblo. Así que seguí al elegante Dodge Coronado que parecía haber sido sacado de algún museo. Llegamos y bajamos. Abrí la puerta de Homero, y le dije que no tuviera miedo. El hombre se le acercó y le extendió la mano.

—Lisandro Gonçalvez, para servirlos— dijo. Como ninguno de los dos reaccionó, su rostro tomó un matiz oscuro, más de lo que ya era su piel. Unas arrugas profundas le agrietaron la frente. Y entonces vi la cara de Homero cambiando de expresión. Una confianza nueva inundó su mirada, y bajó del auto. Estrechó la mano del otro, como un adulto, y yo sentí la más extraña de las sensaciones desde que había nacido mi hijo. Nadie nunca lo había aceptado, ni mucho menos requerido, únicamente Lucía, por supuesto, pero de ella no podía sentir celos. Pero esta vez sí los tuve de ese hombre desconocido que se había ganado, inesperadamente, la confianza absoluta de mi hijo. Porque eso era aquella entrega inesperada, luego de las horas de miedo e incertidumbre que lo habían confundido durante el viaje, los soldados y los perros. Entonces me di cuenta, aún no por completo, pero la idea fue naciendo en mi mente en ese instante, que un cierto parecido los unía. La expresión oscura que había tomado el rostro de Gonçalvez un momento antes era tan antigua y dominante como los cambios físicos que habían ido transformando el cuerpo de mi hijo.

Apoyando una palma sobre la cabeza de Homero, ambos se dieron vuelta para mirarme. Gonçalvez me ofreció su mano entonces, y la estreché con rencor. Se dio cuenta, pero no hizo más que volver a su afabilidad, que si bien falsa y superficial, debí reconocer era la única posible en ese momento.

—Voy a encargar tres porciones de asado, si les parece, y choripanes, si les gusta. Traigo un Chianti en el baúl, en la guantera hay un sacacorchos, a usted lo encargo de eso— me dijo. —Y una Coca para el chico, ¿no? Yo se la busco en la estación de servicio, el viejo Cosme no vende eso.

Lo vi alejarse con las manos en los bolsillos, y nos sentamos en un tronco caído a esperar. No quería meterme en el auto de

un extraño, por más que él me hubiese dado confianza. Regresó y se mostró extrañado de que no hubiese sacado el vino.

—Pero hombre, por qué tanto remilgo.— Me encogí de hombros y no dije nada, pero Homero lo acompañó hasta el auto. Abrió el baúl y sacó una botella de vino y dos vasos.

—¿Siempre viene preparado?— pregunté al regresar. La botella estaba fresca. Se rió.

—Soy comerciante, viajo mucho por todas partes. Ahora mismo voy a Brasil a concertar unos negocios. En mi rubro siempre hay trabajo, pero estos tiempos nuevos son ideales para aprovechar.

Me quedé esperando a que se explicara.

—¿En qué rubro trabaja usted?

—Tenemos empresas familiares. Una de residuos, principalmente en Argentina. Pero dedicamos los mayores esfuerzos a pompas fúnebres. De vez en cuando salgo a establecer conexiones con ciudades de países limítrofes, sobre todo ahora, con lo que se avecina…

Lo miré, desconcertado.

—La guerra, se vienen varias o una sola gran guerra sudamericana. ¿Sabe lo que se dice en Buenos Aires?

—Hace algunos años que no vivo allá…

—Tienen miedo. Dicen que Brasil apoya a la dictadura de Oribe porque esperan anexarse al Uruguay. En la cancillería se cuenta con que Chile se les una. De nuestra parte, —¿usted es argentino, no es cierto? — podríamos contar con el apoyo de los países con redes de narcotráfico, Colombia, Venezuela, Guyana, o cualquiera espere sacar provecho

—Pero imagino que son nada más que especulaciones…

—Así es, pero uno se va formando el olfato en esta profesión, no sé si me entiende. La muerte se huele, no en el espacio, sino en el tiempo. —Y señaló a Homero, que comía su choripán, aparentemente distraído, pero estaba seguro que nos prestaba atención.

—Por ejemplo su hijo. Tiene terror a los perros, y ellos a él, por eso le ladran desesperados. No creo que se atrevieran a atacarle estando nosotros, pero siendo varios y él único, sería como estar en una selva. Esta llanura, tan amplia, también es una selva. Hay kilómetros y kilómetros sin que se encuentre nada, sólo cunetas y pastizales, silos abandonados, y pequeñas arboledas como ésta.

Se levantó para sacarse el saco y arremangarse la camisa. Puso los trozos de asado en dos platos y sirvió uno para cada uno. Los apoyamos en las rodillas y comimos.

—¿Y ustedes, a dónde van?

Le conté brevemente nuestra historia. De pronto se me ocurrió que podría servirnos de ayuda. No esperó a que le preguntara.

—Mire, los puedo ayudar a pasar la frontera con Brasil. Yo paso constantemente, y yendo conmigo, no habría problemas, aún siendo argentinos.

—Le agradeceríamos mucho— dije, mascando con fervor la carne, tierna y bien cocida por el viejo de la parrilla.— Tenía razón sobre el asado— agregué.

El otro se rió.

—¿Y adónde lo lleva al chico?

—No lo sé…

—Usted sí que es un aventurero, no se encuentran de esa clase en la actualidad. Parece que vinieran escapando…

—¿Y qué le importa si fuera así?— le dije, dejando los cubiertos en el plato vacío sobre el pasto. Las hormigas comenzaron en seguida a subirse.

—Oiga, compadre, nada de exabruptos que yo no soy ningún milico…

—Está bien, malas experiencias…eso es todo.

—Comprendo…—y se quedó pensando, con el vaso de tinto en la mano, y levantando la botella con la otra, midió lo que quedaba. Me ofreció y le acepté. Ya me estaba adormilando, pero sinceramente nada me importaba en ese momento más que descansar bajo la sombra de esos árboles, con la cabeza apoyada en el tronco caído y sintiendo el fresco de la noche que avanzaba sobre la ruta.

—Conozco un instituto de investigaciones antropológicas, en Brasilia, un poco lejos, pero si están dispuestos…

—¿Cómo antropológicas? Tal vez si fuera una clínica, por su enfermedad, digo, tiene….

—Pare, hombre. No me diga lo que tiene porque ya lo vi, no es nuevo para mí…— Se dio cuenta de mi confusión.

—¿Cree que es el único? ¿O le han dicho que hay unos pocos en África? Señor mío, hay varias docenas allá donde le digo. ¿Acaso alguien le dijo que es una enfermedad?

Me sentí como el hombre más estúpido del mundo. Un desconocido me estaba diciendo lo que yo ya venía pensando desde el nacimiento de Homero, pero que nunca quise aceptar,

porque hacerlo abría sido reconocer lo irreversible. Incluso mi propio hijo lo intuía con más certeza que yo.

Me levanté con furia e ignoré a Homero, que me miró asustado, dejando la lata de Coca— Cola ya terminada hacía largo rato, sin pedirme otra que sin duda anhelaba.

—Venga, hombre, no se ofusque de ese modo. Usted no tiene la culpa. ¿Cómo iba a saber, cómo iba a imaginar…?

Lo miré a los ojos, porque había escuchado en su voz algo como un quejido, una pena lejanamente antigua, haciendo huecos y grietas en medio de una muralla de oscuro ostracismo.

—Soy profesor de letras en la universidad, tanto que he leído, filosofía, ciencia, teología…y tan ciego a la realidad…

—No se alarme. Pregúntese qué es la realidad y verá que no hay nada tan efímero. ¿Acaso no ha leído muchas veces antiguas teorías de que la conciencia no es más de lo que vivimos en el presente? ¿Existe algo más, en este instante que lo que nos rodea? Usted mismo, yo mismo, ya no somos los hombres que llegamos en autos separados, hace no más de una hora. Si no podemos atrapar un minuto de nuestras vidas, cómo hacerlo con todo lo que abarca el mundo, que ni siquiera sabemos si continúa existiendo cuando le damos la espalda.

Eran casi las seis de la tarde, supuse, sin mirar el reloj. Un viento fresco pasó entre los árboles. El domingo estaba por morir en una calma completa en ese lugar. No había nada que indujera a pensar que existía otra cosa más allá de la ruta.

—Por eso en mi familia nos dedicamos a la muerte, profesor, si permite que así lo llame. Es lo único permanente, el único pasamanos salvador de la cordura. Todo lo demás es confusión y caos.

10

A las ocho, ya casi había oscurecido del todo. El tránsito había aumentado. Autos con familias que probablemente regresaban de alguna estancia hacia Montevideo, muchos camiones que comenzaban sus viajes semanales. Encendí la radio, buscando noticias sobre la reunión de gabinete del mediodía. El presidente Oribe había cancelado la reunión, y emitido un decreto de cierre completo con la frontera argentina.

—¿Qué me dice ahora, profesor?

—Que empieza un gran negocio para usted…

Gonçalvez se rió. Habíamos dejado su auto en la parrilla, y encargado a don Cosme que lo guardara en su galpón durante un tiempo. En realidad no era su auto, dijo Gonçalvez, sino de un cliente, que había muerto, por supuesto. Me pregunté cuántas de sus ganancias se hacían de esa manera, y estuve a punto de decirle que nos dejara solos. Pero Homero se había apegado a él de una manera que nunca vi en sus casi once años de vida. Dijo que podíamos cruzar la frontera con Brasil gracias a su influencia, y eso era lo que necesitábamos. Cuando mencionó lo del instituto antropológico decidí llevarlo con nosotros. No sé en realidad de quién fue la decisión, porque él, con su charla casual

y un discreto encanto que se esmeraba en disimular, nos envolvía con argumentos aparentemente triviales. Cuando quise ver, él ya había dejado las llaves del Dodge al viejo y se metió en nuestro auto luego de dejar sus pertenencias en el baúl.

—Cuénteme de ese instituto— le pedí.

Carraspeó. Encendió otro cigarrillo, era el segundo paquete desde que nos habíamos encontrado. Bajó la ventanilla de su lado, y sin mirarme, dijo:

—Pasaremos la noche en un hotel luego de pasar la frontera. Es probable que la vigilancia sea menor un domingo a esta hora.

—No se evada de la pregunta.

—No lo hago, sólo pienso simultáneamente. Mire, no conozco a Levi en persona, y a estas alturas es ya una eminencia. Dicen que lo van a mandar de asesor científico en una misión a la luna.

—¿Claudio Levi?

—Así es, usted debe conocerlo por sus escritos, obviamente.

Asentí con la cabeza, recordando las teorías que había extraído de sus viajes por África. Había leído muchos de sus libros en esa época, cuando intentaba encontrar una explicación para lo que le estaba pasando a mi hijo.

—Levi fundó ese instituto en Brasilia. No sé si lo visita o lo supervisa ocasionalmente. Sé que, como todo lo que él hace, está avalado por una alta exigencia personal, así que la gente encargada debe ser excelente.

—¿Y allí investigan sobre la enfermedad de Rumpelstiltskin?

Gonçalvez tiró el cigarrillo por la ventanilla y me miró. Sentí sus ojos oscuros, su mirada torva, libre ya de todo juego de encanto.

—No sea estúpido. Su hijo es más inteligente que usted, eso ya lo sabe, supongo, pero también más sincero.

Detuve el auto en la banquina. Unas luces altas nos pasaron rozando y un grito de protesta del otro auto pasó como una ráfaga en medio de la noche. Agarré a Gonçalvez del cuello de la camisa, dispuesto a insultarlo, a darle quizá, un golpe en la nariz. Yo ya estaba harto de aguantarlo. No sabía quién era, ni lo que quería de nosotros.

—¿Por qué no se baja?— le dije.— Mi hijo y yo nos arreglamos solos, siempre.

Gonçalvez me siguió mirando torvamente, ya sin encantamiento ni empatía.

—Cruce la frontera, y me despido.

Su piel y barba oscuras, y su aliento casi en mi cara me sugirieron la imagen de un cuervo, hasta creí escuchar el aleteo por encima del auto, pero eran simplemente las lechuzas que invadían la noche del campo.

Lo solté, y retomé la ruta. No mencionamos palabra hasta que llegamos a la frontera. Una serie de cabinas con barreras bajas formaban el control habitual, pero habían reforzado la vigilancia. Bajé la velocidad y le pregunté a Gonçalvez si podíamos confiar en él.

—No se preocupe.

Un soldado nos detuvo. Era uruguayo, pero había otros del ejército brasileño más allá de la barrera. Entregué los papeles, y mientras los revisaba, el soldado miró hacia el interior del auto. Homero estaba sentado en la sombra. Gonçalvez sonrió.

—Buenas noches, oficial. No sé si me recuerda, soy Lisandro Gonçalvez…—hizo una venia, y de pronto, como si viese a alguien conocido más adelante, se asomó por la ventanilla y gritó:

—¡Paulo! ¡Che Paulo! ¡Aquí, viejo, Lisandro!

Un soldado pasó bajo la barrera y se fue acercando. De pronto reconoció a Gonçalvez y éste se bajó y se abrazaron. Hablaron mitad en castellano y mitad en portugués. Me presentó a su conocido como un profesor de la universidad que se dirigía con su hijo al instituto de Levi. El soldado me saludó cortésmente inclinándose junto a la ventanilla. Miró a Homero, y su cara cambió de expresión. No era susto, ni siquiera asombro, sino comprensión. Hizo un gesto al otro soldado, éste me devolvió los papeles, y Gonçalvez, luego de despedirse de su amigo, entre abrazos festivos y promesas de nuevo encuentro, entró al auto, y me dieron la señal de que podíamos partir.

La barrera se levantó, y ya estábamos en territorio de Brasil. La misma ruta, el mismo paisaje nocturno a nuestro alrededor. Pero no la misma sensación adentro del auto. Sentí una especie de tremenda congoja, como si todos aquellos años desde el nacimiento de Homero se hubiesen abalanzado sobre mí con toda su absoluta carga de pena, de remordimientos y de miedo. Sentí que recién esa noche, encerrado en un auto y por la oscuridad del campo, por la opresión de una vigilancia constante de una guerra inminente, con un niño que al fin de cuentas era un ser que yo nunca comprendería del todo, con un hombre desconocido, extraño y de pronto inquietante como un cuervo que

hubiese penetrado por la ventanilla, recién esa noche, digo, tuve la oportunidad de vislumbrar la razón, el motivo, o por lo menos las sinrazones de un encadenamiento de sucesos que no eran más que el tiempo. No más que eso: el tiempo, que todo lo desluce, desgasta, y deja los esqueletos de la última, y por eso, la única verdad.

Creo que Gonçalvez se dio cuenta.

—Pare un rato— me dijo. Detuve al auto otra vez.—Apague las luces, estamos muy cerca todavía.— De inmediato la luminosidad de las estrellas cayó sobre el campo, haciendo distinguir la llanura de absoluto silencio. El silencio era un espacio, como un peso que aplastaba los cultivos, los árboles y el ganado. Una enorme prensa formada de cosas que yo conocía. Y de ahí venía la angustia, en realidad una congoja indefinible e inconsolable.

Apoyé las manos y los codos sobre el volante, sujetándolo con fuerza, puso la cabeza sobre los brazos e intenté ocultarme, no de él, sino de la tremenda oscuridad a nuestro alrededor, del silencio tan sin nada, y por eso tan opresivo, como si la nada tuviese el peso de absolutamente todo.

Sentí el olor de un cigarrillo recién encendido, el breve aroma primero del fuego y luego del tabaco, y entonces surgió su voz.

—Me agrada sentarme en lugares como este, a estas horas. Así la vida vale la pena, ¿no le parece? Se parece tanto, tanto a la muerte, pero no lo es del todo. La quietud, la enorme quietud y el silencio, sin perder la sensación de uno mismo. La autoconciencia, sin el conocimiento del tiempo. Pero es imposible, obviamente, una trae lo otro.

¡Qué dolor!, pensé, o tal vez hablé, no lo recuerdo. Y Gonçalvez me observó en la oscuridad. Pude ver el brillo de sus ojos. Comencé a temblar, y me froté los brazos con las manos. Entonces Gonçalvez me hizo acercarme a él y me abrazó. Con los brazos cruzados y temblando, me quedé dormido con la cabeza apoyada en su pecho.

Era la mañana cuando desperté. Estaba en el asiento trasero, y Homero dormía a mi lado con la cabeza en mis rodillas. Gonçalvez manejaba.

—¿Dónde estamos?

Me miró por el espejo retrovisor y le salió una carcajada. Yo mismo me asomé al espejo, tenía unas ojeras profundas y el cabello revuelto.

—A casi 150 kilómetros de la frontera, todavía nos falta un poco para llegar a Rio Grande. ¿Tiene hambre? En media hora paramos para desayunar.

—Parece conocer bien toda esta región.

—Ya le dije, es mi trabajo. Además, la familia…

No le presté mucha atención, y me restregué la cara tratando de despejarme. El brillo matutino traspasaba las ventanillas con reflejos intensos y cálidos.

—…mis abuelos maternos, de mi viejo no sé nada, Gonçalvez es el apellido de mi madre. Ella me crió sola, y trabajó toda su vida en las empresas que ya le dije.

—Gran mujer debe ser su madre—dije.

Me echó un vistazo por el espejo, buscando sarcasmo en mi expresión, el mismo que creyó encontrar en mi comentario.

—¿Por qué lo dice?

—Vamos, ya sabe a qué me refiero…mi situación con la madre del chico….

—Sí, pero quería estar seguro. Mire, mi vieja es una mujer fuerte. Le debo todo lo que soy, y lo que no soy también. Demasiado...cómo diría…desaprobadora. Pero nunca sabemos nada de los padres, hasta que nosotros mismos lo somos, y entonces nos llega nada más que las excusas que ellos mismo tuvieron. No hay comprensión verdadera, sólo una vuelta de página.

La ruta transcurría tranquila a través de inmensas extensiones de llanuras a veces ocupadas por lagunas a uno u otro lado.

—¿Conoce la Laguna de los Patos?— pregunté, mostrando que yo también sabía algo, por lo menos a través de mi curiosidad geográfica.

—Falta un poco, primero paramos cerca de Rio Grande. ¿Cómo está el chico?

—Dormido todavía.

—Me parece bien. Anoche se portó como un hombre cuando me ayudó con usted.

—¿Qué hice? La verdad es que no recuerdo cómo pasé a este lado del auto.

—Estaba medio dormido. Homero y yo lo ayudamos a salir y subir atrás. Le envidio la relación que tiene usted con el pibe.

—¿Usted está casado, Gonçalvez?

—Sí…—y se quedó pensando un rato antes de seguir.— Mi mujer está postrada desde los diecisiete años, con el noventa por

ciento del cuerpo quemado. Yo no puedo más que admirar su fortaleza, y no sé si es voluntad de vivir o simplemente que su cuerpo está protegido por esa coraza de piel fruncida y dura. Hasta hemos tenido una hija, y ella ni se quejó. Nunca dijo si le dolió algo el embarazo, y por supuesto le hicieron cesárea. Mi hija ya es grande, y trabaja con la familia.

—Debe estar orgulloso, entonces…

Se rió con una carcajada tan exagerada, que movió el volante sin darse cuenta y el auto casi derrapa.

—Disculpas— dijo. —Es que…, claro, estoy orgulloso, pero qué quiere que le diga…—Sus ojos me observaron por el espejo de pronto con malicia. Había bronca y tristeza profunda. Eran ecos de algo más lejano que el campo, más llano y monótono que la planicie que atravesábamos. Recordé a mi amigo Víctor y a su mujer también postrada en Buenos Aires.

—Hace casi veinte años que Clarisa está así. No se puede mover, no puede levantarse, tiene miles de complicaciones y los médicos van todas las semanas. Yo la miro a los ojos cuando duermo con ella, porque…sabe…no me aguanto estar con ella mucho tiempo…pero no puedo dejarla, por supuesto. Hacer el amor con una mujer así…y tan hermosa que era cuando la conocí…A veces, a veces me digo…matála, Lisandro, hacéte y hacéle ese favor. Pero cuando la miro a los ojos, ella me lo reprocha, como si me leyera el pensamiento. Las mujeres, querido mío, ya usted lo debe haber descubierto, lo saben todo, y se hacen las estúpidas, cuando quieren.

Miré a Homero, y pensé en Samanta. Yo estaba completamente solo en medio de una ruta para mí desconocida, en una región que bien podría ser el fin del mundo, en un momento de

crisis internacionales, lejos de mi ciudad y de mi casa, sin trabajo, con solamente una tarjeta de plástico que me enlazaba con una cuenta bancaria que era la única garantía cierta para nosotros.

¿Dónde estaba ella?, me pregunté. ¿Nunca tuvo curiosidad, siquiera, por cómo estuviese su hijo? Entonces la última frase de Gonçalvez repercutió como el eco de un proverbio. El leve acento, casi imperceptible en su hablar, traía reminiscencias de religiones o sectas, de ritos que la cultura ha asociado irreversiblemente con esas regiones de Brasil. Faltaba mucho todavía, miles de kilómetros para llegar a sentir una fuerza distinta, pero ya Homero comenzaba a percibirla. Su sueño se hizo inquieto. Sus manos de simio se abrieron y cerraron con inquietud. Su garganta emitió gemidos de dolor, como si quisiera hablar y no pudiese. Yo sabía que estaba soñando, y pensé en despertarlo, pero me pregunté qué derecho tenía para hacerlo. El dolor no se interrumpe, únicamente se posterga. Entonces me apretó una rodilla y despertó sobresaltado. Su mirada, desconcertada, era digna de conmiseración. No sólo parecía perdido, sino que estuvo, por un instante, literalmente perdido. Miró alrededor, a nosotros y al exterior del auto. Cuando al fin reconoció todo, se frotó los ojos y me saludó.

Le pedí a Gonçalvez que parara.

—Buen día, Homero—le dijo.— En diez minutos paramos.

Una estación de servicio a la derecha se levantaba sobre una colina. Habíamos comenzado a atravesar puentes cortos sobre ríos a veces secos y otros de corriente lenta. Cuando llegamos, hicimos que acondicionaran el auto y entramos al parador.

Gonçalvez saludó a varios. La gente miraba a Homero por unos segundos y ya no le prestaban atención. Nos sentamos jun-

to a uno de los ventanales, desde donde se alcanzaba a ver un inmensa superficie plateada, era la Laguna de los Patos. Así la llamaban, pero tenía cientos de kilómetros de extensión. De algún modo, sentí que la estaba mirando como si estuviese viendo una reminiscencia de la llanura que habíamos abandonado.

Desayunamos y nos quedamos hasta el mediodía. Compramos provisiones para el viaje y seguimos camino. Volví a ponerme frente al volante, siguiendo las indicaciones de las señalizaciones o preguntando a Gonçalvez. El día estaba espléndidamente luminoso. Busqué música en la radio, y luego de las ya habituales noticias políticas— el presidente de Argentina había renunciado, y el vicepresidente decidió declarar el estado de sitio—, encontré una partita de Bach para clave. De pronto, el ritmo, o más bien el sonido, se fue metamorfoseando, y creí estar escuchando un acordeón tocando una especie de chamamé de alta calidad polifónica. Era el lugar, quizá, lo que me lo sugería, pero eran también las raíces ancestrales de las tradiciones, que viajan de un lugar a otro y se transforman. Hay siempre indicios, señales que hay que saber buscar. Homero tenía esos signos en su cuerpo, los hacía evidentes como un reflejo incondicionado. No sólo en su aspecto, sino en sus formas de reaccionar, como la mirada que vi cuando despertó esa mañana. Él venía de alguna región aún demasiado lejana, profundamente verde, tanto, que era casi oscura entre árboles altos y frondosos. Una maraña de hierbas y enredaderas pisoteadas por pies desnudos que corrían vertiginosamente, sin rumbo fijo, sólo escapando. Gritos y chillidos de monos venían de todas partes, desesperados.

Miré a mi hijo, junto a mí en el asiento de al lado. Gonçalvez estaba recostado en el de atrás, supongo que dormido.

—¿Qué soñaste esta mañana?— pregunté.

Homero me miró desconcertado, estaba pensando quién sabe en qué cosas.

—En nosotros, papá. Pero no estábamos en la ciudad, sino en la selva. Las tribus nos atacaban, nos perseguían hombres desnudos con lanzas.

—¿Vos y yo?

Se quedó pensando, no porque dudara, sino en si me lo diría.

—No, papá. Los monos.

De atrás llegó un sonido, como un respingo de burla. Gonçalvez sabía.

Estuvimos viajando más de una semana. Pasamos por Curitiba, y luego Gonçalvez dijo que tenía un asunto que arreglar en un pueblo a veinte kilómetros de la ruta principal. Eran las ocho de la noche y le dije que quería detenerme en un hotel y descansar.

—Con más razón— me respondió—. Ahí paramos en la casa de un conocido. Cenamos comida casera y dormimos en buenas camas. Yo manejo desde acá.

El pueblo se llamaba Bom Jesús. Era ya de noche, y no se podían ver más que algunas casas con luces. Las calles estaban despobladas y oscuras. Algunos perros nos ladraron a medida que pasábamos, lentamente, porque Gonçalvez también parecía perdido. Buscaba la dirección de sus conocidos, pero en las esquinas no había carteles y las casas no tenían numeración. Finalmente se detuvo frente a una chabola. Un chico sucio, alto y flaco, estaba sentado junto a la puerta, jugando con un perro.

Cuando nos vio, se levantó, y entró a avisar a alguien. El animal comenzó a ladrarnos. Gonçalvez abrió la puerta y dijo:

—Tranquilo, Bestia. Soy tu amigo Lisandro.

El perro se calló y movió la cola, saltando a su alrededor. De pronto sintió algo, quizá un olor, porque Homero todavía no había bajado.

—Te voy a presentar a un amigo— dijo, y comenzó a abrir la puerta.

—¡No!— le dije.

—No se preocupe, sé lo que hago.

Mi hijo temblaba, pero obedeció. Yo me paré entre ellos, pero el perro, luego de olisquearme, no me hizo caso. Homero caminó hacia nosotros, mientras Gonçalvez se agachaba junto al perro y le hablaba al oído, en portugués.

Cuando mi hijo estaba junto al animal, éste se puso a olerlo, excitado, pero siempre con la voz de Gonçalvez calmándolo. Luego se sentó y se quedó quieto desde entonces, dejando que Homero le acariciara el lomo.

Por la puerta de la chabola reapareció el chico y una mujer negra. Me presentó, ella no hablaba nada de castellano. Era amable, servicial, pero creo que me tenía miedo. Me trataba con respeto, sin atreverse a darme la mano cuando la saludé. Nos hizo entrar a la casa, vieja y desvencijada, sumamente pobre. Una mesa de madera, tres sillas y la cocina, donde sobre un horno a leña se calentaba una olla. Ella se limpió las manos en el delantal y preguntó algo a Gonçalvez.

—Pregunta si quiere algo de tomar— y se rió.—Buena gente, demasiado buena gente. Lo único que tienen es tequila casera, hasta el chico lo toma, por supuesto.— Le habló a la mujer, y ella trajo una botella. Luego volvió junto a la olla y continuó revolviendo.

El tequila era fuerte, pero me hizo bien para despejarme un poco del cansancio del viaje. Pregunté qué nos podían servir de comer en esa casa.

—No saque conclusiones antes de tiempo, son pobres, pero lo poco que tienen es bueno. Ya va a ver lo que sale de esa olla…

La mujer fue tomando confianza, especialmente con Gonçalvez. Se le sentó al lado y le tocaba el pelo, y él la estrechó de la cintura. Yo los miraba sin entender nada, sólo pescando alguna que otra palabra. En algún momento se pusieron serios, ella habló un largo rato, señalando a la puerta del fondo.

—Tiene al marido enfermo desde hace seis meses. Se está muriendo de cáncer.

Me pregunté qué tenía que ver él con ellos, porque cuando estábamos en la ruta dijo que era un asunto de negocios. Se levantaron y caminaron hacia la puerta de la habitación, que en realidad era una chapa que separaba ambos espacios de la chabola. Gonçalvez me sugirió que los acompañara. Me negué, no quería saber nada de todo eso. Habría salido de allí es ese momento, pero estaba demasiado cansado. Ellos entraron. Me quedé sentado mirando a Homero tranquilo, sin quitar la vista del perro, acostado en el piso. El contenido de la olla comenzó a borbotear, y luego de un rato me decidí a controlar la preparación, fuese lo que fuese. Revolví un rato y la aparté del fuego. No olía mal, y tuve ganas de comer algo. Miré a la puerta de

chapa, y fui a avisarle a la mujer. Cuando entré, ambos estaban arrodillados a cada lado de una cucheta, sobre la que yacía el cuerpo de un hombre. El chico estaba a los pies, también arrodillado y rezando. Toda la habitación estaba repleta de crucifijos e imágenes de Cristo y la Virgen María. Imágenes en estampas y cuadros, esculturas de madera y cerámica, rosarios de todo tipo, incluso hechos con caracoles de tierra, o con vidrios de botellas y hierros. En el estante sobre la cama del muerto había velas a medio acabar. Un intenso olor a incienso comenzó a embriagarme.

Gonçalvez levantó la vista e hizo una mueca de desprecio. Hizo una señal al chico, éste se levantó sin preguntar nada y salió, pasando junto a mí. Escuché, afuera, el baúl del auto al cerrarse, y enseguida el chico volvió a entrar. Llevaba en la mano una bolsa de arpillera, no muy grande pero que le costaba cargar. Me pregunté cómo había llegado esa bolsa a mi auto, pero en ese momento el chico la dejó caer junto a la cama. Gonçalvez se levantó y se puso a desatar el nudo que la cerraba. La mujer seguía rezando, con los ojos cerrados y las manos enlazadas apoyadas en la frazada vieja que cubría al muerto. Gonçalvez abrió la bolsa y comenzó a sacar algo, colocándolo sobre la cama. Yo no alcanzaba a ver de qué se trataba porque él estaba de espaldas y hacía sombra. Me acerqué, no pude evitarlo. Y vi que él ponía, primero alrededor del cuerpo y luego encima, objetos indefinibles, como residuos que alguna vez fueron sacados de esa misma casa durante años y años. Cosas que ya no tenían olor, porque estaban muertas, incluso el estado de putrefacción ya se había detenido, dejando sólo restos secos. Eran todas las cosas que ese hombre había tenido tal vez durante toda su vida: pertenencias de la familia, viejos documentos, restos secos de comida a medio terminar, huesos, telas rotas de ropa vieja, jeringas, frascos de medicamentos, papeles, botellas, muñecos, armas oxidadas.

Cuando ya las cosas rebalsaban de la cama, seguían saliendo de la bolsa, inagotablemente.

Aparté la mirada, agotado, y salí de la habitación. Saqué a Homero de la casa y subimos al auto. Me di cuenta que Gonçalvez tenía la llave de encendido.

11

Esa noche Homero y yo dormimos en el auto. Por más que Gonçalvez salió varias veces, tratando de convencerme de que entrara, no cedí. No estaba enojado con él, sino muy confuso, y eso era lo que me enfurecía. Era un montón de dudas que se iban juntando en mi interior, y todas ellas encontraban en la extrañeza de Gonçalvez su excusa adecuada.

—¿Quién es usted?— le pregunté, sin tutearlo, porque era nuevamente un desconocido. Se acodó sobre la puerta del auto.

—¿Cómo…?— Su falsedad me era más evidente que antes. Luego sonrió un poco.—Lisandro Gonçalvez, para servirlo…—dijo, metiendo la mano por la ventanilla.

Lo miré tan enfurecido que podría haberle golpeado la cara reteniéndolo del brazo contra la puerta.

—¿Qué es, quiero decir?

—¿Que qué soy? Un hombre, amigo mío, simplemente, pero que como usted, no ha elegido su vida. Algunos me han llamado de muy diversas formas, pero la menos humillante, y tal vez en más adecuado, sea la de mensajero.

No necesitó decir más. Su rostro era oscuro como el barro.

—A lo mejor Homero quiere dormir adentro.

Ambos miramos a mi hijo, que de pronto cambió de expresión. Sé que estaba cansado, sometido a un viaje extenuante, y encima yo lo obligaba a rechazar una cama por lo menos por una noche luego de varios días de dormir en el auto. Leí en su cara que estaba dispuesto a aceptar, pero yo dije:

—No, gracias. Mi hijo y yo estamos bien. Me iría ahora si usted tuviera la amabilidad de devolverme la llave.

Gonçalvez chistó e hizo una mueca de desdén.

—No se haga el maricón, que no le queda bien. Si no le doy la llave es porque lo veo emperrado y es capaz de tener un accidente a estas horas.

—¿Y a usted qué le importa?

—Me importa, porque cada cosa a su tiempo, querido.

Volvió a la casa. No pude dormirme durante más de dos horas. Homero se acostó atrás y aparentó descansar. Yo recliné el asiento, pero, incapaz de encontrar una posición que me conformara, me mantuve despierto casi hasta el alba. Escuché unos gritos solapados desde la casa, gemidos de mujer. Ella y Gonçalvez estaban en el suelo, quizá junto a la cama del muerto. Me prometí salir de ese lugar apenas amaneciera. Y de pronto, me dormí.

Cuando desperté, entraba una brisa fresca por la ventanilla. Los mosquitos me asediaban, y me palmeé la cara y los brazos tratando de matarlos. La chabola estaba quieta, iluminada por el sol que le daba de frente, pintándola de colores ocres y plateados. El lote sobre el que se levantaba estaba ocupado por baldíos

y trancas rotas. Un par de autos abandonados y oxidados eran habitantes viejos de ese sitio. Alrededor, había otras casas iguales o más ruinosas. Unos perros pasaron, vagando, olisqueando el auto, y ladraron.

—Buen día, papá.

Homero se trepó por el respaldo y se sentó a mi lado. Ya no le tenía miedo al ladrido de los perros, por lo menos eso aparentaba.

—¿Cómo te sentís? Perdonáme si te obligué a dormir acá. Pero ya no me gusta ese tipo. Voy a entrar a buscar la llave.

Bajé del auto y golpeé la puerta de chapa. Como no respondían, entré. El chico dormía en el piso de la cocina, junto a Bestia, el perro. Busqué sobre la mesa, pero no vi las llaves. Decidí entrar en la habitación del muerto. La cama y su cadáver seguían igual, las velas agotadas, y Gonçalvez y la mujer en el piso. Ella tapada con la sábana que le había sacado al muerto, Gonçalvez desnudo a su lado. Él abrió los ojos, y puso un dedo sobre sus labios indicándome silencio. Se levantó despacio, buscó su ropa tirada.

Sin vestirse, comenzó a preparar el horno a leña y puso una cafetera destartalada encima.

—¿Café de Brasil, amigo?— y se rió en voz baja, mirando al chico por si se despertaba.

—Déme las llaves.

—¿Va a dejarme acá abandonado?

—Compañía no le va a faltar…

Se rió otra vez, más fuerte, y me golpeó el pecho amistosamente. Creyó haber hallado, por fin, un compinche, y no sé por qué, de pronto, sentí que así era.

—En serio, viejo, tomemos un café y salimos. Tenemos largo viaje todavía.

Me senté en la misma silla de aquella noche. La botella de tequila estaba vacía y la madera de la mesa pegoteada.

—Me alegra verlo de mejor temple, querido.

—Querrá decir: con sentido común. Parece que estamos en sus manos…

—No sea melodramático otra vez. El sentido común no tiene nada que ver. Los hombres siempre actuamos por impulsos, aún cuando pensemos haber dado vueltas y vueltas una misma idea. Usted se está dando cuenta, sin duda, de algo que está descubriendo en su propia persona. Homero, ya a su edad, conoce más a los seres humanos que su padre. Dígame, ¿qué siente en este mismo momento?— preguntó, sirviendo el café en dos vasos de madera con bordes agrietados.

Agarré el que me alcanzaba y sorbí un poco de ese café que creí iba a ser horrible y viejo, pero que era denso y fuerte. Tal vez el mejor que había probado alguna vez. Sin dudar demasiado, dije:

—Furor.

Gonçalvez no se permitió decir el tradicional "se lo dije". Su silencio fue ecuánime, y desde ese instante supe que ya no me desharía de él.

Media hora después ya estábamos de vuelta en la ruta. La mujer nos preparó comida para el viaje, y nos despedimos. Ho-

mero y yo nos habíamos cambiado de ropa, y al poner las valijas de vuelta en el baúl, miré si había alguna bolsa como la que había visto anoche. Ninguna, y no pregunté más, ni tuve la curiosidad ya de hacerlo. Gonçalvez no era ya solamente un compañero de viaje, sino un cómplice.

Durante más de una semana, fuimos lentamente, parando todas las noches en algún hotel. A veces nos levantábamos tarde porque conducíamos hasta altas horas. Era más fresco, pero también me daban resquemor las luces de frente y las rutas bacheadas. Si de él hubiese dependido, no habríamos viajado más que de noche, pero en ese aspecto yo no cedí. Tenía miedo por Homero.

Los paisajes fueron sucediéndose de manera arbitraria para quien fuese testigo casual de nuestro viaje. Una hora pasábamos por el campo raso, casi desértico, luego por una serie de colinas de vegetación que iba haciéndose selvática, hasta que de pronto desaparecía y dejaba lugar a un pueblo de casas bajas, y luego a una ciudad. Gonçalvez iba nombrando los sitios uno después del otro, pero no siempre acertaba. Entonces nos reíamos, los tres, mientras Homero iba de una ventanilla a otra señalando cosas y lugares, hasta que prefería sentarse en el medio del asiento posterior, apoyando cada mano en los respaldos de las butacas. Yo sentía su mano velluda cerca de mi cabeza, y me sentí feliz de verlo reír de aquel modo.

Parábamos cada cuatro horas, aproximadamente, en las estaciones de servicio, para cargar nafta, usar los baños o comprar algo para tomar o comer. Y cuando estábamos a sesenta kilómetros de Sao Pablo, el motor comenzó a hacer un ruido fuerte. Nos miramos con Gonçalvez, que conducía en ese momento. El auto perdió velocidad. Nos paramos en la banquina. Cuando

quiso encenderlo de nuevo, no respondía. Se bajó y levantó el capot. Me senté al volante.

—¿Ves algo?

—Nada, además no sé de mecánica.—Se acercó con cara de esperar que me riera de su mal chiste. Me bajé e hice lo mismo que él, mirar sin saber.

—Hay que llamar a la grúa. Pasáme los papeles de la guantera, Homero.

Los del servicio de urgencia llegaron después de hora y media. Gonçalvez arregló los detalles con el mecánico. Nos llevarían hasta Sao Pablo, había un taller que él conocía.

Los tres subimos al auto y la grúa nos remolcó despacio. Unas dos horas después la ciudad comenzó a mostrar sus fábricas y sus barrios industriales ya desde mucho antes de llegar a lo que ni siquiera era el centro, sino uno de los tantos barrios periféricos. Íbamos por el centro de una avenida ancha, superpoblada de autos, camiones y colectivos. Los edificios se alternaban con comercios y supermercados, y la gente caminaba torpemente entre los puestos callejeros. La grúa se detuvo frente a un garaje, de la cabina salió un hombre y preguntó algo que no entendí. Gonçalvez se bajó del auto.

—Dice el tipo que va a revisarlo.

Fuimos a hacer tiempo en una confitería en la esquina. Era un barrio de trabajadores. El mozo miró a Homero, lo mismo que la gente de las mesas vecinas, más con lástima que con miedo. Mi hijo ya no les hacía caso, miraba las paredes, pareciendo estudiar los carteles de propaganda. Entonces, él hizo su pedido en portugués. Gonçalvez se le quedó mirando, lo mismo que el

mozo, pero éste no porque supiese hablar en su idioma, ya que no podía saber que fuésemos argentinos, sino por la dicción que había utilizado Homero. Esto lo supe después, cuando Gonçalvez me lo dijo.

—El chico usó portugués puro, y no el brasileño enrevesado y dialéctico de acá.

—Nunca te vi leer libros en portugués—le dije a Homero.

—Nunca los leí, solamente me acostumbré al idioma desde que pasamos la frontera. De escucharlos hablar y leer los carteles.

No me sorprendió, pero Gonçalvez quiso saber qué más podía decir en portugués además de pedir la merienda. Homero se quedó pensando un minuto, mirando el tráfico por la ventana, viendo la gente pasar por la vereda. Y comenzó a recitar versos en portugués. Cuando se calló, volvió su mirada hacia mí. Sentí vergüenza por no entenderle, porque él me había hablado a través de esos versos, estaba seguro. Luego de un instante de asombro, me dijo:

— *Sentado junto a la ventana,*
a través de los cristales, empañados por la nieve,
veo su adorable imagen, la de ella, mientras
pasa, pasa, pasa de largo.

Tragué saliva porque se me hizo un nudo en la garganta. Miré la calle, en busca de lo que Homero había visto o entrevisto por las grietas de la realidad. Su madre otra vez, desde alguna parte, se manifestaba involuntariamente.

—Un poema de Pessoa— dije, porque Lisandro me inquiría con la mirada.

—Ah, el de los heterónimos. Muy inteligente el chico, por supuesto, y muy oportuno. Silencioso y patético como un juez.

Esa bronca resultaba extraña en Gonçalvez dirigida a Homero, por quién había sentido tanta afinidad. Bueno, pensé, quizá precisamente por eso.

El mozo trajo el pedido, y cuando terminamos de comer, en silencio, comenzamos a hablar de lo que no queríamos, pero de pronto resultó inevitable, y hasta satisfactorio aquella charla entre tres personas que comenzaban a pensar y actuar en un circuito extremadamente delicado de pensamientos.

—Cada hombre es muchos hombres— dijo Homero, iniciando el coloquio, dando la consigna ya anteriormente establecida, pero resumiéndola como un punto de partida, exenta de dolor y resentimiento. Y fue así que hablamos y hablamos, pidiendo más café y luego cerveza para nosotros, Homero primero tomo gaseosas, luego también café. La calle se iba oscureciendo, y las luces del bar se fueron encendiendo, espejeando los vidrios, reflejándonos, hasta que nos dimos cuenta de dónde y para qué estábamos.

Lisandro se levantó corriendo hacia el garaje. Homero y yo esperamos, y le pedí que me recitara algunos versos más de Pessoa, pero antes de que empezara, Lisandro regresó. Se sentó apoyando los codos en la mesa y sorbiendo un trago de cerveza.

—Está muerto…

—¿Quién?

—El auto, está fundido, hay que cambiar un montón de repuestos y acá no tienen. Me dieron la dirección de la sucursal en el centro de Sao Pablo.

Me agarré la cabeza, y Lisandro me tiró de las manos para que lo mirara.

—Viejo, no te hagás mala sangre. Ni vale la pena. Ustedes tienen que llegar a Brasilia. Hay trenes que llegan en media tarde.

—¿Y vos?

—Yo tengo otros asuntos por acá y en pueblos de los alrededores. Parece que la *persecuta* de los uruguayos no llegó hasta esta ciudad todavía, así que la gente está en sus cosas y no se van a preocupar de un par de argentinos, sobre todo de ustedes, quiero decir, y señaló a Homero con la cabeza…

—Tiene razón, papá. Dar lástima siempre sirve de algo…

Ver y escuchar a Homero hablar de esa forma me dio la sensación de que era otro chico en ese momento. Su inteligencia se desperezaba de los años de enclaustramiento en que lo había mantenido. Me preocupaba, sin embargo, cuando veía que algunos nos miraban con inquina al escucharnos hablar en castellano. No decían nada y pasaban de largo. Pagamos la consumición y nos dedicamos a recorrer las calles durante la hora de la cena, en busca de algún hotel. Ningún sitio limpio parecía existir en ese barrio, así que caminamos hacia el centro, hasta que encontramos un hotel viejo en una calle que todavía conservaba el empedrado de la antigua colonia.

Nos registramos en la recepción, y cuando estábamos a punto de subir por la escalera, Gonçalvez agarró del mostrador un ejemplar del diario, en cuya portada había un gran titular anunciando un golpe de estado en Argentina. Ya en la habitación nos sentamos cada uno en su cama. Estábamos muy cansados, y Homero se quedó dormido, creí en ese momento. No habíamos cenado, pero decidí dejarlo en paz. Me levanté y fui al baño. Quién sabe si habían aseado luego del último inquilino, o tal vez hacía meses que no pasaba ninguno. Los sanitarios tenían agua

herrumbrada y los grifos chirriaban. El espejo era pequeño, suficiente sin embargo para afeitarse. La ducha y la bañera todavía persistían desde por lo menos comienzos del siglo veinte. Dejé correr el agua hasta que luego de diez minutos salió caliente. Me desvestí, dispuesto a darme un baño lento y prolongado.

—¡Escuchá esto!—dijo Gonçalvez, empezando a leer las noticias del periódico. Mientras me metía en la bañera, escuchaba su voz leyendo. El presidente había sido derrocado por un golpe militar esa mañana. El general Livingston había sido declarado nuevo presidente.

—Es un militar de los que llaman moderados— dijo Gonçalvez.— Es también abogado y un tipo muy culto, según dicen. Parece que pretenden tener aceptación de la población en general, lo que sin duda van a tener, y especialmente de las clases altas.

Yo estaba recostado en la bañera, con los brazos sobre el borde y los ojos cerrados. Imaginaba a Gonçalvez sentado en la cama, con la espalda sobre la almohada apoyada a su vez sobre la cabecera, sin zapatos, las medias con olor a sucio y la camisa desabrochada. Su voz sonaba oscura y premonitoria. No sé por qué se me ocurrió esto, pero no estaba yo dispuesto a dejarme abatir por malos e ilógicos presentimientos. No por lo menos en ese momento en que me sentía tan bien y tranquilo, como si todo mi pasado, el país y la ciudad en la que había nacido y vivido, estuviesen del otro lado del mundo, o ya hubiesen dejado de existir. Como si lo que escuchaba desde la habitación, fuese un cuento narrado por un autor de ciencia ficción.

—¡Mirá vos, che! Está casado desde hace cinco años con una abogada de Buenos Aires. Parece que es famosa por haber ganado un caso millonario de mala praxis…

Abrí los ojos, las manos se me contrajeron en un puño que presionaba fuertemente los bordes de la bañera. Iba a preguntar, pero no pronuncié palabra. Dejé que el otro siguiera hablando.

—Es la nueva jefa de gabinete.— Hizo silencio durante un rato durante el cual se escuchó el ruido del papel al ser vueltas las hojas. Imaginé a Gonçalvez echando un vistazo rápido a las noticias.

—Acá hay una entrevista con ella. Se llama Samanta Bernárdez. El periodista trata de hacerla hablar, pero parece que es medio cerrada. Hay un informe de carrera. Hace diez años ganó una demanda a la clínica Farías, donde su hijo murió al nacer.

Entonces salí de la bañera, corrí a la habitación, y mientras le gritaba a Gonçalvez que se callara, arrancándole el diario de las manos, eché un vistazo a Homero. Estaba acodado en la cama, mirándonos. Tenía la vista fija en ambos, pero sé que miraba mucho más allá, tanto en el tiempo como en el espacio que nos rodeaba. Me acerqué, tratando de leer en la profundidad de sus ojos algo más que la evidente tristeza. Pero su mirada no requería consuelo, así como tampoco su cuerpo, que ya no era lo que había sido. Traté de que acercara su cabeza de mono sobre mi pecho en un abrazo del cual yo era el más necesitado, y fue él entonces el que comprendió, analista de mi alma. Me rodeó con sus brazos largos, y sentí el suave vello de su cuerpo, y sus lágrimas tímidas. Se levantó, de pronto, y comenzó a desnudarse, fue al baño y se metió en la bañera todavía llena del agua en la que yo me había sumergido. Gonçalvez nos miraba, entendiendo poco a poco lo que estaba pasando. Me asomé a la puerta del baño. Homero se rascaba el cuerpo con un cepillo viejo, abandonado en la jabonera de cerámica pegada a la pared. Lo vi rascarse una y otra vez, con más fuerza a cada momento, hasta que me di cuenta que iba a lastimarse. Me acerqué y lo sujeté de las muñecas. No se

atrevió a levantar la vista. Notaba sus brazos tensos y duros como troncos de un árbol.

—¡Este cuerpo, papá…!

Nunca había dicho algo así, tan austero y sin lógica, como un fragmento de un pensamiento muy antiguo y que continuaría mucho más adelante. Era más un grito de congoja que estalló de pronto en una espontaneidad congruente con lo que llamamos desesperación.

Yo sentado en el borde de la bañera, reteniéndolo de los brazos, porque no dejaba de moverse. Movía la cabeza tratando de morderse.

—Lisandro— llamé.— Ayudáme a sujetarlo.

Entró y le agarró la cabeza.

—Aguantá un poco…—y fue a buscar una toalla, partió un trozo y le dijo a Homero que la mordiera.

Mi hijo lo hizo con angustia brotando de los ojos, con todo el vello del cuerpo erizado a pesar del agua. Sentía yo la piel dominada por el temblor y el escalofrío. Tenía miedo. Pensé en convulsiones, en algún ataque histérico. Yo no sabía cómo podría funcionar su mente. Lo que los otros veían ahora yo lo veía. Y tuve tanto miedo que creo que se expresó en mis ojos y en mi cuerpo. Yo también temblaba porque todavía estaba desnudo y mojado.

Cuando Homero se fue calmando, aún no quise soltarlo. Lo sacamos de la bañera, contra su resistencia, pero logramos sentarlo en el borde. Yo lo abrazaba con fuerza, apretando con una mano las suyas, porque seguía lastimándose con las uñas.

Lisandro agarró un toallón seco y lo apoyó en mi espalda, cubriéndonos a ambos. Luego salió y entrecerró la puerta.

—Ya está, Homero…hijo…mi querido hijo…ya está todo bien…ya pasó todo…estoy con vos y nunca, nunca me voy a alejar de vos…

Lo que era ira y dolor, se fue transformando en un gemido bajo y sordo. No era un chico que lloraba, eran los lamentos de un animal apaleado. No era un hombre. No era un animal. Era algo que se había anulado a sí mismo. Sin sorpresa, escuché cómo nuestros pensamientos coincidieron.

—Objeto vacío de objeto— dijo él, citando la tercera premisa de Kant.

Y se miró las manos al decirlo, ya tranquilas, serenas y sabias.

Cuando Homero al fin de durmió, eran las doce y media de la noche. Lo tapé con una frazada y me quedé mirándolo. Gonçalvez puso una mano en mi hombro y me dijo:

—Vamos a tomar un trago y a picar algo…

Negué con la cabeza.

—Ya está bien, pero me parece que vos no. Vamos a relajarnos un rato…

Salimos, pero le eché una última mirada a mi hijo. Bajamos y preguntamos al conserje dónde había algún bar abierto. Ya en la calle, doblamos a la derecha. Justo en la esquina había un bar que estaba cerrado cuando llegamos porque abría después de las nueve de la noche. Lisandro encargó tragos y un par de sándwiches. Nos sentamos a esperar. Todas las mesas estaban lle-

nas. Muchos parecían estudiantes salidos de algún conservatorio, había estuches de instrumentos bajo las sillas. Nos trajeron el pedido. Bebimos y comimos en silencio. Gonçalvez encendió un cigarrillo y me convidó. Había pasado más de tres cuartos de hora. Los estudiantes de había ido, tambaleándose un par de ellos y rodeados de olor a marihuana en la ropa. Desde la calle escuchamos un par de gritos y vidrios rotos, luego risas que se fueron alejando.

Cuando entró una mujer negra que se sentó junto a una ventana, Gonçalvez me miró buscando mi complicidad. Devolví la mirada, no la sonrisa. Estaba sola, y aunque no parecía una prostituta, sin duda lo era. La insistencia de Gonçalvez en no quitarle los ojos de encima, me hizo romper el silencio.

—Si querés clavársela, te dejo tranquilo, yo me voy a dormir.— Apagué el cabo del cigarrillo en el cenicero y pedí la cuenta.— Lisandro me agarró de una mano y me dijo que no lo dejara solo, que esa negra puta seguro tenía ganas para dos. Le dije otra vez que no quería, entonces insistió en que por lo menos lo esperara mientras él la cogía. Después nos íbamos. Él incluso me pagaba otra cerveza. Se reía mientras hablaba, sin perder de vista a la mujer.

Accedí, y me palmeó la cara. Fue hasta la mesa de la negra. Se sentó frente a ella. Los vi conversar no más de dos o tres minutos, luego se levantaron y caminaron hacia el baño de hombres. El barman los miró un instante, asegurándose de que la mujer lo hubiese visto. Creo que ella asintió antes de pasar la puerta, seguida por Gonçalvez.

Bebí mi cerveza. Me sentía intranquilo, nervioso. Y me di cuenta que no estaba pensando en Homero ni en la hora ni en nada más que en esa mujer que había visto por un minuto escaso, y cuyo cuerpo fue creciendo en mi imaginación durante todo

ese tiempo. Me levanté y fui al baño. Era chico, con un lavatorio, un cubículo y dos mingitorios. La negra estaba inclinada y con las manos apoyadas en un mingitorio, mientras Gonçalvez la penetraba de espaldas. Tenía los pantalones caídos y el culo tapado por el borde de la camisa. Entré, como un cliente ocasional que entra a orinar. Me paré frente al mingitorio de al lado y me puse a mear. Lisandro me miraba con su sonrisa de siempre, la mujer levantó la cabeza y me miró sin decir nada, pero sabiendo que yo era el próximo. Cuando estaba por acabar, Gonçalvez dijo varias obscenidades en portugués, y la mujer respondió igual. Él se separó y se levantó los pantalones. Yo me puse detrás de ella y la penetré. Gonçalvez se puso a esperar, yo veía por el espejo cómo él nos observaba.

La mujer ahora gemía y se movía un poco. ¿Estaba cansada?, me pregunté. Giró la cabeza varias veces para mirarme, y tenía la expresión dolorida. Lisandro se sonreía, y en un momento dijo: ¡dale, viejo, dale con todo a la puta! Pero no sé si lo escuché en realidad. Sé que yo estaba más excitado de lo que había pensado, y mi cuerpo se movía con fuerza. Los codos de la mujer se doblaban porque yo la estaba apretando contra el mingitorio. Su cara estaba casi en el hueco del sanitario, y cuando ya estaba a punto de eyacular, ella gritó, con la voz apagada. Ya me estaba saliendo de ella cuando la puerta se abrió. Era Homero, con los ojos soñolientos.

La negra entonces lo vio, y se puso a gritar como histérica. Yo no comprendía el motivo. Desde que habíamos entrado en Brasil ya habían dejado de mirarlo como un ser extraño, y muchos menos mostrando cualquier signo de temor. Pero esa mujer ahora gritaba horrorizaba.

—Calláte...— le decía yo —…calláte de una vez, la puta madre…— Pero ella miraba hacia la puerta sin dejar de gritar en un

ataque histérico, por más que Homero ya había salido corriendo. La expresión de su cara mientras yo me abrochaba los pantalones se superpuso a la cara de la negra, abismada en el horror que creía haber visto. Gonçalvez la agarró de la cintura y le puso una mano sobre la boca, amenazándola si no se callaba. Pero el miedo estaba más allá de ella, la dominaba. Entonces sus ojos fueron de uno a otro, y de pronto, y por un momento, lúcida, le mordió la mano. Cuando Gonçalvez la retiró y se vio la sangre, fue a lavarse, y ella comenzó a gritar de nuevo, esta vez más fuerte.

La agarré de los hombros y la tiré al suelo. Comencé a golpearle la cara con furor, porque no podía permitir que siguiera gritando. No podía dejar que ella nos metiera en un problema que pusiera en riesgo nuestro viaje. Sobre todo, que me separara de Homero.

—Calláte…—repetía yo una y otra vez— …calláte—. Su voz se fue apagando a medida que se hundía detrás de los labios hinchados y los dientes rotos. Pero dio un nuevo chillido desde no sé qué parte de su garganta lastimada, y fue entonces que sentí venírseme encima todo lo que había intentado rescatar de mi mundo civilizado. Y cuando me vi solo para siempre, sin el objeto de mi amor, sin esa otra mitad que Homero representaba, mis manos crispadas volvieron a golpear, hasta que el cráneo de la mujer se convirtió en una vasija astillada sobre el suelo.

Sin levantarme, con las rodillas a cada lado de su cuerpo, con las mano derecha llena de sangre y todavía temblando, miré hacia la puerta.

Lisandro Gonçalvez había salido y vuelto a entrar. Agarraba, con la mano mordida, una bolsa.

—Salí— me dijo. Me quedé impávido, simplemente no sabía qué paso dar primero. Mi cuerpo y yo éramos dos entes separados, hasta que él me agarró de un brazo y me empujó.

—¡Rajá de acá, rápido!

Fue recién cuando sentí el olor a podredumbre que emanaba de él,— no sólo de la bolsa que ahora arrastraba— y vi el rostro pétreo que también le había visto en la casa de Bom Jesús, que mi conciencia se abismó en la realidad como en un pozo sin fondo, sin límites y sin salidas, porque era un gran vacío. Entré al salón, y el barman me vio y dijo en español:

—¿Su amigo sigue con la negra?

Me detuve, creo que sorprendido de escucharlo hablar español, pero ni siquiera estoy seguro de si lo hacía o si mi mente estaba en un plano donde lo obvio se pasaba por alto, y la conciencia entendía todo, absolutamente, sin necesidad de traducción. Mi mundo era el instante, nada más que los escasos metros cuadrados que me rodeaban, y cada paso era una muerte y un comienzo diferentes e irrecuperables.

Dije que sí, supongo, y el tipo miró hacia la puerta.

—Mientras pague bien, no importa lo que haga con la negra. Pero usted no me traiga más a ese monstruito, me espanta la clientela, como recién. Porque la negra no habrá gritado así solamente por la cogida, ¿no?

Yo escuchaba, yo era testigo y cómplice de ese tiempo en ese espacio. Sabía que al dar un simple paso, ya todo eso desaparecería para siempre: el bar, el baño, la mujer, la noche. Retomé mis pasos hacia la puerta de calle, y me llevé una mano a la cara. Olí el olor que me protegía, el mismo que emanaba de la bolsa de

Gonçalvez. Era un aroma protector, como un escudo liviano que lentamente se iba convirtiendo en olvido.

Entré al hotel, el conserje no estaba, probablemente dormía en el cuarto que tenía junto a la recepción. Subí a la habitación, donde Homero estaba sentado al borde de la cama. Tenía algo entre las manos, con lo que parecía jugar, algo que hacía reflejos en el cielo raso. Era el espejito del baño, lo había arrancado, y como creí que iba a cortarse, corrí y se lo quité con brusquedad. Él se cayó al piso y yo a su lado. El espejo estaba sano.

—Me estaba mirando— dijo.— Como es tan chico, me veo la cara solamente, o la parte del cuerpo que yo elija. Esa es la realidad, solamente fragmentos de cosas y tiempos. Imágenes inconexas que el hombre se pasa la vida tratando de hilvanar. Sabiendo la inutilidad, engañándose con la fantasía que cree entender.

Se puso a llorar contra la pared, encogido como un feto. Cuando quise tocarlo, me rechazó. Entonces arranqué la frazada de la cama, lo envolví con ella y lo cargué en brazos. Bajé la escalera y salí a la calle. Debían ser las tres de la mañana, y no había ni un taxi. Comencé a caminar lo más rápido que pude en dirección a lo que supuse era la estación del tren. Homero se agitaba y varias veces tuve que detenerme.

—Necesito que camines, nos falta mucho todavía.

Asintió con la cabeza, y sin sacarse la frazada de encima, caminó a mi lado, sin agarrarme de la mano. Fueron muchas cuadras. Ya amanecía y ambos estábamos agotados. El tráfico arreciaba las calles, pero yo no veía más que la mole del edificio de la estación de trenes de Sao Pablo.

No sentamos en la sala de espera. Miré la cartelera con los horarios. Un tren salía para Brasilia en cuarenta y cinco minutos.

Fui a sacar los boletos, y pasé por un puesto de café. Homero tomó el café con avidez, pero rechazó las galletas. Eran sus preferidas.

—¿Querés decirme algo sobre lo que viste?— le pregunté.

Se encongió de hombros.

—Pero ya me acostumbraré, como dice Gonçalvez.

Una hora después, estábamos sentados en un vagón de tren, hacia Brasilia. Nos mantuvimos en silencio, y a medida que el día avanzaba, la claridad fue haciendo florecer las fantasías de la realidad que pasaban a nuestro lado en forma de paisajes, de pinturas, de fragmentos muy pronto secos y malolientes, como en el museo de anatomía del doctor Ruiz.

12

Homero no quería comer nada. El tren estaba repleto de gente, y los que iban parados se sentaban de vez en cuando en el pasillo. Me levanté y fui dos o tres veces a buscar bebidas y sándwiches en el vagón comedor. Al regresar, siempre encontraba a algún curioso observando a mi hijo, que a veces lo miraba, otras lo ignoraba, pero siempre en silencio. La segunda vez que esto sucedió, fue un chico de no más edad que Homero, y creo que le estaba preguntando algo, pero no alcancé a entender qué mientras me iba a cercando. Logré ver su sonrisa despectiva. Estaba inclinado sobre el respaldo, tocando la cabeza de Homero cuando llegué y lo agarré de la muñeca. El chico se asustó, y trató de resistirse. Algunos pasajeros nos miraban.

—Dejá de molestarlo— le dije, sin importar que no entendiera mi castellano. Mi mirada era suficiente. El chico se fue corriendo cuando lo solté, y desapareció en algún asiento casi al final del vagón. Me senté y le pregunté a Homero si se sentía bien. No me contestó.

Era más del mediodía. El traqueteo del tren y el sol que traspasaba la ventanilla daba de pleno sobre nuestras caras. Cerré los ojos y me dediqué a escuchar sonidos: los pasos de la gente cami-

nando por el pasillo, las conversaciones que intercambiaban los pasajeros de los asientos vecinos, algunos vendedores ambulantes que pasaban de tanto en tanto. El tren se detuvo en una estación, y sin abrir los ojos me puso a imaginar los movimientos dentro del vagón en un juego que me distraía de tantos pensamientos que amenazaban desde las puertas de mi memoria. Si les daba paso, estaba seguro que no tendría posibilidad de continuar. Y ese juego de la imaginación era como adentrarse en las regiones de una lectura alternativa de la realidad. Lo que la mente percibe a través de los sonidos es muy distinto a lo que ofrecen los ojos, los tiempos se distorsionan, la ansiedad se convierte en espera, y el silencio llega a tener el valor más trascendente. Las pausas del silencio son conmovedoras, son escalofriantes. Al principio es el miedo, luego llega la tranquilidad, porque en esos espacios donde aparentemente no sucede nada, nos damos cuenta que el mundo que no nos concierne está muy lejos, y nosotros somos una célula aislada que viaja en el torrente sanguíneo de una humanidad que crea y destruye sus propios fragmentos sin culpa ni remordimiento. El tren en el que viajábamos era el flujo torrencial de sangre sobre las vías del tiempo de la memoria.

Escuché que alguien abría la ventanilla, y el sonido de la selva penetró en el vagón. El aroma de los árboles era intenso, los relinchos de los caballos que cabalgaban junto a la vías, el ruido de las ruedas de los carromatos sobre las piedras, los gritos de la gente que iba o venía de los campos de labranza. El sonido del viento entre los árboles se mezclaba con el traqueteo del tren, y una brisa entró y me tocó la cara, entonces abrí los ojos con una especie de sonrisa pacífica, esperando ver al sol tras los altos árboles que sin duda hacían bóveda de sombra por encima de las vías.

Los primeros vestigios del Amazonas, no la selva en pleno, por supuesto, sólo los alrededores, devastados por el avance de

la civilización, pero aún así todavía intensos, persistentes por su inclaudicable tenacidad, siempre dispuestos a avanzar ante cada debilidad del hombre de ciudad.

Escuché motores de grúas y camiones, gritos de obreros que traían ladrillos y cemento, postes, palas y cavadoras, sierras eléctricas. Y hasta creí escuchar la ruptura de la madera y la caída de los árboles.

Pero cuando abrí los ojos, sólo vi a un hombre sentado frente a mí. No era el mismo pasajero que cuando cerré los ojos. Debió ser uno de los que subió en la estación anterior. Me estaba mirando, y me di cuenta de que no parpadeaba. Era joven, delgado, de tez muy blanca, y llevaba una camisa blanca muy fina, con los botones abiertos hasta la mitad del pecho. De algún modo, me resultaba conocido.

Miré alrededor, pero nada más había cambiado. La ventanilla junto a Homero estaba cerrada, y el reflejo del sol no me permitía ver más que sombras que pasaban raudas. Volví la mirada hacia el hombre, y noté que también había girado la cabeza hacia la ventanilla. Y en el instante en que se giró para volver a mirarme, vi la marca en su cuello. Una cicatriz todavía enrojecida. Entonces el hombre se levantó, caminó por el pasillo. Me giré para observarlo, caminaba lentamente, y nadie más le prestó atención. Había varios pasajeros parados, pero nadie se acercó a ocupar el asiento vacío.

Yo sabía quién era.

Me acerqué a Homero, que dormía con la cabeza apoyada en el vidrio, le pasé un brazo por encima de los hombros y lo incliné sobre mí. Lo sentí respirar, intranquilo, sus manos estaban inquietas y los dedos se cerraban y abrían de vez en cuando. Le

acaricié la cabeza, y el pelo crespo me transmitió una especie de electricidad que parecía extenderse por todo el vagón.

De pronto, junto a mi izquierda, volvió a aparecer el hombre. Se sentó, mirándome fijamente. Los tres parecíamos estar solos. Sus manos estaban sobre los muslos, manos cuidadas y finas, lo mismo que la tela del pantalón. Noté que la camisa estaba más suelta, con uno o dos botones más desabrochados. La piel del pecho era blanca, pero más abajo, cerca del abdomen, se alcanzaba a ver el principio de un abismo.

El hombre continuó mirándome sin expresión, y yo no podía quitar mi mirada de él. Nada había por decir, sólo mis ojos que hablaban, y el nudo en la garganta que me ahogaba sin matarme. Me aferré a Homero cono si fuese mi excusa y mi salvación, porque sentí que el hombre ahorcado hacía acto de presencia como un mensajero. El traqueteo del tren se fue tornando lento, menos maquinal y más suave, primitivo. Hasta creí volver a escuchar el ruido de las carretas junto al tren, pero esta vez era el propio tren un carretón inmenso que transportaba cientos de pasajeros silenciosos, sentados resignadamente y mirando el vacío con los ojos abiertos.

Volvió a levantarse y caminar otra vez por el pasillo. Murmuré algo, creo que un no, como un ruego, pero si me escuchó no me hizo caso. Enseguida regresó, y esta vez traía un diario plegado bajo un brazo. Se sentó, desplegó el diario y se puso a leer. Su rostro estaba oculto, y yo no podía ver más que los titulares de la primera página. Era un diario argentino, o por lo menos estaba escrito en castellano, y en grandes letras rojas estallaba la palabra *Guerra*. Se había declarado el comienzo de la conflagración entre Argentina y Brasil. Me incliné para leer mejor, pero creí escuchar la voz de ese hombre leyendo en voz alta, del otro lado de la página, mientras yo pensaba estar haciéndolo por

mi propia cuenta. Mi voz interior era como la voz del hombre ahorcado.

El presidente de facto argentino había declarado la guerra contra Brasil en respuesta al apoyo que éste había ofrecido al Uruguay en el largo conflicto por su restitución política, que había provocado los golpes de estado en ambos países. El presidente Oribe había bloqueado el puerto de Buenos Aires desde hacía dos meses, apoyado por el gobierno brasileño. Ahora el presidente Livingston había declarado la guerra formalmente contra ambos países. Su vocera de prensa, también jefa de gabinete y esposa del dictador, Samanta Bernárdez, había sido la autora intelectual de la política exterior. A su vez, en Brasil, se había levantado un movimiento revolucionario de las tribus indígenas, atacando varias ciudades en los últimos días. El emperador del Brasil había movilizado parte de las fuerzas armadas brasileñas hacia la frontera argentina, al mismo tiempo que se declaraba el estado de sitio en todo el país.

El hombre bajó el diario y volvió a doblarlo. Miró hacia la ventanilla, que de pronto estalló, y las flechas entraron una tras otra, junto con los gritos de los hombres que trepaban por los costados del vagón y subían al techo. El reflejo del sol me enceguecía, y lo único que alcanzaba a distinguir eran los brazos de piel oscura que entraban por la ventanilla. Varias caras se abrieron paso entre el polvo, caras de hombres primitivos, de indígenas salvajes que aún utilizaban lanzas. Los pasajeros estaban agazapados en sus asientos, con las manos en la cabeza y llorando con crisis de histeria. Algunos se levantaban y corrían por el pasillo, y pronto eran alcanzados por algunas flechas. El tren continuaba su marcha, más acelerado todavía, y algunos indígenas se cayeron del techo hacia los costados de la vía. Logré arrancar a Homero del asiento y me agaché sobre el piso del pasi-

llo. Los vidrios estaban rotos, pero eran demasiado gruesos como para que ellos lograran entrar sin lastimarse. Vi que el cuerpo de uno colgaba del borde superior de la ventanilla y con los pies golpeaba el resto del vidrio sano. Cuando logró entrar, saltó sobre el asiento y echó un vistazo rápido al todo el vagón. Al ver a Homero lo señaló con un gesto de orden, dijo algo con un grito ininteligible, y se arrojó sobre nosotros.

Y mientras yo no pude más que cubrir a mi hijo con mi cuerpo, pensando que ya todo nuestro camino había llegado a su fin, vi la sombra del hombre ahorcado levantarse de su asiento con una tranquilidad absurda, y apoyar una mano sobre la espalda del otro. El indígena se detuvo, sus manos manchadas de sangre ya no hacían fuerza sobre mi espalda, y al levantar la cabeza lo vi mirar a los costados como si no viera a quien lo estaba tocando. Se quedó quieto, sentado en el suelo con la espalda contra un asiento. Con los ojos cerrados.

Varios otros intentaron entrar, pero la velocidad del tren en una curva hizo que muchos perdieran el equilibrio y cayeran. El ataque se había detenido, los pasajeros seguían llorando y gritando. Había sangre por todas partes, los asientos con lanzas y flechas clavadas, los vidrios rotos, el vagón lleno del polvo y las hojas de los árboles que el tren rozaba en su marcha rápida y vertiginosa. Temí que fuésemos a descarrilarnos.

El hombre de camisa blanca y la cicatriz en el cuello, pasó junto a nosotros y se fue alejando por el pasillo hacia otro vagón.

Yo sabía quién era.

Pero ya no me atreví siquiera a seguir mirando su espalda. Apoyé mi cara sobre Homero, secando mis ojos con su pelo cálido, ese cuerpo junto con el que habría deseado fuese enterrado el

mío si hubiésemos muerto en ese momento. Lloré de desesperación, y entonces mi hijo me abrazó, él también temblando. Tal vez me perdonaba por lo que había visto en Sao Paulo, no lo sé, o quizá comprendía que el mundo estaba cambiando demasiado rápido. De algún modo él pertenecía a un mundo que no estaba extinto como creíamos, y el mío comenzaba a derrumbarse, o a ser conquistado.

El polvo de la selva que atravesábamos nos permitió escondernos del resto del mundo por lo menos durante un breve fragmento de esa tarde durante la cual el tiempo se sumió en un peculiar olvido de su marcha, y algo parecido a la misericordia o la piedad había vencido, momentáneamente, su terca obsesión.

13

Cuando llegamos a la estación terminal de Brasilia, el tren tuvo que entrar muy lentamente a los andenes. Las vías estaban cubiertas de cuerpos de indios que los gendarmes iban retirando uno a uno hacia los costados. Más adelante, algunas palas mecánicas los arrastrarían hacia varios montones cercanos a la ciudad.

Homero me servía de intérprete, aunque yo había ido acostumbrándome al idioma. Bajamos entre cientos de personas hasta llenar los andenes, pero el paso se hizo lento por los cadáveres que íbamos sorteando a medida que tratábamos de salir de la estación. Todos los cuerpos estaban desnudos, todos muertos por heridas de balas. Homero prestaba atención a las conversaciones, y había escuchado que lo que más sorprendía de los ataques era que los indios no usaban armas de fuego. Le pregunté si había escuchado el motivo. No lo sabía. Un hombre que iba cerca de nosotros me dijo algo que no entendía, y le señalé a mi hijo. Al verlo, vi su expresión de temeroso respeto, el mismo que habíamos visto desde que bajamos del tren. Homero había dejado de llamar la atención luego del ataque, y sobre todo al llegar a ese campo de exterminio que era la estación de Brasilia.

—Puede hablarle a él— le dije al hombre. Y entonces Homero le preguntó en portugués. El otro respondió, y cuando terminó de hablar, creo que no existía para él más que ese simio pequeño que iba de la mano de un hombre, y que era capaz de hablar.

—Dice que los indios se negaron a usar armas desde que comenzaron los ataques, hace varios días. Hasta han dicho en la televisión que los traficantes de armas les ofrecieron negocios y ellos se negaron.

Noté cómo Homero observaba los cuerpos. En su expresión todavía duraba el miedo que había sentido cuando las manos de los indios habían intentado atraparlo. Ahora los miraba con intensa curiosidad, como contemplando especímenes en extinción.

Al llegar a las puertas de la estación, las calles de la ciudad también estaba llenas de camiones militares, gente que iba de un lado a otro, perdida, buscando medios de transporte. Ya no había cadáveres en las calles, que estaban siendo levantados por camiones desde los montones donde habían sido acumulados. La tarde estaba muriendo, y la penumbra invadía el cielo que cubría los edificios con tono quejumbroso y húmedo.

Caminamos porque no había más remedio, todos los transportes públicos estaban cancelados. Nos adentramos en el centro, buscando algún hotel o pensión, pero todos estaban cerrados. En las esquinas había militares con cascos y anteojos negros, con armas preparadas a disparar. En varios lugares me pidieron identificación cuando me veían pasar con Homero. Únicamente el certificado médico corroborando su enfermedad nos servía de salvoconducto, pero como éramos argentinos revisaban los documentos dos veces antes de dejarnos seguir. Yo miraba las expresiones adustas de los soldados, las manos que tocaban a Homero como a un animal de zoológico. A veces hablaban entre

ellos, tan bajo que mi hijo no alcanzaba a escuchar lo que decían. Otras se reían abiertamente, o sus labios formaban una sonrisa que revelaba más un temor que el sarcasmo.

—Vamos al Instituto de Investigaciones Antropológicas— les decía yo, y bajo los anteojos negros adivinaba el gesto de sus ojos. Homero les traducía, si era necesario, pero creo que ellos entendían perfectamente. Entonces me devolvían los documentos y nos dejaban continuar, caminando, por supuesto, hacia no sabíamos dónde.

Algunos nos indicaron seguir rumbo al noroeste de la ciudad, donde estaba el centro administrativo de Brasilia. Ya era noche avanzada. Estábamos cansados y hambrientos, pero yo no confiaba en nadie. Nos sentamos en la vereda, apoyándonos en la pared de una casa abandonada. Unos gatos huyeron, aullando espantados. Homero se levantó para orinar, luego volvió a sentarse y se acurrucó a mi lado. Yo me dormía, pero sentí que sus ojos no se cerraban, contemplando la oscuridad que nos rodeaba, sólo interrumpida por las luces tenues de ese barrio viejo y pobre en las afueras de una de las ciudades más nuevas y superpobladas del mundo. Percibí su temblor por las amenazas que lo rodeaban. Los hombres le temían porque veían en él la causa de lo que había comenzado a suceder: el ataque de la selva que rodeaba las ciudades del Brasil. Y sobre todo la llegada de esa misma selva que parecía estar avanzando para venir a buscarlo, para llevárselo de vuelta, por más que nunca hubiese estado ahí. Una devolución implica un reconocimiento.

Me desperté siendo levantado de un brazo y empujado para que caminara a tropezones. El sol me enceguecía porque me daba de frente. Sabía lo que estaba pasando por las voces de los soldados, fuertes e imperiosas. Intenté detenerme para explicarles, me empujaron y caí al suelo. Homero gritaba casi en un

chillido con el que parecía simular ser un animal. Los soldados se reían de él, armando una ronda a su alrededor, atezándolo con las puntas de los rifles. No supe al principio por qué disimulaba de esa manera, si con sólo emitir una palabra habría acabado con esa pantomima de circo, pero entonces vi, en medio de los reflejos del sol en mis ojos aún lastimados, esa furia que había visto en el hotel de Sao Pablo. Era como si les estuviese diciendo: *si esto es lo que parezco, esto es lo que soy,* y de esta manera aceptaba todas las consecuencias.

Pero yo no iba a dejar que lo hiciera, yo no iba a abandonarlo. Intenté levantarme pero dos de ellos me pisaron con las botas. Quise sacar los documentos del bolsillo, pero tenía las manos esposadas. Grité en un rudimentario portugués que en mi bolsillo estaban los papeles. No me hicieron caso, y uno comenzó a golpearme la cara hasta que perdí el sentido. Un segundo antes escuché a Homero, amenazado por cinco soldados y a punto de ser atrapado, gritando:

—¡Papá!

Volví a despertar en una comisaría. Mis manos esposadas por delante, sentado en una silla y recostado sobre un escritorio. Homero a mi lado, con su largo brazo derecho sobre mis hombros. Abrí los ojos, y sin levantar la cabeza, observé las miradas de los policías y la gente que pasaba a nuestro lado sin dejar sus ocupaciones, pero fascinados por el cuadro que nosotros formábamos. Un policía se nos acercó, dijo algo en un portugués cerrado, y mi hijo respondió.

El otro se sentó y comenzó a hablarle. Homero me dijo entonces que habíamos sido arrestados por vagabundeo, y que no teníamos documentos encima, tal vez nos los habían robado por la noche. Éramos extranjeros y de una nación enemiga, por lo

tanto debíamos permanecer prisioneros. Hice un gesto de hastío y sarcasmo. No estábamos en un estado hitleriano, les dije yo. El policía me miró, y dijo:

—Peor…

Les pedía que por lo menos me desataran. Podían averiguar nuestros antecedentes por la red, por supuesto. Yo era un profesor de literatura, y llevaba a mi hijo al instituto del doctor Levi.

—Ya lo hicimos, profesor. Todo ha sido corroborado. —Ahora hablaba un español perfecto. —Pero no puedo dejarlos por los calles. Se quedarán en prisión para ser extraditados.

Pensé en Buenos Aires, y recordé a Samanta y su situación política actual. No podíamos regresar.

—Por favor—le dije.— Deje que mi hijo entre al instituto, por lo menos. —Homero me miró pero lo ignoré. El policía dijo que hablaría con una asistente social.

Pasamos ahí todo el día. Nos dieron de comer en una habitación parecida a una sala de interrogatorio, pero por lo menos no era una celda de calabozo.

—¿Vas a dejarme en este país?— preguntó Homero.

—Es mejor que te quedes solo a que vuelvas a Argentina. Ya sabés, tu madre podría hacernos la vida imposible ahora que está en ese puesto del gobierno. Y sin duda todas las extradiciones pasarán por su despacho en algún momento.

—Pero si ella no quiere saber nada conmigo. Si hasta negó que yo hubiese nacido…

—Por eso, Homero, y menos ahora que su vida está expuesta públicamente.

No necesité decir nada más para que comprendiese todas las consecuencias de nuestro regreso. Por su cabeza debieron pasar muchas más posibilidades de las que yo podía imaginar, su mente metódica, ajedrecística, sacaba todo el conocimiento necesario para que nuestros diálogos cotidianos fuesen cortos. Sólo las disquisiciones sobre literatura y filosofía nos hacían hablar horas enteras, y esa tarde, en la comisaría, mientras aguardábamos lo que melodramáticamente llamaríamos nuestro destino, él comenzó a hablar de sus lecturas de Husserl cuando estábamos en Montevideo. Yo sabía que lo mencionaba ahora porque Levi aplicaba la psicología experimental en sus libros, y seguramente lo hacía también en su institución.

—¿Vos pensás que existe la regresión mental?— me preguntó.

—¿Hablás de individuos o de la psicología colectiva de la humanidad?

—De lo que vos quieras. Yo no creo que cada uno sea una parte de un gran cerebro universal, sino que cada uno tiene el universo entero en su cerebro. *Lo que es*, por ley, ¿es lo verdadero? ¿Yo soy este cuerpo, y por lo tanto soy un simio? El cuerpo es nuestro fenómeno fundamental, nuestro *nóumeno*. Sólo podemos salir de él explorando con el lenguaje, y de ahí las múltiples posibilidades. ¿Pero podemos deducir que las disquisiciones de la razón son tan verdaderas como el cuerpo que nos posee?

—Estás preguntando si somos el resultado de nuestra psiquis o de nuestro cuerpo—le dije.

Yo miraba los techos y las paredes blancas, descascaradas, la mesa vacía de enigmas en medio de ese cuarto parecido a un

cráneo hueco. Y una imagen tribal llegó de repente: un indio desnudo sentado sobre el barro, trabajando concienzudamente sobre una cabeza humana, despellejándola primero, abriendo las órbitas de los ojos, vaciando el cerebro a través de la cavidad bucal, acercándose con delicados instrumentos a la débil base del cráneo hasta quebrarla.

—Pensá en los sueños. ¿Falacias, fantasías? Somos lo que soñamos mientras lo hacemos, y somos los cuerpos que duermen mientras soñamos. Yo te veo dormir, Homero, y podría levantarte en brazos y llevarte de un sitio a otro, pero vos estás en otra parte, en cientos de lugares a la vez, y yo no puedo evitarlo. ¿Me negarías el placer o la angustia de tu cuerpo, o de tu mente, si así querés llamar a esa experiencia, durante el sueño? Con el pensamiento sucede igual, con las creaciones artísticas lo mismo. Ellas son muestras casi siempre poco fidedignas de aquellos otros mundos que habitamos.

—Pero nuestro cuerpo, papá, es un ancla. Sin este cuerpo, podríamos habitar esos mundos simultáneamente.

—Eso es platonismo, Homero. La angustia que te genera el cuerpo es también una característica de tu personalidad. A veces puede salvarte del odio, pocas veces del remordimiento, y nunca de la frustración. Y esta frustración, que también es tu *ser,* puede también llevarte al anhelo y al éxtasis.

La noche debía estar cayendo sobre Brasilia, pero nosotros continuamos conversando, tal vez siendo escuchados por alguien a través de un aparato de audio escondido. Pero también ese alguien debió haberse dormido.

Una mujer entró a la habitación, interrumpiendo lo que Homero me iba a contestar. Era una asistente social de raza ne-

gra, y recordé de inmediato a la mujer a la que yo había matado. Era tan parecida, más allá de su raza, que se formó un nudo de angustia en mi garganta. Pensé en que todo aquello era un sueño de los que le había hablado a mi hijo: esa noche en Sao Pablo, el ataque al tren, la presencia de aquel hombre que tanto se parecía a Farías. Y si retrocedía en el tiempo, hasta el nacimiento de mi hijo era una hecho que podría haber deseado no fuese más que una pesadilla. Entonces Homero me tocó el brazo. Con la vista fija en su mano velluda, sabiendo que mis lágrimas me delataban, tanto mi pena como mi remordimiento, me obligué a levantar la mirada hacia la mujer. Con cada palabra que decía, yo recordaba cada gesto y movimiento de esas manos, con los codos apoyados en la mesa, yo recordaba el éxtasis y la furia. Hasta que tuve frente a mí la mirada horrorizada de la prostituta en el baño de Sao Pablo, y esa cara estaba ahora sobrepuesta en el rostro de la asistente social.

Ella notó el cambio en mi expresión. Desconfiada, pensando que tal vez yo no era tan inofensivo como le habían informado, me preguntó si me sentía bien.

Escondí la cabeza entre los brazos. Sabía que estaba temblando, pero debía decir lo que estaba a punto de decir.

—Yo…— y Homero me interrumpió, como en un drama de Chejov, con la misma impronta de tristeza en la voz, con la misma abnegación.

—Mi papá está muy cansado— dijo. Y la mujer le dio una leve sonrisa de comprensión, admirando más la temple de mi hijo que la débil inconsistencia de mi alma.

Nos llevaron en un patrullero hasta un hotel. Recorrimos las calles ya de noche, escuchando sirenas de ambulancias a lo

lejos, con luces de autos que nos cegaban y siluetas de hombres o mujeres que golpeaban el auto cuando pasábamos cerca. Eran vagabundos en su mayoría, y hasta creí descubrir la figura de algunos indios que rápidamente desaparecían. Y en un fugaz instante, en la ventanilla de mi lado, apareció un mono, erguido y gesticulando con miedo, raspando el vidrio con los dedos. Tuve el reflejo de mirar a mi otro lado, para corroborar que mi hijo seguía ahí. Pero de inmediato la figura desapareció. Me dije que debían ser las sombras y las luces en movimiento de esas calles las que me sugestionaron. Escuché que los oficiales que nos trasladaban cuchicheaban entre ellos, incluso que informaban por radio. Ni Homero ni yo habíamos entendido lo que decían.

Finalmente llegamos al hotel, viejo, con una puerta de entrada de dos hojas y una larga escalera que llevaba al único piso. Uno de los policías nos acompañó y habló con el empleado de la recepción, un tipo de aspecto torvo, bajo y esmirriado pero de nariz ganchuda, con pelo crespo como el de un negro. Nos miró con desprecio a Homero y a mí. Discutieron un rato sobre a quién le correspondía indicarnos la habitación, hasta que el policía se fue y el tipo nos dijo que lo siguiéramos. El largo pasillo era oscuro, con olor a humedad y ruidos como de madera carcomida por las ratas. Abrió la puerta de la habitación y nos hizo entrar. Cerró con llave. No tuve deseos ni fuerzas para protestar. Homero se tiró en la cama y se durmió de inmediato. Yo fui al baño, repleto de moscas sobre los restos de materia fecal en el fondo del inodoro. Apreté el botón de desagote y abrí con dificultad la ventanita que estaba en la parte superior de la pared de la ducha. Oriné reteniendo el aire para no aspirar el aroma nauseabundo hasta que corriese suficiente agua. Había una toalla que parecía limpia, pero al tocarla estaba dura con semen seco. Me saqué la camisa y me sequé con la camiseta que ya estaba para arrojar a la basura. Me acosté junto a Homero, y mirando en el cielo raso

los mapas de manchas de humedad, me fui durmiendo a la vez que pensaba que tal vez ya habíamos terminado nuestro camino, y esta ciudad, —este hotel, esta habitación—, era el destino final de nuestra vida juntos.

14

En la mañana, desperté apenas amaneció. La calle del hotel estaba tranquila, algunos hombres iban caminando rumbo al trabajo, supongo. Las escuelas estaban cerradas por el estado de sitio. Pocas mujeres salían a barrer las veredas de los negocios de alrededor. Pasaron dos o tres patrulleros y un camión con soldados, haciendo repercutir todo su peso sobre el empedrado antiguo. Ese barrio debía ser un asentamiento más viejo que la propia ciudad. Desde ese primer piso donde nos alojábamos, pude ver hacia la izquierda, subiendo por la calle, el cielo despejado que comenzaba a descubrir los edificios modernos y sofisticados que caracterizaban a Brasilia.

Un auto paró frente a la puerta. La asistente social bajó y entró al hotel. Un minuto después escuché el sonido de la cerradura, y ella me dio los buenos días. Observó la habitación con un gesto de que ya la conocía.

—Lamento que hayan tenido que pasar la noche en este lugar.— Su castellano era perfecto.

—¿Por qué no me dijo que hablaba mi idioma?

Ella sonrió.

—Habitualmente hablo con menores delincuentes, poco utilizo el español, además no sabía todavía quienes eran ustedes.

—¿Y ahora lo sabe?

—Estamos en guerra con su país, profesor, pero sí, hemos averiguado de usted y su familia, y de su madre…—Miró a Homero para comprobar que seguía dormido.—Debemos despertarlo. Los llevaré a desayunar algo antes de partir.

Pensé que sus palabras se referían a la extradición, pero debí imaginar que si sabía de Samanta y de mi cuenta bancaria, probablemente se inclinaría por esta última.

—¿A dónde?

—Al instituto del doctor Levi, por supuesto. ¿No es ahí a donde se dirigían?

—¿Y a quién debo el favor, y cuánto?

Sin responder, se acercó a Homero y lo sacudió suavemente de los hombros. De pronto me di cuenta de que era una mujer muy bella, de facciones bien formadas y un cuerpo alto y espigado que se movía con suavidad y delicadeza. La mano que tocó a Homero era de dedos finos y uñas apenas largas, apenas femeninas. Ya no vi en ella a la prostituta de Sao Paulo, sino a Lucía, en otro cuerpo muy diferente, pero con la similar seguridad y delicada esbeltez de sus movimientos. Ella levantó la vista y me miró con esos ojos oscuros y grandes, y sus labios gruesos me sonrieron.

—Hermoso chico el que tiene— dijo.—No es raro que el doctor Levi esté interesado en tenerlo en su centro. Es un hombre que ha dado prestigio a nuestro país con su decisión de elegir Brasilia para sus principales investigaciones.

Esa era la respuesta que yo aguardaba. No era el prestigio, sino el dinero. Levi y su conocimiento, Levi y su conexión con el gobierno norteamericano. El emperador del Brasil era ya una institución vetusta, un viejo resabio de la colonia portuguesa que aún perduraba como fachada. No era solamente latinoamericana, esta nueva guerra.

Mi hijo despertó y ella lo llevó al baño de otra habitación más limpia. Cuando volvió, ella me dio una bolsa con un par de remeras nuevas.

—Puede ducharse en el cuarto de al lado, encontrará toallas limpias, yo las traje. Tenemos una hora para desayunar y salir. Lo esperamos en el auto.

—No, no, vamos así como estoy….

Ella se dio cuenta de mi desconfianza.

—Está bien, profesor, no lo separaré de su hijo ni un minuto si no quiere.

Homero y yo entramos al cuarto de al lado y cerré la puerta con llave. Probablemente tuvieran una copia, pero yo no tenía más que confiar desde ese punto. Me duché rápidamente sin quitar la vista de Homero que esperaba sentado sobre la tapa del inodoro. Luego salimos y subimos al auto. Dos cuadras después nos detuvimos en una confitería.

—¿Qué día es hoy?— Había perdido ya la noción del tiempo.

—Martes, profesor. Primero de octubre.

Ella me mostró el periódico oficial del día, el único que salía ahora ya que el estado de sitio había abolido los medios de comunicación privados. Los titulares anunciaban los conflictos

en territorio paraguayo, que hasta entonces había pretendido mantenerse neutral.

—Estos eventos van a decidir al general López por unirse a nosotros. Argentina se quedará sola— dije, pensando en realidad en voz alta. Allá éramos un pasado pronto a abolir, acá éramos una cuenta bancaria.

Ella no dijo nada.

—¿Cuál es su nombre?

Sus ojos brillaron, literalmente, cuando me escuchó. Su boca se abrió como una entrada a un mundo distante de selvas luminosas, de árboles copiosos y troncos en sombras, de olor a savia y tallos verdes, de intenso calor y sonidos extraños, de animales, de insectos, de aguas corriendo torrencialmente.

—Efigenia.

En la calle hubo disparos, pero nadie en la confitería les prestó atención luego de los primeros minutos en que alguno se levantó a mirar por las vidrieras. Los soldados pasaban, raudos, corriendo o en camiones militares, tras las hordas de nativos que retomaban los ataques luego de un plazo de pocas horas. No parecían acabarse nunca, por más que cada ataque terminaba con su casi completo exterminio. Por lo menos eso era lo que se decía en las calles y en el diario de ese día.

Y en el retumbar de los disparos, Homero comenzó a hablar, todavía con una mano sujetando la taza de café con leche, y la otra con la cucharita que fue dejando bajar hacia el plato, lentamente, a medida que recitaba. Porque estaba diciendo algo que sin duda era en verso, pero en un idioma que al principio no reconocí. Su recitación no duró más de dos minutos, y cuando se

detuvo, me di cuenta de que había hablado en griego. Reconocí el nombre de Ifigenia en los versos. Le pregunté, porque temía equivocarme.

—Eurípides, papá. *Ifigenia en Táuride*. La escena de los sacrificios.

Ella lo miró, extasiada. No debía preguntar nada, cualquier cosa que dijese sonaría como lo más trivial del mundo. Entonces vi en sus ojos algo que había tratado de esconder tras esa suficiencia gubernamental. Algo inocente y ancestral, pero bestial e irresistible a la vez. Efigenia leyó todo eso en mis ojos, y con ellos mismos me contestó que todavía no, que había tiempo, que no era esa la última vez que nos veríamos.

Poco rato después, subimos al auto y nos dirigimos hacia el centro administrativo. Las calles eran amplias, pero con chabolas improvisadas recientemente, edificios de diseños económicos, que contrastaban con la ya mítica arquitectura imaginada por Niemeyer en los clásicos edificios que todavía persistían, ya lejos del austero paisaje de ciencia ficción cuando la ciudad había sido construida y fundada. Se habían sumado una gran cantidad de construcciones que evidentemente pretendían continuar la línea arquitectónica original, pero se notaban las influencias de segunda mano, sobre todo norteamericanas, en algunos, en otros, las edificaciones no tenían más que fines comerciales, sedes de empresas internacionales o edificios de departamentos imitando la arquitectura de Chicago o Nueva York. En alguna medida, al pasar junto a estas construcciones y sus múltiples evidencias, pensé en Las Vegas, pero aquí el pastiche no era deliberado, ni podía llamárselo kitsch, sino que era el resultado de pobres medidas urbanísticas muy propias de países tan inestables como siempre fueron los nuestros. La todavía reciente reincorporación al sistema monárquico republicano no fue más que una excusa para

estabilizar y legalizar de algún modo la desastrosa política económica ya irreversible. Brasilia era ahora una ciudad tan enorme como Rio de Janeiro, incluso la había sobrepasado en población. Allí vivían el emperador, representante de la vieja familia de los Borbones, y todo el régimen representativo y sus instituciones: el senado, la cámara de diputados y el primer ministro.

Efigenia me dijo, mientras conducía, que el emperador era el que realmente tomaba las decisiones políticas, siendo mucho más inteligente que el primer ministro. A la inversa que en otras épocas, las instituciones republicanas no era más que una especie de fachada con las cuales se mantenía la imagen de democracia que las relaciones internacionales requerían en la mayoría de los casos. Me abstuve de preguntarle si estaba de acuerdo, era evidente que como empleada del estado no me respondería con sinceridad.

Homero miraba por la ventanilla abierta, asombrado de los edificios junto a los que pasábamos, con su mezcla de oropel oliendo a vetusta realeza, como los palacios donde funcionaban los diferentes ministerios, o la desorbitada pobreza de los altos edificios de departamentos que estaban diseñados como simples y viejos monoblocks para la población obrera, múltiples pisos y ventanas enrejadas que más parecían prisiones.

Ya desde varias cuadras antes, ella nos señaló una construcción que podía verse sobresalir en altura a las casas y negocios del barrio por el que transitábamos. Al principio sólo se veía una sola gran terraza con enormes jardines que parecían descender en forma invertida. No entendí la perspectiva hasta que finalmente llegamos. Era una gran pirámide invertida, con enormes jardines que colgaban desde los diferentes pisos ensombrecidos por los pisos superiores, que descendían en escala hasta desembocar en la estrecha base únicamente ocupada por la puerta de

entrada. Mientras nos acercábamos con el auto, me asomé por la ventanilla, curioso y asombrado, preguntándome cómo era que se mantenía tal equilibrio, hasta que el auto entonces pasó entre columnas casi transparentes, que no podían verse de lejos.

Efigenia se rió de mí.

—Es el diseño de un alumno de Niemeyer, dicen que fue el único digno de su escuela, otros que es una horrible imitación de los jardines de Babilonia.

Asentí, mudo de asombro. Ella maniobró entre las columnas, que según dijo eran de acero transparente. Al fin lograron, me dije pensando en las novelas de Jules Verne, la alguna vez utópica aleación que revolucionaría la historia de la industria. Ahora yo veía los reflejos del sol en esas columnas de impresionante altura, contra cuya estructura el coche sería un simple bollo de chapa si llegase a embestirlas. De todos modos, los sensores del auto sonaban cada vez que pasábamos muy cerca, y entonces Efigenia estacionó.

Bajamos y la seguimos hacia las puertas de acero, que se abrieron cuando apoyó la mano sobre la pared de piedra. Todo el edificio era una mezcla de acero y piedra, nada de concreto ni cemento, sí mucho cristal en las ventanas, que se extendían y sucedían mientras nosotros elevábamos la vista, hasta que nuestras cabezas ya no podían girar y debíamos darnos vuelta para seguir observando los sucesivos escalonamientos, donde las plantas y los árboles formaban no ya solo jardines, sino selvas que se asomaban hacia el abismo, esta vez sí, del concreto con que estaba revestido el suelo de la ciudad. Todo parecía querer escaparse, y cientos de flores exóticas y hojas bordeaban los balcones, como sauces llorones al borde de un mar de pavimento. Lamentándose, intentando evadirse, realimentándose al sol y la sombra de ese

edificio que era una especie de gran jungla inquieta, porque ya habíamos empezado a escuchar los sonidos que enturbiaban y vencían progresivamente los ruidos de la ciudad.

Había un único ascensor ocupando toda la estrecha entrada. El vértice de la pirámide invertida era precisamente eso: un vértice apoyado, ya ni siquiera enterrado como podría esperarse de las leyes de la arquitectura, sobre el suelo. Si las columnas no fuesen evidentes, a pesar de su informal transparencia, sería fácil imaginar que alguna de las pirámides de Egipto y de México hubiese sido transportada y ubicada en forma invertida en aquel sitio de Brasilia. O tal vez era, simplemente, alguna pirámide descubierta en la selva del Amazonas, donde, se ha dicho tantas veces, aún quedan lugares impenetrables. Como si la selva no fuese únicamente una gran extensión de una sola superficie, sino diversos planos superpuestos, tal vez, encubiertos y dominados por las sucesivas generaciones de una vegetación devoradora e impiadosa.

Mientras ascendíamos, el ascensor se desaceleraba con suavidad, cambiaba de dirección y retomaba su camino hacia arriba. Efigenia me explicó que esas detenciones eran escalas en los diversos pisos, donde había nuevos ascensores que se multiplicaban hacia las cuatro caras del edificio.

—Además, cada piso tiene varios vehículos paralelos que conducen de una escala a otra, individualmente. Las oficinas del doctor Levi están en la terraza. Pronto llegaremos.

Pasamos de un ascensor a otro, y en cada escala pude ver los ventanales que se abrían hacia la ciudad, que lentamente se iba ocultando por efecto del smog y la neblina. La vegetación del edificio desbordaba los balcones, como ya podía verse desde el exterior, pero desde adentro esa misma jungla era deslumbrante

por su colorido y su armónica distribución con la arquitectura de la construcción.

—¿Quién lo construyó?— le pregunté.

Ella me observó, irónica.

—Un argentino…— y se rió.— No me diga que no lo sabía, creí que los argentinos son demasiado pedantes para no saberlo, o tal vez por eso toman esa actitud de aristocrática desconocimiento.

No le contesté, ella condescendió en que era una broma.

—Walter Márquez.

Yo lo conocía, había diseñado varios edificios gubernamentales en La Plata, así como sitios de turismo y casonas particulares en muchas provincias. Pero desconocía precisamente esta construcción en la que ahora estábamos.

—Dicen que tenía muchos diseños inconclusos, muchos de la época en que estudió acá con Niemeyer. Los arquitectos reflotaron el proyecto cuando Márquez murió.

Homero se detenía en cada escala que debíamos tomar para seguir ascendiendo. La vegetación de tonos verde oscuro y flores rojas y turquesas llamaba su atención, pero sobre todo el trino de los pájaros que prácticamente nos avasallaba cada vez que se abrían las puertas del ascensor y caminábamos cerca de los balcones hacia el siguiente piso. Ya casi en la cima, o en la base de la pirámide, no había ascensores, sólo una largas rampas de anchos escalones que ascendían en espiral hasta la terraza. Entonces la puerta se abrió y nos encegueció la luz del sol.

Cuando nuestros ojos de habituaron, vimos lo que era solamente un pequeño sector de todo aquel piso, donde estaba la ofi-

cina del doctor Levi. Me di cuenta que no estábamos al exterior, aunque la luz era deslumbrante. Todo ese lugar, por lo menos el que Efigenia denominó administrativo, era un piso más, pero cubierto por el mismo material transparente de las columnas. Los muebles estaban distribuidos a mucha distancia, y la gente se desplazaba abriendo puertas que parecían no existir, incluso algunas de ellas, de madera, simulaban troncos de árboles que se alzaban más allá del techo, en huecos abiertos en el acero transparente.

Un hombre de traje blanco y camisa negra se nos acercó. Le habló a Efigenia con mucha afabilidad, pero con tímido respeto. Era casi anciano, también de raza negra, delgado y de barba rala y mal cortada. Hablaron en portugués, echándonos un vistazo de vez en cuando a Homero y a mí. Mi hijo se encogió de hombros, parecía que no hablaban más que de trámites administrativos rutinarios. Luego ella nos presentó. Era el secretario personal del doctor Levi. Dijo que nos recibiría como una excepción en su ajustada agenda. Estaba por partir la próxima semana a Norteamérica para el entrenamiento por su designación como asesor científico en un viaje a la luna. Le habían hablado de Homero recientemente. Miré a Efigenia, interrogándola. Muchas de las preguntas que me había hecho desde nuestra llegada a territorio brasileño, y sobre todo a medida que nos acercábamos al norte, ahora se agolpaban en mis ojos: el motivo por el cual la curiosidad y el miedo que el aspecto de Homero provocaban se había ido transformado en una especie de indiferencia a veces, y luego en temeroso respeto cuando ya habíamos llegado a la ciudad tras el comienzo de los ataques.

Nos sentamos en unos sillones amplios frente a una gran mesa baja, sobre una alfombra de estampados floreados de un tapiz indígena. Nos ofrecieron bebidas frescas. El sol era intenso

pero no hacía calor. Bebí mi café, el que preferí a los jugos de frutas exóticos que nos trajo el viejo. Cuando nos dejó solo, le pregunté a Efigenia:

—¿Cómo es que el doctor Levi se enteró de Homero?

—Querido…—dijo ella, acariciándome el antebrazo desnudo, yo tenía una de las remeras que me ella había traído.— Apenas me dijeron en la comisaría sobre tu hijo, me comuniqué enseguida con Fandiño, el secretario de Levi. Sabía que estaba por partir de viaje, pero también que conocer a Homero sería una prioridad para él.

No pregunté por qué, ya lo imaginaba. Había leído alguno de sus libros, pero todo aquel edificio, esa especie de jungla arquitectónica me deslumbraba, me seducía y me atemorizaba. Igual que Efigenia.

15

Cuando el viejo Fandiño regresó, dijo que el doctor Levi estaría ocupado en el laboratorio todo el día, pero había mandado a decir que éramos sus huéspedes, por supuesto, y que Homero tenía su lugar en el instituto desde ese momento. Sin darnos tiempo a contestar ni preguntar nada, nos indicó que lo siguiéramos. Efigenia y Homero dieron los primeros pasos tras él, pero yo me quedé quieto. Se dieron vuelta para mirarme, y ella pareció comprender.

—Fandiño, el profesor ha pasado por muy malas experiencias, y creo que desconfía. Tal vez debemos darle tiempo…

El viejo asintió, se cubrió la boca antes de dar una tos con carraspera, y luego dijo:

—Cómo no. ¿Qué le gustaría preguntar, profesor?

Me observaban con una especie de sorna, me pareció, como a un niño del que se estaban burlando tomándolo en serio. Qué podía yo preguntar, me dije, en ese lugar donde todo estaba aparentemente en su lugar, incluso las preguntas resultaban innecesarias porque las respuestas ya habían sido contestadas hace mucho tiempo. Cada aspecto de ese edificio me provocaba pre-

guntas que eran ridículas de tan obvias, y sin embargo yo, como un sordo, no las escuchaba, o si lo hacía, mi mente aún no lograba ver los alcances de esas respuestas.

—¿Qué lugar es este?— solamente pude decir.

El viejo dejó entrever una mirada de humana comprensión, por primera vez.

—El lugar donde su hijo encontrará a sus semejantes— dijo.

Creo que yo no necesitaba más que eso para seguirlo. Un peso había desaparecido, de pronto, y un enorme cansancio se apoderó de mi, y tuve que agarrar la mano de Efigenia con mi mano izquierda, y la con la otra a Homero. Ella sintió lo que me pasaba, y esos ojos negros en la tez oscura de tintes oliváceos me entregaron el alivio que yo anhelaba. Deseé estar en una cama junto a ella, sentir sus manos y la calidez de su pelo sobre mi cuerpo. No pensar en el próximo sitio al que debíamos ir. No pensar en las ciudades dejadas atrás ni en las personas que fueron desapareciendo progresivamente de nuestras vidas. Sólo sentir la brisa entre los altos árboles, agitadas las copas sobre mi cama, oyendo los ruidos de la selva y el agua del río atronando muy lejos.

Fandiño nos condujo de vuelta a los ascensores, esta vez para volver a descender, pero nos detuvimos dos o tres pisos debajo. La puerta se abrió a lo que parecía ser otra terraza, y la sensación de desubicación volvió a perturbarme. Por encima estaba el cielo, y por eso pensé que habíamos vuelto a la terraza. Caminamos por senderos de tierra caliza que se fue tornando rojiza a medida que los arbustos de los costados iban transformándose en árboles de hojas anchas y largas. Los trinos eran ensordecedores por momentos, y el olor a humedad comenzó a hacerme transpirar. Homero se había soltado de mi mano cuando intenté secarme el

sudor de la frente, y lo llamé al verlo alejarse entre los troncos. Efigenia me agarró del codo, diciéndome que no me preocupara. Fandiño su ubicó junto a mí, y entre ambos me tomaron de los brazos, sin forzarme, como a un viejo que de pronto estuviese por desmayarse.

—Ya estoy bien— les dije un rato después, pensando que nos estábamos acercando a los balcones. Yo deseaba ver la ciudad desde esa altura, pero continuamos caminando cerca de media hora. El edificio era más grande de lo que había imaginado, o simplemente estábamos dando vueltas en círculo en ese escenario selvático montado en plena ciudad.

Pero entonces escuché la voz de Homero, llamándome. Era clara, más madura que nunca, sin embargo había algo en su timbre que me resultaba extraño, y pronto recordé que algunas veces había escuchado esa especie de queja, por ejemplo cuando estaba asustado, o cuando lloraba. Momentos en los que su deslumbrante inteligencia se hundía en un atroz quejido animal herido. Pero como esta vez yo no lo veía, sólo el tono me llegaba, y pude aislar en ese llamado una especie de extrema sabiduría lastimada. Corrí hacia donde provenía su voz. Las plantas formaban un camino por el que debía abrirme paso. Me herían rompiendo mi remera, haciendo cortes en mis pantalones, mientras escuchaba la voz de Efigenia llamándome por mi nombre con el acento portugués ahora recuperado, y fue como si me llamasen de otro continente, por encima del océano.

Entonces llegué a un claro, en cuyo centro estaba Homero, y de pronto me di cuenta de que tal vez no era él. Porque había casi diez simios acompañándolo, erguidos, más altos incluso, quizá adultos. Estaban quietos, en un círculo imperfecto en donde cada uno podía observar a los otros sucesiva y simultáneamente, pero la mayoría de las miradas recaían en el más pequeño.

Mi hijo estaba de espaldas, girando la cabeza a uno y otro lado, observando a los otros, él más asombrado que ellos, más asustado. Yo sentía su miedo, porque era el mismo que yo tenía. ¿Qué debía hacer?, me pregunté. ¿Ir a rescatarlo? ¿Rescatarlo de qué? Ellos eran monos, me dije, que lo observaban porque lo encontraban semejante. Pero su postura era la de los hombres por más que su estructura física fuese diferente. ¿Qué había de distinto en ellos?, me pregunté, cuando la pregunta debía haberse referido a las semejanzas.

Mi hijo era un ser humano que estaba sufriendo una enfermedad. Los otros eran monos. Si todos eran semejantes, incluso tan parecidos como yo me asemejaba al mismo viejo Fandiño, entonces esos seres que se contemplaban en grupo, tal vez fuesen también de la misma especie.

Entonces Homero habló. Dijo algo en inglés, algo así como *Let be the finale of seem.* Y continuó con lo que era el resto del un poema de Wallace Stevens. Cuando iba a recitar el último verso, uno de los otros lo interrumpió colocando un dedo sobre los labios de mi hijo, y lo escuché decir: *The only emperor is the emperor of ice—cream.*

Ellos no me vieron, o no me hicieron caso. Yo creo que estaba a punto de derrumbarme sobre la hojarasca. Me sentía perdido, ignorado, y tan insignificante como cualquiera de esas hojas secas que yo estaba aplastando con mis rodillas. Me saqué la remera rota y me miré el cuerpo, intentando hallar mi identidad: un cuerpo blanco y desnudo, con tan escaso vello que más me asemejaba a un escuálido reptil que tratara de arrastrarse por el lecho tortuoso de la selva.

Sentí unas manos en mi espalda, reconocí a Efigenia acariciándome, y escuché que lloraba, también, conmigo. Pero aun-

que no la veía, sé que sus labios poseían una sonrisa que me resultaba un insulto.

Yo era un hombre, era un cuerpo y una mente en decadencia. Los resabios de la antigua sabiduría se iban diluyendo en mi memoria desde hacía mucho tiempo, aún desde antes de mi generación.

Homero me había hecho una pregunta hacía algún tiempo. Debí contestarle lo que ahora había descubierto definitivamente: no hay regresión.

Los otros simios se acercaron a Homero, y los escuché hablar y estrecharse las manos en correctos saludos, algunos lo abrazaron, y dos o tres lo besaron en las mejillas. Mi hijo se entregó a ellos, pequeño y esmirriado, pero erguido como los otros. Ya sin miedo, levantando la cabeza hacia los altos árboles, dejándose conducir hacia otro claro en la maleza. Me levanté y los seguí. Efigenia iba agarrada a mi brazo, mirándome con cariño, aunque yo no la miraba a los ojos, porque tenía tanta vergüenza de mi ignorancia, que no habría podido continuar si en ella estuviera reflejada la vergüenza. Fandiño nos seguía.

La selva en la que estábamos de pronto se convirtió en una pradera, o más bien en una sabana donde el sol refulgía estridentemente sobre el pasto a veces alto, a veces bajo, moviéndose con el viento que refrescó mi cuerpo. Efigenia se abrazó a mi cintura, y juntos caminamos por esa sabana siguiendo al grupo de simios hacia una construcción que se levantaba en una depresión del camino. Ahora sí pude mirarla a los ojos. Ella me sonreía, pero cada vez que intentaba hacerlo sentía un nudo en la garganta, y Efigenia apoyaba su mano en mi pecho, como frotándome igual que se hace a un niño lloroso.

Subimos la colina tras la cual había desaparecido el grupo de monos. El pasto ahora era completamente amarillo, alto y reseco. No había árboles cerca, salvo cuando llegamos a la cima, y desde allí vimos que el techo que habíamos alcanzado a ver correspondía a una casa antigua de estilo colonial. Los vimos entrar por la puerta del frente, y nosotros continuamos por el sendero que llevaba hacia allí.

—¿Qué es ese lugar?— pregunté, pero ella me contestó que era la primera vez que lo visitaba.

—Fandiño debe saber— dije, pero al darme vuelta el viejo ya no estaba a la vista. Retrocedimos, llevando las manos a la frente para hacernos sombra. Lo vimos sentado en la tierra, acariciando a un animal que parecía un coyote. Ella lo llamó con un grito, entonces el animal nos miró, y me di cuenta de sus ojos grandes, el color casi amarillo y manchado del pelaje y la típica inclinación del lomo. El chacal se alejó corriendo, y Fandiño comenzó a caminar lentamente hacia nosotros.

Efigenia lo ayudó como lo había hecho conmigo. El viejo estaba cansado y las piernas le dolían. Ella le señaló la casa, y él dijo que era uno de los laboratorios de Levi. Allí dormía durante los meses que pasaba en Brasil. Pero ahora no estaba en esa casa, sino en otra de sus oficinas. Sin duda nos recibiría al día siguiente.

Yo me sentía cada vez más confundido, la realidad se trastornaba: esa casa que veíamos era una de las tantas que estaban dentro del edificio del instituto, en uno solo de los tantos pisos que éste tenía. Eso era lo que mi razón me decía, pero tampoco podía ensamblarlo con esta idea de que a su vez estábamos en una gran pradera luego de atravesar una especie de selva que nos

había llevado más de media hora recorrer, en un espacio abierto bajo un cielo despejado y sol deslumbrante.

Tal vez todo eso no fuese más que efecto de una larga insolación. Quizá mi hijo y yo estuviésemos en medio de una ruta, dormidos en el auto durante una tarde calurosa. Pero estas ideas me resultaban tan artificiales e inciertas, como falsa e ilusoria me parecía el pensamiento de que Homero no hubiese nacido con la mano de simio.

Los tres subimos la breve escalera que llevaba a la recova que rodeaba la casona. Nos acercamos a la puerta y golpeamos con la aldaba. Aguardamos. El sonido del viento en el tejado antiguo parecía hacer sonar un instrumento de grave tonalidad. Nadie nos contestó. Entonces apoyé mi mano en el picaporte, y abrí.

La sala en la que entramos tenía el amueblamiento común y corriente de una casa antigua: una recepción de vieja casona propia de una plantación de café durante el siglo XVII o XVIII, con una mesa en el centro y espejos en las paredes, con jarrones en altos pedestales y macetas con plantas y flores tropicales. Una escalera ancha y de barandas de madera llevaba al pasillo de un primer piso donde se alcanzaba a ver puertas de habitaciones cerradas, y cortinados corridos con cintas de flecos y borlas doradas. Fandiño se nos adelantó y dijo que lo siguiéramos. En lugar de subir, pasó de largo junto al pie de la escalera y se dirigió hacia el fondo, donde un alto arco con bajorrelieves en madera nos condujo hacia una serie de salones más pequeños, no dispuestos a lo largo de un pasillo, sino que uno conducía al otro, y no había manera de acceder a cada uno si no se pasaba primero por alguno de los anteriores.

Entonces entramos al primero, donde de pronto la música de un cuarteto de cuerdas nos recibió con un movimiento de *allegro apassionatto*. Cuatro simios estaban tocando los instrumentos, sentados en sus sillas, enfrentados uno con el otro, ensimismados en su práctica, pasando las páginas de las partituras sobre los atriles. Efigenia y yo nos quedamos un rato ahí parados, muy cerca de la puerta, y mi torso desnudo y transpirado contrastaba con ese ambiente de tertulia, como si de pronto nos adentráramos en un salón de dos siglos antes. Los músicos estaban vestidos a la moda contemporánea, con jeans y remeras unos, con camisa de manga corta y pantalón de sarga el que tocaba el cello. Interpretaban el cuarteto de *La muerte y la doncella* de Schubert. No nos miraron, y el viejo Fandiño nos hizo la señal de que continuáramos. Lo seguimos al siguiente salón, donde un grupo de tres o cuatro simios estaban hablando. Noté que discutían acaloradamente, con ímpetu y voces altas, interrumpiéndose uno al otro. De repente, una risa aliviaba la tensión, y tomaban un trago de las botellas que estaban sobre la mesa a cuyo alrededor se habían arrimado. Uno parecía ser el líder, ya que cambiando de tema, comenzaba su discurso, planteando una especie de hipótesis sobre la historia de las instituciones políticas, y pronto los demás comenzaron a interrumpirlo, asintiendo algunos, contradiciéndolo otros. El viejo nos llevó a la siguiente puerta, donde había un grupo de teatro representando una escena del cuarto acto del *Hamlet* de Shakespeare. Los simios actores estaban junto a lo que debía ser una tumba, y el personaje principal tenía un cráneo humano entre las manos. Lo observaba detenidamente, recitando en inglés lo que yo recordaba era la rememoración del príncipe Hamlet sobre la calavera Yorick. Reconocí un inglés perfecto y antiguo que no logré entender. Durante un instante el simio me miró, sin levantarse de la posición de rodillas en que estaba,

y sentí una especie de antiguo reproche, y la sonrisa que dibujó en su rostro vino con reminiscencias de aromas a humedad y hojas secas, como si ambos estuviésemos en un bosque de Dinamarca, una noche de invierno, y él estuviese contemplando mi propio cráneo.

Efigenia notó mi inquietud, la transpiración de mi cuerpo tembloroso, y le dijo a algo a Fandiño. Él no le hizo caso, y nos dijo que lo siguiésemos. En el próximo salón había música otra vez, pero venía de un piano en que alguien hacía sonar un ritmo de danza. Varios simios estaban bailando una danza intensa y algo estática, se abrazaban, se separaban, volvían a unirse con gestos de sus manos y brazos. No podían bailar como los humanos, no todavía, y descubrí en las miradas que nos dirigieron ese resentimiento proveniente de una envidia inquebrantable. La música no se interrumpió, pero las pausas se hicieron notar, hasta transformar la música en una especie de tenebroso hueco donde la luz que venía de las ventanas se hundía como en un agujero negro, y de pronto volvían a surgir las mismas notas pero convertidas en cantos disonantes de pájaros ocultos en árboles muy altos de grandes hojas. Y cuando caminamos hacia la otra puerta, ansiosos por escapar, las teclas del piano ya no eran tales, sino hojas que pisábamos sobre la tierra barrosa cubierta de hojarasca.

Fandiño no nos daba descanso, y aunque Efigenia parecía compadecerme, estaba tan fascinada por todo lo que veía, que no estaba dispuesta a detenerse. Yo pensaba en Homero, y sujetando al viejo de un brazo, lo hice detenerse.

—¿Dónde está mi hijo?— le pregunté.

—Paciencia, profesor. Ya lo verá muy pronto.

Siguió camino hacia la siguiente sala. Allí había nada más que dos simios. Uno estaba sentado en un escritorio, el otro sentado enfrente en una silla, escuchado lo que el otro decía. Era un poema en portugués, tal vez alguno de los poemas épicos de Luis de Camôens, tal vez *Os lusiadas.* Había otra silla junto a la puerta, y me senté, sin importar lo que Efigenia o el viejo desearan. No me moví de allí hasta que el poema terminó. Largos quince minutos donde me dejé llevar por el sonido a veces terso, a veces impenetrable del portugués antiguo. Me introduje en las batallas y sentí el ruido de los golpes de los cuerpos, los gritos y el retumbar de los ejércitos sobre la tierra, el sonido del mar y de las olas sobre los barcos que llegaban desde el viejo mundo a las costas brasileñas, el olor de la pólvora y el ruido de las explosiones de los mosquetes. Y mis visiones se extendieron hasta más allá de lo que el poema refería, contemplando las guerras futuras, la construcción de las ciudades, los barcos de vapor y los trenes a lo largo de América. Entonces, por un instante vi a Homero en medio de otra guerra. No llevaba uniforme ni armas, pero estaba en medio de ella, desnudo como un simio en pleno Amazonas, mirando la nada tras sus ojos, mirando todo lo que no podía ver a su alrededor.

Levanté la cabeza que yo había tratado de esconder entre mis manos, con los codos apoyados en las rodillas. El recitador se había detenido y me miraba. Comenzó a acercarse a mí. Cuando estuvo a un paso de distancia, me extendió una mano. Vi la mano de simio de mi hijo otra vez, pequeña en mi recuerdo. La angustia volvió, así como regresó la desesperación. Quise llorar porque no soportaba más mi propio cuerpo.

—Es un honor conocerlo, profesor. He leído sus libros. Y estamos orgullosos de que su hijo se una a nosotros.

Lo miré, sin saber qué responder. Por mi mente pasó la violenta respuesta que primero se me ocurrió, porque no entendía, porque mi mente estaba demasiado apesadumbrada por mi angustia para llegar a comprender todo lo que yo acababa de ver en esa casa. Me sequé la cara como pude, con el dorso de las manos, y me di cuenta una vez más de que estaba casi desnudo, y el vello de mi cuerpo, aunque escaso, parecía el de un animal recién sacado de un largo enclaustramiento. Mi cabello largo, la barba que no me afeitaba desde varias semanas atrás, el pantalón ridículo que Efigenia me había conseguido. Yo era una cosa risueña para ese ser que me estaba mirando, aquel que había recitado a Camôens comprendiendo claramente cada verso y cada expresión de la más acertada manera, porque había relucido en su expresión que comprendía el verdadero significado del espíritu de una epopeya. Yo era un payaso, una mascota disfrazada de humano, yo era un animal de circo. Y me sentí empequeñecer, sentí el olor de mi cuerpo sucio y herido por el sol y las ramas y el pasto, mi piel curtida y mis músculos débiles. Me miré las manos, lastimadas, que no podrían tocar ningún instrumento, ni ya siquiera agarrar un lápiz y escribir. Apenas pude emitir un sonido que yo creía era una palabra.

"No hay regresión", me había dicho Homero no hace mucho tiempo. No la hay, pensé, para ellos, pero tranquilamente sí para nosotros. Los círculos de la historia son espirales paralelos que pueden encontrarse, entrecruzarse.

¿Dónde estaba el doctor Levi?, para preguntarle todo esto.

Como si Fandiño hubiese leído mi pensamiento, me dijo, igual que sacerdote de un culto:

—El doctor Levi acá no está, pero ya se encontrará con ustedes.

Suele decirse, pensé, que a Dios en ninguna parte se lo ve, pero en todas partes está. Quizá estaba ahora entre nosotros, quizá era este simio que había recitado recién y ahora me miraba con una expresión de respeto a pesar de mi aspecto poco honroso. Porque él me estaba mirando a los ojos, no mi cuerpo, sino la forma velada de mi alma.

Puso una mano sobre mi hombro derecho. El vello espeso de su mano me recordó el de Homero. Me encaminó hacia el siguiente cuarto. Efigenia y Fandiño nos seguían. La habitación, más pequeña, estaba iluminada por una lámpara sobre un escritorio, y me di cuenta de que habían pasado varias horas desde que entramos, porque anochecía. Sobre el escritorio, había además muchos libros apilados, y papeles que parecían desparramados pero que estaban siendo consultados uno después de otro por alguien que se había levantado de su silla, apenas apartada ahora del escritorio. Del otro lado, había un simio, escribiendo sobre otros papeles, y consultando simultáneamente una agenda de apuntes electrónica. La luz de la pantalla, que yo no veía, iluminaba su cara sólo un poco, lo suficiente para verlo parpadear. El color de su pelo era más claro que el de los demás, y tenía ojos verde oscuros, me pareció. No sé si se dio cuenta de nuestra entrada, pero no dijo nada cuando su compañero volvió a la silla, trayendo una taza que humeaba. Se dijeron algo en voz baja, sin mirarnos, y entonces reconocí a Homero en el simio recién llegado. Se intercambiaron papeles, y mi hijo leía algo que había escrito pocos minutos antes. El otro escuchaba, atento, con la mirada baja, y asentía o negaba. Hacía acotaciones, a veces sonreía. Escuché algunos versos que conocía de antes, cuando Homero me había mostrado algunas poesías que había escrito desde nuestra estadía en Montevideo. El otro lo instaba a leer algo nuevo, y mi hijo parecía reacio al principio, luego se frotó los ojos, como si estuviese agotado, e intentó leer lo que había escrito. El otro le

alcanzó entonces un par de anteojos, y Homero los tomó entre sus dedos y se los colocó. Lo vi sonreír por primera vez en mucho tiempo, y su rostro era otro al que yo conocía. Era mi hijo, pero de pronto había crecido. Era ya casi un hombre, pero mucho más que eso. Era una mente que cifraba su intelecto según los ritmos de una versificación antigua, tanto, que por momentos creí escuchar citas o palabras en griego.

Fue la primera vez que lo vi usar anteojos. La primera vez, también, que supe con certeza, que el nuevo mundo estaba naciendo en ese edificio.

Yo era un testigo infame, un intruso de aquel mundo que había comenzado a derrumbarse allá afuera.

16

Friedrich se llamaba. El mismo Levi lo había traído desde aquel pueblito alemán en uno de sus viajes. El médico que asistió su alumbramiento quiso ahogarlo apenas lo sacó del útero de su madre. Dijo que ella apenas lo vio, hizo una mueca de horror, y entonces el médico lo colocó sobre la mesa de instrumentos del quirófano y le puso una sábana sobre la cabeza. Pero ella gritó, de pronto más horrorizada de ese acto que del aspecto de su hijo, y el médico la miró como si no entendiera. Entonces una enfermera le quitó la sábana de las manos y se encargó de cuidar al niño.

—Esa fue la primera vez que quisieron deshacerse de mí— dijo él, mientras caminábamos hacia uno de los balcones de los últimos pisos. Llevábamos casi una hora, y todavía faltaba mucho. Nunca me acostumbraría a las proporciones de las distancias en ese edificio, ni aun cuando pasaran varios años. El espacio era una dimensión distinta en ese lugar, acorde y tal vez más incongruente todavía que lo que sugería la desproporcionalidad del tiempo en el interior . Pero estábamos en una época del mundo donde nada era seguro, el futuro y su tecnología se dejaban vencer por los residuos del pasado, que ya no eran malolientes muestras, sino que iban tomando fuerzas, reconquistando espacios, distorsionando la lógica.

Pocas semanas después de su nacimiento, cuando ya estaba en su casa, varias mujeres fanáticas de la parroquia de la provincia, entraron para llevárselo y quemarlo. Esta vez fue su padre quien lo salvó. Los hombres habían ido hasta la fábrica donde trabajaba, y él salió corriendo y llegó a su casa cuando ya las mujeres se lo habían llevado. Volvió a subir al auto y las siguió. Cuando vio el grupo de mujeres, atropelló a las que iban detrás, y entonces ellas gritaron, lo insultaron, pero soltaron al niño. Su padre lo levantó del piso, como un pequeño trapo negro lleno de pelos, lo subió al auto y regresó a su casa. No hubo autoridad que viniese a buscarlo ni lo acusara por el atropello de las mujeres. Nadie en el pueblo se atrevió a contradecir su versión.

—Mis padres se mudaron muchas veces, porque yo era el único hasta ese momento, ¿me entiende? Por lo menos el único conocido en Europa. Mi padre ya no tenía trabajo, y a medida que yo crecía, era más difícil ocultarme, y ellos no querían hacerlo. No querían convertirme en un ser aislado o un fenómeno de circo. Entonces un día llegó Levi, enterado del caso, porque ya la noticia de mi nacimiento se había esparcido, y llegaban periodistas y médicos que querían estudiarme. Recuerdo que él me miró con sus ojos jóvenes, era casi un estudiante todavía, y les habló a mis padres. Y ellos, no sé por qué, confiaron en él en ese momento. Por supuesto que más adelante yo lo comprendería, pero en esa época tenía cinco años y ya tenía el aspecto de un simio, pero caminaba erguido y hablaba perfectamente. ¿Era un hombre?, me preguntaba yo. Él me dijo que era un homínido: hombre y simio. Un tronco ancestral del que se derivaban ambas especies. ¿Y por qué había nacido así?, le pregunté, ya en el barco que nos trajo a América. Porque la estructura molecular de ADN es una espiral, y la historia natural del mundo es algo muy parecido. "Los ciclos de la historia, querido Friedrich", me dijo, "ya tendrás oportunidad de comprobarlo más adelante, si tenemos suerte".

Desde entonces estaba en Brasil. Fue testigo de la construcción del edificio del Instituto, y fue recibiendo a cada uno de los simios que luego llegaron. Sólo un par de ellos murieron, el resto de los que pudieron ser reconocidos en el mundo, estaba ahora ahí. No eran muchos, pero el tiempo, lento y evolutivo, se encargaría de que fuesen más. Le pregunté si esperaban reproducirse entre ellos.

—Seguramente, profesor, sería inevitable. Pero eso no garantiza que nacerán más como nosotros. Ya le dije, el azar y la contingencia de los genes lo determinará. Podremos tener hijos humanos solamente, quizá, así como ha sucedido al revés hasta ahora. La llegada de su hijo nos reanima, créame.

—¿Por qué?— le pregunté cuando ya llegábamos al enorme balcón con las plantas rastreras que caían hacia el abismo como grandes escaleras por las que se pudiese bajar o subir. Contemplando, sin embargo, el cielo gris, la ciudad desorganizada, con autos y ambulancias yendo de un sitio a otros, con las sirenas sonando todo el tiempo, con los tanques de las fuerzas armadas que vigilaban cada esquina, con las detonaciones que resonaban cada media hora, sin contar los disparos y las ametralladoras, quién habría querido abandonar ese lugar. La invasión de los indígenas era cada vez más fuerte. No usaban más que lanzas y flechas, pero su número no decrecía a pesar de las matanzas masivas. Se decía que el emperador había enviado fuerzas expedicionarias con órdenes de su completo exterminio en el Amazonas. Por sobre nosotros pasaron los aviones que recorrían la selva todos los días, bombardeándola regularmente. Las noticias en la televisión y los diarios traían informes de periodistas que se habían adentrado en la selva, y lo que volvían para relatar su experiencia lo hacían desde una cama de hospital, con algún miembro amputado o extensas heridas luego de que los indígenas los flagelaran. ¿Qué

pretendían con esa invasión?, preguntaba yo. Friedrich, con su persistente acento alemán, intentó contestarme.

—Porque Homero es distinto, sumamente distinto. Su inteligencia es superior. Lo que nosotros hacemos no es diferente a lo que los hombres han hecho siempre, el arte, la ciencia, la historia, la poesía. Pero Homero es un homínido superior, lo que Levi había imaginado desde que me vio por primera vez. Usted sabe que la evolución fue distinta en las diferentes ramas de los seres primitivos, algunas evolucionaron más rápido y de cierta manera, otras de otra, y de allí las razas humanas. Los monos continúan teniendo su aspecto, pero también han evolucionado. Lo que ha sucedido en los últimos tiempos, o quizá en miles de años, ya que los cambios genéticos se miden muy lentamente, es el mismo proceso múltiple y variado: unas ramas han cambiado su ADN de determinada manera, por ejemplo, cambiando simplemente el aspecto físico, otros la estructura molecular del sistema inmune, otros la genética del sistema nervioso. Lo que Levi esperaba, y temía, era la obtención de un espécimen que reuniese los caracteres de un tronco común, o por lo menos uno que representara a las ramas mayores. Lo que temía es que fuese un ser primitivo y bestial, y por él comenzaría entonces la verdadera involución, o al contrario, esa rama mayor fuese como el giro en U en una ruta: todo lo que ahora tenemos, lo llevamos de vuelta, peros sumando a toda la carga de conocimientos y potencialidades, la carga de las células madre. ¿Cómo explicarle, profesor, si ni siquiera podemos imaginarlo?

—Y Homero es lo más cercano a eso, ¿no es cierto?

Él asintió, sin mirarme, con la vista puesta en el drama que ante nosotros se desarrollaba. Un escuadrón de aviones se dirigía hacia el Amazonas. Las explosiones podían sentirse bajo nuestros pies, y el olor del humo llegaba desde cientos de kilómetros de

distancia. A pesar de todo el armamento, el gobierno del imperio parecía estar perdiendo la paciencia. Las hordas de indios regresaban, y nadie sabía cuál era su objetivo. Simplemente mataban a todos los de la ciudad, fuesen hombres blancos o negros, incluso nativos que se habían civilizado luego de varias generaciones. Recordé el día que nos atacaron en el tren, solamente a Homero quisieron llevarse, porque si hubiesen querido matarlo lo habrían hecho. Le dije esto a Friedrich.

—Eso no me extraña, el único edificio que han respetado hasta ahora es éste. Yo creo, y es una idea que no he compartido con nadie, ni siquiera con Levi, es que vienen a buscarnos, no a matarnos.

Yo sabía que en el resto de América del Sur estaban sucediendo hechos semejantes, pero únicamente en Brasil persistían tantas tribus indígenas escondidas en el interior del Amazonas. La guerra internacional colaboraba con ellos, por lo menos indirectamente. Las fuerzas armadas se veían obligadas a dividirse tanto en las fronteras como en el interior. La guerra entre Argentina y Brasil se vio apoyada por varios países lindantes, y se sabía del apoyo armamentista de Norteamérica y Europa.

Friedrich recordaba lo que sus padres le habían contado de la Segunda Guerra Mundial, de los guetos judíos, por ejemplo.

—Estamos en un gueto, ¿no le parece profesor? Nosotros, los simios, y ustedes, unos pocos "humanos" apoyándonos. Una especie de gran departamento al estilo de Anna Frank. —Y se rió mientras lo decía.

Friedrich era profesor de literatura. Tenía conocimiento de varios idiomas, y podía recitar fragmentos de Shakespeare y Goethe en el idioma original. Su obligado aislamiento le había dado

la oportunidad de leer y estudiar mucho más que yo. Su memoria se había desarrollado prodigiosamente para retener citas o textos completos. Y la habilidad de la asociación se desarrolló gracias a esa gran memoria. Cuando conversábamos de literatura, me apabullaba con cientos de citas, y yo debía detenerlo para darme tiempo a recordar. Él se disculpaba, avergonzado. Yo lo miraba, pensando, tratando de recordar el cuento de Leopoldo Lugones sobre un mono. Sí, él lo había leído, dijo, y sus ojos brillaron al recordarlo.

Se convirtió en mi más íntimo amigo durante mi estadía en el instituto. Homero estudiaba, y casi no teníamos tiempo de pasar solos algunas horas. Yo dormía en el piso superior de la casona, junto con algunos familiares de los otros simios. Casi no nos hablábamos entre nosotros, los cuales me observaban como un intruso, desconfiados. A mí en realidad no me interesaba relacionarme con ellos. Mi círculo se limitaba a mi hijo, a Friedrich y a Efigenia. Ella se había convertido en una amante intensa pero complaciente. Nunca había tenido relaciones sexuales de una manera tan atrayentemente extraña. El placer no era diferente en cuando a la forma de hacer el amor, sino a la intensidad, a las caricias previas que ya me extasiaban desde el comienzo, hasta el punto de tener orgasmos repetidos y eyaculaciones múltiples. Me agotaba, pero al día siguiente me sentía renovado. Salía de mi cuarto oliendo a semen y secreciones vaginales, me duchaba y luego salía al balcón de la casona, oliendo el aroma de la selva cercana. Ella permanecía en la cama todo el día los domingos, pero el resto de la semana se levantaba antes que yo para ir a trabajar a la ciudad. Entonces era una mensajera desde el exterior, y cuando regresaba al final de la jornada de trabajo, me contaba de las novedades: incendios en la zona comercial, hombres masacrados cubiertos de flechas, como una pintura de San Sebastián. Me lo decía en la cama, sentada con los pies sobre el colchón y

las manos sobre las rodillas, la mirada perdida en la pared frente la cama.

—Mis ancestros lo están haciendo—me dijo—. Yo soy mulata, de padre negro y madre india. Debería estar enojada con todos, y conmigo misma. Porque ahora estoy enamorada de un blanco más blanco que la leche—. Sonrió amargamente al decirlo, y comenzó a acariciarme la cara, el pecho, todo el cuerpo con sus manos de largos dedos como ramas de ébano que me raspaban dejando las marcas de la selva.

Su hombre de confianza, sin embargo, continuaba siendo el viejo Fandiño. Entre ambos había una complicidad de la que yo siempre quedé excluido. Efigenia continuaba realizando su trabajo en la ciudad, pero cada vez pasaba más tiempo en el edificio. Se reunía con el viejo por las tardes, por cuestiones de trabajo, me decía. Había muchos casos de chicos con malformaciones congénitas que vivían en las calles, yo mismo los había visto, arrastrando sus muñones por las veredas, a veces entre los cadáveres de los indios recientemente muertos. Algunos de ellos carecían de ambas piernas, y se desplazaban sobre patinetas de rueditas rotas que se trababan en las baldosas de las veredas. Me pregunté cuánto espacio había en el edificio para aceptar a tantos de ellos, porque una noche me dijo que los simios estaban siendo cada vez más frecuentes.

—Hay muchos que nacen en Europa y Asia, pero por la guerra es imposible convencer a los padres de que los traigan, aún si Levi se los pidiera.

—¿Y cuando veremos al doctor Levi?— pregunté, porque yo seguía con muchas preguntas a ser respondidas.

Ella se encogió de hombros.

—Hay que preguntarle a Fandiño.

Al día siguiente estuve esperando en las antesalas de las oficinas del último piso toda la mañana. Cuando el viejo apareció abriendo una de las puertas transparentes, me miró sorprendido, como si no supiese que estaba allí.

—Profesor, ¿cómo no me avisó que me aguardaba?

—Le avisé a la asistente de su secretario, Fandiño, hace casi cuatro horas. Quiero saber cuándo nos va a recibir el doctor Levi.

El viejo carraspeó y me invitó a sentarme. Miró hacia arriba, a través del techo de vidrio, señalando un avión.

—Ahí va el doctor, hacia los Estados Unidos. En poco tiempo más se realizará su viaje a la luna. Le habría gustado conocer a su hijo, profesor, pero el doctor es un hombre sumamente ocupado, y comprenderá que este proyecto del viaje al espacio lo ha tenido muy nervioso en los últimos tiempos.

Recordé lo que me había dicho Friedrich sobre cierta clase de temor o ansiedad que podría existir en Levi por la verdadera importancia de Homero, esa teoría del tronco principal de nuestros ancestros. Tal vez, y digo sólo tal vez, no había querido conocerlo, porque si era verdad lo que sospechaba, probablemente no sabría qué hacer frente a mi hijo, él, que sin duda sabía más que nadie en el mundo sobre los nuevos simios. Y si no era verdad, no habría querido enfrentar la desilusión.

Por eso fue una especie de Dios para nosotros. Alguien que todo lo sabía, que incluso fue el creador de las teorías que explicaban la existencia de Homero y los otros. Alguien que vivía y trabajaba en la parte superior de su edificio en Brasilia, como en una oficina central desde la cual manejaba los hilos de

sus contactos en todo el mundo. Publicaciones, congresos, asesoramientos en múltiples estados y empresas privadas, personal entrenado por él mismo que estaba realizando exploraciones e investigaciones en diversos países al mismo tiempo. Y ahora lo veíamos en el cielo, volando hacia otra parte del mundo, y esta vez pronto a dirigirse hacia el espacio exterior. Sí, el doctor Levi era un Dios, y consecuente con la idea humana de Dios, omnipresente y siempre mudo, e impotente para todo lo que no fuera teoría y abstracción. ¿Quién sabe si Dios creó al hombre, como dicen, o simplemente creó la idea que lo explica? El hombre, una idea creada por otra idea: Dios. El círculo vicioso, *el círculo con la serpiente que se muerde.*

El poema de Ricardo Molinari surgió en mis labios, y Fandiño me escuchó atentamente. No sé si me entendió del todo, pero parecía apreciar el tono fatalista.

—Una poesía de ciencia ficción, si me permite decirlo, profesor.

Lo miré con admiración.

—Sí, le contesté, y su autor era un hombre del pasado.

—Habitualmente son los que más perciben el futuro.

Se levantó y apoyó una mano en mi hombro. Me invitó a almorzar en la ciudad.

—¿Pero usted cree que sea conveniente?, por los ataques, digo.

—Profesor, no importa eso. Hay que salir de vez en cuando de este lugar, no perder el contacto con la realidad, la otra, me refiero. El mundo, querido amigo, tiene diversos planos, como capas de una cebolla, que en incontables ocasiones se desconocen entre sí.

Bajamos hasta el piso de la casona. Homero estaba con su maestro de retórica, y los interrumpimos para invitarlos a almorzar. Mi hijo se dio vuelta para mirarme y se sacó los anteojos, frunció su entrecejo y su vista tardó en enfocarme. Por un instante tuve el impulso de culpar al maestro por someterlo a tantas lecturas, pero me di cuenta de que yo también había hecho lo mismo desde muchos años antes.

El simio que enseñaba a Homero era aún joven, no mucho menos que mi edad. Era algo obeso, cubierto de vello ralo y lacio, que apenas cubría la piel oscura y apergaminada. Sufría de micosis en los varios pliegues de sus brazos y piernas, y apenas combatía el olor con aerosoles y cremas. Uno se acostumbraba, por supuesto, hasta el punto de que, como Homero, ya ni siquiera sentía que hubiese algún olor al cual prestar atención.

—Me excuso, señores, tengo otros alumnos esta tarde. Gracias por la invitación.

Entonces Fandiño, Homero y yo salimos del edificio. Hacía algunas semanas que no salía, y sólo había visto el exterior desde la altura de los balcones. Pero ahora estaba de vuelta en la calle, viendo la ciudad y sus habitantes a la misma altura de ellos. Una especie de indefensión me sobrecogió, como si de pronto hubiese perdido mi habilidad para sobrevivir. El edificio del instituto nos protegía a todos, porque precisamente para eso había sido construido, para albergar a aquellos que eran rechazados. En el interior desarrollaban su intelecto, sus habilidades y personalidades, pero no los preparaba para sobrevivir en el mundo exterior. Allí donde había guerra e invasiones, donde había hambre.

Los tres caminamos en ese mediodía de lunes tranquilo a pesar de la inquietud y la expectativa por una próxima invasión. Casi en cada esquina había un camión de soldados, la gente camina-

ba por las veredas mirándose mutuamente, desconfiando uno del otro. Homero había crecido, y casi era de mi altura. La gente lo miraba con temeroso respeto, y se apartaba de su lado. Los gendarmes nos pidieron documentos, pero algunos reconocían al viejo Fandiño y entonces nos dejaban pasar sin miramientos.

Caminamos varias cuadras del barrio nuevo, una aglomeración de chabolas que contrastaban con los diseños de Niemeyer. Fandiño nos llevó hasta un bar situado en una esquina, muy parecido al que habíamos visitado en Sao Pablo con Gonçalvez. Nos sentamos junto a una ventana, y por un instante creí estar en Buenos Aires, porque la calle era empedrada, y el barrio tenía almacenes y puertas de galpones o garajes cerrados. Miré el cartel en la vidriera, y vi el nombre del bar: "La carambola". Una carcajada breve pero elocuente provocó el comentario del viejo.

—Me alegro que por un poquito se sienta como en su ciudad…—. Hizo el gesto con la mano de tener algo invisible entre el pulgar y el índice. El "poquito" le había salido levemente aporteñado, y para rematar la incongruencia llamó al mozo y pidió un cortado con el gesto típico.

Volví a reírme, pero todo eso no era más que una falacia. El portugués renació en mis oídos, y los transeúntes negros pasaban por la vereda revelando que no era el Buenos Aires de mi tiempo el que yo habitaba ahora. Pensé en los tiempos alternativos, en las famosas teorías de algunos historiadores no convencionales sobre en cómo sería el presente si algunos hechos hubiesen ocurrido de diferente manera. Tal vez este ahora que yo habitaba, no fuese más que un tiempo paralelo, pero me dije que ese consuelo imaginario, por el cual la fatalidad dejaba de existir, era incongruente con la razón. Pensé en Kant, y su influencia en la visión que Homero había desarrollado a lo largo de su infancia. Lo ob-

servé leer el menú, roto en los bordes, manoseado. Prestaba tanta atención como si leyese la *Política* de Aristóteles.

Yo sabía que había comenzado a escribir algo nuevo, una especie de poema largo, pero no tuve oportunidad de preguntárselo. Sus estudios con el nuevo maestro le llevaban la mayor parte del día. A veces, los fines de semana, salíamos a caminar por la pradera que rodeaba la casona, y entonces nos ocupábamos de escuchar el silencio más que en hablar. Nos observábamos uno al otro, yo tratando de comprenderlo, porque mi hijo había crecido y su aspecto era ya completamente el de un simio. Casi no habría podio reconocerlo entre los demás si hubiese dejado de verlo por algunos meses. Él, creo, también me miraba con desconfianza. Sé que recordaba lo que había sucedido en Sao Pablo, aunque no sé si era solamente eso lo que podía reprocharme. Miraba sus ojos, y me veía a mí mismo haciéndome preguntas: ¿estuvo bien salir de Buenos Aires?, ¿podríamos habernos quedado en Montevideo?, ¿por qué huimos? Toda nuestra vida juntos había sido un escape, y hasta este mismo edificio era un refugio, un zoológico de cristal, que como al personaje de Tennessee Williams, nos llevaría a la locura.

Los que estaban en las mesas próximas nos miraban con recelo. Hablaban entre ellos, y creo que escucharon nuestro castellano, y cuchichearon algo que Fandiño nos tradujo como la intención de llamar a los gendarmes. Entonces él se dio vuelta, llamó al mozo, que ya había mirado con miedo a Homero, y el viejo le habló al oído. Luego el hombre pasó de mesa en mesa, diciendo algo a cada uno. Luego las miradas curiosas desaparecieron. No habríamos podido salir sin Fandiño, nuestro verdadero hogar estaba para siempre en el edificio de la pirámide invertida.

Yo no sabía de qué trataba el escrito de Homero, e iba a preguntárselo cuando pasó un camión de soldados con la sirena de alarma. Un nuevo ataque de indios había comenzado, y avanzaba por las calles. Todos se levantaron y se acercaron a las ventanas, pero el dueño comenzó a bajar las cortinas de metal. Debíamos permanecer adentro hasta que pasara el peligro. Volvimos a sentarnos, y los demás empezaron a hablar de la guerra con Argentina, y nos miraron hablando alto y en portugués, mezclando insultos en castellano. Homero se veía acosado por las miradas, porque sabía que también lo acusaban de ser la causa de la revolución interna. El país estaba desquiciado por la política internacional, que utilizaba a los indígenas como armas que carcomían a Brasil desde adentro. Uno de ellos se acercó a muestra mesa y nos tiró el diario de la mañana. Nuevos cambios en el gobierno argentino, decía. El presidente de facto había muerto y su mujer, Samanta Bernárdez había asumido la presidencia. En su discurso, había hecho resaltar la necesidad de defenderse contra un imperio que quería dominar América Latina.

Homero me miró a los ojos, pero ya no era el niño que había salido de Buenos Aires apesadumbrado por el rechazo de su madre. Ahora era la causa, quizá, de un exterminio, como si su madre lo hubiese estado persiguiendo todos esos años a lo largo de las rutas y las ciudades, hasta encontrarlo. Pero para hacerlo no había necesitado salir del país, sino ascender en el poder como quien asciende una atalaya cada vez más alta, adquiriendo mayor poder y alcance de visión. Pero yo insistía en convencerme que la guerra internacional y la revolución de los indígenas no tenían nada que ver con mi hijo. Cómo hacérselo comprender, a él que ahora tenía miedo en la mirada, y yo comenzaba a inquietarme al notar que ese temor se iba tornando en recelo, y que de allí a la ira y al odio el camino sería rápido y descendente. Si su inteli-

gencia se abismara en sentimientos oscuros…, me dije. Entonces le agarré la mano, y de pronto dos bombas, sucesivas en escasos segundos, destrozaron las cortinas y quedamos indefensos frente a las calles llenas de cadáveres de los gendarmes. Los tanques habían estallado, y no eran indígenas los que nos atacaban, sino los aviones de la guerra.

17

Cuando el humo de la pólvora y los escombros se fue disipando, los gritos de la gente continuaban oyéndose, algunos lejanos, entre chirridos de frenos en las calles y sirenas de autobombas y policías, otros muy cercanos. Pero estos últimos no eran propiamente gritos, sino gemidos de dolor, y yo imaginaba las heridas de aquellos hombres y mujeres que habían ocupado las mesas cercanas, y ahora, por más que no pudiese verlos, estarían en el piso, heridos por las esquirlas de las bombas o aplastados por fragmentos de paredes.

Yo tenía a mi hijo apretado contra el suelo, mi mano derecha sobre su espalda, obligándolo a no levantarse. Sentía sus movimientos inquietos, su curiosidad, su llanto contenido. El polvo tardó mucho tiempo en ir asentándose, pero yo no quería levantarme hasta estar seguro de que ningún otro pedazo de pared o de techo se nos fuera a caer encima si nos movíamos. Y cuando el humo y el polvo fueron disipándose, lentamente, las figuras de los soldados aparecieron por la calle, sin mirar hacia el bar destruido, corriendo, ametrallando no sé a qué o a quiénes. Los gritos continuaban, aislados, sobre todo de mujeres y de algunos hombres que se quejaban de sus heridas. Escuché los aviones, que seguían pasando sobre la ciudad. Algunas bombas

caían muy lejos de nosotros, pero el estallido yo los sentía en mi cabeza apoyada contra las baldosas del bar.

Levanté la cabeza, y vi, aún a ras del suelo, las mesas destrozadas que ya no eran mesas, sino pedazos de madera hechos astillas. Dos hombres tenían vidrios clavados en las piernas, y una mujer ya muerta, yacía de espaldas con una pata de silla penetrando su cara. El techo no se había derrumbado, pero la mampostería de yeso estaba caída en grandes pedazos sobre varios otros hombres que intentaban liberarse. Miré hacia donde había estado la puerta. Las persianas de metal habían sido torcidas como si fuesen de cartón, incluso varios pedazos de metal habían sido arrancados y esparcidos por el interior. Miré a mi izquierda, y vi el cuerpo de Fandiño con un fragmento de metal, largo y estrecho, clavado en la espalda. Debíamos salir de ahí. Cómo esperar un rescate, si toda la ciudad estaba siendo bombardeada por los enemigos. Argentinos, sí, pero también los pocos países aliados, y el apoyo implacable de los norteamericanos. La cuarta guerra mundial había comenzado, y ya no había cabida para la idea de la humanidad. Sólo ciudades, sólo gobiernos, empresas como estados. Nosotros, los hombres, ya no lo éramos, sino simios de trabajo, de mano de obra, elementos prescriptibles.

Entonces giré la cabeza hacia Homero. Él me estaba mirando, y lloraba. Quise consolarlo, pero cómo, me pregunté. Acariciarle la cabeza, secarle las lágrimas sobre el vello de la cara, que ya las iba secando por sí solo. Él no necesitaba mis palabras de consuelo ni mis miradas piadosas, ni siquiera el comprobar mi intenso miedo, mi desesperación. Lo único que podía darle era mi compañía, por eso le dije que se levantara, despacio. Salimos a la vereda, saltando sobre los escombros y algunos cadáveres. Una mano me agarró de un talón, y la voz del hombre herido me pidió ayuda. No era una mano de simio, sino de humano,

blanca y pálida, desnuda de todo vello. Hasta mi propia mano se parecía más a la de mi hijo que a la de ese hombre. Y supe que ya su tiempo había pasado. Lo miré con hastío y desprecio. Ni siquiera pensé en su alma, porque de un modo incierto sentí que el espíritu humano, esa entidad colectiva que reunía los dispersos fragmentos individuales que habitaban determinados cuerpos, ahora ya estaba desalojando su hábitat, y se desplazaba hacia las nuevas formas de la especie.

Caminamos despacio, precavidamente, algo mareados todavía, algo sordos aún por el estruendo de las bombas tan cercanas. Pegados contra las paredes, verificando que ningún trozo de alero y ladrillo nos cayera en las cabezas. Los tanques pasaban por las calles, y los autos de la policía corrían de un sitio a otro. Nos cruzamos con hombres y mujeres que nos miraban con extremo miedo. Algunos decían que fuéramos a algún refugio, pero en cuanto veían a Homero se escapaban corriendo. Mi hijo y yo íbamos de la mano, él casi tan alto como yo, igual que dos hermanos o dos hombres enlazados por la tragedia. Pensé en nuestro largo peregrinaje desde Buenos Aires, porque eso había sido, una especie de peregrinación basada en una fe profana, no sé si en la ciencia o en busca de qué causa desconocida. Pero al llegar a la gran catedral—instituto, la gran pirámide invertida del discípulo de Niemeyer, el dios Levi se nos había escapado, buscando él mismo otros sitios donde su propio dios tal vez estaba.

La única verdad que yo conocía con certeza en ese momento, era la de que no sabía adónde ir. Caminamos y corrimos por calles y avenidas. Toda la ciudad era un desfile de varias formas del caos, en todas sus diferentes expresiones, incluso todas aquellas que yo no habría imaginado nunca. Aquella proverbial indiferencia en la que mi generación se había criado, el velo de aparente pacifismo no era más que una cruel idiotez que nos habían

enseñado. Solamente en ciertos círculos, tal vez en ciertas familias, como en la de Samanta, se sabía la verdad. Yo vivía en una Buenos Aires que giraba alrededor de ámbitos bohemios, como una especie de *fin de siecle* trasladada al siglo XXI. Podría darme la excusa de que fuimos una generación privilegiada: recursos económicos y despreocupación social. Una conjunción perfecta para el desarrollo de la expansión del intelecto. Ideas, debates, conferencias, ciclos culturales, hasta que de tanta repetición fuimos cayendo en el vacío, la nada como pensamiento esencial.

Fue por eso, como dije al principio de esta crónica, si así puedo llamar a este relato de la parte más importante de mi vida, a estos apuntes que fui tomando esporádicamente, que no vimos cómo nuestra sociedad fue derrumbándose lenta e imperceptiblemente. Un conductor que va tranquilo por una calle, y de pronto ve, sobre el volante, una mano de simio. La suya, sin duda, pero no la ha visto más que unos segundos, y luego no la volverá a ver nunca más. Cosas extrañas que han ido sucediendo, murmullos, insultos dichos en voz baja a nuestras espaldas, como si nuestros oídos se hubiesen afinado, lo mismo que la vista. Hasta ver y escuchar lo que no creímos nunca posible, simplemente porque nuestra mente así no lo concebía.

Dios está cuando pensamos en él, esa idea es su presencia. Eso sólo es el consuelo.

Los aviones pasaban de manera constante sobre Brasilia. El cielo estaba cubierto de una neblina de humo que se levantaba de los edificios y barrios incendiados. Una sirena permanente sonaba en cada manzana, aumentando o disminuyendo según nos acercábamos o alejábamos. La gente nos empujaba de atrás y de adelante. No había forma de que los bomberos detuviesen el fuego o los policías evitaran la masacre que ya se estaba produciendo: los saqueos, los robos sobre los cadáveres, los asesinatos

perpetrados en la confusa masa de gritos y empujones. Y entonces yo decidí correr más rápido en busca de un refugio, y me encontré dirigiéndonos hacia el edificio del Instituto. Ese lugar me parecía inimpugnable, una especie de fortaleza para la conservación de la humanidad. Un bastión, una nueva clase de Paraíso.

La mano de simio de mi hijo me daba confianza, tal vez ella me guiaba en realidad. Esa mano que fue la primera que surgió de su cuerpo, la ancestral, la original. Yo escuchaba, mientras corríamos entre los escombros, con el ruido de los motores turbo sobre nosotros, avasallándonos, una voz fuerte y tersa, cantando, o no sé si cantando, sí recitando. Me di vuelta un instante, y vi que era Homero el que hablaba. Yo casi lo llevaba arrastrando, y le costaba seguirme los pasos, pero no dejó por eso de recitar los versos de Milton: *El Paraíso Perdido.* Yo vi, en esa ciudad, los ejércitos de Lucifer, al mismo Lucifer declamando ante los ángeles. Y la voz de Homero era suficiente para rescatarlos del olvido.

Entonces, como único preámbulo ante la última desgracia, sentí que me ensordecía un ruido tan intenso, como si un avión estuviese cayendo a pocos metros. Luego todo fue oscuridad por un largo, largo tiempo. Un impreciso lapso en el que soñé que miles de aviones cubrían el cielo. Un cielo de metal nos cubría, una especie de enorme domo protegiendo a la ciudad. Y luego esos aviones comenzaron a mover sus alas, y se convirtieron en enormes, inmensas aves prehistóricas que llegaban, amenazantes, apocalípticas.

Desperté boca arriba, con los brazos sobre dos grandes paredes caídas. Todo era el silencio de la sordera provocada por las explosiones continuas, que seguían cayendo porque yo sentía el retumbo de ellas a través del suelo. Busqué a mi hijo entre los escombros que se habían sumado a los que ya habían caído antes. Lo encontré bajo unas puertas de madera. Me llamaba con voz

firme: *¡Papá!*, lo escuchaba decir, arrastrándome hacia él sobre el polvo y la sangre de otros hombres cuyos cuerpos yo apartaba con violencia. Saqué las tablas de encima y vi que tenía toda la cara manchada de sangre.

—Tranquilo, hijo, tranquilo— le decía, porque gemía con miedo y temblaba de frío. El calor de la combustión era insoportable, pero el sudor de su pelo espeso era frío.

Con mi camisa intenté limpiarle la sangre de la cara, y él empezó a gritar más fuerte. Yo no sabía qué estaba haciendo mal, y no quería lastimarlo. Entonces me clavé varias astillas de vidrio en los dedos. Busqué entre el pelo y logré sacar varios trozos, pero cuando le dije que se apartara las manos de los ojos, vi que tenía los párpados cortados y los ojos le sangraban. Homero luchó con mis manos, no quería destaparse, y la sangre no paraba. Con la misma tela le hice un vendaje cubriéndole los ojos e hice un nudo detrás de la cabeza.

Mis manos temblaban, pero intenté abrazarlo y él se apretó a mi cuerpo como cuando era un niño pequeño, en nuestro departamento de Buenos Aires, en el sillón de la sala. Le canté, como en esa época, una canción de cuna, mal cantada, sin ritmo, y por eso precisamente más entrañable, más llena de recuerdos porque la risa se había agregado a la ternura. Y esa canción fue la que le canté en medio del bombardeo, acunándolo como pude, rodeado de pedazos de edificios, de maderas, de vidrios, de cuerpos mutilados. El aire casi irrespirable se convirtió en una reminiscencia de la tibieza junto a una estufa en el invierno, y el ruido estridente de las sirenas y alarmas en el zumbido de los autos que pasaban por la calle junto al edificio en donde habíamos vivido.

Pero todo eso debía terminar. Así que nos levantamos y continuamos caminando. Yo sabía que mis pasos se dirigían hacia el

instituto, ¿pero qué más quedaba por hacer? Ningún hospital debía quedar en pie, imaginaba, y además, cómo saber hacia dónde o qué calles tomar. Todas eran iguales ahora, casas derribadas y edificios caídos. No había sitio por donde desplazarse ya. Y luego de casi una hora de caminar saltando escombros, llegamos a un espacio amplio, y reconocí los restos de la gran plaza que estaba frente al instituto.

Sí, allí estaba todavía el edificio. Indemne.

—¡Ya llegamos!

Lo levanté en brazos porque estaba demasiado cansado para seguir. El vendaje estaba manchado de sangre, y él insistía en estirar los brazos, sintiéndose perdido.

—¿Cómo voy a hacer ahora para escribir, papá?

Dios mío, murmuré. En medio de todo esto, y él se preocupaba por tal motivo. Me sonreí cuando el escalofrío me recorrió todo el cuerpo al escucharlo. Le agarré la cabeza entre las manos y lo apreté contra mi pecho, como si quisiera detener la hemorragia de esa manera. O como si quisiera hacerlo mío, que yo fuese él. Nunca estuve más orgulloso, nunca fue mi amor más grande que en ese instante.

—¿Escribir qué?— le pregunté.

Comenzó a decir los versos de largo poema que había comenzado a practicar con su maestro. Versos que hablaban de una guerra. Su voz salía incólume, y las palabras proféticas. Y mientras recitaba, los perros hambrientos y desesperados se abalanzaron sobre la plaza y comenzaron a hurgar entre los escombros en busca de los cadáveres, y un olor a podredumbre, hasta entonces

oculto, surgió desde el fondo de las ruinas y se apropió del aire, hasta ser el aire nada más que un denso gas hecho de carroña.

Pero todavía quedaba el edificio, esa especie de Paraíso del que habíamos salido por propia voluntad creyendo que aún nos faltaba el conocimiento de la realidad exterior. ¡Qué futilidad la de la naturaleza humana, qué imbecilidad!, debería decir. Me puse a contemplarlo, alto y majestuoso, con las columnas que ya no eran transparentes por el polvo y el humo que las rodeaba, y los jardines colgantes tenían plantas rotas y caídas. Pero todo eso no importaba, hacía allí seguiríamos caminando, o llevaría a Homero en brazos si era necesario.

—Vamos— le dije al oído.—Allá te van a curar, y vas a escribir.

Me agarró una mano, apretándome tan fuerte que creí que me la rompería. Su amor, de pronto, ya no era pensado, ya no tenía esa pátina de razonabilidad y prudencia. Su amor ya no era lógico. Ahora era bestial, dominador, irreversiblemente pasional.

Un avión surgió, luego de un largo rato de no sentirse ninguno, desde las nubes de humo que se levantaban de los edificios de toda la ciudad. Pasó raudamente por sobre nuestras cabezas, sembrando el olor acre de los cuerpos quemados por el calor que despedían las turbinas. Era un avión que caía, uno de las fuerzas brasileñas, derribado por alguno de los otros. Caía formando una estela de calor que distorsionaba el aire, lo deformaba como en un espejismo. En el largo trayecto de su muerte fue derribando casas, fue sembrando fuego, hasta que lo vi dirigirse hacia las columnas de la pirámide invertida.

Hice una mueca de dolor anticipado, y sentí que Homero, aunque ciego, se daba cuenta de lo que iba a ocurrir. Porque se apretó contra mi cuerpo, y su abrazo fue tan fuerte, que podría

haberme matado justo en el momento en que el avión se estrelló contra el edificio, y la explosión provocó una secuencia de derrumbes de la serie innumerable de columnas.

La gran pirámide fue inclinándose lenta, progresivamente hacia un lado, y el estruendo del derrumbe fue tal que el mundo se detendría, hundiéndose en su propia sima. Inmensas nubes de polvo nacieron de la caída, desplazándose hacia todos lados, creciendo y elevándose, hasta que también nos cubrió a nosotros. Creo que escuché gritos, aunque parezca inverosímil, escuché los gritos de los hombres y los simios que lo habitaban.

En medio de la gran ceguera blanca en la que estábamos, Homero se apartó de mí, lo vi caminando a tientas hacia el derrumbe, yendo hacia ese paraíso perdido y jamás recuperado.

Belén de Escobar

Diciembre 2015 - Febrero 2019

ÍNDICE